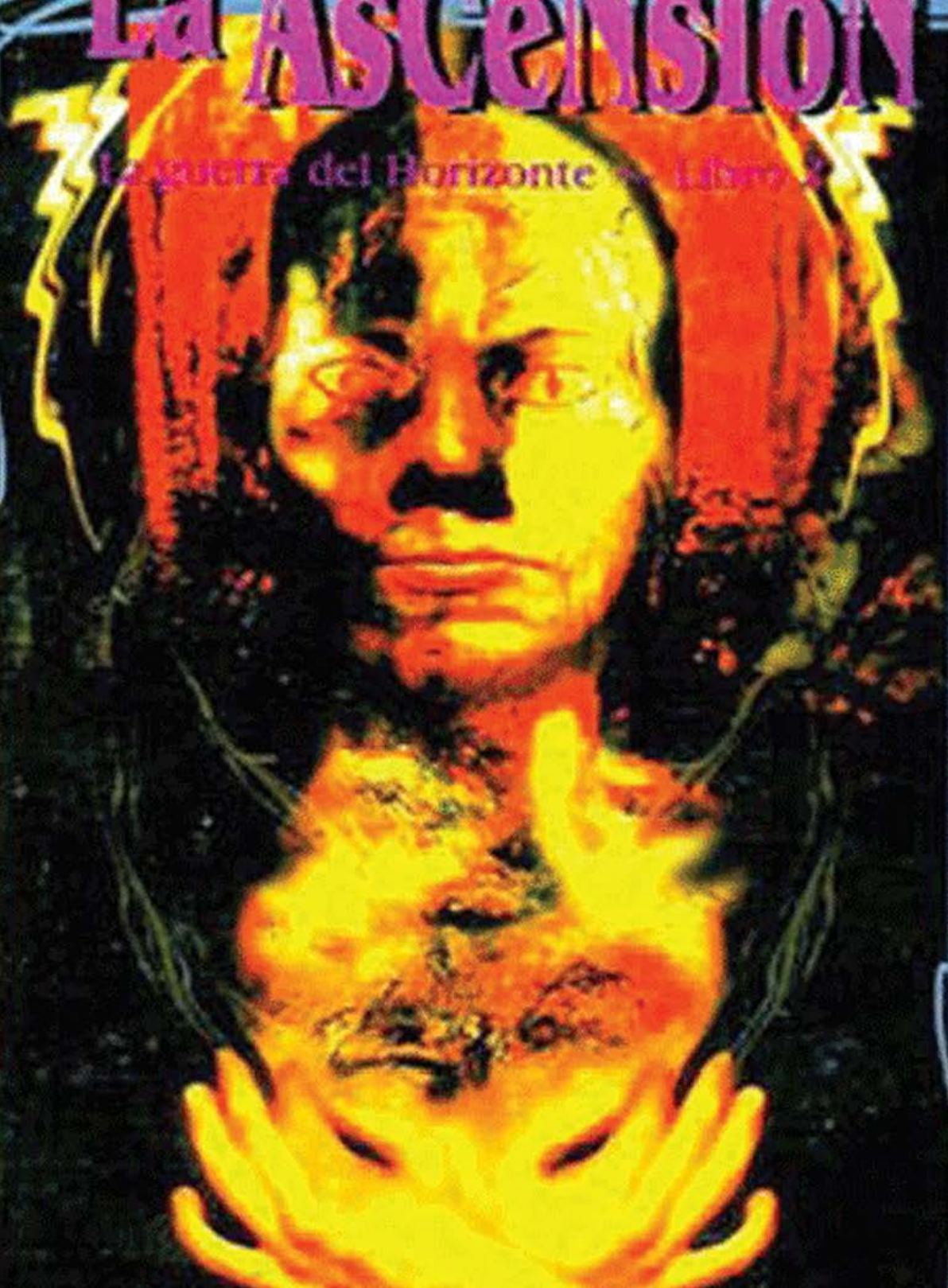


El Guerrero de La Ascensión

La guerra del Horizonte Libro 2



El GUERRERO de La ASCENSIÓN

La guerra del Horizonte
Parte II

Basado en Mago: La Ascensión y Vampiro: La Mascarada



Robert Weinberg

Título original: *The Ascension Warrior*

© White Wolf, Inc. Todos los derechos reservados. Debido a su temática, este producto se recomienda sólo para lectores adultos.

Ilustración de portada: Jason Felix

Diseño de colección: Alonso Esteban y Dinamic Duo

Derechos exclusivos de la edición en español: © 2014, La Factoría de Ideas.C/Pico Mulhacén, 24. Pol. Industrial «El Alquitón». 28500. Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91870 45 85.

www.lafactoriadeideas.es

informacion@lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9018-806-4

Epub realizado por La Factoría de Ideas Servicios editoriales (servicioseditoriales@lafactoriadeideas.es)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:

INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

“Cuando se acalla el tumulto
Cuando se ha perdido o ganado la batalla”.
—*Macbeth*,
Acto I, escena I

Libro Dos – EL GUERRERO DE LA ASCENSIÓN

A A.E. van Vogt y a Jack Williamson,
dos grandes maestros de la ciencia-ficción, escritores favoritos de mi juventud, cuyas voces
levantan ecos entre estos libros.

Nota del autor

Si bien los escenarios y la historia de este mundo pudieran resultar familiares, no se trata de nuestra realidad. *La Guerra del Horizonte* transcurre en una versión más descarnada y cruel de nuestro universo, en un paraje árido y desolado donde nada es lo que parecen indicar las apariencias. Se trata de un verdadero Mundo de Tinieblas.

Determinados conceptos y personajes se han inspirado en las creaciones de Bill Bridges, Steven C. Brown, Phil Brucato, Elizabeth Fischl, Chris Hind, James E. Moore, Micky Rea y Stewart Wieck.

PRÓLOGO

—¡Despierta, despierta! —gritaba su madre, con voz estridente. Parecía que su voz sonase a millones de kilómetros de distancia—. ¡En marcha!

Con un gruñido, Ernest apretó los párpados cerrados aún con más fuerza. No era posible que ya fuese de día. Se sentía molido, maltrecho, magullado, sin fuerzas para moverse. El dolor chillaba igual que una arpía enfurecida por todos sus músculos y articulaciones. Como siempre. No habría manera de que pudiera levantarse de la cama e ir al colegio. Hoy no. Ni nunca. Lo único que quería era dormir.

La medicación y el ejercicio apenas conseguían paliar el dolor físico. Era intenso, inagotable. Llevaba padeciéndolo toda la vida y, a menos que descubrieran alguna cura milagrosa, moriría con él. La agonía diaria lo dejaba sin fuerzas, sin energía, sin voluntad. Pero no era nada comparado con el dolor mental que sufría en el aula.

Los demás niños de la clase convertían su vida en un infierno, burlándose de él, mofándose de sus huesos deformes y del cuerpo maltrecho. Le llamaban monstruo, tullido y cosas peores. Ernest los odiaba, a todos y cada uno de ellos. Ya no podía soportar su odio por más tiempo. Daba igual lo mucho que gritase su madre, se negaría a moverse. Antes muerto que soportar otro día de tormento. Los palos y las piedras le habían roto los huesos, y las cosas que le llamaban siempre conseguían hacerle daño.

—¡Sal de ahí, puto cabeza de lata! —gritó la voz. De repente comprendió que no era la de su madre. Aturdido, con la cabeza inundada de una niebla espesa, se devanó los sesos en busca de un nombre. Reed, *Sharon Reed*. Al instante recordó a una mujer alta y esbelta de pelo corto y rasgos adustos y sombríos. La odiaba con una furia implacable. Ernest se concentró en la imagen, aferrándose a ella igual que a un salvavidas en medio de aquel mar de negrura. Debatiéndose entre oleadas de lacerante agonía escarlata, comenzó el ascenso que habría de sacarlo de las tinieblas y devolverle la consciencia.

—¡Despierta, despierta, estúpido hijo de puta!

Algo cálido, duro y afilado le golpeó la cabeza. Otra vez. Y otra. Los relés insertos en su carne se pusieron en funcionamiento. Los microcircuitos zumbaron al comenzar a transmitir información. La mano de una mujer, informaron los circuitos sensores. La atacante golpeaba con una fuerza inhumana. Su carne mejorada y los huesos reforzados indicaban una ingeniería biológica extremadamente sofisticada. Los circuitos de memoria confirmaron la identidad. *Sharon Reed, Progenitora Directora de Investigaciones del Colectivo Gris*.

Una llamarada explotó dentro de su cabeza. Ernest lo recordó todo. Sólo que él no era Ernest. Esa identidad había desaparecido hacía tiempo. Formaba parte del pasado. Esto era el presente. Él era X344.

Los bloqueadores de dolor, al sentir heridas de gravedad, entraron en acción y aislaron la sensibilidad de las zonas más castigadas de su cuerpo. Tenía la nariz rota. Su columna había sufrido graves lesiones. Permanecer erguido iba a resultarle difícil. Como mucho, funcionaba al cuarenta por ciento de su capacidad. Los procesadores de apoyo enviaban urgentemente sustancias químicas a las áreas críticas de sus brazos y piernas. La energía, extraída de una docena de funciones menos importantes, fluía hacia sus controles motores principales. No podía subsistir durante mucho tiempo utilizando ese sistema de emergencia pero, sin él, X344 sabía que estaba muerto. Ambas opciones presentaban inconvenientes.

X344 abrió los ojos de golpe y se descubrió mirando directamente al rostro de Sharon Reed. La mujer profirió una exclamación mezcla de alivio y sorpresa. Asombroso, teniendo en cuenta que le odiaba casi tanto como él a ella.

—Estás muerta —articuló X344, con un hilo de voz. Su nariz magullada le confería un acento rasposo—. Vi cómo tu amiguita, *tu maldita asistente*, Velma, te apuñalaba por la espalda. Te asesinó.

Reed sacudió la cabeza.

—Herida, no muerta. A lo largo de estos años, he practicado ciertas modificaciones sobre mi cuerpo. Velma pensaba que conocía todos mis secretos, pero me guardaba algunos para mí sola. Me clavó el puñal en el corazón que no era. —La directora se dio media vuelta. Seguía teniendo un cuchillo con empuñadura de plata enterrado en la espalda—. Está encajado contra un hueso. Doloroso, pero no letal. Mi segundo corazón entró en funcionamiento al instante, sólo que necesité algún tiempo para recuperarme.

X344 giró la cabeza y paseó la mirada por el laboratorio destrozado. La enorme cámara era todo escombros. Los cuerpos de sus compañeros, Tecnomantes dedicados al proyecto GA, sembraban el suelo. En la esquina más lejana del cuarto, una enorme masa de carne se agitaba a rachas. Un tentáculo gigantesco aporreaba el suelo del laboratorio por intervalos, enviando ondas de choque que sacudían todo el edificio.

El ciborg estudió el semblante de Reed con ojos fijos, intentando encontrar las respuestas en su rostro. Aquella mujer era su peor enemiga. Ambos pertenecían a Convenciones rivales dentro de la Tecnocracia y, antes del desastre, habían intentado matarse entre sí.

—Este lugar está acabado —dijo X344—. ¿Por qué no me abandonaste? En cuestión de horas, me habría quedado sin energía y habría muerto. Fin de la historia.

—No es tan sencillo. —Reed señaló a un lugar situado a unos ocho metros de ellos—. ¿Te acuerdas del portal al Universo Profundo que abriste? Aún funciona. Algo al otro lado quiere examinar los contenidos del Colectivo Gris. No sé muy bien cómo, pero está extrayendo poder de la estación. Lenta pero inexorablemente, todo el Reino se está viendo atraído a las profundidades.

—Demonios.

Siguiendo las instrucciones de su líder, el Interventor Klair, X344 había retorcido el tubo del Universo Profundo. Astuto, había arrojado el instrumento al otro lado de la estancia en el momento de su activación, lo que le había salvado la vida. Klair no había tenido tanta suerte. La baliza abrió una senda entre ese Reino del Horizonte y algún otro lugar. El portal, un trémulo rectángulo de tres por cuatro, de oscuridad absoluta, se había tragado al Interventor. Lo último que podía recordar X344 era la aparición de unos extraños robots de otro mundo a través del portal, con cara de pocos amigos.

—Puede que la baliza conduzca al inframundo —aventuró Sharon Reed, planteando una pregunta más que afirmando nada—. No estoy segura de adónde lleva. Ni tengo ganas de averiguarlo. La atracción no es muy fuerte, pero lleva una hora aumentando de forma constante. Si nos quedamos mucho más, ambos terminaremos al otro lado.

—¿Qué ocurrió con los robots? —quiso saber el ciborg. Le temblaba la voz.

—Me perdí casi toda la acción. Estuve medio inconsciente la mayor parte del tiempo. conservo impresiones, nada más. Al parecer, un grupo de artesanos de la voluntad de las Tradiciones, con el Prisionero 17 a la cabeza, irrumpió en el Colectivo. De algún modo, derrotaron a los robots y rescataron a sus colegas brujos de nuestro bloque de celdas. Para cuando estuve de nuevo operativa, se habían marchado.

El ciborg apretó los puños. Sus reservas de energía se acercaban peligrosamente a su fin.

—Siempre supe que ese mago fugado nos traería problemas.

—Olvídate de él —espetó Sharon Reed. Su voz destilaba veneno—. No es lo que más debe preocuparnos. Preocúpate mejor de la Construcción GA. *Se ha ido.*

—Imposible. —En el fondo, X344 sabía que la mujer no mentía—. El clon no tenía mente. No era más que un cuerpo sobrehumano, creado sin inteligencia.

—¡Ya sé lo que se supone que tenía que ser! ¡Yo ayudé a diseñar ese puto engendro, te acuerdas! Sólo que no es lo que queríamos construir. La maldita cosa tenía consciencia de sí. Era *alguien*. Alguien que sabía exactamente lo que se hacía. Por eso me apuñaló Velma. ¡Obedecía sus órdenes!

Durante más de un año, cerca de cincuenta técnicos expertos de la Tecnocracia habían trabajado en el proyecto GA. El estudio pretendía producir el arma definitiva para la guerra en curso contra el enojoso grupo de obradores de la voluntad pertenecientes a las Nueve Tradiciones. Al mezclar la tecnología informática de Iteración X con la ingeniería biológica de los Progenitores, los Tecnócratas habían desarrollado un modelo prototipo para el clon más avanzado jamás construido. El ser era físicamente perfecto: más fuerte, rápido y listo que cualquier humano del mundo. Con un esqueleto reforzado, órganos internos diseñados genéticamente y sangre nanobit, el clon GA era prácticamente indestructible. Las heridas cicatrizaban en un instante y resultaba inmune a cualquier enfermedad. Tampoco envejecía.

Su cerebro era mayor y más poderoso que el de cualquier humano. Poseía un control total sobre todas sus funciones corporales. Las aplicaciones electrónicas repartidas por su sistema nervioso dotaban al clon de un increíble poder sobre las máquinas y los ordenadores. Un toque era todo lo que necesitaba para hacerse con el control de cualquier sistema operativo.

El clon era el ser más peligroso que hubiese creado jamás la Tecnocracia. Un ejército de estos seres habría destruido fácilmente a las Nueve Tradiciones. Había sido diseñado para poner fin a la Guerra de la Ascensión. De ahí el nombre del proyecto y del propio ser. *GA... el Guerrero de la Ascensión*. Ahora el clon era plenamente operativo, consciente de sí, y estaba en paradero desconocido.

—¿De quién es la mente que controla a la unidad GA? —preguntó X344, al tiempo que comprobaba sus brazos y orugas de tanque. Parecían operativas, aunque sabía que carecía de la energía para mantenerse así durante mucho tiempo—. ¿De alguno de los idiotas de las Tradiciones que irrumpieron aquí?

—No —repuso Sharon Reed. Su semblante se compuso en una máscara de confusión—. Por lo poco que pude ver y oír, deduje sin lugar a dudas que los artesanos de la voluntad de las Tradiciones habían venido para destruir al clon. Tenían miedo de él o, al menos, del ser en el que se había convertido.

—Genial —dijo X344, al tiempo que se incorporaba. Podía sentir la atracción del portal al Universo Profundo, un tirón constante e insistente. A su alrededor, la atmósfera del Colectivo silbaba al desaparecer dentro del enorme vacío oscuro. El viento comenzaba a arreciar. Hora de irse—. El puñetero clon lleva vivo quince minutos y medio universo quiere destruirlo. No sé por qué, tengo la terrible sospecha de que llevamos un año haciendo el mamón.

—Es lo mismo que creo yo —convino Reed, con ojos ardientes de ira. Hablaba en voz baja, mascando las palabras—. No soy el títere de nadie. Los idiotas que me manipularon lo pagarán con creces. Se ahogarán en su propia sangre.

—Sí, hombre. Muy dramático. Las palabras no cuestan dinero. Lo primero es lo primero, guarda esa mierda de la venganza para después. Me despertaste por una razón, Reed. No es que los dos seamos coleguitas, precisamente. Me cuesta imaginarte llorando en mi funeral. ¿Por qué habrías de tomarte la molestia? ¿Dónde está el truco?

La Directora de Investigaciones sonrió.

—El truco, querido engendro cabeza metálica, es que cuando los intrusos de las Tradiciones invadieron nuestro reino, se trajeron un molesto visitante con ellos, uno que dejaron atrás al marcharse. La bestia, aunque muy malherida, guarda la única salida que da a la Tierra. Conozco mis limitaciones. Soy una pensadora, no una luchadora. Además, se acaba el tiempo. A mí me sería imposible derrotar al monstruo. Sólo con tu ayuda tendré una oportunidad de escapar antes de que la estación al completo desaparezca dentro del Vacío Exterior. Por eso te he despertado.

—Por lo menos eres sincera. Mi jefe, el Interventor Klair, no se dignó mencionar el hecho de que la baliza del Universo Profundo pudiera entrañar peligro. Después de tantos años de lealtad y servicio. —X344 se encogió de hombros, pensando en lo rápido que se habían acallado los gritos de Klair cuando lo alcanzó el velo negro—. Pagó el precio por guardar secretos.

—No nos queda tiempo más que para verdades —intervino Reed. Miró a X344 con ojo crítico—. La bestia frente al muelle de carga es un tigre de dientes de sable. Mi mascota, Aosmo —señaló con una mano a la agónica masa octópoda—, le infligió graves heridas, pero el monstruo no está acabado, ni mucho menos. No será fácil matarlo.

—¿Tenemos alguna elección?

—La bestia o el portal al Universo Profundo. Prefiero la bestia.

—Tampoco es que a mí me vayan los viajes a lo desconocido. Juguemos con el gato gigante.

Sus cadenas chirriaron con estruendo al ponerse en movimiento. Mala señal. La batería de emergencia comenzaba a flaquear. Con tantos de sus componentes internos fuera de servicio, X344 no podía estimar la reserva de energía que le quedaba, pero sospechaba que no iba a bastar para acabar con una bestia salida de los albores de la humanidad.

—Esta criatura, ¿es una de las tuyas? —le preguntó a Reed mientras se acercaban al túnel del muelle de carga—. No sabía que los Progenitores estuviéseris jugando con la prehistoria.

—Nunca antes había visto algo parecido. Mis sentidos me dicen que no se trata de un producto de ingeniería genética. Ese monstruo no ha salido de un laboratorio, ni es obra de ningún artesano de la voluntad de las Nueve Tradiciones. El Efecto de la Paradoja no permitiría que tal bestia existiese en el Colectivo Gris. Me veo obligada a concluir que, en algún lugar de la Realidad Estática, aún resulta posible encontrar tigres gigantes.

—¿Tienes un plan? —quiso saber X344, que no podía estar menos interesado en los orígenes del dientes de sable—. ¿O se supone que tengo que aporrear al gato en la cabeza hasta que se tumbe?

—Haz lo que quieras.

La fuerza del viento arreciaba. Sus aullidos ahogaban las palabras. Alejarse del portal comenzaba a volverse algo extremadamente difícil.

—Llevo un anillo con veneno —declaró Sharon Reed, al tiempo que agitaba su mano derecha. Una banda dorada decoraba su dedo índice—. Contiene toxina suficiente para matar a un adulto en quince segundos. El efecto que pueda tener sobre un tigre dientes de sable, lo desconozco.

—Me quitaron todo mi arsenal cuando comencé a trabajar en el proyecto GA. El Especialista en Misiones Shade insistió. No quería accidentes, decía. —El ciborg hizo una pausa—. ¿Qué ha sido de Shade? No he visto su cuerpo por ningún lado. Ya había desaparecido cuando comenzó la cuenta atrás.

Reed sacudió la cabeza. Ya habían llegado al túnel que conducía al muelle de carga. El aire silbaba a su lado con la fuerza de una galerna, multiplicado su poder por la estrechez del pasillo. Era como caminar contra el viento en medio de una tormenta. Cada paso hacia delante suponía un esfuerzo.

—Se ha ido. Desaparecido. Otro misterio.

Un rugido de furia animal acalló cualquier posible respuesta. X344 había combatido contra un buen número de enemigos de la Tecnoocracia. No se asustaba con facilidad. No obstante, los gruñidos del tigre consiguieron que un escalofrío recorriera todo su cuerpo.

—Memoria racial —dijo Sharon Reed, pálido el semblante, trémula la voz—. Ecos de nuestro pasado lejano. El hombre primitivo combatía y mataba a estas bestias mucho antes del comienzo de la historia escrita.

—Viva el progreso.

Se encontraban al final del pasillo. Cautamente, X344 echó un vistazo a la dársena de carga. La plataforma era un dedo de cemento de unos doce metros de ancho por cuatro y medio de largo. Había espacio para tres camiones. Dos de los huecos se encontraban vacíos. El tercero lo ocupaba un camión de unas diez toneladas que parecía en buenas condiciones.

Un estrecho túnel, lo suficientemente ancho para un vehículo, se extendía a unos treinta metros más allá del muelle y terminaba en una pared lisa. La puerta a la Realidad Estática... la Tierra. El código correcto, tecleado en un transmisor acoplado al tablero de mandos del camión, abría el portal. Parecía fácil. Lo único que tenían que hacer era subir al medio de transporte y salir a la luz del día.

La plataforma se veía vacía. Los ojos de X344 escrutaron la zona. Por lo general, se fiaba de un sistema de detección del calor altamente sensible pero, por desgracia, al igual que muchos de sus implantes, en aquellos momentos se encontraba fuera de servicio. Dada igual. Tardó pocos segundos en descubrir al gran felino.

—Nuestro bebé se encuentra al final del túnel —informó, con calma—. Si corremos, podríamos subirnos al camión sin necesidad de luchar. ¡Vamos!

Tras propinarle un empujón a Reed para que avanzara en la dirección adecuada, X344 bajó rodando la plataforma. Hizo una mueca cuando sus ruedas de oruga patinaron sobre el cemento. Por primera vez en décadas, deseó seguir teniendo pies en lugar de aquellas cadenas. Su compañera, al no tener que vérselas con tales problemas, hacía gala de una rapidez de velocista. Ya había recorrido la mitad del camino que los separaba del camión.

Un colérico alarido animal que helaba la sangre estremeció las paredes de cemento. Moviéndose con la velocidad de un tren exprés, el tigre de dientes de sable cruzaba el túnel a toda prisa. O bien los había visto, o los había olido. X344 parpadeó al darse cuenta del tamaño del gigantesco felino. Medía al menos cuatro metros de largo y era casi tan alto como un hombre. La bestia debía de pesar más de quinientos kilos, todo músculo. Dos colmillos como cuchillas, de casi treinta centímetros de longitud, sobresalían de su mandíbula superior. El monstruo volvió a rugir mientras se acercaba. Corría como un rayo. No había manera de que X344 o Reed llegasen a tiempo al camión.

El ciborg hizo lo que tenía que hacer. Uno de ellos debía sobrevivir y alertar a la Tecnoocracia acerca de lo acontecido. El clon base suponía una amenaza para el futuro de toda la humanidad. Con toda su ira y su odio, el ciborg X344, otrora el hombre Ernest Nelson, creía en la Ascensión final de la humanidad y estaba dispuesto a sacrificarse por sus ideales.

Profiriendo su propio alarido de rabia, dirigió la energía que le quedaba a sus brazos y ruedas. Los demás sistemas de soporte vital se apagaron. Lo único que importaba era la fuerza de sus garras y cadenas. Chirriando sobre el cemento, se abalanzó a velocidad cegadora sobre el tigre. Encorvado sobre el pavimento, con la cabeza protegida por sus inmensos hombros, X344 se propulsó a sí mismo como un proyectil humano contra el felino. La bestia, al sentir el inesperado y repentino movimiento, cambió su rumbo a fin de establecer una trayectoria de colisión con su atacante. Quince metros los separaban, luego diez, luego cinco.

Con los ojos rojos encendidos, las fauces abiertas como la boca del infierno, el enorme dientes de sable se impulsó y surcó el aire. De haberse tratado de un hombre corriente, X344 habría quedado abierto en canal. Pero era un ciborg, mezcla de hombre y máquina. Eran pilas de fusión atómica lo que impulsaba su cuerpo, no músculos. Con una inyección de energía, aceleró en el momento en que el tigre abandonaba el suelo. Con la cabeza inclinada a tan sólo centímetros del cemento, rozándolo con las zarpas para mantener el equilibrio, salió disparado debajo de la bestia y hacia arriba.

El cemento y la carne restallaron con el estrépito de la sangre cuando el tigre gigante aterrizó de cabeza sobre la pista del muelle de carga. Durante un segundo, la bestia se tambaleó, aturdida.

Sin desaprovechar la oportunidad, X344 saltó a horcajadas sobre el tigre desorientado. Sus dedos de acero se hincaron en las sienas del monstruo, anclándose al llegar al hueso. Con un alarido de dolor, el tigre gigante intentó bajar de su lomo al ciborg, a zarpazos, pero los músculos superdesarrollados de la parte superior de su cuerpo y de su cuello le impedían alcanzar a X344 con sus garras. Entre aullidos, brincó hacia delante y hacia atrás, intentando que aflojara su presa. Mas toda la fuerza del ciborg se hallaba concentrada en sus brazos.

Con las rodillas apretadas firmemente a los flancos de la bestia, con los dedos encajados en la osamenta ensangrentada del tigre, X344 resistía. Igual que la famosa figura alegórica, iba a lomos del tigre. Apearse supondría su muerte.

El viento silbaba en los oídos del ciborg. Pequeños remolinos de polvo recorrían el túnel a medida que la atracción del portal del Universo Profundo se volvía más fuerte. Los últimos habitantes del Colectivo Gris se estaban quedando sin tiempo.

Escupiendo espumarajos sanguinolentos, la bestia se alzó sobre sus cuartos traseros. Sus zarpas buscaron el techo. X344 profirió una maldición. Si se soltaba se arriesgaba a morir pero, si el descomunal tigre se dejaba caer de espaldas, su peso lo aplastaría. No podía hacer nada. Se le había acabado la suerte.

Un motor diesel aulló a escasos metros. Igual que un enorme martillo pilón, el capó de acero del camión se estrelló contra el bajo vientre del dientes de sable. Los huesos se rompieron como cáscaras de cacahuete. Con un chasquido, la descomunal bestia se desplomó sobre el parabrisas del vehículo. Aferrado al lomo del monstruo, X344 intentó inhalar una profunda bocanada de aire, pero no pudo. Con todo, se negaba a soltarse. El tigre aún no estaba muerto.

Con su imponente cabeza a centímetros de la cabina del camión, el tigre descargó un zarpazo contra el cristal reforzado del parabrisas. Aunque lo habían diseñado para detener balas a gran velocidad, la ventana no era rival para el tigre. X344 vio de reojo el demudado semblante de Sharon Reed. Sus manos aletearon por un segundo, antes de desaparecer mientras el tigre malherido intentaba trepar por el capó para llegar al interior de la carlinga.

Las garras de la bestia se hundieron en la chapa metálica cuando, muy despacio, volvió a erguirse sobre sus cuatro patas. Todo su cuerpo se estremecía entre estertores de dolor. Intentó dar un paso hacia delante sobre la resbaladiza superficie. Tosió de nuevo, tembloroso. Se había olvidado de X344. El tigre se tambaleaba, sus patas apenas lo sostenían.

La bestia alzó la cabeza y abrió sus fauces para emitir un rugido de desafío. No produjo sonido alguno. Igual que un globo que acabara de toparse con un alfiler, el tigre se desplomó sobre la capota del camión. X344, apenas vivo, aferrado firmemente a la espalda del monstruo, no se movió. No tenía intención de comprobar si al tigre le quedaban fuerzas para un último ataque. Había visto a otros menos cautos que él muertos en circunstancias igual de impredecibles.

—Está muerto —anunció Sharon Reed, que asomaba la cabeza tras el salpicadero. Sacó una mano por el parabrisas desmenuzado y palmeó una de las enormes patas del tigre para asegurarse—. Tardó veintisiete segundos.

—¿Veintisiete segundos? —repitió X344 mientras descendía con mucho cuidado por la espalda del dientes de sable. Muerta, la bestia no resultaba menos impresionante que viva. Ahora veía por primera vez lo malherido que había estado el animal en el momento de atacar. Uno de sus ojos había desaparecido, reducido a pulpa, y su pata derecha trasera era una masa desmenuzada de músculos y hueso. Los enormes hematomas negros que le salpicaban el cuerpo indicaban que había sufrido serias heridas internas combatiendo contra el horror que Reed había llamado Aosmo. La bestia había soportado lesiones que habrían terminado con cualquier otro ser vivo. Así y todo, había plantado cara hasta el final.

—Mi veneno —dijo Reed, enseñándole su anillo—. De lo más potente. Se lo clavé al gatito cuando metió la zarpa por el parabrisas. Después de eso, era cuestión de esperar y observar.

—Formamos un buen equipo. —X344 empujó al tigre de dientes de sable hasta dejarlo tendido sobre la pista de la dársena—. Los músculos y el cerebro. —Miró fijamente a Reed a través del destrozado parabrisas. Le quedaban pocas fuerzas. Incluso mantener los ojos abiertos estaba costándole un gran esfuerzo. El viento tiraba de él, intentando desasirlo del metal y arrastrarlo por el cemento—. Y ahora, ¿qué?

—Está hecho una ruina. Cuerpo malherido. Casi sin energía. La atracción de la baliza se vuelve cada vez más fuerte. El Colectivo Gris está condenado. Si me voy, el portal te devorará en cuestión de minutos. Siempre y cuando sigas vivo para entonces.

—Ésa es la verdad —convino X344. Reed hablaba demasiado—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—Tan sólo quiero que recuerdes que la continuación de tu existencia se debe a mi intervención. Soy la que te ha salvado. No lo olvides. —La mujer abrió la puerta del pasajero del camión—. Entra. Necesitas una revisión general y una reparación completa. Quiero que un técnico Progenitor me saque este cuchillo de la espalda. A los dos nos hará falta una temporada en tanques de regeneración.

La Directora de Investigaciones pisó el acelerador y el camión saltó hacia delante. Frente a ellos, la pared en blanco osciló y se tornó opaca. El portal a la Tierra se había abierto.

—Al Consejo Interno no le va a parecer nada bien todo este lío —declaró la mujer—. Querrán respuestas. Sospecho que seremos los que elijan para encontrarlas. —Una sonrisa cínica afloró a los labios de Reed—. Tienes razón en eso que has dicho. Formamos un buen equipo. ¿Quién sabe? Con un poco de suerte, a lo mejor descubrimos la verdad.

—Si ese portal al Universo Profundo del laboratorio forma parte de la respuesta —repuso X344, con voz trémula—, no estoy seguro de querer averiguarla.

Dicho lo cual, desaparecieron y, con ellos, los últimos vestigios de vida del Colectivo Gris. Fue el primer reino en caer en lo que habría de conocerse entre los Despertados como la Guerra del Horizonte. No sería el último.

UNO

—Creo que ha llegado la hora —dijo el hombre conocido tan sólo como Diecisiete— de formar un consejo de guerra.

Su mirada recorrió el pequeño círculo de sus compañeros, cinco en total. Sam Haine, el Hombre Cambiante; el amigo de Sam, Albert, curandero y chamán; la mujer guerrera, Sombra del Amanecer; el mentor de ésta, el artesano de la voluntad conocido como Kallikos, aparentemente sin edad; y él mismo, una incógnita viviente, un mago sin nombre ni pasado. Juntos, habían afrontado los peligros del Colectivo Gris y salido con vida. Habían rescatado a una docena de magos de las Tradiciones, prisioneros del reducto tecnócrata. Bajo la guía de su amigo y aliado, Alvin Reynolds, los cautivos ya iban de camino a sus hogares. No obstante, el principal objetivo de su misión, la destrucción del clon base GA, había fracasado. Aquel misterioso ser se había desvanecido un instante antes que la katana de Sombra pudiera reducirlo a trizas.

Habían transcurrido dos días desde su expedición al Reino del Horizonte. Aquellas cuarenta y ocho horas habían estado cuajadas de frenética actividad. Tras su huida de la fortaleza de la Tecnocracia, habían viajado hacia el norte con sus camaradas rescatados, buscando la seguridad de la cábala de Casey, emplazada a escasos kilómetros a las afueras de la ciudad de Rochester, Nueva York. Allí, protegidos por la santidad del calvero místico cuyo poder servía de eje para la comunidad de magos, Diecisiete y sus amigos habían empleado casi todo un día interrogando a los ex prisioneros del Colectivo Gris. Las respuestas habían sido desalentadoras.

Ninguno de los cautivos sabía nada acerca de la auténtica naturaleza del clon base. Ni siquiera Cindy Reynolds, la hermana de Alvin, que contribuyera en su día a la fuga de Diecisiete, pudo arrojar luz alguna sobre el verdadero propósito del ser artificial. Como decepción añadida, ninguno de los prisioneros sabía nada del pasado de Diecisiete ni de su identidad real.

—Nada —había informado Alvin Reynolds, meneando la cabeza—. Conseguí infiltrarme por unos instantes en el ordenador central del Colectivo mientras los demás liberabais a los prisioneros. Me resultó imposible husmear en los archivos codificados referentes al clon base. Aunque los informes de los cautivos no estaban protegidos, así que me bajé toda la información que pude conseguir. Todos los que salvamos están registrados ahí, además de aquellos fallecidos durante el transcurso de los experimentos de los Progenitores —alzó una mano en un gesto de derrota—. Todos menos tú, Diecisiete. No se menciona tu existencia por ninguna parte. Ningún nombre, ninguna parte de tu captura, ni siquiera un informe donde se detallen las modificaciones realizadas sobre tus sistemas sanguíneo y nervioso. Es como si nunca hubieras existido.

—O —intervino Sam Haine, cuya mente podía ir por derroteros tan retorcidos como la de cualquier Tecnócrata—, puede que alguien quisiera mantener en secreto la identidad y trasfondos del pobre Diecisiete. Sobre todo para quienes vinieran detrás.

—¿Quién? —preguntó Diecisiete, a sabiendas de que Sam jamás aventuraba una idea a menos que dispusiera de pruebas que la sustentaran.

—No sé su nombre a ciencia cierta, pero sospecho que todos conocemos el aspecto de la jovencita. Se iba con nuestro amigo don clon cuando llegamos a ese puñetero Colectivo.

—La doble de Jenni Smith —musitó Diecisiete, acordándose de la desconcertante muchacha rubia que había conocido en la cábala de Casey hacía poco más de una semana.

—Ahí estamos, hijo —convino el Hombre Cambiante—. Esa chica no es trigo limpio. Apúntate bien lo que te digo, Diecisiete. Descubre qué es lo que se trae entre manos y sabrás cuál es tu verdadero nombre.

Tras muchas horas de preguntas y respuestas, todos los implicados en la aventura, así como los rescatados, llegaron a la conclusión de que ya no había nada más de importancia que pudieran compartir. Los prisioneros habían estado muy aislados de los acontecimientos del Reino del Horizonte. Las pocas piezas con las que podían contribuir no aportaban nada nuevo al rompecabezas. Había llegado la hora de las despedidas.

Los prisioneros ansiaban su libertad. Habían pasado meses en cautividad, enfrentados de continuo a la inminente perspectiva de su ejecución. Ahora que estaban a salvo, querían salir a la calle. Más que ninguna otra cosa, los magos rescatados anhelaban regresar a sus hogares, a sus familias, a sus vidas. Diecisiete y sus camaradas no pensaban oponerse a sus deseos.

Alvin Reynolds accedió a ocuparse de los detalles. Los miembros de su cábala, las Manos de la Esperanza, habían organizado muchos cambios de dirección y reuniones en el pasado. Unas cuantas llamadas telefónicas nocturnas echaron a rodar las ruedas precisas. Al atardecer del día siguiente, todos los prisioneros se habían ido, a salvo y en dirección a sus hogares, escoltados por una red de redirección de refugiados clandestina de ámbito nacional. En un mundo sin leyes que previnieran el abuso infantil o los malos tratos domésticos, esta organización secreta cubría un hueco tan aterrador como necesario. Las probabilidades de que se pudiera seguir la pista a cualquiera de los prisioneros eran mínimas. Los magos de las Tradiciones que huían de los sicarios de la Tecnocracia pasaban desapercibidos entre los miles de niños y mujeres desesperados por encontrar un refugio seguro donde pasar la noche. La cruda realidad actuaba como una máscara efectiva.

Reynolds y su hermana fueron los últimos en marcharse.

—Volveré —había prometido el hombretón mientras ultimaba los detalles de su éxodo—. Lo único que quiero es asegurarme de que Cindy llega a casa sana y salva, rodeada de multitud de amigos y potencia de fuego.

—No puedo decir que te culpe por ello, hijo —dijo Sam Haine—. Un hombre tiene que proteger a su familia. —El anciano de pelo cano sonrió—. Mi problema es que me da por creer que todos los muchachos de las Tradiciones son parientes míos. Cuidate. Vuelve con nosotros cuando puedas.

—Eso haré —prometió Reynolds. Tendió la mano en dirección a Diecisiete—. Amigo, me trajiste esperanza cuando había renunciado a ella. Sin ti, jamás habría encontrado a mi hermana. Es mucho lo que te debo, y no soy de los que olvidan sus deudas.

Ambos hombres se estrecharon la mano, solemnes. Había llegado el turno de Cindy Reynolds de decir adiós.

Las lágrimas inundaban los ojos de la esbelta mujer mientras apoyaba las manos sobre los hombros de Diecisiete. Lo abrazó con fuerza. Era la primera vez que aquellos dos prisioneros se tocaban.

—Me salvaste, Diecisiete —declaró Cindy, con palpable emoción en la voz—. Convertiste lo imposible en posible. La noche en que huiste, tuve el presentimiento de que morirías.

—Fueron muchos los que me ayudaron —dijo Diecisiete, sonriendo—. Tú la que más. —Con delicadeza, la apartó de sí. Las emociones fuertes le incomodaban—. Volveremos a vernos —concluyó, diciendo adiós con la mano—. Estoy seguro de ello.

—Espero que sea en circunstancias más favorables —intervino Sam Haine, mientras hermano y hermana se alejaban—. Odio las largas despedidas. Me dan hambre. A comer, hijo.

Cuando la cena estuvo servida y los cinco se encontraron solos en el calvero sagrado, no muy lejos de la casa común de la cábala de Casey, eran casi las diez de la noche. Una pequeña hoguera y la luz

de la luna se encargaban de iluminar la escena. No es que a Diecisiete le importara. Podía ver a la perfección en una oscuridad casi total.

—Todas nuestras cartas están sobre la mesa, hijo —comenzó Sam Haine—. Vamos a examinarlas y anotar los marcadores.

Con una mueca, Diecisiete cruzó los brazos sobre su inmenso torso. Era un hombre alto. Vestía unos pantalones vaqueros por todo atuendo, sin zapatos ni camisa. Sus músculos, semejantes a bandas de acero, sobresalían en marcado relieve bajo su piel blanca como la tiza. Daba la impresión de estar esculpido en sólida roca. Su rostro anguloso, de pronunciada mandíbula cuadrada, era completamente barbilampíño. Sus enormes manos, rematadas en fuertes dedos, se habían cerrado para formar dos puños inmensos.

—Es más fácil decirlo que hacerlo —replicó Diecisiete—. Me siento igual que un ciego al que le hayan dado un mazo de cartas y tenga que ordenar una escalera de color. Sé que todo debe tener algún sentido, pero para mí es invisible.

—Meditada analogía, mi buen amigo —dijo Albert. Negro, de casi dos metros veinte de alto y delgado como el palo de una escoba, rara vez hablaba pero, cuando lo hacía, sus comentarios dejaban entrever una mente aguda—. Disponemos de mucha información. Lo que ocurrió durante nuestra breve incursión en el Colectivo Gris resulta importante sólo si lo observamos a la luz de todo lo acontecido con anterioridad. El clon base ocupa el centro de un enorme rompecabezas. Tenemos todas las piezas. Ahora debemos unirlos para formar un todo. A fin de comprender la importancia del clon base, debemos analizar todos los acontecimientos que giren en torno a su creación como si fueran un conjunto coherente, no como una serie de ocurrencias sin relación entre sí.

—Lo que dices es que los ataques de los que he sido víctima, las graves acusaciones que formuló Jenni Smith... —comenzó Diecisiete.

—...y muchas más cosas, todo ello relacionado con lo que ocurrió en el Colectivo Gris —concluyó Albert—. ¿No estás de acuerdo, Sam?

—Desde luego, mondadientes africano —convino el Hombre Cambiante, con una sonrisa—. Hemos pasado tanto tiempo juntos que ya pensamos igual. A veces resulta de lo más bochornoso.

Sin ruido alguno, Sombra del Amanecer se puso de pie. Alta y cimbreña, con el negro cabello recogido en una larga trenza, ejemplificaba la gracia en movimiento. Iba descalza, ataviada con una chaqueta holgada de color azul y pantalones a juego. Una enigmática sonrisa curvaba sus labios.

—Como alumna —dijo, en voz baja y respetuosa— aprendí que, para el observador atento, no existen las coincidencias. En nuestro mundo, nada ocurre por caprichos del azar. En todas partes hay un patrón, un tapiz tejido con muchos colores. La Rueda del Drahma gira y nosotros bailamos a su son.

Diecisiete se mordió el labio inferior. Encontraba extremadamente atractiva a Sombra del Amanecer. La guerrera japonesa era la mujer más fascinante que había tenido ocasión de conocer. No le importaba que pudiera cortarlo en tacos diminutos con sus espadas gemelas si se lo propusiera. Sus habilidades marciales formaban parte de su halo místico. Sus recursos como oradora, no obstante, dejaban mucho que desear.

—¿Te importaría desarrollar esa idea un poco más? —pidió, sonriendo. La joven asintió con la cabeza.

—Con vuestro permiso.

—Por mí vale —dijo Sam Haine, al tiempo que encendía uno de sus puros especiales, de los que no oían ni expulsaban humo—. Me encanta escuchar lo que pasa por la cabeza de una mujer hermosa.

—Sam se maneja de tal modo con las palabras —intervino Albert— que a veces me pregunto si el inglés será su lengua materna. Por favor, prosigue. Estoy seguro de que tus revelaciones nos serán de gran ayuda.

Sombra lanzó una mirada a Kallikos. El mago de la barba negra hizo un leve gesto aquiescente. Desde su regreso del Colectivo Gris, el misterioso brujo apenas había abierto la boca. La mayor parte del tiempo permanecía sentado en muda contemplación, con los ojos fijos en paisajes invisibles para los demás.

—*El Guerrero de la Ascensión* —dijo Sombra. Su voz aterciopelada levantó ecos en el calvero sagrado—. Ése es el nombre que empleaban los Tecnócratas del Colectivo Gris para referirse al clon base. Alvin Reynolds lo descubrió en los archivos informáticos que descargó del ordenador central del Colectivo Gris. Junto con el hecho de que casi cincuenta magos de Iteración X y los Progenitores llevaban un año trabajando en el diseño y el crecimiento del clon.

—Siempre había pensado que crear un biomecanismo era coser y cantar para los Tecnomantes —dijo Albert.

—Sólo que este bebé no era como los clones corrientes de todos los días —apostilló Sam Haine—. Esos bastardos estaban dejándose los cuernos en su trabajo. Tenemos a Diecisiete como prueba de ello. Míralo. El chaval tiene una sangre que le cierra las heridas y le proporciona una fuerza increíble, suficiente para matar a un sauroide sin necesidad de armas. Y recuerda que no era más que el prototipo experimental. Ese tal Guerrero de la Ascensión probablemente posea todos los poderes de Diecisiete y alguno más.

—Los archivos descargados dejaban bien claro que los brujos del Colectivo Gris estaban intentando crear la máquina de combate definitiva para la Guerra de la Ascensión —continuó Sombra—. Planeaban hacer cientos de copias del clon base y transferir las mentes de sus mejores magos a dichas formas. Estos superseres genéticos, casi inmortales y casi imposibles de matar, terminarían con las Nueve Tradiciones y asegurarían la supremacía indisputable de la Tecnocracia.

—Una imagen más bien aterradora del futuro de la humanidad —dijo Albert, con un escalofrío—. Sacada directamente de las peores pesadillas de H.G. Wells y George Orwell.

—Tonterías —recriminó Sam Haine—. Eso nunca podría ocurrir, ya deberías saberlo, Albert.

—¿Por qué no? —quiso saber Diecisiete.

—Porque esos muchachos de la Tecnocracia no es que sean precisamente uña y carne. —Cuando se sulfuraba, el hombre de pelo cano tendía a adornar sus enunciados—. El amor que sienten los unos por los otros no supera al que se profesan nuestros Verbena y Eutánatos. Sus Convenciones se ven separadas por abismos insalvables. Los cabezas de lata de Iteración X y los taxidermistas de los Progenitores quizá hayan puesto buena cara mientras trabajaban en el clon base, pero puedes apostar tu último níquel a que planeaban traicionarse entre sí y apoderarse por completo del proyecto en cuanto lo hubieran completado.

—Sentí cierta rivalidad entre varios de mis apresadores —convino Diecisiete, intentando rememorar sus días de cautiverio.

—¿Rivalidad? ¡Ja! Hijo, llevo años espiando a esos infelices descarriados.

Como Hombre Cambiante, Sam Haine hacía gala de unas asombrosas habilidades mágicas que le permitían adoptar el aspecto de cualquiera con quien se encontrara. El que hubiera empleado su talento para infiltrarse en la Tecnocracia no era algo que sorprendiese a Diecisiete. Nada de lo que pudiera hacer Sam le sorprendería.

—Los líderes de cada rama de las Cinco Convenciones que conforman la Unión Tecnócrata están convencidos de que son los únicos que conocen la auténtica senda que conduce a la salvación. ¿Os

suenan de algo? No son tan distintos de muchos de los magos que podemos encontrar en las Nueve Tradiciones. Dale poderes mágicos a un hombre y enseguida sabrá cómo hay que regir el universo —Sam Haine soltó un bufido para alejar las guías de su bigote de las comisuras de sus labios—. Despertado no es sinónimo de listo, hijo, sino de terco como una mula. En cualquier caso, lo cierto es que no hay forma en este planeta verde de Dios de que esos Tecnomantes pudieran acceder a compartir el clon base. ¿Te acuerdas del aspecto que ofrecía el Colectivo Gris cuando nos dejamos caer por allí? No era un dechado de orden, ¿a que no? Al parecer, nuestros amigos ya se habían enfrascado en algún tipo de trifulca antes que soltásemos a nuestro tigre mascota.

Sombra carraspeó. Diecisiete esbozó una sonrisa. La explicación de la joven acerca del tapiz multicolor no había avanzado mucho. Sam Haine tenía la costumbre de adueñarse de cualquier conversación y retorcerla a su antojo.

—Me gustaría decir algo acerca de eso —dijo la joven.

—Claro —Sam sacudía su enorme puro, cuyo extremo encendido refulgía escarlata a la luz de la luna—. Siga hablando, señorita Sombra. Hasta ahora, está dando en el clavo.

La japonesa esbozó una sonrisa y sacudió la cabeza.

—Gracias. Había un buen número de cuerpos diseminados por el laboratorio principal del Colectivo Gris cuando llegamos. Aunque no tuve la oportunidad de estudiarlos de cerca, parecía obvio que entre ellos se contaban magos alterados biológicamente y con implantes de metal. Creo que podemos asumir sin lugar a dudas que el juicio de Sam Haine acerca de la rivalidad entre ambas Convenciones es exacto. Al parecer, con la finalización anticipada del proyecto del clon base, estalló la guerra entre las dos facciones enfrentadas.

—¿No te olvidas del pulpo gigante o lo que sea que luchó con nuestro gato? —interrumpió Sam Haine—. ¿Y de esos robots gigantes esparcidos como cáscaras de nuez por todo el suelo?

—No —suspiró Sombra—, no me olvidé de esos seres. Más pruebas de la batalla que interrumpimos. —Se apresuró a continuar antes que Sam pudiera añadir nada—. Tampoco estoy pasando por alto la tercera fuerza en disputa. El ser que llamaste Emperatriz Aliara, la Condesa del Deseo. Una de los Maeljin Incarna.

—Así es como se llama —sonrió Sam—. Me he encontrado con ella en un par de ocasiones durante mis viajes por la Teluria. Tuve el buen juicio de mantenerme siempre alejado de ella. Es veneno, simple y llanamente. Una de los Señores Oscuros que habitan en la Umbral Profunda. Tiene su cuartel general en un lugar llamado Malfeas, a las puertas del infierno.

—¿Qué estaba haciendo en el Colectivo Gris? —preguntó Diecisiete—. Y, ¿fue realmente buena idea arrojarla a aquel portal?

—Respondiendo primero a tu segunda pregunta —dijo Sam—, *no*. Fue la mayor locura que he hecho en mi vida. Cualquiera diría que un viejo como yo debería estar ya escarmentado. —El hombre de pelo cano dio una profunda calada a su puro y sonrió de oreja a oreja—. Pero no me pude aguantar. No son muchos los que pueden fardar de haber enviado a uno de los Maeljin Incarna volando hacia el limbo. Estoy seguro de que Aliara hará que me arrepienta durante toda la eternidad pero, si se volviese a presentar la ocasión, lo haría de nuevo.

—Eres incorregible —recriminó Albert, con una mezcla de afecto y orgullo en su voz.

—Y bien orgulloso de ello que estoy.

—La Tecocracia teme y odia a los Señores Oscuros —dijo Albert mientras Sam calaba su habano con fruición—. El principal propósito de la Unión Tecnócrata es mantener la Realidad a salvo de criaturas como los Maeljin Incarna, espíritus que encarnan la pasión descontrolada. Aliara representa la

antítesis de la ciencia y la razón. Sin lugar a dudas, no se encontraba en el Colectivo Gris porque hubiese recibido una invitación.

—Fue para adueñarse del clon base —saltó Kallikos, cogiendo a todo el mundo por sorpresa. El hombre de la barba negra se puso de pie. Era alto, de edad incierta, piel dorada, anchas espaldas y figura atlética. Su largo cabello oscuro caracoleaba recogido en una coleta. La nariz aguileña y los grandes ojos endrinos le conferían un aspecto marcadamente aquilino—. Al igual que los demás, Aliara pretendía utilizar la forma del clon para sus propios fines.

—¿Cómo? —preguntó Diecisiete—. Comprendo que las diversas facciones de la Tecnocracia planeaban usar al clon base contra las Tradiciones pero, ¿qué posible utilidad podría tener para una Señora Oscura?

—Quería llenar el cuerpo vacío con su esencia —dijo Kallikos—. Al igual que todas las criaturas de la Umbra Profunda, Aliara carece de auténtica forma material. No puede materializarse sobre la Tierra sin la ayuda de ingentes sacrificios de sangre. Estoy convencido de que Aliara veía al clon base como la respuesta a su más ferviente deseo. —El brujo miró a Sam Haine—. Dondequiera que ese portal al Universo Profundo depositara a Aliara, lo más probable es que ésta no sufriera daños permanentes. Los Señores Oscuros son casi indestructibles. Te aconsejo de corazón que te mantengas alejado de los Reinos de la Umbra por una temporada.

—Eso es precisamente lo que pensaba hacer. No hay nada como el hogar, como digo siempre. Sobre todo si al otro lado de la puerta te espera un infierno desencadenado.

—Los Maeljin Incarna están tan consumidos por el odio que no son capaces de fijar su atención sobre un mismo individuo por mucho tiempo —continuó Kallikos—. La Condesa del Deseo terminará por olvidarse de ti pero, de momento, vigila tus espaldas.

—Estoy ojo avizor. Igual que Albert, mi arma secreta.

—El interés que siente Aliara por el clon base nos ayuda a definir nuestro tapiz —dijo Sombra del Amanecer—. Su implicación clarifica muchas de las cosas que carecían de explicación.

—Ah, ¿sí? —Diecisiete parecía perplejo—. Creo que me he perdido algún detalle.

—Resulta sencillo si miras el cuadro en su conjunto —dijo Sombra, sonriendo a Diecisiete, antes de mirar a Kallikos—. ¿Puedo continuar?

—Desde luego. Intervine sólo para aclarar la posible motivación de Aliara. No pretendía interrumpir.

—Lo entiendo —convino Sombra, con una sutil nota de enojo en la voz—. Ya sé que ninguno de vosotros se atrevería a hablar a destiempo. Sois demasiado educados.

Diecisiete reprimió una sonrisa. Sus compañeros, al igual que la mayoría de los artesanos de la voluntad, tendían a tener en muy alta estima sus propias opiniones, y se las veían y deseaban para permanecer en silencio siquiera durante algunos segundos.

—El propósito original del proyecto GA está claro —señaló Sombra, en voz neutra y calmada—. Era un esfuerzo por combinar la maestría de los Geningenieros de los Progenitores con los brujos de vanguardia de Iteración X. Los esfuerzos combinados de ambos grupos dieron lugar a un nuevo clon que bautizaron como el Guerrero de la Ascensión. Al darse cuenta del tremendo potencial de dicho ser, las dos facciones conspiraron para destruir a sus colaboradores una vez finalizado el trabajo. Mientras tanto, Aliara supo del proyecto gracias a una de sus espías infiltradas en la Tecnocracia. La Señora Oscura, aguijoneada por las posibilidades que ofrecía el clon, forjó sus propios planes para adueñarse de él. Por tanto, había tres grupos distintos ansiosos por apoderarse del Guerrero de la Ascensión en cuanto fuese completamente operativo.

Sam Haine asintió, al tiempo que exhalaba una nube de humo.

—La fuga de Diecisiete atemorizó a los líderes de Iteración X tanto como a los de los Progenitores —prosiguió Sombra—. Ambas facciones temían que, si contactaba con la gente adecuada dentro de las Nueve Tradiciones, éstas podrían darse cuenta de la amenaza que suponía el proyecto GA y atacar el Colectivo Gris. Diecisiete constituía un peligro excepcional porque había sido el sujeto de estudio de muchos de los tratamientos experimentales del proyecto. Era el vivo ejemplo de la amenaza que crecía entre los muros del laboratorio secreto. Los Tecnomantes tenían que silenciarlo.

—Por eso enviaron a aquellos HIT Mark para encontrarme y eliminarme —añadió Diecisiete—. Y, luego, a los Hombres de Negro. —Frunció el ceño—. Pero, entonces, ¿quién fue el responsable de la banda de motoristas?

—Aliara —concluyó Sombra—. Los forajidos eran peones de la Maeljin Incarna. Ajena a los esfuerzos de los Tecnomantes, la Señora Oscura convocó a sus propias fuerzas para ocuparse de tu fuga.

—Puede que sí —dijo Sam Haine—. Puede que no. El problema es, Sombra, que te faltan años para ser algo más retorcida. Haz caso de alguien que lleva el tiempo suficiente dando vueltas por aquí como para ser uno de tus deshonoros antepasados. Eres sagaz, pero hacen falta décadas de decepciones y puñaladas traperas para ver el mundo desde la perspectiva adecuada.

—¿Quién crees tú que envió a los motoristas? —preguntó Diecisiete.

—Otra persona. La explicación de Sombra es fácil y bonita. El único problema es que se equivoca de medio a medio. La vida no es tan sencilla. Hay al menos cinco partes implicadas en este lío. Las pruebas son tan claras como el agua de este manantial, si lo miras bien de cerca. —El anciano de pelo cano sofocó una risita—. Nuestros amigos del Colectivo Gris, ambos grupos actuando en armonía, estuvieron detrás de los Hombres de Negro. Como has dicho, querían muerto a Diecisiete. Los motoristas vinieron por el mismo motivo, pero no obedecían a Aliara ni a la Tecocracia. Lo siento, pero el Nuevo Orden Mundial no es de los que permiten cagadas como aquélla. Quienquiera que empleara a los forajidos era nuestro enemigo número tres, cuya identidad sigue siendo un misterio. —Sam hizo una pausa—. Aliara es el enemigo número cuatro. Envio a la loca que descuartizó al tipo que amenazaba a Diecisiete. Las acciones de la asesina me recuerdan al comportamiento típico de los esclavos de la Señora Oscura.

—Pero, ¿por qué querría Aliara que Diecisiete siguiese con vida? —quiso saber Sombra.

—Porque a la muy zorra le gustaba tener preocupados a los Tecnomantes —respondió Sam—. Los necesitaba asustados, a fin de que trabajasen más rápido. Aliara sabía que no iban a cancelar el proyecto. Probablemente lo arregló para que no pudieran siquiera aunque lo intentaran. Vivo, Diecisiete suponía una amenaza. Muerto, no era nada. Así que, cuando supo que los Hombres de Negro iban a por nuestro chico, instruyó a su agente para que saboteara el ataque.

—¿Y el quinto? —preguntó Diecisiete.

—Tú la has visto más que cualquiera de nosotros, hijo. Jenni Smith. La moza que te acusó de asesinato en este mismo claro hace una semana. La que desapareció junto con el clon base en el Colectivo Gris. No sé por qué, pero me da la impresión de que es mucho más vieja de lo que parece. No me preguntéis porque no sabría daros ninguna respuesta, pero ella es otra de las jugadoras en esta partida, una de las buenas.

—Seis —dijo Diecisiete—. Estás pasando por alto a la persona más relevante y, al mismo tiempo, más misteriosa de todo este enredo. —Se giró y miró directamente a Kallikos—. ¿Quién es el clon base?

—N-n-no estoy seguro. —La voz del mago sonaba quebrada. Una extraña expresión compungida torturaba su semblante—. Aunque puedo observar el futuro en visiones, no soy capaz de ver el interior

de un corazón humano. Ni de interrogar al espíritu de un hombre, a su Avatar. Durante siglos, estuve seguro de conocer la identidad del renacido en el Colectivo Gris. Ahora, tras haberlo visto en carne y hueso, ya no estoy tan convencido. Podría ser aquel al que temo. O podría tratarse de alguien completamente distinto, el resultado de una conspiración aún más oscura.

El rostro de Kallikos se ensombreció aún más. El vidente se había incorporado. De pie junto al fuego, su ondulante figura ofrecía un aspecto fantasmagórico.

—Su nombre real importa poco. Quienquiera que sea, el futuro que promete sigue siendo el mismo. Esa visión no ha cambiado. —Giró la cabeza para recorrer con la mirada a todos los reunidos, como si esperase una respuesta—. Mañana y los días venideros aún no han sido prefijados. Veo lo que podría ser, no lo que ya existe. El futuro se alza sobre decisiones tomadas en el presente. Mi visión me habla de probabilidades, no de realidades. Mis palabras son un aviso, no una certeza.

A pesar de que la noche era cálida y las estrellas ardían como antorchas prendidas en el firmamento, el calvero pareció de improviso frío y oscuro. Los ojos del barbón se veían desorbitados, fijos en escenas que escapaban a la percepción mortal. Su piel dorada se tornó cenicienta de pavor. Las palabras de Kallikos tañeron como las notas de una campana fúnebre, repicando muerte y desolación.

—La destrucción de las Nueve Tradiciones —entonó, sin apenas mover los labios—. La corrupción e inevitable caída de la Tecnocracia. El mundo envuelto en una mortaja de tinieblas. El cese del pensamiento individual. La humanidad ahogada en un mar de sangre ennegrecida. El derrumbe del muro que separa la vida de la no muerte. —El rostro de Kallikos era una máscara de completa desesperación. Como en trance, sus labios lívidos pronunciaron la última profecía—: El fin del bien. El triunfo de la maldad absoluta.

DOS

Horas después, la horripilante profecía de Kallikos todavía resonaba en la cabeza de Diecisiete. Los demás habían regresado a la mansión que servía de hogar para la cábala de Casey. Se encontraba a solas, sentado frente a los rescoldos de la hoguera agonizante, contemplando un mundo de tinieblas.

Tras completar su letanía de desesperación, Kallikos se había desplomado inconsciente. Sombra del Amanecer estuvo a su lado al momento.

—No sufre daños —anunció la joven tras un rápido examen—. A menudo, estas visiones lo asaltan por sorpresa y lo dejan extenuado. Ya ha ocurrido antes. Lo único que necesita es paz y tranquilidad durante lo que queda de noche. Una vez haya descansado, el vidente volverá a estar bien.

—Un buen sueño es la cura idónea —declaró Sam Haine—. Albert y tú podéis llevar a Kallikos de regreso a la mansión. La cábala de Casey se asegurará de que no lo molesten. No es de extrañar que un Maestro del Tiempo se desmaye en alguna que otra ocasión, con todas esas condenas y malos augurios. La noche eterna es más que suficiente para dejar a uno sin sentido. —El hombre de pelo cano sacudió la cabeza—. No es que yo crea en todo eso del fin del mundo y demás, ya sabes. Predecir el futuro es un talento que no poseo... ni envidia. Prefiero que sean los videntes y los profetas los que distinguan la verdad de un mal sueño. La probabilidad, las posibilidades y las múltiples líneas temporales me dan dolor de cabeza. Prefiero otro tipo de conversaciones más placenteras. Esta noche, planeo tener una buena charla con un tal señor Jack Daniels —miró a Diecisiete—. ¿Te apuntas, hijo? Albert es un buen amigo, pero tiene demasiados vicios. El no beber encabeza la lista. Un trago de güisqui entra mejor en buena compañía. Además, me sé un hechizo que cura la resaca antes de que aparezcan los síntomas.

—Gracias por la invitación, pero paso. La tranquilidad de este claro encaja con mi estado de ánimo. Me atrae la idea de pasar unas cuantas horas a solas. Además, sospecho que este prodigioso biosistema no iba a permitirme el placer de emborracharme.

—Probablemente no. Eso sí que es una pena, sano a la fuerza. Si te aburres de estar solo, Diecisiete, vuelve a la mansión. Pasaré toda la noche despierto, no te quepa duda.

—Yo también —dijo Albert, con una media sonrisa. Como amigo y protector de Sam Haine, parecía que el gigante africano estaba más que acostumbrado a las juergas del Hombre Cambiante—. Que descanses, Diecisiete. El mundo tendrá mejor color por la mañana.

Pese a los buenos deseos de Albert, Diecisiete no encontró solaz en la oscuridad. Sentado con las piernas cruzadas ante la hoguera agonizante, intentó relajarse, sin éxito. La advertencia de Kallikos ocupaba sus pensamientos. El clon base, o aquello en lo que se había convertido, debía ser destruido. Una y otra vez, la línea “el desplome de la barrera que separa la vida de la no muerte” resonaba en la cabeza de Diecisiete.

—No muerte —musitó. Aquel término lo martirizaba. El vidente no había hablado de la barrera que separaba la vida de la muerte, sino del velo oscuro entre la vida y la *no muerte*. Diecisiete sabía que Kallikos no había sufrido ningún lapsus linguae. Su visión prevenía contra horrores que no podían pasarse por alto. De las profundidades de sus recuerdos enterrados se alzó un título ominoso. *La Estirpe*.

Furioso, Diecisiete descargó uno de sus enormes puños sobre su propio pecho. Frustrado y enojado, sentía ganas de gritar. Toda su vida consistía en recuerdos que comprendían nada más que las últimas ocho semanas. Cincuenta y seis días. Antes no había nada. Carecía de identidad, de pasado, de nombre.

Retazos de información, fragmentos de lo que había sido su vida anterior afloraban desde su subconsciente pero, por lo demás, estaba en blanco.

Algo se movió en la periferia de la tenue luz de la hoguera. Al instante, la rabia de Diecisiete se desvaneció y sus sentidos se agudizaron. Una figura solitaria se erguía a unos escasos cuatro metros, enmascarada por una bruma que sólo podía ser mágica. Aquel espacio había estado vacío hacía apenas unos instantes. Al parecer, su visitante había surgido de la nada.

—Bienvenida —saludó Diecisiete, en voz calma—. Por favor, no tengas miedo. Esperaba que aparecieras.

La risa cantarina de una voz femenina recibió sus palabras.

—Vamos a contar mentiras, tralará —canturreó en falsete.

—Jenni Smith —dijo Diecisiete. Permaneció inmóvil junto a los rescoldos de la hoguera. Cualquier movimiento brusco y la muchacha podría echar a correr. Él quería conversar—. Sabía que tenías que ser tú.

—Seguro que sí, Diecisiete —repuso la joven, sarcástica. Al dar un paso al frente, el velo de ilusión se apartó de sus rasgos—. Nadie puede detectar un hechizo de teleportación antes de que ocurra. Es imposible.

—No para mí. Soy diferente.

La muchacha presentaba exactamente el mismo aspecto que hacía una semana, cuando Diecisiete la vio por vez primera. Esbelta, de ojos azules y abundante melena rubia, ataviada con un vestido largo de color azul, estampado con grandes flores rosas. Una diminuta astilla de límpido cristal pendía de un trozo de cuero que la rodeaba el cuello. No aparentaba más de dieciocho años.

Jenni miró fijamente a Diecisiete, con expresión meditabunda.

—Eres único, de eso no hay duda. Pero sigo sin creerte. Da igual. Es irrelevante.

—¿Eres la Jenni Smith que conocía aquí, en la cábala de Casey? —preguntó Diecisiete, optando por un enfoque directo—. ¿O la que vi en el Colectivo Gris junto al clon base?

La joven se rió con ganas.

—No nos andamos con rodeos, ¿eh, Diecisiete? Soy Jenni. La persona que viste en la Umbra era Velma.

—¿Gemelas idénticas? —La voz de Diecisiete dejaba entrever una nota mordaz—. ¿Clones, quizás?

—Magia. —No especificó de qué tipo. Diecisiete sabía que preguntar sería malgastar el aliento.

—Jenni y Velma —musitó Diecisiete. No creía que la joven mintiera acerca de los nombres. No tenía motivos para ello—. Sois dos, ¿o hay más?

—No hagas preguntas y no te diré ninguna mentira. Además, no he venido aquí esta noche para hablar de mis hermanas. He venido para hablar de ti.

—¿De mí? ¿Qué pasa conmigo?

—Mis hermanas y yo queremos que te unas a nosotras. —Parecía sincera, pero Diecisiete intuía que Jenni era una actriz consumada—. Si trabajamos juntos al servicio del Maestro de la Armonía, podremos rehacer el mundo y guiar a la humanidad hacia la Ascensión.

—¿Si trabajamos juntos? Si la memoria no me engaña, la última vez que te vi en este calvero estabas acusándome de haber descuartizado a un Hombre Gris. Ése no es precisamente el tipo de gesto que inspira confianza ni camaradería.

—Las circunstancias dictaron mis actos aquella noche —repuso Jenni, sin la menor traza de arrepentimiento—. Después de pasar casi toda la tarde hablando contigo, informé a Velma de mis hallazgos. Ella y yo coincidimos en que representabas un peligro real para el Proyecto GA. No podíamos

permitir que tus actos pusieran en juego años y años de preparativos. Al ser la que más cerca me encontraba, me designaron para neutralizarte.

—¿Neutralizarme o asesinarme?

—No necesariamente. Estaba al corriente de los Hombres de Negro, desde luego. Por lo que me había dicho Velma, no parecía probable que fuesen capaces de terminar con tu vida, pero albergaba la esperanza de que su asalto consiguiera frenarte. Cuando aquellas perspectivas se vinieron abajo, improvisé. Sabía que mis acusaciones no podrían cuajar. No corrías peligro alguno pero, al menos, pasarían días antes que las investigaciones demostraran tu inocencia, un tiempo precioso durante el que podríamos completar nuestra sagrada misión.

—¿Y si mi misteriosa salvadora no hubiese matado al Hombre Gris? En cualquier caso, sobreviví a su ataque. Entonces no habría habido asesinato alguno de por medio. ¿Qué habrías hecho en esas circunstancias?

—Seducirte —respondió Jenni, con una risita—. No te burles. Ya te he besado una vez. Llevas mi marca, querido. Puede que no parezca tan peligrosa como la espadachina que viaja contigo, pero mi magia no necesita del acero para surtir efecto. Durante los meses que pasé en la cábala de Casey, nadie me preguntó siquiera una vez por mis orígenes o el motivo de mi estancia en ese lugar. Me aceptaron y se creyeron que Sam Haine fuese mi mentor. Tú también. Quizá el engaño sea más sutil que la esgrima, pero sus cortes son igual de profundos.

—¿Quién era la mujer que mató al Hombre Gris? ¿Otra hermana?

—No seas estúpido —saltó Jenni—. No somos maníacas. No tengo ni idea de quién era, ni de por qué apareció de repente.

Diecisiete se preguntó si debería mencionar a Aliara, pero descartó la idea. Cuanto menos revelara, mejor.

—Si corro tanto peligro, ¿por qué tanta urgencia para que colabore contigo? ¿A qué viene ese repentino cambio de humor?

—Ahora que ha tenido lugar la resurrección, la situación ha cambiado drásticamente. Ya no supones ninguna amenaza. Al contrario, te has convertido en parte fundamental para nuestros planes. He venido para convencerte de que unirse a nuestra cruzada sólo puede repercutir en tu beneficio, y en el de la humanidad.

Diecisiete acomodó los pies bajo su cuerpo en un ademán casual, de tal modo que permaneció medio sentado, medio en cuclillas. Jenni no pareció percatarse.

—El Maestro de la Armonía trae el don de la Ascensión para todos los Despertados —prosiguió la muchacha. Todo su rostro resplandecía con un fulgor religioso—. Planea demoler las barreras artificiales que separan a las Nueve Tradiciones de la Tecnocracia y poner fin a la Guerra de la Ascensión. Como uno solo, los Despertados unidos destruirán a los Nefandos y a los Merodeadores, trayendo la paz a la Teluria. Bajo la benévola guía del Maestro de la Armonía, la humanidad al completo prosperará. Será el comienzo del auténtico renacimiento del espíritu humano.

—Es una magnífica perspectiva para el futuro, pero sigo sin comprender qué papel desempeño yo en tan fabulosa empresa. ¿Por qué me necesitáis?

—Has sido seleccionado para un gran honor. —La voz de Jenni se redujo a un susurro—. El Maestro de la Armonía quiere que seas su virrey en la Tierra, que gobiernes el mundo material, nombrándote su mano derecha. —Hizo una pausa, desorbitados los ojos—. Con una palabra, puedes convertirte en el árbitro supremo de Gaia, respondiendo de tus actos sólo ante una persona... el Maestro de la Armonía. Inmortal y omnipotente, un dios entre los hombres. Es tu destino.

Diecisiete sentía la garganta reseca.

—Debes de estar bromeando —consiguió articular—. ¿Por qué yo?

—Eres sangre de su sangre. Eso es todo cuanto puedo decir. No soy más que una mensajera. Si necesitas más respuestas, pregúntale al Maestro de la Armonía.

—¿Está en la Tierra? ¿Puedes llevarme ante él?

—Su paradero no es relevante —replicó Jenni, tornándose evasiva—. Puede llevarte allí si así lo deseas. La senda está abierta. Pero sólo si tu respuesta es un sí.

Por un momento, nada más que un instante, Diecisiete se sintió tentado. El poder absoluto y omnisciente no era fácil de rechazar. Por medio de él, podría cambiar la sociedad, ofrecer justicia a los oprimidos, corregir terribles desastres, salvar innumerables vidas. Como había dicho Jenni, podría ser más que un hombre. Podría ser un dios.

En ese momento, arrastrándose desde los oscuros confines de su conciencia, brotaron las palabras. *Un incesante velo de tinieblas que cubra al mundo. La humanidad ahogada en un mar de sangre ennegrecida. El fin del bien. El triunfo de la maldad absoluta.*

—Kallikos el Vidente habló de un futuro regido por el clon base, el ser al que llamas Maestro de la Armonía. No se parecía a la utopía que me has descrito.

Ante la mención del Maestro del Tiempo, el rostro de la muchacha se tornó rojo como la grana. Por un instante, su semblante onduló, como si estuviese esculpido en gelatina. La carne y el hueso parecieron fundirse y moldear una máscara plana y ambigua. Luego, con un último gruñido de ira, volvió a ser Jenni Smith.

—¿Cómo puedes creerte los sueños narcotizados de un estúpido senil y envidioso? —preguntó, destilando veneno con cada palabra—. Kallikos odia a mi señor. El vidente sigue anclado en el pasado. Teme el cambio. Sus visiones se ven obnubiladas por sus caducas convicciones. —Dio otro paso al frente—. Tienes que hacerme caso, Diecisiete. Las Nueve Tradiciones están perdiendo la Guerra de la Ascensión de forma lenta pero inexorable. Debemos actuar con cautela. La mayoría de la gente acepta la ciencia, no la hechicería. El Maestro de la Armonía lo entiende. Debemos llegar a un acuerdo y olvidarnos de esta batalla sin fin.

—No sé por qué, pero no me imagino al Círculo Interno de la Unión Tecnocrática haciendo las paces con el Consejo de las Nueve, a no ser que sean ellos quienes dicten los términos.

—Das por sentado que la Tecnocracia tiene elección. No es así. Tampoco las Nueve Tradiciones. El Maestro de la Armonía no les ruega su participación. La exige.

—*Cooperad o ateneros a las consecuencias.* Un hombre dictando las normas a seguir por los magos más poderosos de la Teluria. Disculpa si me muestro algo escéptico. Ningún artesano de la voluntad, ni siquiera el clon base, es tan poderoso.

—El Maestro de la Armonía no es un ser corriente. —Era como si Jenni estuviese recitando una letanía o un mantra—. Murió una vez, hace siglos, intentado advertirnos de nuestra locura. Sus palabras permanecieron olvidadas, ignoradas durante mucho tiempo. Sólo sus discípulos, unos pocos elegidos, creyeron. Ahora ha regresado, cumpliendo con la promesa que nos hiciera poco antes de su muerte. Resucitado por los ilusos desprevenidos del Colectivo Gris, el Maestro de la Armonía controla una magia como no se ha visto sobre la tierra en los últimos quinientos años. No hay poder en la Teluria capaz de detenerle. Su voluntad inquebrantable y su forma indestructible lo convierten en el Guerrero de la Ascensión.

—¿Y si no puedo tomar una decisión sin más pruebas?

—Quizá haya otra oportunidad. ¿Quién sabe? Déjame que te advierta. Quienes no están con nosotros, están en nuestra contra. No hay término medio. —Estiró los brazos—. Aprovecha la oportunidad, Diecisiete. Únete a nosotros. Únete a mí.

—Esta noche no —dijo Diecisiete, al tiempo que saltaba hacia delante. Sus poderosas piernas le impulsaron como reactores. Se movía con una velocidad cegadora, más rápido de lo que era humanamente posible. Pero no lo suficiente. Sus enormes manos sólo atraparon el aire. Cayó de bruces sobre la hierba. Jenni Smith había desaparecido.

—Maldita sea —masculló entre dientes. Con un suspiro, se incorporó hasta quedar de rodillas y comenzó a sacudirse las briznas del torso. En ese momento se quedó helado, al ver de reojo una figura de pie a escasos metros.

Era Sombra del Amanecer. Permanecía inmóvil, con las manos delicadamente apoyadas en las caderas y el atisbo de una sonrisa en los labios.

—¿Cuánto hace que estás ahí? —preguntó Diecisiete, mientras se incorporaba y terminaba de sacudirse los hombros—. ¿Has oído lo que me propuso mi invitada?

—Supuse que sería mejor no dejarte sin protección —repuso Sombra—. Sam Haine se mostró de acuerdo. En cuanto acomodé a Kallikos, regresé al claro. No quería inmiscuirme en tus pensamientos, así que me quedé en la arboleda. He presenciado tu encuentro con la señorita Smith desde el principio hasta el final. Cuando desapareció, opté por dejarme ver. No quería que creyeras que te estaba espionando.

—No te preocupes —dijo Diecisiete, con una sonrisa—. Lo cierto es que pensaba que nadie podía acercarse tanto a mí sin que detectara su presencia. Al parecer, me equivocaba de medio a medio.

—Soy una Escama de Dragón —señaló Sombra, encogiéndose de hombros—. Nos entrenan para ser invisibles.

—Entonces, lo oíste todo. Mi oportunidad de gobernar el mundo. ¿Qué te pareció la oferta de Jenni?

—Hiciste bien al rechazarla. Este Maestro de la Armonía que adora es un dios falso. La paz que propone es la paz de la sepultura.

—Sangre negra y noche eterna. —Los ojos de Diecisiete se encontraron con los de Sombra. La joven no intentó apartar la mirada—. ¿Crees que el clon base está aliado con la Estirpe?

—¿Los no muertos? Es posible. Sé poco acerca de los vampiros. Sospecho que no tardaré en aprender algo más. —La guerrera caminó hasta situarse a un brazo de distancia de Diecisiete—. Te prevengo, mi buen amigo: a tu alrededor se arremolinan grandes fuerzas. Ha comenzado una guerra que amenaza la propia forma de la realidad. Tu destino, el mío y el de nuestros compañeros está preso entre sus anillos. Si fracasamos, el Tapiz perecerá. El Maestro de la Armonía debe ser destruido, a cualquier precio.

—¿Eso te lo ha dicho Kallikos?

—*Eso lo sé yo* —declaró Sombra, feroz—. La verdad habita en mi corazón y en mi alma. Al igual que en la tuya.

Era la mujer más hermosa que Diecisiete había visto jamás. No ofreció resistencia cuando la atrajo hacia sí. La besó, y sus labios le supieron como lenguas de fuego.

TRES

Terrence Shade abrió la puerta del edificio de apartamentos y entró en el recibidor. Había tardado casi una hora en llegar allí desde el vertedero de residuos tóxicos a orillas del lago Ontario. Los viajes dimensionales eran mucho más rápidos que el tráfico callejero. No le molestaba. No tenía ninguna prisa.

El guardia de seguridad, sentado en su garita mientras leía el periódico de la mañana, levantó la mirada con evidente desinterés. Al ver a Shade, frunció el ceño. *Joe Steeger*, rezaba la etiqueta dorada prendida de su camisa. El guardia era un hombre alto y obeso, vestido con un uniforme blanco y azul de aspecto oficial, con piel pálida cerúlea y pelo negro y grasiento. Una .45 automática pendía de su cinto.

—¿Qué puedo hacer por usted, señor? —preguntó Steeger, al tiempo que dejaba el periódico sobre la mesa. El tono que había empleado dejaba bien claro que lo único que quería de Shade era que diera media vuelta y se largase—. Este edificio es zona restringida para cualquiera salvo los residentes y sus huéspedes invitados.

Shade sonrió al guardia, revelando un juego completo de dientes relucientes, pero no dijo nada. Era un hombre bajo, corpulento, de rostro colorado y barba negra. Vestía una camisa blanca, pantalones blancos, cinturón blanco, calcetines blancos y zapatos blancos. Se tocaba con un sombrero blanco de ala ancha. Ocultaba los ojos tras un par de gafas oscuras.

Con un sonoro suspiro, Steeger echó un vistazo al bloc de notas que descansaba sobre su despacho, exagerando todos los gestos.

—No hay nadie que espere visitas esta mañana. Tienen que llamar con antelación así que, dado que no es usted un huésped, eso quiere decir que debe de ser un residente.

Shade asintió con la cabeza, como para mostrar su acuerdo con los comentarios de Steeger.

—Y una mierda vas a ser —espetó el oficial, con voz gélida—. Tú no eres uno de los vecinos. Llevo años vigilando la recepción de este edificio y es la primera vez que te veo. ¿Qué es lo que quieres, colega?

Shade, sin dejar de sonreír, estiró un brazo y le dio a Steeger un par de cachetes en la mejilla. Con un grito de sorpresa contenida, el guardia de seguridad apartó la mano de Shade de un papirotazo.

—Quita las putas manos, perverso —gruñó. El obeso guardián tanteó su revólver de servicio—. Esto no se lo consiento ni a mi padre, mucho menos a escoria como tú. Echa a andar antes de que pierda los modales.

—No hace falta recurrir a la violencia, oficial Steeger —dijo Shade, con voz sorprendentemente tranquila—. Sólo estaba admirando sus saludables carnes. —Alzó una mano y señaló su propio rostro—. Si se fija, verá las cicatrices en el lugar donde me chamuscaron la piel. Las marcas ya casi han desaparecido. Ocurrió ayer, hace una eternidad, pero soy de los que se curan rápido.

Steeger no replicó. Permaneció inmóvil, con los dedos agarrotados en torno a la culata de su pistola y la boca abierta de par en par. Unas diminutas gotas de saliva salpicaron el suelo. Sólo sus ojos mostraban signos de vivacidad. Su mirada iba de un lado para otro igual que un pájaro atrapado en su jaula.

—Por favor, siéntese —dijo Shade—. Y cierre su enorme boca. Al fin y al cabo, no queremos llamar la atención. Este edificio es de lo más seguro. Cerrojos por todas partes, cristales a prueba de balas, cámaras en los ascensores, de todo. Aquí vive gente muy maja. No procede que el oficial de seguridad en jefe ande por ahí babeando las alfombras.

El guardia hizo exactamente lo que le habían ordenado. Se movía envarado, como un robot. Despacio, alcanzó el borde de su silla. Se sentó enhiesto, con la espalda recta y la vista al frente. La mano que no seguía aferrada al .45 descansaba sobre su regazo, con los rollizos dedos compuestos en un puño. El miedo de su mirada se había convertido en pavor.

—Eso está mejor —celebró Shade—. De buen rollo, como dos amigos charlando sobre la clasificación de la liga. —El hombre de blanco se quitó las gafas de sol. Las pupilas de sus ojos eran blancas, los globos oculares se veían rojos como la sangre—. Te dan ganas de gritar al ver esto, ¿a que sí? —preguntó, mientras guardaba las gafas oscuras en el bolsillo de su camisa—. Pues imagina cómo se ve desde dentro. —Soltó una risita—. Lo peor —prosiguió, más para sí mismo que para Steeger— es que Aliara no va a dejar que me vuelva loco. Es muy cruel. Extremadamente cruel.

Volvió a descargar un par de cachetes sobre la mejilla de Steeger.

—No te verías en este tremendo aprieto, de hecho, si no te hubieras comportado como un gilipollas arrogante todos estos años. Desgraciado hijo de puta, hiciste enfadar a la persona equivocada y ésta mencionó tu nombre ante alguien que se ofende a la mínima. Bang, aquí estoy yo. Para ajustar las cuentas. —Shade se encogió de hombros—. Se puede extraer una lección de todo esto, señor Steeger. Nunca insultes a un desconocido. Podría tener contactos poderosos. Por desgracia para ti, llega el verano y se acabaron las clases.

Los ojos blancos y rojos miraron al reloj colgado en una de las paredes de la garita de seguridad.

—Las ocho menos cuarto de la mañana. —Shade soltó una carcajada estridente y escalofriante—. He llegado con quince minutos de adelanto, y eso que había tráfico. Bueno, a quien madruga, ya sabes. ¿Hargroves, señor Steeger? Es una de sus vecinas. Los conoces a todos, según me has dicho. ¿Cuál es el número de su apartamento?

—Siete B —contestó el guardia de seguridad, recuperando la facultad del habla para pronunciar esas sílabas y volviéndola a perder inmediatamente después.

—Excelente —felicitó Shade, mientras volvía a ponerse las gafas—, aún te acuerdas. Es muy importante que tu memoria siga funcionando. —El hombre de rostro rubicundo se inclinó sobre el despacho—. Ahora, aquí va lo que quiero que hagas, mi buen amigo. Dentro de un minuto, voy a ir hacia la puerta interior al final del pasillo. Cuando llegue allí, tú vas a abrirla para que yo pase. Voy a coger el ascensor número uno para llegar hasta el apartamento de Hargroves. No te preocupes por la llave, no la necesito. —Shade hizo una pausa, durante la cual se ensanchó su sonrisa—. Una vez dejes de verme, recuperarás el control sobre tu cuerpo y tus sentidos. Sigue trabajando como antes. No hables de mí ni de esta conversación con nadie, pero tampoco te olvides. Comprueba el reloj cada pocos minutos, eso es muy importante. Espera a que den las nueve. Luego, cuando el siguiente residente se acerque a tu mesa, levántate y desenfundas tu pistola. Asegúrate de quitar el seguro. ¿Para qué llevas una pistola cargada si no la usas? Di en voz alta y clara, *debí haber mostrado más respeto ante mis superiores*. Repítelo, quiero oír cómo suena.

—Debí haber mostrado más respeto ante mis superiores —recitó Steeger. Sentía un picor insoportable en los ojos.

—Perfecto. Recuerda, dilo alto y claro. De nada sirve pedir perdón si nadie te escucha. Tras el discurso, coges la pistola y te metes el cañón en la boca, apuntando hacia arriba. La empujas todo lo que puedas, hasta donde llegue. Quiero que sientas el metal en el fondo de la garganta. Luego, aprieta el gatillo. —Shade se enderezó—. No creo que sobrevivas a la primera bala pero, si lo haces, no dejes de disparar mientras tu cerebro siga funcionando.

El hombre de blanco hizo una mueca.

—Lo malo que tiene esto, Steeger, es que tú tampoco puedes volverte loco. Son las reglas de Aliara. No vale refugiarse en la demencia. —Shade comenzó a caminar hacia la puerta de seguridad—. Por lo menos —dijo, por encima del hombro—, sólo te espera una hora de sufrimiento. Yo estoy maldito por toda la eternidad. Déjame pasar y vuelve al trabajo. El reloj no espera.

Una alfombra blanca de rizo cubría el suelo de la sala de estar del apartamento 7B. Todo el mobiliario era de color blanco. Las paredes de la habitación eran negras. Sintiéndose como un oso polar en medio de un témpano de hielo, Shade se dejó caer sobre un enorme y mullido sofá. No le importaba esperar. No tenía adónde ir.

Habían transcurrido veinte minutos antes de que una llave arañara la cerradura.

—Joder —espetó una agotada voz femenina al descubrir que la puerta ya se encontraba abierta—, estos ladrones es que ya ni se molestan en...

La invectiva de la mujer se detuvo en seco cuando entró en la salita. Era una mujer negra, alta y adusta, ataviada con un conservador conjunto de falda y blusa de color gris, sin estampados.

—¿Quién cojones eres tú? ¿Y qué coño haces en mi apartamento?

—Saluda a tu nuevo ayudante —dijo Shade, al tiempo que se quitaba las gafas de sol. Sus ojos rojos suponían un curioso contraste en medio de aquel mar de blancura—. Recuerdos de los Exteriores.

—¿Un ayudante? —repitió Hargroves, atónita—. ¿Para qué demonios necesito un ayudante?

Shade se encogió de hombros.

—No fue idea mía. Si quieres quejarte ante Aliara, tú misma.

—No, gracias. Puede que sea una ignorante, pero no estúpida. Necesito una cerveza. —Tras quitarse los zapatos de sendas patadas, la flaca mujer se dirigió a la pequeña cocina—. ¿Hace una birra, ojos rojos?

—Vale. Para tu información, me llamo Terrence Shade, otrora Especialista en Misiones Terrence Shade del Nuevo Orden Mundial. Llámame como te apetezca. Eres la jefa.

—Con Shade nos apañaremos —propuso Hargroves, de regreso al salón con dos botellas de cerveza. Tras darle una a Shade, se dejó caer sobre un robusto sillón con orejas directamente frente al sofá—. ¿Qué es lo que pasa, Shade? ¿Cuál es el auténtico motivo de tu visita?

Shade se llevó la botella a los labios y la vació de un solo trago.

—Aliara no me dijo nada acerca de tener que guardar secretos, así que te contaré todo lo que sé. —Hizo una pausa—. Pero antes, ¿puedo coger otra cerveza?

—Claro. Tú mismo. Luego, empieza a hablar.

—Supongo que te suena de algo el Proyecto GA —comenzó Shade, una vez terminada su segunda botella—. Bien. No hace falta que pormenore todo el trabajo volcado en esa empresa. En realidad, era la cuarta o quinta vez que Iteración X y los Progenitores intentaban crear el clon perfecto. Todos sus esfuerzos habían sido en vano, los problemas técnicos parecían insalvables. En esta ocasión, todo fue como la seda. Se afrontaron y superaron todos los retos. Los hallazgos tecnológicos se volvieron rutinarios. Pese a los intensos conflictos de personalidad entre los líderes de las dos Convenciones en el Colectivo, la obra avanzaba a buen ritmo hacia una conclusión satisfactoria. —Shade dudó por un instante, el ceño fruncido—. Ahora que lo pienso, me doy cuenta de que todo era demasiado estable. Teniendo en cuenta la volatilidad de los caracteres implicados, tendría que haber habido más conflictos. Al parecer, no era el único en aquel Colectivo que obedecía las órdenes de un mentor invisible. —Se encogió de hombros—. Incluso el mejor de nosotros no es sino un simple peón en una partida de ajedrez cósmico con varios jugadores sentados a la mesa. Aliara es mi patrona desde hace décadas. No sé cómo, se enteró del proyecto y quiso que me viera implicado. Tiré de algunos hilos y me convertí en

el Especialista en Misiones de la Construcción. No me enteré de las razones por las que la Señora Oscura mostraba tanto interés hasta hace unas semanas. Planeaba canalizar su esencia dentro del clon base y caminar sobre la Tierra con forma física.

—Una de los Maeljin Incarna entre las masas. Asombroso.

—Escalofriante, diría yo. Un anticipo del Armagedón.

—El mundo sigue tal y como estaba, así que intuyo que no tuvo éxito. ¿Qué es lo que salió mal?

—Aliara llegó a la estación momentos antes de que el clon cobrara conciencia de sí. Como recompensa por mis leales servicios, fui enviado al palacio de la Señora Oscura en Malfeas. La Reina del Deseo se dirigió al laboratorio central ella sola.

Pensó que sería mejor pasar por alto cómo el toque de Aliara le había quemado la carne... o los horrores dantescos que había visto en el Vacío Exterior. Daba igual. A fin de cuentas, suponía que Hargroves era capaz de adivinar lo que no expresase con palabras. Sus ojos rojos lo decían todo.

—Incluso los mejores planes de los Exteriores a veces no salen como era de esperar —continuó Shade—. Al entrar en el laboratorio, Aliara fue atacada de inmediato por mecanoides de última generación recién salidos de un portal dimensional. Lo peor era que se dio cuenta de que otro ser se le había adelantado y ya se había apoderado del cerebro del clon.

—¿Quién?

—Aliara no tuvo tiempo de descubrirlo —Shade soltó una risita—. Antes de que pudiera hacer otra cosa que no fuera dismantelar a los robots, la Señora Oscura fue devuelta de una patada al portal del que salían. Atrapada en una grieta dimensional, deformó la realidad y se materializó a salvo en Malfeas. Todo el reino se estremeció ante el enojo que sentía por ver frustrados sus planes.

—Así que la Tecocracia retuvo el control del clon base. Enzo Giovanni no se va a alegrar. Quería que el biomecanismo resultase destruido.

—Vas demasiado rápido. Su breve contacto con el clon base convenció a Aliara de que el ser no poseía una mente humana corriente. No supo definir dónde estribaba la diferencia, sólo que era diferente. A mí me parece que ella cree que su archienemigo entre los Maeljin Incarna, el Señor del Acero, es quien manipula a la creación.

—Menuda tontería —espetó Hargroves, antes de taparse la boca de un manotazo. El expresar su desacuerdo con Aliara en voz alta era una política arriesgada—. Hago de espía para Aliara. Mi jefe, Enzo Giovanni, uno de la Estirpe, y su aliado y amigo más cercano, Ezra, mago renegado, conspiran para gobernar el mundo. Planean hacerlo apoderándose de la organización Pentex y del clan Giovanni. El Señor del Acero es su mentor. —La escuálida mujer apuró otra cerveza—. Enzo piensa que sus secretos están a salvo de mí, pero nada de lo que dice o hace queda sin registrar. Tiene miedo del clon base, igual que Ezra. Sus preocupaciones reflejan las de su mecenas. A lo largo de los últimos meses, han hecho todo lo posible por sabotear el Proyecto GA.

—Sin resultados tangibles. Qué raro, si tenemos en cuenta el potencial de esa pareja. Así y todo, quizá tengas razón. Aliara ve el guante de acero de su rival detrás de cada cortina. Recuerda, no obstante, que los Señores Oscuros son maestros del engaño. Enzo ansía poder. Ezra está sediento de venganza contra el mundo. Tales ilusos resultan fácilmente manipulables.

—Al parecer, estás al tanto de mi trabajo.

—Aliara pensó que sería mejor que me presentara ante ti bien preparado. —El color abandonó las rubicundas mejillas de Shade—. El dolor intenso es el mejor maestro. Fui un alumno aplicado.

—Salta a la vista.

—¿Conoces a un hombre llamado Sam Haine? —preguntó Shade, ansioso por cambiar de tema.

—No. ¿Debería?

—Es un Subversor de la Realidad, perteneciente a las Nueve Tradiciones. Apodado el Hombre Cambiante. Aliara me ha enviado por dos motivos: ayudarte a seguir la pista de los entresijos de Enzo y Ezra, y localizar a Sam Haine y propinarle un puntapié.

—¿Un puntapié?

—Sam Haine es el mortal que empujó a Aliara al portal dimensional en el Colectivo Gris. La emperatriz quiere que me encargue de devolverle el favor. La Señora Oscura espera que el Hombre Cambiante cruce de una patada el portal que lo conduzca a Malfeas, donde ella jugará con él a su antojo durante los próximos mil años.

Hargroves, siempre tan fría y carente de emociones, sintió un escalofrío.

—Lo que me recuerda... ¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarto —respondió Hargroves, tras echar un vistazo a su reloj.

—Perfecto. ¿Puedo usar tu intercomunicador para hablar con recepción?

—¿Por qué no? —Señaló un altavoz con timbre colgado en la pared de la cocina—. Ahí lo tienes.

—Gracias —sonrió Shade.

Mantuvo apretado el timbre durante un minuto. No respondió nadie. Volvió a accionarlo, manteniendo pulsado el botón durante más tiempo. Sin respuesta.

—Disculpas aceptadas.

—¿De qué estás hablando? —quiso saber Hargroves.

Shade se limitó a seguir sonriendo.

CUATRO

—Oficialmente —señaló el hombre que afirmaba llamarse John Doe—, apareces en todos los informes, documentos y bases de datos de la Tecocracia como fallecido. Te alegrará saber que moriste heroicamente combatiendo a los enemigos de la Iluminación.

—Qué pena que me perdiera mi propio entierro —dijo X344—. ¿Fue bonito?

—Tus restos, junto a los de tus compañeros en el Colectivo Gris, por desgracia se perdieron al destruirse la Construcción —repuso Doe. Sus ojos azules expresaban tristeza—. Estoy seguro de que el funeral fue de lo más conmovedor.

—No te preocupes, Ernest —terció Sharon, con una sonrisa sardónica—. Si nuestros colegas del Círculo Interno no se sienten satisfechos con nosotros, quizás aún estés a tiempo de oír las mismas plegarias. Desde el interior de un ataúd.

—Ésa es una acusación ridícula —declaró Doe, con una risa sofocada. Sonaba exactamente igual que Terrence Shade. Sharon se preguntó si el Nuevo Orden Mundial llegaría a enseñar a sus Especialistas en Misiones a modular sus carcajadas. No la sorprendería en absoluto—. Jamás eliminaríamos a dos miembros tan importantes de la Unión por no cumplir con las expectativas del Círculo Interno. Aunque, llegado el caso de que se dudase seriamente de vuestra lealtad, la posibilidad de que se os destinara a un lugar remoto de algún país en vías de desarrollo no sería descabellada.

—Tampoco suena tan mal —dijo el ciborg, con cautela.

—Piensa en Nepal, cabeza de lata —increpó Sharon, con voz ácida—. O en Borneo. Como Directora de Investigaciones, he transferido a algunos subalternos problemáticos a lugares así. Imagínate intentando mezclarte con los lugareños. No te resultaría tan sencillo el ocultar tus modificaciones corporales debajo de una gabardina.

—¿Nepal? —repitió X344—. ¿Eso no está cerca del Tíbet? En mitad de ningún sitio.

—Bingo.

John Doe frunció el ceño. Resultaba obvio que el Especialista en Misiones encontraba enervante la actitud de Reed, tan desenfadada. A Sharon le daba igual. Se había estado mordiendo la lengua durante todos aquellos meses en el Colectivo Gris, acatando los dictados de la jerarquía progenitora. No le había resultado sencillo mantener la calma con Ernest Nelson y su jefe, el insufrible y taimado Interventor Klair de Iteración X. Tratándose de una persona con tan poca paciencia como ella, había hecho gala de una loable capacidad de autocontrol.

Ahora, tras haber sobrevivido a un desastre que habría terminado con cualquier ser inferior, se veía obligada a soportar otra cláusula de condiciones. Sharon tenía un límite. Ni siquiera el Consejo Interno podía pedirle que pusiera siempre buena cara. Ya se había mostrado más que conciliadora.

Tras abandonar el Colectivo Gris, había conducido el camión hasta el cuartel general de la Tecocracia más cercano. Con sus heridas exigiendo atención inmediata y el ciborg debatiéndose entre la vida y la muerte, Sharon no podía permitirse el lujo de mostrarse selectiva. Ambos necesitaban cuidados urgentes. Dynamic Security era la mayor base de la Unión en todo el brazo noroeste de los Estados Unidos. También estaba bajo el control del Nuevo Orden Mundial.

La paranoia, por suerte, tenía sus ventajas. Una semana antes, el Especialista que dirigía la base, así como su Hombre Gris de confianza, habían resultado asesinados durante la desastrosa incursión de Terrence Shade contra la cábala de Casey. Su sustituto, al cargo desde hacía tres días, era un hombre bajo y agresivo de pelo negro como la pez, al igual que sus cejas, llamado Russ Kinross. Había reaccionado de inmediato al enterarse de que Sharon y su pasajero eran los únicos supervivientes del

Colectivo Gris. Temeroso de que le echaran la culpa si ambos no conseguían sobrevivir para contar lo ocurrido, Kinross se había saltado a la torera todas las normas de seguridad y el protocolo. Los cuidados médicos fueron inmediatos e intensos.

El descanso y la convalecencia, no obstante, no formaban parte del régimen tecnócrata. Menos de una hora después de abandonar el tanque de regeneración, Sharon recibió la visita de un inquisidor enviado por el Consejo Interno. Aún aturdida por las técnicas de retroalimentación biológica, ofreció poca resistencia a las afiladas preguntas del individuo, impertérrito. El interrogatorio había durado casi dos horas tras las que, a su pesar, Sharon descubrió que no conseguía recordar nada de lo que le habían preguntado, lo que ella había respondido, ni siquiera el sexo del representante.

Cualquiera que fuese la información que X344 y ella habían revelado durante sus careos, provocó una reacción inmediata. A la mañana siguiente, un hombrecillo calvo y delgado, de límpidos ojos azules y amplia sonrisa conciliadora, se presentó ante ellos. Dijo llamarse John Doe. Rezumaba por todos sus poros la más sincera preocupación por el bienestar de Reed. Saltaba a la vista que se trataba de un Especialista en Misiones del Nuevo Orden Mundial. Sharon, que tenía al NOM por un grupo de espías metomentodos dedicados a meter la nariz en los asuntos de cualquiera, desconfió de él al instante.

Con semblante torturado por la preocupación, Doe informó a Sharon de que la Tecnocracia la necesitaba cuanto antes de nuevo en activo. Aunque se había ganado con creces la admiración y la gratitud de sus camaradas, no había tiempo para dilaciones. La Guerra de la Ascensión, la batalla en curso por la creación, nunca cesaba.

La destrucción del Colectivo Gris había conmocionado a los líderes de las Cinco Convenciones. El Consejo Interno quería respuestas que explicaran el desastre, y las querían cuanto antes.

—Dado que Nelson y tú sois los únicos supervivientes del Colectivo Gris —declaró Doe—, parece lógico que seáis vosotros dos los encargados de manejar la consiguiente investigación. No hay nadie más que haya visto al misterioso clon base. Tampoco estamos seguros de la clase de milagros que este monstruo de Frankenstein es capaz de realizar.

—Terrence Shade, en sus informes al Consejo Interior, ¿no describió el propósito exacto de las modificaciones a las que se vio sometido el sistema biológico del clon? —preguntó Sharon—. Apuntó con todo detalle cada una de las ampliaciones llevadas a cabo.

La agradable voz de John Doe se tornó fría como el hielo. Sus amigables ojos azules se endurecieron.

—Los partes del Especialista en Misiones Shade acerca del Proyecto GA están siendo examinados de nuevo en estos precisos instantes. Los comunicados que envió al Círculo Interno adolecían de una lamentable falta de detalles. Ni el Consejo ni el Simposio estaban al tanto de los hallazgos biomecánicos logrados por los Tecnócratas del Colectivo. Shade nunca le explicó a nadie que el clon fuese tan poderoso.

—Supongo que nadie pensará que Shade fuera un traidor —manifestó Sharon. El encogimiento de su estómago respondió a sus sospechas antes de que John Doe.

—El Círculo Interno no me ha comunicado sus impresiones al respecto. No obstante, la lealtad incondicional de Shade al Nuevo Orden Mundial parece encontrarse en tela de juicio.

—Pero, si no obedecía sus órdenes, ¿para quién trabajaba?

—Eso es algo que nos encantaría descubrir.

—Shade está muerto. El Colectivo Gris, destruido. A falta de pruebas y sin sospechoso, caso cerrado.

—No estamos convencidos de que el Especialista en Misiones Shade se cuente entre las bajas. De acuerdo con tu informe sobre la operación, así como con el de Ernest Nelson, Shade no se encontraba presente cuando el clon cobró conciencia de sí. Su ausencia plantea aún más interrogantes acerca de sus actos. Así como la inesperada llegada de la entidad del Espacio Profundo conocida como Aliara, Reina del Deseo. Tenemos muchas preguntas, pero ninguna respuesta. La Tecnocracia quiere que des con ellas.

—¿Tengo elección?

—Desde luego —respondió Doe. El tono empleado dejaba bien claro que no era así—. Siempre hay otra opción.

—Yo no soy Shade. Soy leal a la Tecnocracia —explicó Sharon. Tampoco tenía ningún patrón cuyos vastos poderes pudieran asegurar su supervivencia si decía lo contrario—. Haré lo que se me pida que haga.

—No esperaba menos —convino Doe, volviendo a sonreír—. Más tarde discutiremos los detalles de tu misión.

Ya era más tarde. Sharon y X344 se encontraban en una pequeña oficina que ocupaba en su mayoría un enorme escritorio de acero, tras el que se sentaba John Doe. Sobre la mesa había dos gruesos sobres de papel de estraza marcados como ALTO SECRETO. PROPIEDAD DE DYNAMIC SECURITY. Sharon, que ya había asistido a varias reuniones como aquélla, sabía que en el interior de cada envoltorio descansaba una nueva identidad.

—Dejad de preocuparos por los traslados —dijo Doe. Una amplia sonrisa había sustituido a su ceño, aunque sus ojos no reían en absoluto—. No va a pasar nada de eso. Tengo la certeza de que, trabajando en equipo, los dos desentrañareis enseguida el misterio que rodea la destrucción del Colectivo Gris. Seréis héroes.

Sharon no se sentía tan eufórica, pero juzgó más oportuno que Doe no lo supiera. Los estaba anunciando como futuros héroes, pero ella tenía la sospecha de que quería decir cabezas de turco. En cualquier caso, no era tan ingenua como para mostrar su desacuerdo a las claras. Pese a su deslumbrante sonrisa y chispeantes ojos azules, John Doe no era un hombre agradable ni, mucho menos, feliz.

—Podéis permanecer aquí y recuperaros durante otras cuarenta y ocho horas —declaró el Especialista en Misiones—. Ése es todo el tiempo que nos podemos permitir. En circunstancias normales, no os echaríamos con tanta precipitación, pero el Consejo Interno teme que cualquier retraso añadido pudiera acarrear consecuencias de enormes proporciones. Hay que localizar al clon base y, si se le identifica como una amenaza para la Tecnocracia, deberá ser neutralizado. La posible traición de Shade ha de ser investigada y evaluada, así como debemos encontrar una explicación al misterioso comportamiento de Velma Wade.

—Será un placer para mí el encontrar la solución a ese enigma en particular —expresó Sharon, con fiereza—. Le debo a Velma un cuchillo en la espalda. Uno que se retuerza lentamente mientras ella se debate.

—Desde luego —convino Doe, al cabo de un rato. Como Especialista en Misiones, sus manos estaban bañadas de sangre, pero la expresión del rostro de Sharon cuando juraba venganza bastaba para incomodar incluso al asesino más despiadado.

—Estoy listo para la guerra —intervino X344. Doce horas de cirugía contrarreloj habían provocado cambios significativos en el aspecto del ciborg. Se habían modificado y rediseñado sus miembros artificiales. Vestido con guantes oscuros, un par de sólidas botas de trabajo y una gabardina negra, podría pasar por humano. Más importante todavía era que los cirujanos habían restituido sus sistemas

armamentísticos, de los que se había visto despojado cuando lo destacaron al Colectivo Gris. El ciborg volvía a ser un arsenal ambulante de destrucción en masa.

—Como dije antes, ambos estáis dados por muertos en todos nuestros bancos de datos. Nada nos garantiza que Shade o Wade formen parte de algún tipo de conspiración en la sombra contra la Unión. Lo más probable es que vuestros cohortes sigan implicados de forma activa en asuntos de la Tecnocracia. Por tanto, el Consejo Interno cree que lo mejor será que nadie sepa que seguís con vida.

—¿Cómo sabemos que se puede confiar en los programadores que han realizado los cambios? —preguntó Sharon—. Yo nunca sospeché de Velma, y me traicionó.

—Me encargué de todo el trabajo informático en persona —repuso Doe, tajante—. Hemos asegurado vuestros archivos originales. Si alguien intenta descargar información de ellos, seremos alertados de inmediato. Mientras tanto, vuestras huellas dactilares, oculares, registros internos, patrones de ondas cerebrales y el resto de códigos de identificación han sido transferidos a nuevas entidades.

El Especialista en Misiones empujó los gruesos sobres de papel de estraza sobre la mesa hacia ellos.

—Aquí están vuestros papeles, carnés de identidad y biografías revisadas. —Doe miró a X344—. Cuando te uniste a la Tecnocracia por primera vez, se borró todo lo referente a tu vida anterior. A fin de no complicar las cosas, dado que tratarás sobre todo con las Masas mientras te encuentres en la Realidad Estática, volverás a utilizar el nombre de Ernest Nelson.

Sharon reprimió una sonrisa. Había justicia en el mundo. El ciborg odiaba su nombre original.

Nelson se encogió de hombros.

—Llámeme como quiera —gruñó—. Los nombres no significan gran cosa. En el fondo, sigo siendo X344.

Doe esbozó una sonrisa deslumbrante.

—Ésa es la actitud adecuada. —Se volvió hacia Sharon—. Tu nuevo nombre es Susan Rand. Sigues viviendo en California, pero le he restado treinta años a tu edad. Ahora eres casi tan joven como aparentas.

Sharon no sabía si Doe pretendía halagarla o insultarla, así que optó por no decir nada. Como todos los Progenitores, había descubierto que la edad física no significaba gran cosa. Lo único que importaba era mantenerse en forma.

—Ambos disponéis ahora de permisos de seguridad Alfa-Alfa, el nivel más alto por debajo de la pertenencia al Círculo Interno. Podéis acceder a información clasificada en cualquier ordenador de la red de la Tecnocracia. Cuando sea necesario, podéis solicitar ayuda y asistencia al líder de la Construcción más cercana. Nadie cuestionará vuestras decisiones... siempre y cuando produzcan resultados. En esta investigación, habláis en nombre de la Tecnocracia.

—Encontrar las respuestas va a resultar complicado —señaló Sharon, quien ya intentaba acostumbrarse a pensar en ella misma como Susan—. Ni Ernest ni yo somos Operarios entrenados en las artes del espionaje. No tenemos ni idea de por dónde comenzar esta investigación.

—Disponéis de varias posibilidades —dijo John Doe—. Todo lo que os hace falta es un cambiar vuestra actitud. *Duda de todo, no te fies de nada*. Ése es una de las premisas básicas del Nuevo Orden Mundial. Recordadla en esta misión.

—Velma Wade —apostilló Ernest Nelson—. Empecemos por ella y el clon base. Definitivamente, están vivos y campan a sus anchas. Tras haberla tenido a tu servicio durante años, conoces su forma de pensar. Comenzaremos por examinar tus órdenes previas. Debió de cometer un error en alguna parte, tiene que haber dejado un rastro que podamos seguir. Cuando descubramos la verdad sobre ella, quizá

encontremos una pista que nos indique dónde se oculta. Encuentra a Wade y apuesto a que daremos con el clon base.

—Vale la pena intentarlo —convino Sharon—. Aunque Velma siempre conseguía impresionarme gracias a su minuciosidad. Me cuesta creer que pudiera haber cometido algún desliz.

—Buscad contradicciones —recomendó Doe—, o cambios repentinos en su personalidad. Acontecimientos del pasado que puedan cobrar un nuevo significado a la luz del presente. Nadie es perfecto en este mundo. Nadie.

—Usted no conoce a Velma —rezongó Sharon.

—Eso sí que es verdad —subrayó Nelson—. La maldita cambiaformas estaba obsesionada con los detalles. No obstante, todos cometemos errores. Además, tenemos una faceta que explorar.

—¿Una faceta?

—Wade trabajó para ti durante años. Leal, de confianza, todo eso. La que se ocupaba de todo el trabajo sucio. —Soltó una carcajada—. Igual que el Interventor Klair y yo. No pongas cara de inocente, Reed, no soy estúpido. Le gustaba lo que hacía, igual que a mí. Wade se sentía a gusto como mano derecha de una líder poderosa. Para los operatas como ella y yo, era una vida cojonuda. Así y todo, te apuñaló por la espalda, literalmente, por un clon base. Tiene que haber una razón muy especial para que hiciera algo así. Lo más importante es que no pudo tomar esa decisión de la noche a la mañana. Nadie tira toda su vida por la borda así como así. Wade sabía exactamente lo que se hacía. Al parecer, estaba contigo en el Colectivo Gris por una razón: crear el clon base y marcharse con él en cuanto naciera a la vida.

Sharon miró fijamente al ciborg. Odiaba tener que admitirlo, pero Nelson había dado en el clavo.

—Siempre me consideré la jefa —musitó. Sus pensamientos volaban en distintas direcciones—. La que estaba al mando. Ahora, no lo veo tan claro. Tenemos que averiguar por qué fui asignada al Proyecto GA. Siempre di por supuesto que habría sido el azar, o gracias a mis trabajos anteriores en manipulación genética. Ahora, no estoy tan segura.

John Doe había dejado de sonreír.

—Vuestras conclusiones son de lo más desconcertantes. Exigen atención inmediata. Al término de esta reunión, indagaré por mi cuenta. Tendría que haber averiguado algo antes de que abandonéis esta construcción. Una empresa del tamaño y complejidad del Proyecto GA necesitaría el visto bueno del Simposio. Debería haber informes detallados referentes a la propuesta en su conjunto, entre los que se encontraría el nombre de la persona que comenzó el programa. Ese individuo podría ser del todo inocente, tan sólo un Tecnomante brillante con un nuevo concepto para el desarrollo de la clonación. —John Doe hizo una pausa—. O el cómplice de Velma Wade en esta conspiración.

Si las sospechas de Doe demostraban ser ciertas, y Sharon tenía la sensación de que lo eran, probablemente dicha persona se había encargado de borrar sus huellas a conciencia hacía meses. Resultaba igual de probable que hubiese protegido los informes del Simposio cuando se discutió y aprobó el proyecto. La investigación de Doe en realidad podría alertar a la mente maestra. Los hombres peligrosos hacen cosas peligrosas cuando se ven amenazados. Doe podría estar echándose la soga al cuello.

Sin decir nada de lo que le rondaba la cabeza, Sharon se volvió ligeramente y lanzó una mirada furtiva a Ernest Nelson. Como si le hubiese leído el pensamiento, los ojos del ciborg se cruzaron con los suyos. Asintió con la cabeza. Tendrían que estar alerta y no perder de vista a John Doe.

—Antes o después —dijo Sharon, queriendo avisar a Nelson de otro posible peligro—, Velma sabrá que sigo con vida. Será entonces cuando se tuerzan las cosas.

—¿Y eso? —quiso saber Doe—. ¿Por qué habría de importarle a tu ex ayudanta el hecho de que no perezcas en el Colectivo Gris? Cualquiera diría que obtuvo lo que quería con el clon base.

—Porque todos los clones que ayudo a diseñar llevan programada una secuencia de autodestrucción automática. Una frase que salga de estos labios en presencia del clon base, y morirá. El detonador va incluido en la estructura del ADN del ser, no puede desactivarse ni manipularse. Mi existencia supone un riesgo para el clon base. Velma lo sabe. Ése es el motivo por el que intentó asesinarme en el Colectivo Gris, y por el cual seguirá intentándolo hasta conseguirlo, o hasta que el clon sea destruido.

CINCO

El letrero anunciaba BAR Y PARRILLA DE SAM EL SUCIO en chillones caracteres rojos de neón. Bajo él, en letras más pequeñas, aparecían las palabras ABIERTO TODA LA NOCHE, TODAS LAS NOCHES. El bar en sí, como una lápida sepulcral de madera de dos pisos de altura, se erguía a algunas decenas de metros de la carretera, un ramal de la I-491 del oeste. La única estructura a la vista, aparte de ésta, era la gasolinera al otro lado de la calle. Su solitario ocupante era un anciano que leía revistas dentro de una garita de cobro de acero y cristal. Un cartel clavado en la fachada del cubículo anunciaba “armado y peligroso”.

Aunque eran cerca de las tres de la noche, el aparcamiento se veía casi lleno. Una docena de enormes camiones ocupaba la mayor parte del espacio disponible, compartido con un surtido de utilitarios. Sorprendentemente, varios de ellos eran modernos modelos de lujo. Pese a su nombre, Sam el Sucio atraía a una clientela de lo más variopinta.

Los partes policiales de todo el norte del estado de Nueva York registraban a Sam el Sucio como un pozo negro de problemas. Ningún policía en su sano juicio se acercaba por allí al caer la noche. Sam el Sucio veía más asesinatos en un mes que muchas ciudades en un año. Era, decidió Madeleine Giovanni mientras maniobraba su minifurgoneta para aparcar, la inversión perfecta para cualquiera que tuviese más dinero que conciencia.

Madeleine abrió la puerta y puso un pie en la noche. A la brillante luz del frío aparcamiento, presentaba un aspecto chocante: piel blanca como la tiza, apenas matizada por una sombra de color. Ojos negros, a juego con la melena que le caía sobre los hombros. Labios sensuales de asesina, tan rojos como la sangre recién derramada. Esbelta y seductora, vestía vestido corto ajustado de color negro, medias de seda y prácticos zapatos de tacón bajo. Por único complemento se tocaba el cuello con una gargantilla decorada con el blasón de la familia Giovanni.

Semejantes a los de un lobezno, los rasgos de Madeleine exhibían una curiosa mezcla de inocencia y ferocidad. Sus ojos brillaban con una luz desconcertante. Se movía con gracia y estilo. Aunque resultaba obvio que no portaba armas, parecía segura de sí. Nada podía amenazarla. Nadie osaría.

El eco de unas pisadas resonó en el cemento a cuatro metros de distancia. Pies que se trastabillaban sobre el asfalto. Alguien que tosía. Otra voz que se reía. Sombras que aleteaban a la luz de la luna.

—Ratones de campo —musitó Madeleine—. Humanos. Perfecto.

Escrutó las tinieblas con unos ojos tan penetrantes como los de un gato. Un rápido vistazo reveló media docena de siluetas de espantapájaros ocultas tras los enormes camiones cisterna interestatales. Adolescentes, cubiertos con harapos a pesar del frío. Chicos y chicas. Los típicos fugitivos y parias de una sociedad que predicaba las virtudes de la moral pero que practicaba la codicia corporativista. Madeleine se identificaba con ellos, pero el mundo era un lugar inhóspito; siempre lo había sido y siempre lo sería.

Su instinto de cazadora localizó a una joven descalza que se movía sin hacer ruido, varios metros a su izquierda. Un ratón *curioso*, al parecer. Bien. Con una velocidad inhumana, Madeleine giró en redondo, cubrió la distancia e inmovilizó ambas muñecas de la muchacha en una presa de hierro. El ratón chilló mientras la Daga de los Giovanni arrastraba a su presa hacia la agresiva luz de las farolas. Chillar era lo único que podía hacer la joven; alta y esquelética, la adolescente no pesaría más de cuarenta y cinco kilos.

El ratón recuperó el habla.

—Zorra, ¿qué problema tienes?

Unos mechones rubios atraparon la luz, un telón de grasientos manojos pajizos derramado sobre un par de brillantes ojos azules. Las costuras abiertas dejaban entrever blancas manchas de piel. Una mirada glacial centelleaba en un rostro agraciado pese a la mugre que lo cubría, tan pálido como el de la propia Madeleine. La muchacha afianzó los talones e intentó zafarse del abrazo de su apresadora. Sin éxito. La luz danzó sobre un pendiente inserto en su ombligo, desafiador y reluciente en medio de una pálida barriga inexistente. La voz de la joven poseía el mismo tono de desafío, y era casi igual de inexistente.

—¡Que me sueltes, coño, loca de mierda, o me pongo a gritar!

Madeleine apretó su presa y las muñecas del ratón entrechocaron. Las palabras se despeñaron por un abismo de dolor.

—¿Quién eres, niña?

Otra bocanada de aire perdido cuando los huesos se retorcieron.

—Que te den.

—Dime cómo te llamas, niña, o me veré obligada a dejarte tullida.

—Cómeme el troncho. —Un ratón con agallas.

Los ojos de Madeleine refulgieron a la luz halógena. La joven trastabilló de espaldas, tan aterrada como rebelde. Una vena delgada palpitaba en su garganta. El monstruo sonrió. No eran muchos los mortales capaces de mirarla a los ojos. Éste serviría.

—Deja de hacerme perder el tiempo, niña. Sólo quiero que me digas tu nombre. No te hagas daño por orgullo. Créeme, no vale la pena.

La joven cedió.

—Lucy —susurró. La palabra brotó de sus labios más como una amenaza que como un nombre.

—Gracias. —Madeleine la soltó de inmediato. Lucy salió disparada de espaldas, manteniendo el equilibrio a duras penas—. ¿Ves qué fácil?

—Loca de mierda. —La muchacha comenzó a retirarse, frotándose las muñecas. Un joven de baja estatura, también descalzo y vestido con unos vaqueros raídos, avanzaba hacia ella con aire protector.

—Eso es lo que dicen muchos. —La sonrisa de Madeleine se ensanchó—. Supongo que las dos hemos oído antes esa frase, ¿me equivoco?

—Ya —gruñó Lucy—. Eres lista de cojones. ¿Qué pasa contigo?

Madeleine levantó la mano para señalar hacia su furgoneta.

—Me llamo Madeleine y ése es mi vehículo. Voy a entrar en este establecimiento y me voy a quedar ahí unas cuantas horas. Me resultaría de lo más inconveniente que, cuando salga, mi furgoneta no esté aquí. Así que te voy a nombrar mi alguacil. No pierdas de vista mi vehículo, Lucy. Asegúrate de que nadie se acerca. ¿Entendido?

—Entiendo que estás como una puta cabra. —La voz de Lucy temblaba, insegura.

—Si mi coche sufre cualquier tipo de daño —añadió Madeleine, enfatizando el *cualquier*—, te haré responsable de ello, niña. Si no le ocurre nada, me encargaré de recompensarte. —Por un instante, los ojos del monstruo brillaron con un color rojo como la sangre—. Soy Madeleine Giovanni, de la Casa de los Giovanni, y no amenazo en vano. Obedéceme y serás bien recompensada. Hazte la loca y recibirás una recompensa de locos.

No hacía falta preguntar a qué se refería con eso. Sin mediar más palabras, dio media vuelta y avanzó a grandes zancadas hacia la entrada del bar. A su espalda, escuchó a Lucy cuchicheando con los demás perros callejeros. Las suelas desgastadas rozaban el asfalto. Cuatro adolescentes, todos ellos escuálidos y harapientos, surgieron de entre las sombras. Un chico, tres chicas, ninguno de ellos mayor de diecisiete. Algunos esgrimían trozos de cañerías a modo de garrotes; otros empuñaban botellas o

navajas entre sus pálidos dedos. La brisa otoñal transportaba el olor del desaseo. Los cuatro avanzaron hasta bloquearle el paso a Madeleine. Lucy y su “guardaespaldas” venían tras ella.

El monstruo se detuvo y miró a cada niño a los ojos, de uno en uno.

Todos comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—¿Qué hace por aquí, señora?

—¿Trafica?

—¿Negocios entre manos?

—¿Busca a esos putos caníbales?

—¿Es un ángel del Señor que ha venido para castigar a los malvados?

La última pregunta, formulada con voz cavernosa y obsesionada, cogió a Madeleine por sorpresa. Miró a la niña desamparada que había hablado. No podía tener más de catorce años de edad. Iba vestida con un jersey y un vestido negro y descolorido, y portaba un cuchillo de hoja delgada. Sus ojos brillaban con un fervor fanático.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó Madeleine.

—Mamá me decía que los ángeles eran muy hermosos —la voz de la niña era demasiado profunda para su frágil cuerpo—, y que siempre iban vestidos de negro.

—Su mamá era una adicta al crack, cachonda perdida por Pat Robertson —saltó una jovencita con pantalones vaqueros cortados, playeras y una camiseta amarilla desteñida. No daba la impresión de tener frío. Tenía los brazos cubiertos de cicatrices y su rostro exhibía más arrugas de las que deberían surcar el rostro de cualquier niña. Madeleine supuso que ésa debía de ser la líder, la única con los años y la experiencia que les faltaban a los demás.

La voz de Madeleine se suavizó.

—No soy ningún ángel, me temo.

La líder se acercó a la niña, cubriéndola con un brazo. El otro sostenía una bayoneta oxidada.

—La muy idiota siempre estaba a vueltas con eso de Dios y los ángeles y toda esa mierda, hasta que decidió ir a hacerles una visita permanente. Saltó desde el tejado e intentó arrastrar a Sarah con ella. La desgraciada fue a reventar igual que un sapo enfrente de su hija pequeña y papá dejó la botella el tiempo justo para enviarla a rehabilitarse por mierda que nunca había hecho. No es como yo. Ella está limpia. —La líder pelirroja miró fijamente a los ojos de Madeleine, retándola a que dijera lo contrario—. Cuando me escapé, la llevé conmigo. Lleva viviendo con nosotros desde entonces.

—¿Nosotros?

A sabiendas de que ya había hablado más de la cuenta, la cabecilla apretó los labios y bajó la barbilla en gesto desafiador. Alzó la bayoneta y dio un paso atrás. Una cadena tintineó a espaldas de Madeleine al desenroscarse y comenzar a oscilar.

—Por favor —dijo Madeleine. La suavidad de su voz arrastraba una nota de autoridad, reforzada por una sutil, aunque poderosa, oleada de control mental—. No pienso delataros, ni haceros daño, a menos que os interpongáis en mi camino. Creo que tenemos más cosas en común de lo que os imagináis. Quizá pueda ayudaros.

—Nadie ayuda al Rat Pack —escupió la pelirroja—. Ya nos han “ayudado” bastante, no nos jodas.

Como ruido de fondo tras la conversación, la cadena se balanceaba en manos de Lucy, lista para descargarla sobre la cabeza de Madeleine. El monstruo se dio la vuelta.

—No seré vuestra enemiga a menos que me obliguéis. Lucy, baja el arma, por favor.

Lucy refunfuñó, pero obedeció. La cadena se enroscó sobre el pavimento.

—Gracias —dijo la Daga de los Giovanni, de corazón. Muy a su pesar, la asesina admiraba a aquellos ratones de campo humanos. La ruptura de sus hogares no había conseguido romper sus

corazones—. No era mi intención insultaros. —Volvía a dirigirse a la líder—. Lo siento si lo he hecho. —Una vez más, las palabras cabalgaban a lomos de una ola acariciadora de dominación. Los buenos modales no bastarían para ablandar a aquellos golfillos. Transcurridos unos instantes, extendió la mano hacia la pelirroja—. Me llamo Madeleine, como ya he dicho. ¿Quién eres tú?

La cabecilla mantuvo el silencio por un momento, antes de ofrecer su mano a modo de respuesta.

—Allyson. Éstos son mis hermanos y hermanas, mi familia. A lo mejor no parecemos gran cosa, pero podemos joder a cualquiera que se meta con nosotros. Ya conoces a Lucy. Ésa es Sarah. Sybil es la cabeza rapada...

—No soy una cabeza rapada —repuso una niña mulata ataviada con sobras de algún almacén militar y zapatillas de tenis. Tenía la cabeza completamente desnuda; incluso carecía de cejas. Su voz era suave pero firme.

—Vale —se disculpó Allyson—. No es que vaya a la moda, nació así. No es muy guapa, pero corre que se las pela. Brian y Pete, hermanos, fugados de casa. No hablan demasiado. Después de haber visto las cicatrices de sus espaldas, no me extraña.

—¿Dónde vivís? ¿Cómo sobrevivís?

—Tenemos una cabaña en el bosque —repuso Allyson—. Un sitio de cazadores que encontramos el año pasado. Lleva mucho tiempo deshabitada, así que la limpiamos y ahora es nuestra. Es un secreto. Hay demasiados chalados sueltos por aquí últimamente.

—¿Dijiste algo acerca de unos caníbales? —Madeleine se había vuelto hacia Lucy. ¿Habría lupinos en las inmediaciones?—. ¿Qué clase de caníbales?

—Tíos caníbales, igual que en la Matanza de Texas —contestó la joven, altiva—. Te cortan en trocitos y te comen cruda. —La voz de Lucy flaqueó de repente, envarados los hombros—. Los muy cabrones cogieron a Jamie el año pasado... pensé que no iba a dejar de gritar nunca... —A su pesar, Lucy comenzó a derramar lágrimas silenciosas. Se enjuagó el rostro con una mano—. Casi me pillan a mí también, pero soy demasiado rápida. —Lucy se arrodilló y recogió su cadena. Abrazó los eslabones contra su pecho—. Y demasiado gallina.

Los hombros de la niña temblaban, pero se negaba a volver a llorar.

La Daga de los Giovanni rozó el hombro de Lucy, acarició con dulzura la mejilla de la muchacha y le atusó el pelo.

—Sacrificarte a ti misma habría sido una estupidez —dijo Madeleine—. Tomaste la decisión acertada. No lamentes la pérdida de tu amigo asesinado. Aguarda el momento adecuado, y véngalo.

Lucy emitió un breve sollozo compungido y se acomodó contra el brazo de Madeleine. El niño descalzo se acercó dubitativo y tomó a Lucy de la mano. Madeleine abrazó a la joven con genuina compasión.

—¿Iba en serio lo que le dijiste a Lucy? —preguntó Allyson—. ¿Qué era eso de una recompensa si te guardaba la furgoneta?

Madeleine asintió con la cabeza.

—Yo pago por los servicios prestados. El Rat Pack, ¿necesita fondos?

—Vaya, andamos algo escasos últimamente —admitió Allyson, a regañadientes—. Intento que los niños sigan limpios, no estamos metidos en ningún rollo chungo. Eso cuesta. Hay mucho dinero en juego si te prestas a traficar y hacer trapicheos, pero te dan mucho por el culo si intentas llevar una vida decente. Leo, el tío de ahí dentro, a veces nos pasa las sobras y nos paga por cuidar del aparcamiento, pero ahí se acaba la cosa. Brian y Pete lavan parabrisas en la ciudad, pero la “generosidad” de la gente es una mierda. Muchos días vuelven a casa sin nada.

Allyson tenía la mirada perdida. Su voz iba camino de lo mismo.

—El verano pasado, éste solía ser un buen sitio donde parar. La gente venía al bosque para hacer barbacoas con los de la oficina y esas cosas. Siempre acabábamos con un montón de comida, y otras cosas que se olvidaban a veces. Ahora, eso se acabó. La gente tiene miedo del bosque. Los putos caníbales y ladrones de coches y toda esa mierda. A los polis se la suda, así que nos morimos de hambre.

—¿Conocéis bien la zona? —preguntó Madeleine. De ser posible, le gustaría ayudar a esos parias. Sabía que sonaba raro... caridad procedente de un cadáver bebedor de sangre. Sin embargo, el deseo de echar una mano estaba ahí. Puede que viniera motivado por la altivez de las niñas, o por el comentario acerca del ángel, o por la pesada carga de la tragedia que acarreaban aquellos muchachos. Quizá proviniese de la propia niñez de Madeleine... no demasiado satisfactoria. Daba igual. Cuando Lucy se arrulló entre los brazos de Madeleine, por voluntad propia y sin ningún tipo de compulsión ni orden, la Daga de los Giovanni había resuelto ayudar al Rat Pack. Los motivos sólo le concernían a ella, y no pensaba que valiera la pena cuestionarlos. Además, si los niños *trabajaban* para ella, su ayuda no podría considerarse caridad.

—Claro, hemos estado en todas partes —respondió Allyson—, y casi todos nosotros crecimos por aquí cerca. La ciudad tampoco es tan grande, no hay muchos suburbios. El resto son granjas.

—¿Cómo os movéis? —Con un último y fuerte abrazo, Madeleine soltó a Lucy. La niña se apartó algo triste, con la vista clavada en sus fríos pies descalzos.

—Tenemos bicis —replicó Allyson—. Nada espectacular. Sin marchas ni frenos de mano y toda esa mierda. Pero sigue siendo más rápido que andar, y nos sabemos todos los atajos.

—Cuidad de mi furgoneta —dijo Madeleine, recuperando su porte de digna autoridad—. Cuando salga del bar, seguiremos hablando. Dependiendo de lo que descubra ahí dentro, puede que tenga cierto encargo para el Rat Pack. Algo peligroso, pero lucrativo.

—A la mierda el peligro —espetó Allyson—. Tenemos hambre.

—Volveré —prometió Madeleine—. Esperadme.

El club era tal y como se lo había imaginado: una sala rectangular, de ocho metros por quince, con un techo bajo de vigas de madera, alumbrado por una brumosa luz tenue. Las nubes de humo, agitadas por las perezosas hélices de los ventiladores que colgaban del techo, se arrastraban por el bar como fantasmas intoxicados de neón. Una mugrienta máquina de CD bramaba las letras de Willie Nelson. No era una canción moderna, pero poco de lo que había donde Sam el Sucio era nuevo. Muy poco.

En su día, la barra podría haberse considerado como algo elegante. Se agazapaba como un perro a la entrada del local, con su reborde de oro y marfil rematado por una plancha de madera de roble. Los años de humo, cerveza, orines y vómitos habían agostado el lustre de la barra hasta conferirle un cenagoso color marrón. Las baratas luces de neón no contribuían a guardar las apariencias. Media docena de mesas redondas y sillas se repartían por toda la estancia, con sus superficies cuajadas de cráteres excavados a base de apagar colillas sobre ellas. Los tres reservados del fondo proporcionaban una intimidad más que cuestionable; dos de ellos estaban ocupados. Detrás de la barra, un único cuadro, una vulgar representación de tres mujeres desnudas en la misma cama, hacía honor al nombre de Sam.

Madeleine calculó que debía de haber unas cuarenta personas presentes. Una docena se apiñaba frente a la barra, mientras que el resto abarrotaba las endebles mesas. Casi todos los parroquianos eran hombres, aunque también se veía un surtido de mujeres. La mayoría de los muchachos parecían llenar el armario con lo que aparecía en los catálogos de las revistas sobre motos y en los vídeos de música *country*; las mujeres se decantaban por los vaqueros, el cuero negro y las prendas de algodón con poco algodón. Nadie le dedicó dos vistazos a Madeleine, de lo que ésta se alegró.

En uno de los reservados cercanos, cuatro hombres se arracimaban, fijos los ojos en el centro de la mesa. Uno sostenía una cucharilla de metal entre sus temblorosos dedos. Madeleine no pudo ver qué se

estaban metiendo, si coca, crack, o heroína, ni le importaba. La única regla en el garito de Sam el Sucio parecía ser que las reglas servían para limpiarse el culo.

El monstruo se escurrió hasta lo alto de uno de los taburetes al final de la barra. A escasos asientos de distancia, dos hombres con cazadoras de los Ángeles del Infierno trasegaban cerveza y fardaban de sus conquistas. El más próximo de la pareja, un coloso de al menos ciento cincuenta kilos con un enorme mostacho y pequeños ojos oscuros y brillantes, miró a Madeleine con indiferencia. Ésta cruzó las piernas y le dedicó una sonrisa depredadora. Por un instante, sus rasgos dejaron entrever su auténtica naturaleza. Sobresaltado, el hombretón asió el brazo de su compañero y ambos se escabulleron a la seguridad de la otra punta del local.

—Me parece que le has dado un susto al pobre Ralph —dijo el camarero, un tipo alto de pelo oscuro—. No está acostumbrado a que las mujeres hermosas sonrían en su dirección.

—Así que se le va la fuerza por la boca —repuso Madeleine, sacudiendo la cabeza—. Qué pena. Por sus comentarios, deduje que era bastante viril.

El camarero bizqueó por un instante, mientras intentaba dilucidar si estaba hablando en serio. Tras decidir que así debía de ser, sonrió.

—Sus conquistas son legendarias y, al igual que muchos mitos, no suelen basarse en la realidad. ¿Algo de beber?

—Un Bloody Mary.

—Eres nueva en el bar de Sam —comentó el hombre mientras preparaba el combinado—. ¿De paso?

—Negocios. ¿Conoces de vista a todos los que vienen por aquí?

—A los que merecen la pena. —El camarero colocó la bebida frente a Madeleine—. En estos tiempos, el dueño de un bar tiene que tener cuidado con sus clientes. Nunca se sabe cuándo un poli de incógnito va a intentar saltar a la fama. Los agentes de la ley muertos cuestan un huevo de explicar. Es mucho más fácil mantenerlos alejados.

—¿Tú eres Sam el Sucio?

—Qué va. Soy Leo. Sam murió hace años. Dos borrachos se enzarzaron en una pelea de las buenas una noche y se cargaron el tocadiscos. Sam se cabreó. La máquina cuesta un ojo de la cara. Así que salió de detrás de la barra y separó a los dos bolingas. Mala idea. Uno de ellos tenía un cuchillo de monte. Le hizo un buen corte a Sam antes de que alguien consiguiera meter una bala en su cabeza de gilipollas. El pobre Sam se desangró en el suelo, justo ahí. Si miras de cerca, todavía puedes ver las manchas de sangre. Esas marcas no se quitan. Soy el sobrino de Sam. Estoy al frente del bar desde entonces. No saco mucho dinero, pero supongo que tengo que mantenerlo abierto. Ya sabes, como una especie de tributo a mi querido tío.

—Qué conmovedor. —Madeleine se pasó las manos por las mejillas, enjuagando lágrimas imaginarias—. ¿Incinerasteis el cuerpo y esparcisteis las cenizas por el aparcamiento?

—No, pero eso sí que hubiese sido conmovedor. Espera un segundo. Los caballeros de la otra punta necesitan repostar.

Madeleine se llevó el Bloody Mary a los labios y ladeó la cabeza para que nadie pudiera ver el vaso. Una palabra susurrada y el líquido desapareció. A Madeleine no le hacía falta beber ni comer, pero le gustaba mantener las apariencias.

Leo regresó en el momento que la joven depositaba el vaso vacío sobre la barra.

—¿Otro? La tercera siempre es gratis.

—Ahora mismo, no. Sam el Sucio tiró la toalla hace tres años y se mudó a Florida. Engaña a los viejos jugando a las cartas y pasa las tardes en el hipódromo. Tú regentas el local en nombre de los dueños ausentes.

—Correcto —dijo Leo, encogiéndose de hombros—. Pero la otra explicación tenía mucha más chispa. ¿Cómo lo sabes?

—*El honor por encima de la muerte* —musitó Madeleine en voz baja—. Tu patrón, Pietro, te envía recuerdos. Yo soy su nieta, Madeleine Giovanni.

Leo soltó un silbido.

—Vaya, entonces, supongo que las fotos que saqué sí que eran interesantes.

—¿Las de Ezra? Ellas son el motivo de que haya venido.

—Mierda —dijo Leo, mirando por encima del hombro de Madeleine—. Vienen problemas. Los Hellblazers. El pequeño Willy Smith y los hermanos Riley. Lo siento, no puedo hacer nada —musitó—. La gente se haría preguntas. Nunca me meto.

—No pasa nada —repuso la joven, al tiempo que se giraba despacio—. Sé librar mis propias batallas.

Tres hombres se encaraban con ella. Dos parecían gemelos. Uno le sacaba algunos centímetros a Madeleine, el otro era algunos centímetros más bajo. Les cruzaban los rostros sendas sonrisas de oreja a oreja. Grandes narices ganchudas, ojos castaño oscuro y espesas matas de pelo rizado remataban el conjunto. Aún no habían cumplido los treinta. Eran individuos sólidos y fornidos, de hombros anchos y torsos inmensos. Vestían vaqueros de color negro y chaquetas de cuero, decoradas con una tosca cabeza de diablo a la altura del corazón.

El tercer hombre debía de rondar los dos metros diez y pesaba al menos doscientos kilos. Gran parte de su corpulencia recaía en su barriga, que pendía a las claras por encima de su cinturón. Tenía el rostro colorado, ojos porcinos y la boca llena de dientes amarillentos. Estaba completamente calvo. Madeleine pensó que era el hombre más feo que hubiese visto jamás.

Ninguno de los componentes del trío parecía muy listo. Todos estaban borrachos como cubas.

—Queremos echar un polvo —dijo el gordo. Su voz era estridente y chillona—. Contigo.

—Eso —grajeó el más alto de los gemelos—. Los tres, al mismo tiempo. Te vamos a destroz.

—No, gracias —respondió Madeleine, consciente de que se había hecho el silencio en la sala—. Por favor, dejadme en paz.

—No. —Los ojos del gordo decían el resto.

—Willy —intervino Leo—. Piérdete. Ya sabes lo que dijo la pasma. Otra queja por violación y Caín, Abel y tú vais a para a la cárcel. Tanto si encuentran testigos como si no.

—Nosotros no hemos violado a nadie —repuso Willy. Se acercó un paso más hacia Madeleine, con la boca ladeada en lo que pretendía ser una sonrisa—. Nunca han podido demostrar nada.

Madeleine se apartó siguiendo la barra, lejos del gordo. Lo último que deseaba era llamar la atención, pero todo lo que hiciera en aquella situación estaría mal.

La salvación llegó de forma inesperada. Abel, el más bajo de los gemelos, acababa de cortarle la retirada a Madeleine cuando se escuchó una voz femenina que gritaba desde la puerta de entrada.

—¡La muerte! ¡La muerte recorre la autopista!

Una joven rubia, de no más de veinte años, permanecía plantada en el quicio. Alta y esbelta, con ojos de color azul celeste, labios rojos y mejillas con hoyuelos, era la viva imagen de la inocencia. Se cubría con un top negro, del mismo color que sus mallas de ciclista. Directamente bajo los pechos se apreciaban dos largas cicatrices que formaban una enorme X. En las manos sostenía una escopeta de cañones recortados del calibre .20.

—Es la hermana Susie —dijo Leo, pasmado—. No dejan de entrar chalados por esa puerta.

—Ya es suficiente —gritó la rubia, al tiempo que se plantaba ante los tres Hellblazers. Parecía estar drogada o en trance. Madeleine sospechaba que las palabras de la mujer no le pertenecían—. Los animales rabiosos no pueden seguir con vida.

—¿A ti qué coño te pasa? —dijo Willy, desentendiéndose de Madeleine para mirar fijamente a Susie. Sacudió la cabeza—. No somos animales.

—No habrá piedad para ellos —declaró la hermana Susie. Con una rapidez asombrosa, dio un paso más en dirección al gigante de rostro colorado. Antes de que el gordo pudiera reaccionar, la rubia le encajó la recortada en la cara. Los cañones gemelos de acero se clavaron en la nariz, rompiendo huesos. La sangre le salpicó la pálida piel pero la joven pareció no darse cuenta. Su dedo se tensó sobre el gatillo de la escopeta. El más leve tic y los sesos de Willy irían a parar al techo.

—*No habrá piedad* —entonó Susie. Miraba con ojos brillantes al rostro del gordo—. *No habrá perdón.*

—Tranquila, Susie —dijo Leo—. Tranquila.

Caín y Abel estaban a tres metros de su compañero Hellblazer. Podían haberse encontrado a kilómetros. Congelados en el sitio, no se atrevían a dar ni un paso.

—Informa a tus compañeros caníbales de que algunos de nosotros estamos cansados de sus ataques contra los indefensos —prosiguió Susie, apretando aún más la escopeta contra los restos de la nariz de Willy. Su voz se convirtió en un alarido—. *Ya es suficiente.*

—Vale, vale —musitó Willy, con ojos llorosos—. Lo que tú digas.

—Basta ya, Susie —dijo Leo—. Ya le ha quedado claro. Ahora, deja que Willy y los hermanos Riley se vayan para que puedan correr la voz, ¿vale?

Despacio, muy despacio, la hermana Susie asintió con la cabeza. Tiró de la recortada con cuidado, apartándola del rostro del hombro. Los cañones gemelos estaban pintados de rojo con la sangre de Willy Smith. La joven mantenía el dedo posado firmemente sobre el gatillo. Entre sollozos, el hombretón se llevó ambas manos a la nariz.

Susie señaló a los hermanos Riley con la escopeta.

—Id y advertid a vuestros compañeros.

A los hermanos Riley no hacía falta que los animaran. Tras agarrar al balbuciente Willy Smith, desaparecieron de inmediato por la puerta principal. Con un ademán de aquiescencia, Susie bajó su arma y se volvió hacia Leo. Su rostro refulgía con la luz del fanatismo.

—La justicia es lenta, pero inexorable —declaró.

—Eso sí que es cierto —convino el camarero. Ondeó una mano para que todos la vieran—. Se acabó el espectáculo, muchachos. Volvamos a la realidad. La siguiente ronda corre a cuenta de la casa.

Quince minutos más tarde, Madeleine pudo por fin hablar de nuevo con Leo.

—¿Siempre ha sido así? —preguntó, mirando a Susie de reojo.

La joven se sentaba a solas en una de las mesas redondas, jugueteando con un vaso de vino blanco. La escopeta descansaba sobre su regazo. Murmuraba para sí, ajena a todo lo que la rodeaba.

—Susie descubrió la religión hará cosa de una semana —dijo Leo—. Hasta ese momento, se paseaba con una pandilla de lo más chungu. Secuestradores, o peor. Al parecer, se metieron con quien no debían. De los seis, Susie fue la única que todavía puede contarlo. Escapó con la sesera achicharrada. Llegó aquí bien entrada la noche, parlotando como has oído antes. Todo eso de que la justicia recorre la autopista, que no hay perdón y que ya está bien. De locos. Como si alguien le hubiese marcado a fuego esas palabras en la cabeza.

—A lo mejor eso es lo que ocurrió. ¿La investigación policial no descubrió ninguna pista?

—¿Qué investigación? —bufó Leo—. La poli se alegró de que aquellos gilipollas la diñaran. Los agentes echaron un vistazo alrededor durante unos diez minutos, escucharon el discursito de Susie y volvieron a subirse a los coches partiéndose de risa. La rubia lleva parando aquí todas las noches desde entonces, predicando su evangelio. “Hermana Susie”, la llaman los habituales. Esta noche ha sido la primera vez que la veo ponerse violenta.

—Le debo un favor. Ahora, hablemos de Ezra. ¿Has sacado las fotos?

—No he tenido ocasión. Como me dijeron, tuve mucho cuidado. Me pasé dentro todo el rato. Utilicé los monitores de seguridad del exterior del edificio de apartamentos para localizarlo. Grabé su llegada en ellos. Aunque, no te sorprendas, las cintas estaban en blanco. Hubo más suerte con la cámara con temporizador automático que puse en el segundo piso. Las fotos que mandé a Venecia salieron de ella.

—En cualquier caso, llegó en coche. Y se marchó igual.

—Tu hombre apareció a las dos de la noche y salió hora y media después.

—Muy interesante. Tengo que irme. Se aproxima el amanecer y tengo que estar lejos de la carretera antes de que despunte el alba. Volveré, aunque no puedo decirte cuándo. Mientras tanto, hay una pandilla de adolescentes que viven en el bosque.

—Sí —asintió Leo. Su voz había adquirido un tinte suspicaz—. El Rat Pack. ¿Qué pasa con ellos?

—Dales de comer. Asegúrate de que reciban provisiones. Emplea los fondos que haga falta, tienes mi autorización. Quiero a esos niños sanos, están bajo mi protección.

—Claro —convino Leo, relajándose—. Los chavales son majos. Fugitivos, todos ellos. Vida dura para unos mocosos.

—Lo sé. Volveré.

Encontró al Rat Pack apiñado alrededor de su furgoneta. Allyson, bayoneta en mano, se encontraba acucillada encima del parachoques. Los demás, armados con cuchillos de cocina, tuberías y navajas automáticas, acechaban tras coches y camiones cercanos.

—Parece que has removido bien la mierda ahí dentro —apuntó Lucy, con una sonrisa—. A uno de esos capullos se le cayó la cartera cuando saltaba al camión. —Le enseñó un fajo de billetes—. ¿Te importa si nos quedamos con esto?

—Es vuestro —repuso Madeleine, haciendo caso omiso del dinero—. Pero, para ser sinceros, no fui yo la que los amedrentó. Una mujer que Leo llamaba “hermana Susie” consiguió que yo no tuviera que intervenir.

—Ja, hay que joderse —saltó Lucy—. Hace dos semanas, esa chiflada iba por ahí comiéndose a la gente. Ahora es una monja.

—No me extraña —dijo Brian—. Supongo que ver cómo tus colegas se convierten en ensalada de col hace que cualquiera vea la luz.

—¿Y eso? —Madeleine lanzó una mirada curiosa al muchacho que, tímidamente, apartó la vista.

—Vimos cómo los cortaban en cachitos hace un par de semanas —dijo Lucy—. De miedo. La hermana Susie es una de esos caníbales asquerosos que te decía antes. Por lo menos, lo *era*. Hacía de cebo para ellos en la cuneta... —La niña sacudió la cabeza. Su rubio cabello centelleó—. ¿Te lo puedes creer? Ponía cara de víctima e inocente. Julia Roberts total. La gente se paraba para ayudarla y la banda se les echaba encima. Pero esa vez, alguien se echó encima de ellos. Guay, ¿eh?

—¿Cómo es que visteis lo que ocurrió? —preguntó Madeleine—. Dijiste que evitabais a la tribu de los caníbales.

—Lucy llevaba siguiendo a los caníbales de cerca desde hacía tiempo —apostilló la calva Sybil—. A veces se colaba en su campamento para ver lo que podía birlar. Podría decirse que tenía asuntos pendientes con ellos.

—No me jodas tú también, Sinead O'Connor —saltó Lucy.

—Tranquila, Sybil —gruñó Allyson.

Madeleine meneó la cabeza, asqueada. Niños obligados a espiar a caníbales que asaltaban a viajeros desprevenidos, con la esperanza de poder robarles sus provisiones. Y los mortales llamaban monstruos a los Vástagos.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Madeleine a Lucy.

—Los gilipollas se metieron con el coche que no debían. —Lucy esbozó una sonrisa al tensar su cadena entre sus manos huesudas—. Entonces salen estos dos tíos mayores... un viejo con barba y una especie de disfraz, y una señora oriental. China, me parece, pero no estoy segura...

—Los rebanó con una par de cuchillos —añadió Brian—. Cuchillos de los grandes, afilados. Intentaron dispararles, pero las armas se encasquillaron.

—Porque ella era un ángel —dijo Sarah con su extraña voz ronca—, bendita con el poder de Dios.

—Ya está otra vez con esa mierda de ángeles —masculló Sybil.

—Espadas —dijo Madeleine, con la esperanza de recuperar el hilo de la conversación—. Los mató con dos espadas.

—Sí —dijo Brian—. Eso.

—¿Una banda contra una chica sola? —continuó la Daga de los Giovanni—. Debía de ser muy peligrosa.

—Era *increíble* que te cagas —sentenció Lucy, poniéndose de puntillas—. Tío, daba vueltas así... —la cadena silbó—, y así... —otro arco de acero—, y saltaba así...

—¡Dios, Lucy! —gritó Allyson, zafándose—. ¡Cuidado con lo que haces!

Madeleine sonrió. No era una imagen agradable de ver.

—Me parece que me hago una idea.

—Tío —exhaló Lucy, a todas luces decepcionada—, ojalá yo pudiera haberles hecho eso. Esa mujer era como magia, te lo juro.

—A lo mejor sí que lo era, al fin y al cabo —musitó Madeleine—. ¿Te acuerdas de su aspecto?

—Era alta —dijo Lucy—. Muy guapa, con el pelo largo y negro. Parecía china, ya te digo. Como la pava de *Supercop*.

—Una espadachina oriental —pensó Madeleine en voz alta—. Acompañada por un hombre ataviado con un disfraz. Una combinación fascinante. Sobre todo si tenemos en cuenta el estado de la hermana Susie...

Hizo un gesto para que el Rat Pack se acercara.

—Me habéis guardado bien la furgoneta. Os habéis ganado mi confianza. A partir de este momento, consideraros a mi servicio. Sois agentes de la familia Giovanni. Como tales, tenéis que estar en la mejor forma física posible. Leo, el camarero, os dará de comer. Alimentaros bien, haced ejercicio, recuperad la salud. Prepararos para la batalla. Estaré fuera unos cuantos días. En mi ausencia, estad atentos por si aparece la espadachina misteriosa en la que se fijó Lucy. Me encantaría conocerla, y a su compañero también.

—Hecho —respondió Allyson, mirando a los otros para comprobar la unanimidad de su acuerdo. El Rat Pack, al unísono, asintió con la cabeza y musitó su conformidad—. Guay. Manos a la obra.

—¿Contra quién vamos a luchar, Madeleine? —preguntó Lucy. Una oleada de excitación ruborizó su pálida piel. El monstruo podía oler la sangre—. ¿Cuándo vamos a pelear?

—Contra quién, no estoy segura —contestó Madeleine, al tiempo que daba la espalda a su nuevo ejército—. En cuanto al cuándo, sólo diré que será demasiado pronto.

SEIS

—Debemos viajar al Horizonte —declaró un Kallikos completamente recuperado a la mañana siguiente. Los cinco se hallaban apiñados alrededor de la mesa de la cocina en la granja de la cábala de Casey, recién terminado el desayuno—. Tenemos que prevenir al Consejo de las Nueve acerca del Maestro de la Armonía. Estoy seguro de que se negarán a intervenir hasta que sea demasiado tarde pero, así y todo, debemos intentarlo. Nuestra única esperanza de futuro pasa por alterar el presente.

—¿Va a ocurrir algo en el Horizonte? —preguntó Sam Haine—. ¿Estás seguro?

Kallikos asintió con la cabeza.

—Más que seguro. Lo que Jenni Smith le dijo anoche a Diecisiete no hace sino confirmar mis sospechas. El ego de nuestro enemigo no tiene límite. Se ve a sí mismo como un Mesías, renacido para conducir a los Despertados hacia una nueva edad de oro. Como todos los megalómanos, se cree sus propias mentiras. En este caso, antes de declarar la guerra, debemos ofrecer la paz.

Diecisiete se humedeció los labios, acordándose de las palabras que pronunciara Sombra del Amanecer hacía tan sólo unas horas. *La paz de la sepultura*. La miró, sentada frente a él. Sus ojos se encontraron y ella inclinó la cabeza en gesto de aquiescencia.

—Hacen falta agallas para llamar a la puerta de la fortaleza de tu adversario y decirle a todo el mundo que, o deponen las armas, o ya verán —dijo Sam Haine—. Claro que yo no soy ningún guerrero. A este Maestro de la Armonía no parece que le falte valor.

—El miedo pierde su significado para quien ha resucitado de la nada —repuso Kallikos—. Además, como obra de los Tecnócratas, el Maestro de la Armonía no puede entrar de forma física en el reino de la Tradición que llamamos Horizonte sin disparar varias alarmas. En vez de eso, enviará a uno de sus discípulos. —Miró de reojo a Diecisiete—. Quizá ése sea el motivo por el que desea tu ayuda. Puede que te quiera como apoderado para aquellos Reinos del Horizonte en los que carezca de poder.

Diecisiete sacudió la cabeza.

—No lo creo. Jenni Smith dijo que su señor controlaba una magia poderosa que llevaba siglos sin ser utilizada. Tuve el fuerte presentimiento de que el Maestro de la Armonía no necesita mi ayuda, ni la de nadie. Lo que quiere, o teme, de mí es algo distinto, pero no sé el qué.

—A mí me parece —dijo Sam Haine, mirando a Kallikos—, que a lo mejor no te van a recibir con los brazos abiertos en el Horizonte. Hace tiempo desde tu último acto de presencia.

Kallikos entrecerró sus ojos oscuros.

—¿Lo sabes?

Sam se encogió de hombros.

—Me hago una idea. Se me ocurrió mientras brindaba con el señor Jack Daniels. Me acordé de que, érase una vez, había cierto Maestro del Tiempo que tenía unas visiones de lo más asombroso. Hurgué un poco en la biblioteca de la cábala de Casey y di con la referencia apropiada de sopetón. De lo más horripilante, ya te digo. Visiones sobre el futuro, vistas hace mucho tiempo, que cada año se acercan más y más a la verdad. El vidente que predecía todo aquello era de lo más asombroso.

—De joven —intervino Kallikos, en voz baja y sombría—, tenía grandes sueños. Como idealista que era, preveía un futuro en el que la humanidad buscaría la Ascensión. En mi candidez, con la intención de apoyar tan noble causa, estudié con los grandes sabios. Leí los libros secretos, los tomos prohibidos. Cuanto más aprendía, mayor era mi sed de conocimientos. Inmerso en mi cruzada, experimenté placeres definitivos, padecí agonías estremecedoras. Mis habilidades crecieron, cambiaron, evolucionaron y, tras muchos años, mis sueños se convirtieron en realidad. Descubrí los secretos de la profecía.

—Llegado a este punto, un escalofrío recorrió su cuerpo—. Supuse que era el más preciado de los dones. El poder de ver el futuro, de saber con antelación lo que iba a ocurrir y disfrutar de la oportunidad de cambiar la historia. Sólo muy lentamente descubrí que este talento no era ninguna bendición, sino la más horrenda de las maldiciones.

—Media un abismo entre saber que va a producirse una avalancha —dijo Sam Haine—, y ser capaz de detenerla con las manos desnudas.

—Exacto. Veo lo que *podría* ocurrir. Los acontecimientos se pueden cambiar, pero resulta casi imposible volver a escribir el futuro. Los acontecimientos más importantes son el resultado de una colosal suma de factores que tienen lugar a lo largo de muchos años, de décadas, incluso. Los nodos temporales, cuando una acción específica altera el curso de la historia, son escasos y lejanos entre sí. El despertar del clon base era uno de esos momentos. Fracasamos y, ahora, se perderán miles de vidas. Si volvemos a fallar, serán millones. Un tercer desastre y la Teluria estará condenada.

—Debe de ser difícil vivir con el peso del futuro sobre los hombros —musitó Sam Haine.

—El conocimiento es tal que bastaría para volver loco a un hombre —dijo Kallikos, con voz trémula—. Piensa en eso. Vivir durante décadas, siglos, con la certeza de que algún día te verás obligado a tomar decisiones que afectarán al futuro de la humanidad, que cada paso que das te acerca al final de una senda que conduce a la misma última elección. El momento de la decisión se aproxima deprisa. ¿Vida o muerte? Después de quinientos años, sigo sin estar seguro de la respuesta.

Sam Haine se frotó el labio inferior con un dedo.

—Según el autor de uno de los libros que consulté, el mago que hizo aquellas horribles predicciones murió hace siglos. Aquí sentado, después de oír lo que has dicho, sospecho que eso no es del todo cierto.

Kallikos se encogió de hombros.

—¿Qué es la verdad? La antítesis de los sueños. Me llamo Kallikos, no respondo a otro nombre.

—Es tu oportunidad —dijo Sam Haine—. Un hombre se define según sus actos, no por un puñado de sílabas.

—Sólo existen tres portales que conduzcan al Horizonte —intervino Albert, cambiando el rumbo de la conversación—. El más cercano, el Portal de Lachesis, se encuentra en el remanso de un río que corre por Kansas. Sam y yo hemos entrado en el Horizonte a través de ese pórtico en varias ocasiones. No es un viaje agradable. Además, para que el guardián te franquee la entrada, necesitas una invitación y las contraseñas adecuadas.

—Tengo una invitación —repuso Kallikos—. Conozco las contraseñas adecuadas.

Diecisiete frunció el ceño. La conversación fluía a su alrededor sin que él tuviese ni idea de lo que quería decir todo aquellos.

—Perdón —interrumpió—, me he perdido. ¿De *dónde* estáis hablando? ¿Tres portales que conducen a *dónde*?

Sam Haine esbozó una sonrisa.

—Creo que comprendo que te sientas confuso, hijo. Ocurre a menudo que los artesanos de la voluntad saben ciertas cosas de forma inherente, por los nombres que eligen para denominar ciertos talentos, lugares o ideas no siempre son los más adecuados. Entiendes lo de los Reinos del Horizonte, ¿verdad?

—Alvin Reynolds me explicó su existencia cuando visitamos... —comenzó Diecisiete, quien descubrió que ya no podía pronunciar el nombre de Vali Shallar—. Según él, existe el plano material y el plano psíquico. Juntos, forman la Teluria. La Tierra, donde habita la humanidad, es el centro de la existencia y el ancla de la realidad estática. Alrededor de nuestro mundo se encuentran los reinos del

espíritu, la Umbra Cercana y la Umbra Profunda. La primera es la más cercana al mundo material. Es un reflejo de la Tierra, aunque su naturaleza es más espiritual, más psíquica. Alvin me contó muy poco acerca de ella. Más allá de la Umbra Cercana encontramos la Profunda, la periferia del mundo espiritual, una región que se extiende hasta el infinito. Poco se sabe acerca de ella, aparte de que sirve de hogar para los Nefandos, los Merodeadores y seres aún más temibles. Allí existen seres como los Maeljin Incarna. El Horizonte separa ambas regiones. Fundamentalmente, esta zona actúa a modo de frontera, de línea divisoria entre la Umbra Cercana y la Profunda. Evita que los Nefandos y otros habitantes aún más alienígenos y monstruosos de la Umbra Profunda invadan la realidad estática.

—Sáltate esa parte, hijo —urgió Sam Haine, ondeando su sempiterno habano—. Eso ya lo sabemos.

—En el Horizonte existen lugares llamados Reinos del Horizonte, tierras artificiales, islotes de realidad que son obra de poderosos artesanos de la voluntad. Por medio de la quintaesencia extraída de nodos terrestres, de la realidad estática, los grupos de Archimagos construyen mundos especiales de pleno derecho. En dichos lugares, las leyes de la naturaleza obedecen los sistemas de creencias de sus creadores. De tal modo que, en el Colectivo Gris, la ciencia de la Tecocracia conseguía obrar milagros. En el reino al que viajamos con Alvin, imperaba la magia de las Nueve Tradiciones.

—Yo diría que le tienes cogido el tranquillo a los conceptos —dijo Sam Haine—. Lo único que desconoces es que el Reino del Horizonte de mayor tamaño jamás construido por las Nueve Tradiciones, el lugar de reunión para el Alto Consejo, se llama... *Horizonte*. —Sam contuvo una risita—. Ése es el lugar del que estamos hablando. Kallikos quiere que vayamos al Horizonte, el Reino del Horizonte, dentro del Horizonte. ¿Lo pillas?

—¿Y tenemos que ir a un sitio llamado Kansas para llegar allí?

Sam esbozó una sonrisa.

—Hijo, es sorprendente lo selectiva que puede llegar a ser tu memoria en ocasiones. Eres capaz de recitar unas parrafadas impresionantes de carrerilla, pero Kansas sigue sin venirse a la cabeza. No es que te eche la culpa. Tampoco Dorothy se sentía demasiado fascinada por Kansas, y mira por todo lo que tuvo que pasar para salir de ese estado.

Diecisiete acudió la cabeza.

—¿Dorothy?

—Yo tampoco estoy al corriente de la identidad de esta persona, Dorothy —intervino Sombra del Amanecer—. ¿Es alguien relevante?

—Olvidadlo —rogó Sam Haine, perplejo, meneando la cabeza—. Como si no hubiera mencionado ese nombre. Volvamos al quid de la cuestión. Kallikos quiere ir al Horizonte para prevenir al Consejo de las Nueve sobre el clon base. Personalmente, considero que es una pérdida de tiempo y esfuerzo. Cuando el clon empiece a causar problemas, las Nueve tendrán tiempo de reparar en él sin que nadie tenga que decirles nada. Pero yo estoy aquí de adorno, así que acataré la decisión de la mayoría.

—Yo sigo las huellas de Kallikos —dijo Sombra del Amanecer—. Sus deseos son míos.

—Por mucho que me guste el Horizonte —terció Albert—, coincido con Sam en lo que a la escasa utilidad de nuestra visita respecta. Los artesanos de la voluntad son, por naturaleza, hombres y mujeres de opiniones fijas. En el Horizonte, al igual que en Doissetep, la otra gran fortaleza de los magos tradicionales, los Archimagos emplean casi todo su tiempo inmersos en insignificantes intrigas y politiques, en lugar de centrar su atención en otros asuntos más importantes. Puede que tu fama los obligue a escucharte, Kallikos, pero no hay renombre capaz de conseguir que admitan verse en peligro.

—Dos a favor, dos en contra. —Sam miró a Diecisiete—. Como de costumbre, hijo, la decisión está en tus manos.

Diecisiete no vaciló.

—Yo digo que vayamos. Al igual que Kallikos, tengo la certeza de que el Maestro de la Armonía planea ofrecer un ultimátum al Consejo de las Nueve. Por lo que habéis dicho, es de suponer que rechazarán sus exigencias. Estoy convencido de que nuestro enemigo no es ningún estúpido. Está preparado para esa reacción y reaccionará de inmediato, como dejó bien claro Jenni Smith. En esta lucha no hay grises, sólo blancos o negros. —Diecisiete cogió aliento—. Si va a estallar la guerra entre el Maestro de la Armonía y los magos de las Nueve Tradiciones, quiero estar allí cuando empiece.

—La Guerra del Horizonte —musitó Sombra del Amanecer.

—*Guerra en los Cielos* —subrayó Sam Haine—. Es un concepto aterrador, incluso para un viejo cínico como yo, y eso que ya he vivido unos cuantos fregados.

—¿Estamos de acuerdo, pues, en viajar al Horizonte? —preguntó Kallikos.

—Me da en la nariz que probablemente sea el único Reino del Horizonte seguro para mí en estos momentos —dijo Sam Haine—. Además, me gustaría cruzar un par de palabras con esta Jenni Smith, si le da por dejarse caer. La mocosa mencionó mi nombre en vano y quiero dejarle bien claro que eso es algo que no apruebo en absoluto.

—¿Cuándo partimos? —quiso saber Diecisiete.

—Supongo que ahora mismo —dijo Kallikos, con el atisbo de una sonrisa.

El mago barbón chasqueó los dedos. Diecisiete parpadeó cuando el mundo se quedó a oscuras de improviso, como si Kallikos hubiese apagado la luz. Por un instante, Diecisiete se sintió en las nubes, casi etéreo. Parecía que su mente se alejara flotando de su cuerpo hasta que, con el chasquido de un interruptor mental, la luz se hizo de nuevo. Seguían arracimados alrededor de una mesa, sólo que ahora el mueble se veía viejo y desgastado por el uso. Definitivamente, no estaban en la cábala de Casey.

SIETE

—¡Buen trabajo! —exclamó Sam Haine—. Estamos en alguna parte de Kansas, supongo.

—No muy lejos del Portal —dijo Kallikos—. Tampoco tan cerca como para llamar la atención. Es una cabaña abandonada sita a poco más de un kilómetro de nuestro destino. Los Durmientes de la zona la evitan, afirman que es una casa encantada. Un hechizo de desasosiego provoca que los intrusos no se sientan nada a gusto si se aproximan demasiado.

—¿Habías estado aquí antes? —preguntó Albert.

—En más de una ocasión. Mis habilidades de teleportación son limitadas, sólo puedo viajar a un puñado de sitios cuya localización conseguí memorizar tras años de esfuerzos. Este lugar es uno de ellos.

—Qué hechizo más impresionante —alabó Sam Haine—. Pero el caso es que nos fuimos en un suspiro. Me temo que los miembros de la cábala de Casey se preocuparán por lo que haya podido pasarnos.

—Les dejé una nota —repuso Kallikos— donde explicaba que nos ausentaríamos durante unos días y les pedía que se ocuparan de nuestras pertenencias.

—¿Una nota? —grajó Sam, divertido—. Estabas seguro de que nos íbamos, ¿eh?

—Confiaba en mis poderes de persuasión —dijo Kallikos, con una sonrisa—. En el peor de los casos, si el grupo hubiese decidido lo contrario, sólo tenía que ir al receptor y romper el mensaje.

—Visto así —convino Sam—. En fin, aquí estamos. Creo que es hora de dejar de darle a la lengua y enfilarse hacia el cementerio.

Kallikos encabezaba la comitiva. El calor del exterior era sofocante. Mientras caminaban, Sam le explicó a Diecisiete y a Sombra del Amanecer lo que se encontrarían en el portal, y Kallikos les dijo las contraseñas y sellos que necesitarían para ser admitidos. Lo que no les contó era cómo sabía él todo aquello.

El cementerio se extendía sobre una hondonada a unas cuantas decenas de metros de la carretera que conducía fuera de la ciudad. Una vieja placa de metal oxidado rezaba CEMENTERIO MOOSE JAW. El campo santo alberga alrededor de cincuenta lápidas. En el centro del cementerio se erguía un círculo de monolitos de piedra. Se detuvieron al borde del mismo, frente a los enormes bloques.

En medio del círculo se abría la boca de una enorme fosa. Diecisiete pudo atisbar los erosionados escalones de piedra que conducían hacia el fondo de la sepultura. Aquel agujero negro era la entrada a la Senda, al Portal que conducía al Horizonte.

Un cuervo de gran tamaño los estudiaba desde su asidero sobre la lápida directamente detrás del foso. El ave no proyectaba sombra alguna.

—Kakraw —dijo Kallikos—, el guardián de la puerta. Un espíritu muy poderoso. —Se volvió hacia sus compañeros—. Debemos entrar de uno en uno. Todos tendremos que presentar las contraseñas y señales adecuadas, tras lo que nos reagruparemos al fondo del pozo y recorreremos juntos el Camino. Yo iré primero.

Sin más dilación, Kallikos pasó entre dos monolitos y caminó con paso decidido hasta la fosa abierta. De pie sobre el primero de los escalones que conducían hacia abajo, miró al enorme pájaro negro posado sobre la lápida. Al cabo de algunos segundos, Kallikos comenzó a hablar. Aunque se encontraba a menos de cuatro metros de distancia, lo que estuviera diciéndole al cuervo resultaba inaudible. La gigantesca ave tampoco pareció responder y, sin embargo, debía de estar teniendo lugar algún tipo de conversación. El vidente asintió con la cabeza, levantó una mano y se tocó la frente. De

nuevo, una pausa. Al parecer, el pájaro debía de darse por satisfecho, porque Kallikos descendió y desapareció dentro del pozo.

—Tú eres la siguiente, Sombra —dijo Sam Haine—. No te preocupes por nada, sólo tienes que acordarte de las contraseñas y responder con sinceridad a las preguntas del cuervo. Ésta es la parte fácil.

Volvió a repetirse la misma escena. En esta ocasión, tras unas breves palabras, Sombra tocó sus dos espadas, Grito y Susurro. Momentos después, también ella entraba en la oscuridad.

—Te toca, hijo —dijo Sam Haine. Diecisiete entró en el círculo.

La atmósfera dentro del anillo de piedras era fría y húmeda, palpable la frigidez de la muerte y la descomposición. La negrura del interior de la boca de la sepultura era absoluta. Diecisiete sintió un escalofrío de aprensión. Kallikos había dicho que el portal era un lugar de verdades. Diecisiete no estaba seguro de encontrarse preparado para la verdad, sobre todo en lo tocante a él mismo.

Tras hacer acopio de coraje, llegó hasta la entrada del pozo. Después de pisar el primer peldaño, miró más allá de la apertura, hacia el cuervo posado sobre la lápida. Por vez primera, Diecisiete pudo ver que había palabras inscritas en la losa. *La verdad te liberará.*

—Ethan Phillips, *bani* Eutánatos —dijo una voz dentro de su cabeza. El sonido acusaba el desgaste y el peso de los años—. Así que has venido ante el Portal de Lachesis con la intención de llegar al Camino. Dime, pues, las palabras adecuadas.

—La verdad es una llama sagrada —recitó Diecisiete—. El honor sin justicia carece de sentido. El arte sublime no es sino pasión dotada de forma y estilo.

Los ojos del cuervo centellearon. Miraba fijamente a Diecisiete, sin parpadear.

—Si la verdad es una llama sagrada, ¿dónde arde, Ethan Phillips?

Sin pensar, Diecisiete alzó su mano izquierda y colocó la palma abierta sobre su pecho.

—En mi sangre —respondió—. En mi corazón.

—Ten cuidado, hijo de Eutánatos —dijo Kakraw—, de que, en tu búsqueda de recuerdos, esa llama no te consuma. Ahora, ve. Puedes pasar al Camino.

Mientras Diecisiete comenzaba a descender, las palabras del espíritu cuervo lo sobresaltaron. El mago había estado tan concentrado en las contraseñas que hasta ahora no había caído en la cuenta de que, si lo que Kakraw había dicho era cierto, el espíritu había revelado no sólo el auténtico nombre de Diecisiete, sino también su Tradición. “Ethan Phillips, *bani* Eutánatos”, le había llamado Kakraw. Pero Diecisiete se vio obligado a postergar tales pensamientos cuando las tinieblas se cernieron sobre él.

El pozo se encontraba a oscuras, completamente desprovisto de luz. Ni siquiera la visión nocturna de Diecisiete conseguía penetrar aquella mortaja. El aire, húmedo y rancio, hedía a hongos putrefactos y otros olores menos penetrantes. Los antiguos escalones de piedra habían sido pulidos por el paso de muchos miles de pies. El túnel descendía cada vez más abajo, abajo, abajo, muy lejos de la superficie del cementerio. Los peldaños parecían interminables. Diecisiete, capaz de saber en todo momento la hora que era, así como de no perder jamás la orientación, descubrió que ambos sentidos lo habían abandonado. No tenía ni idea de adónde iba, ni cuánto tiempo llevaba caminando.

La luz, cuando apareció, era tenue y multicolor, suspendida en el aire como una cálida bruma. No había suelo, ni techo, ni paredes. Todos los ángulos parecían estar equivocados, con sombras que atravesaban otras sombras y formaban extraños desplazamientos del espacio. La distancia no era ni lineal ni circular, sino retorcida como un sacacorchos, enroscada en una incesante serie de espirales que se perdían en el infinito. No obstante, Diecisiete se sentía completamente tranquilo. Siguió avanzando, aunque no sabía si hacia delante, hacia atrás o de lado. Lo único de lo que estaba seguro era de que iba a alguna parte.

—Diecisiete —llamó Kallikos, al tiempo que su mano surgía, al parecer, de la nada—. Agárrate.

Diecisiete estiró un brazo hacia su izquierda y encontró el asidero de unos fuertes dedos. Descubrió que había cogido la mano de Sombra del Amanecer. Kallikos se encontraba tras ellos, rodeándoles los hombros con los brazos.

—La realidad cambia de manera constante en el Camino —dijo Kallikos—. Vuestros cinco sentidos pierden aquí todo su significado. Sólo vuestra visión interior puede guiaros a través del laberinto.

—Manteneos sujetos los unos a los otros —intervino Sam Haine, que había envuelto sus nudosos y viejos dedos alrededor de la mano derecha de Diecisiete—. Aunque os parezca que habéis perdido el contacto, no os soltéis.

—¿Estamos listos? —preguntó Kallikos, a la izquierda de Diecisiete.

—Sí —respondió Sombra del Amanecer. Sus brazos rodeaban la cintura de Diecisiete, sus cálidos labios le rozaban el cuello.

—Tú eres el líder, Kallikos —dijo Albert, algunos pasos enfrente del grupo. Su mano derecha descansaba sobre el hombro de Sam Haine, que se encontraba directamente detrás de Diecisiete.

—Tres pasos hacia delante —dictó Kallikos, a tan sólo un paso de Diecisiete, ambos frente a frente. Sombra del Amanecer estaba detrás de ambos—. Ahora.

Diecisiete, tras convencerse de que no podía confiar en lo que veía, cerró los ojos y movió los pies en lo que esperó que fuesen tres pasos hacia delante.

—Dos pasos a la izquierda —instruyó Kallikos. Su voz procedía desde detrás y al frente de Diecisiete. Sombra del Amanecer se aferraba al brazo derecho de éste, aunque sentía el calor de la respiración de la joven en la nuca. A lo lejos, Sam Haine profirió un juramento.

= Calor = y = frío = —declaró el vidente—. = Rojo = y = verde = y = amarillo =.

Concentrándose, Diecisiete dejó de oír, de sentir, de oler y de tocar. Libre de distracciones físicas, consiguió intuir las indicaciones de Kallikos a la perfección.

—Cinco pasos hacia atrás, luego dos hacia arriba.

—Este lugar es peligroso —previno Sam Haine—. Nos encontramos en el corazón de las tinieblas. No os dejéis engañar por los espejismos.

Una figura cruzó el Camino, un ser de poderes tan increíbles que su paso consiguió atravesar el aislamiento sensorial de Diecisiete. El cuerpo del intruso estaba embutido en metal azul y plateado, se cubría el rostro con una máscara negra de acero. Sus ojos ardían al rojo.

Cabalgaba a lomos de un gigantesco corcel mecánico, dotado de un enorme par de alas de hierro de las que goteaba aceite, sudor y sangre. En una mano, esgrimía una descomunal espada dentada que relucía con fuego líquido. El hedor de la carne humana abrasada asaltó el olfato de Diecisiete cuando la monstruosa figura se acercó.

—Ya me perteneciste una vez —chirrió el Señor del Acero. Su voz era estridente y aguda, semejante al sonido de un cuchillo al raspar el hueso. Los ojos escarlata del Duque del Odio centelleaban de locura—. Pronto, muy pronto, volverás a ser mío.

La rabia hervía en las venas de Diecisiete como la lava. Una réplica desafiadora le pasó por la cabeza... antes de descartarla de inmediato, a sabiendas de que responder a una ilusión podría volverla real.

—Cuatro pasos hacia abajo.

El Señor del Acero se desvaneció. En su lugar se erguía una joven de baja estatura, esbelta, de cabello rojizo corto y ensortijado, poseedora de unos rasgos pensativos y una silueta andrógina. Se cubría con una túnica verde de purísima seda. Una gema esmeralda relucía desde la cadena de oro que le rodeaba el cuello. Sus ojos eran de un color verde oscuro y parecían encerrar innumerables secretos,

inmaculada su piel. A Diecisiete le pareció la mujer más deseable de toda la creación. Era una artesana de la voluntad de un poder asombroso, que se hacía llamar Bailarina Escarlata. Tiempo atrás, ella y el hombre llamado Ethan Phillips habían sido amantes. Luz y sombra, día y noche, formaban una pareja perfecta, en la cada uno complementaba las ventajas y defectos del otro. Hasta su repentina desaparición.

—Ven conmigo, amor mío —dijo la mujer, con voz dulce, cálida, intensa—. Te sigo esperando. Conoces mi secreto. Sólo tu amor puede rescatarme de mi tormento eterno. Tuyo es el poder para salvarme de la condena. Podríamos estar siempre juntos. Por favor, por favor, si me sigues amando como antes, únete a mí.

Una sola palabra bastaría para sentenciarlo. Escarlata era tan real como el Duque del Odio; existía sólo en sus recuerdos y, al darse cuenta de aquello, la ilusión se desvaneció.

—*Cinco pasos cortos hacia delante* —instruyó la voz mental de Kallikos—. *Giro brusco hacia la izquierda y sentidos alerta. El peligro anda cerca.*

Obediente, Diecisiete se vio al borde de un acantilado. Los remolinos de color habían desaparecido para dar paso a un tenue fulgor crepuscular que bañaba el paisaje, aunque se apreciaba sol alguno en el cielo. Sombra del Amanecer aguardaba asida a su mano derecha. Kallikos estaba al otro lado de la joven. A la izquierda, rematando el otro extremo de la cadeneta, vio a Albert y a Sam Haine.

A menos de medio metro frente a ellos se abría lo que parecía ser un despeñadero sin fondo. Abajo se arremolinaban negras nubes de tormenta. Un estrecho puente de piedra, de no más de un metro de ancho por nueve de largo, cruzaba el abismo. Al otro lado, sobre un risco idéntico, se erguía una figura solitaria cubierta de pies a cabeza en un grueso sudario negro que ocultaba sus rasgos por completo. Sólo las manos del ser resultaban visibles, largas y delgadas, pálidas como el hueso, aferradas a una larga vara de madera de roble rematada en una hoja curva. Una guadaña, forjada para cosechar almas en lugar de trigo. Semejante a un portazguero demoníaco, el guardián del Camino aguardaba al final del puente de piedra, bloqueando la entrada a la pradera que se extendía tras él.

El temor que exudaba del ser en frías oleadas provocó que Diecisiete se estremeciera. Ante sus ojos se alzaba la encarnación de la putrefacción y la descomposición.

—Al otro lado de este puente se extiende el Horizonte —dijo Kallikos—. Todavía debemos superar una última prueba. El Señor del Camino puede adoptar muchos aspectos, nunca al azar. —Hizo una pausa—. Aunque no recuerdo que el espíritu se haya aparecido nunca antes de una guisa tan ominosa como es, claro está, la clásica Parca.

—Ven. —Una voz resonó en la cabeza de Diecisiete, gélida. Al ver la apatía de los demás, supo que era el único que escuchaba la llamada de la Parca—. Ven conmigo. El destino te aguarda.

Como en un sueño, Diecisiete soltó las manos de sus compañeros y puso un pie en el puente. Si bien había atravesado el laberinto con ellos, sabía que debía enfrentarse solo a aquel reto. Sin mirar a los lados, avanzó muy despacio por la superficie empedrada. El viento aullaba bajo sus pies, el trueno bramaba, el relámpago restallaba, aterradoras e ignotas siluetas carmesíes danzaban tras los negros nubarrones. Diecisiete no les prestó atención. Sus ojos permanecieron clavados en el amortajado guardián.

Quieta, con la guadaña cruzada sobre el pecho, la Parca bien podría haber sido una estatua de mármol. Permaneció inmóvil mientras Diecisiete acortaba distancias. Los separaban tres metros, luego dos, la envergadura de un brazo.

El guardián sacudió la cabeza en un ademán casi imperceptible y la capucha que le cubría el rostro cayó hacia atrás, revelando unas facciones esqueléticas. Su boca cuajada de dientes marfileños esbozó una sonrisa enloquecedora, sus ojos, dos pozos de negrura absoluta, se clavaron en los de Diecisiete.

—Tu corazón ansía la locura. Abrázala y tu destino será la muerte y la condena —pronunció la misma voz glacial dentro de su cabeza.

—El destino de todos los hombres es la muerte —repuso Diecisiete, sin vacilar. Impulsado por el instinto, estiró los brazos y aferró el mango de la guadaña con ambas manos. Estaba helado al tacto. El milagroso organismo de Diecisiete se amoldó a la temperatura de inmediato. La Parca intentó desasir su arma, mas Diecisiete no deshizo su presa—. Cae la noche —continuó. Las palabras brotaban de su subconsciente—. Llega la oscuridad. La Rueda gira para todos nosotros. No hay que huir de la muerte, sino abrazarla, puesto que cada final origina un nuevo comienzo. Así ha de ser.

Dicho lo cual, Diecisiete arrebató la guadaña de manos de la Parca. Con la mandíbula desencajada y relámpagos en los ojos, el guardián retrocedió un paso. El tacto de la madera, el sentido del equilibrio, el peso de la hoja de acero enviaron ondas de choque que estremecieron la mente de Diecisiete. En aquel momento de epifanía, comprendió la verdad. La guadaña era su destino. El guardián había articulado meros acertijos para ponerlo a prueba y prepararlo para aquello a lo que se tendría que enfrentar.

Con un giro de muñecas, Diecisiete alzó la guadaña para descargarla trazando un arco cegador que apuntaba al guardián del Camino. Mas la hoja de acero segó sólo aire. El negro sudario se desplomó sobre el puente de piedra, vacío.

—Buen trabajo, hijo —felicitó Sam Haine—. No sé muy bien qué es lo que has hecho pero, según parece, dio resultado.

Diecisiete se dio la vuelta para afrontar a sus cuatro compañeros. Sombra del Amanecer era la más próxima. Sostenía en las manos a Grito y a Susurro. Sonrió cuando sus ojos se encontraron con los de ella, quien se ruborizó levemente, al tiempo que envainaba sus espadas.

—Lo que es a mí, me gustan las mujeres echadas para delante —grajeó Sam Haine, entre risas—, sobre todo las que llevan un par de espadas encima y saben cómo usarlas.

—El Horizonte nos llama —terció Kallikos—. No tenemos tiempo que perder. La Rueda gira.

—Estoy preparado —anunció Diecisiete. Aflojó la presa de sus dedos y dejó que la guadaña de la Parca cayera al suelo de piedra—. Buen trabajo, pero no fui yo.

Dio un paso al frente, lejos del puente, y se detuvo, atónito.

El Camino había desaparecido. La luz brillaba con fuerza, poderosa. El aire era limpio y puro, inundado con la fragancia de las flores. Una bandada de aves surcó el cielo sobre sus cabezas. A lo lejos se veía una enorme cordillera montañosa,alzada hacia el firmamento azul. Frente a él se erguía una inmensa muralla de piedra, inscrita con extraños e intrincados diseños.

—Impresionante, ¿a que sí? —dijo Sam Haine. Los cinco volvían a estar juntos—. Se llama la Pared de Diamantes. No sé muy bien por qué, pero qué más da.

—Y aquél es el Pórtico del Tiempo. —Kallikos señalaba un portal a unos nueve metros a su izquierda. Construido de metal plateado, el enorme pórtico se encontraba profusamente decorado con símbolos ignotos que parecían entrelazarse sin fin—. Hemos llegado al lugar exacto.

—¡Kallikos! —Era una voz femenina, fuerte, sensual, llena de vida.

—Marianna —contestó Kallikos—. Qué presteza.

—Cuando una bengala ilumina el firmamento —repuso la joven que avanzaba hacia ellos— resulta sencillo encontrar la fuente de origen. Cada vez que Kallikos regresa al Horizonte, siento su presencia de inmediato. Tu llama arde con la misma intensidad de siempre, mi buen amigo.

—Y tú sigues siendo la más bella entre las bellas.

El vidente no exageraba. La mujer a la que llamaba Marianna era increíblemente hermosa. Rayana en el metro sesenta, poseía un talle de avispa, piel nacarada y una espesa melena dorada que se derramaba en una cascada de bucles hasta rozar su cintura. Sus ojos refulgían en tonos azulados,

enmarcados por las pestañas más largas que Diecisiete hubiese visto jamás. Sus labios, fruncidos en una sonrisa sensual e inopinada, poseían el matiz carmesí de los rubíes. Sus rubicundas mejillas eran la viva estampa de la salud y la vida. Una alegre diadema de brillantes flores de color púrpura coronaba su cabeza.

Su atuendo era escaso. Una hilera de cuentas doradas le engarzaba el cuello, gemela de la que le rodeaba la cintura. Por toda vestimenta se cubría con largos velos de vaporoso vuelo, y caminaba descalza sobre los verdes brotes de hierba.

—No te creas nada de lo que veas —susurró Sombra del Amanecer. El tono de su voz no dejaba lugar a dudas sobre lo que quería decir—. Esta mujer es una cambiaformas que cambia de aspecto tan sólo para atraer a los hombres.

—...y a las mujeres —añadió Marianna—. No tengo preferencias.

A punto estuvo Diecisiete de añadir que Marianna era toda una maestra a la hora de atraer a *cualquiera*. La expresión de los ojos de Sombra, no obstante, le aconsejaban que mantuviera la boca cerrada.

—Marianna de Balador representa al Culto del Éxtasis en el Consejo de las Nueve —informó Kallikos—. También regenta Balador, la Capilla más importante del Culto, así como Shivakti, el subreino extático del Horizonte. Sus poderes mágicos empalidecen tan sólo ante su belleza.

La mujer de cabellos dorados lanzó una carcajada.

—Adulador —regañó, con una sutil nota de trémula pasión en la voz—. Así es como siempre consigues lo que te propones, mi querido Kallikos. —Su sonrisa abarcó a todos los integrantes del grupo—. Dejemos una cosa bien clara. El único motivo por el que ocupó el sillón del Consejo es que sólo un puñado de privilegiados sabe que Kallikos sigue con vida. Él es el verdadero maestro. Ahora, decidme vuestros nombres para que pueda ejercer de anfitriona con propiedad.

—Yo soy Sam Haine, *bani* Verbena. Este gigante es mi socio y amigo, Albert du Clair, *bani* Verbena. La señorita es Sombra del Amanecer, *bani* Hermandad Akáshica. A este mozarrón pelado de aquí, con pinta de estar a punto de que se le vayan a salir los ojos de las órbitas, lo llamamos Diecisiete. El pobre muchacho ha perdido la memoria, aunque no cabe duda de que es un mago de cierta importancia dentro de alguna Tradición. Esperamos que quizá en el Horizonte pueda descubrir su auténtico nombre y herencia.

Diecisiete contuvo el impulso de mencionar a Ethan Phillips y Bailarina Escarlata. Por alguna razón que no sabía definir, quería aprender más acerca de su vida anterior, su verdadera identidad, antes de anunciársela al mundo. En las últimas semanas le habían ocurrido suficientes acontecimientos extraños e inexplicables como para mostrarse precavido.

—Qué intrigante —dijo Marianna. Su embriagadora sonrisa centelleó en dirección a Diecisiete—. Un hombre sin recuerdos tiene tanto que aprender, por no hablar de la ausencia de prejuicios y preferencias a superar.

—Ya está bien de banalidades —terció Kallikos, impaciente—. Marianna, deja de flirtear con Diecisiete. Distraes a Sombra del Amanecer y la necesito alerta. ¿Seguiste mis instrucciones?

—Desde luego. Solicité una reunión de emergencia del Consejo para esta noche. Sin revelar nada, principalmente porque nada sé, apunté a la gestación de un desastre de enormes proporciones, capaz de afectar al equilibrio de poder en la Guerra de la Ascensión. Dado que no suelo exagerar, mis palabras llamaron su atención. Al menos cinco o seis de los Nueve se encuentran en el Horizonte y espero que todos ellos asistan. Esta cifra dobla el número de Miembros del Consejo asistentes al quincuagésimo octavo Consejo. Además, tu viejo amigo, Porthos de Doissetep, ha anunciado también que planea hacer acto de presencia.

—Qué apropiado —musitó Kallikos, con voz áspera y amargada—. Muy, pero que muy apropiado.

OCHO

—Despierta —susurró la voz en el interior del oído de Sharon Reed—. Vístete. Hora de irse.

Despierta de inmediato, Sharon echó un vistazo al reloj luminoso de su habitación y vio que anunciaba las tres de la mañana. Rodó hasta el borde la cama y se calzó los zapatos. Por norma general, dormía desnuda. Esa noche, en contra de su costumbre, se había acostado vestida de pies a cabeza, echada sobre la ropa de cama. Ni Ernest Nelson ni ella sabían a ciencia cierta que pudiese haber problemas, pero ambos eran de los que preferían prevenir a lamentar.

—¿Qué ocurre? —subvocalizó Sharon. Horas después de su reunión con John Doe, Nelson le había hecho una breve visita en su cuarto. Durante el transcurso de su intrascendente conversación, le había pasado un transmisor y receptor en miniatura procedente del depósito de aprovisionamiento de la Construcción. Unos pequeños ajustes de frecuencia garantizaron que pudieran comunicarse entre sí sin miedo a que nadie espicara sus palabras—. ¿Algo va mal?

—No estoy seguro —repuso Nelson—. Al comienzo de la noche, repartí sensores microchip por unos cuantos pasillos. Hace diez minutos que ninguno de ellos detecta movimiento.

—¿Y?

—¿Conoces alguna Construcción donde los Técnicos no estén ocupados noche y día? Alguien ha desconectado mis sensores, bien sea una persona o varias. Si han eliminado mis detectores, puedes estar segura de que habrán desactivado también el resto de los instrumentos de vigilancia del edificio.

—Debe de tratarse de un ataque —dijo Sharon, al tiempo que se incorporaba de la cama y se ponía de pie para meter una mano debajo de la almohada—. Con efectivos.

—Yo pienso lo mismo. Voy camino de tus aposentos. Tendría que estar allí dentro de cincuenta y siete segundos.

—¡Más vale que te des prisa! —gritó Sharon, en el momento que la puerta de su cuarto se combaba hacia dentro. La apertura enmarcaba a tres enormes siluetas que esgrimían machetes de carnicero, recortadas contra la luz que penetraba en la habitación a oscuras, procedente del pasillo. Se adelantaron, entre risas demenciales—. Tengo compañía.

La primera andanada de proyectiles alcanzó al hombre de la izquierda en el pecho. Con un aullido de sorpresa, el asaltante golpeó la pared con la espalda. Como parte de su equipamiento, Sharon había pedido y recibido una pistola ametralladora Uzi. Como experta tiradora que era, había dormido con ella, cargada, bajo su almohada.

La segunda ráfaga hirió al hombre de en medio en el momento que éste cubría la mitad de la distancia que los separaba. Una docena de balas se alojaron en su rostro, reventando su cabeza como si de una calabaza podrida se tratara. La sangre y los sesos cubrieron las paredes y el suelo cuando se desplomó a los pies de la cama.

—¡No hay miedo! —chilló el tercer atacante, que ya se abalanzaba sobre ella. Desesperada, Sharon alzó la ametralladora. El acero refulgió cuando el machete trazó un arco. Saltaron chispas al entrecascar los metales. El súbito impacto abotargó las manos de Sharon; su arma, así como la de su adversario, salió despedida por los aires.

Con un rugido triunfal, la enorme figura atenazó el cuello de Sharon, entrelazando unos dedos como salchichas alrededor de su garganta. Los inmensos músculos del pecho y los brazos del hombre se pronunciaron cuando apretó los pulgares sobre la tráquea y comenzó a retorcer.

—¡Te voy a arrancar de cuajo la puta cabeza! —bramó. Una furia enloquecida deformaba sus rasgos.

Sharon le alcanzó el rostro con un salivazo.

El psicópata gritó, no de ira, sino presa de una inexplicable agonía. Con un siseo, el ácido comenzaba a excavar agujeros en su nariz y mejillas. La piel se ennegrecía y se disolvía igual que el papel en llamas. Un segundo corazón no era la única modificación biológica de Sharon Reed. Hacía años que se había hecho instalar glándulas segregativas de ácido dentro de la boca. De cerca, resultaba tan venenosa como una cobra.

—¿Por qué no me das un beso? —gruñó Sharon, antes de escupir el resto del fluido en la boca abierta del hombre. Entre alaridos de dolor, el asesino trastabilló de espaldas, aferrándose la garganta con ambas manos. Tenía los labios cubiertos de espumarajos sanguinolentos. Tras revolverse desesperado, se golpeó contra la cama y cayó de bruces sobre las sábanas. Su cuerpo se contorsionó presa de espasmos antes de dejar de moverse por completo. El ácido estaba mezclado con un potente veneno de acción rápida.

Una sombra se cernió sobre la salvaje sonrisa triunfal de Sharon. El primer hombre, cuya camisa desgarrada dejaba entrever el chaleco antibalas que lo protegía, se había puesto en pie. La hoja de su machete centelleó a la luz procedente del pasillo. Sharon barrió la estancia con la mirada hasta descubrir su ametralladora, tirada en el suelo, directamente a los pies de su enemigo. Con una risita demencial, el hombre la envió lejos de un puntapié.

—Se acabó el juego —declaró, oscilando el machete hacia delante y atrás frente a su torso. Avanzó despacio, con cuidado de esquivar los charcos resultantes de la carnicería. Sus ojos permanecían clavados en el rostro de Sharon, que se tensó, haciendo acopio de fuerza de voluntad.

El suelo se estremeció cuando una sorda explosión retumbó por todo el pasillo. Con una maldición, el hombretón saltó hacia delante al tiempo que las luces del exterior parpadeaban. Aprovechando el momento, Sharon maleó la realidad para conseguir que la coincidencia sirviera a sus propósitos. Los pies de su enemigo resbalaron en un charco de sangre. Con un grito de sorpresa, perdió el equilibrio y cayó de espaldas sobre el suelo deslizante, al tiempo que su machete salía volando por los aires. Sharon estuvo sobre él al instante, buscándole los ojos con las uñas. Se había quedado sin veneno, pero sus zarpas eran tan fuertes como el acero.

El suelo se combó de nuevo cuando una segunda explosión volvió a sacudir el edificio. Sharon salió despedida de espaldas, perdiendo momentáneamente el contacto con su enemigo. Con un gruñido, el gigante le alcanzó la sien con un puñetazo. Medio aturdida, Sharon intentó contraatacar y descargó un zarpazo contra el pecho del hombre, pero se olvidaba del chaleco antibalas. Sus uñas no podían penetrar aquella fibra diseñada con fines militares.

Con los ojos lacerados, el psicópata lanzó un segundo puñetazo contra la garganta de Sharon. Ésta, boqueando sin aire, se derrumbó desde lo alto del hombre para volver a los pies de la cama. Tras rodar hasta quedar a cuatro patas, el coloso salió disparado hacia delante, incrustando la frente en el estómago de Sharon, cuyos ojos se inundaron de lágrimas de dolor. Intentó arañar la nuca del hombre, desgarrarle una oreja, cualquier cosa con tal de detener su asalto, sin éxito.

—Estás muerta, zorra —gruñó el asesino—. Se acabó.

Alzó uno de sus gigantescos puños para machacar el rostro de Sharon. Y lo dejó en el aire.

—Todavía no. —La voz sonaba directamente detrás de él. Unos dedos de acero retenían el puño del psicópata en una presa irrompible. Ernest Nelson había llegado por fin.

El asesino chilló cuando Nelson aumentó la presión, rompiendo huesos como si se trataran de ramas secas. Con un tirón descomunal, el ciborg levantó al atacante de Sharon en volandas. La otra mano de Nelson atrapó al hombre en mitad de su vuelo, estrellándose con fuerza contra su rostro. El asaltante cayó al suelo, sin vida, con los rasgos desfigurados, convertidos en una pulpa rojiza.

—Siento el retraso —dijo Nelson, mientras ayudaba a Sharon a incorporarse—. No funcionaba ningún ascensor. Tuve que subir hasta esta planta por las escaleras.

—¿Y esas explosiones? —preguntó Sharon, sacudiendo la cabeza en un intento por despejar la cabeza. Era capaz de resistir una gran cantidad de castigo, pero no estaba acostumbrada al combate cuerpo a cuerpo—. ¿Dónde?

—¿Dónde crees tú? En la oficina de John Doe. Ése era el objetivo principal de este ataque. Los matones como éstos no eran sino la tropa de choque, sueltos para sembrar la confusión. Doe era el blanco primario. Supongo que alguien no quería que revisara los informes. Ya es historia. Por suerte, quienquiera que sea el responsable de este ataque, no está al corriente de nuestra existencia. De momento, al menos.

Ataviado con una gabardina oscura, con el ala del sombrero ocultándole el rostro, Nelson parecía escapado de una película de detectives. Sólo el destello de sus dedos de acero delataba su hermandad con la máquina.

—Más vale que nos pongamos en marcha. Este lugar está arrasado. Si nos quedamos, terminarán por matarnos.

—¿Quién? —preguntó Sharon mientras recogía la Uzi del suelo y avanzaba hacia la puerta, saltando sobre los cuerpos de sus tres atacantes—. Nadie de las Tradiciones, no es su estilo.

—Nefandos. Abominaciones contrarias a la ciencia. Subversores de la Realidad salidos del infierno.

Sharon se pasó la lengua por los labios. De improviso, se sentía aterida.

—¿Pero no habíamos mandado a esos bastardos al espacio exterior de una patada?

—Eso es lo que pone en nuestros programas propagandísticos. No existe ningún método fiable para detectar la corrupción mental. El mal nunca muere. Los Nefandos saben cómo mezclarse con las Masas, por no hablar de los Iluminados. Permanecen encubiertos todo el tiempo que sea necesario. Hasta que no se descubren, no te das cuenta de que tu mejor amigo es en realidad un psicópata homicida. —Sonrió. En realidad, Nelson parecía estar pasándose en grande—. ¿Lista?

—Más que nunca.

Salieron al pasillo, desierto. En el silencio, Sharon podía escuchar el estrépito de las armas automáticas en la lejanía, así como el desgarrador sonido de las voces que gritaban su dolor.

—¿Tienes un plan?

Nelson señaló a una puerta encajada en el muro a unos nueve metros por delante de ellos.

—Desde luego. Descargué un mapa de este lugar en mi banco de memoria. Vamos a la escalera de emergencia tres plantas más arriba, nos conducirán a un pasillo igual que éste. Lo seguimos durante quince metros, donde se bifurca. Torcemos a la izquierda, hasta el final. Hay otra escalera. Un piso más arriba y llegamos al garaje. Una vez allí, nos subimos a una limosina blindada y conducimos hasta que se haga de día.

—Parece factible —comentó Sharon, mientras avanzaban hacia la puerta con pies de plomo—. ¿Has calculado cuáles son nuestras posibilidades de escapar?

Nelson volvió a esbozar una sonrisa.

—Si tenemos en cuenta todos los factores, yo diría que tenemos una probabilidad del uno por mil. Recuerda que estamos en medio de una incursión en toda regla. Hay una horda de peones de los Nefandos recorriendo toda la Construcción, con la ayuda de un puñado de Técnicos renegados. Son vulnerables a nuestras técnicas y armas, pero no podemos derrotarlos a todos. Deben de haber enviado a algunos shaytanes para asegurarse de localizar a John Doe. Si siguen el procedimiento habitual,

dispondrán de un Elemento Aleatorio de considerable poder al frente de la manada. Si nos tropezamos con ellos, tanto mejor.

Habían llegado a la puerta. Nelson le hizo un gesto para que se apartara.

—Tápate las orejas.

Extrajo un objeto pequeño de su gabardina. Con cuidado, sujetó el pomo con los dedos de su mano derecha. Despacio, sin hacer ruido, lo giró. Entonces, de un brusco tirón, abrió la puerta de par en par, arrojó la bola al hueco de la escalera y volvió a cerrar de un portazo. Al instante, la plancha de acero se combó como si la hubieran golpeado con un mazo.

—Granada de percusión —explicó Nelson—. Insonora, pero efectiva. Se carga el oído interno. Si ves que alguien se mueve en los escalones, dispara primero y pregunta después.

—Podrían ser de los nuestros.

Nelson se encogió de hombros.

—Imagínate que son bajas de guerra. No tenemos tiempo para comprobar todas las tarjetas de identificación. Asume que todos son enemigos.

Nelson abrió la puerta y puso un pie en la escalera, seguido de Sharon. El ciborg era arrogante y algo corto de entendederas, pero Sharon sabía que tenía razón. Su supervivencia dependía de la falta de escrúpulos, no podían permitirse el lujo de sentir piedad.

La escalera estaba dispuesta en zigzag. A cada requiebro encontraban, además del rellano, una pequeña plataforma. Ascendían por los peldaños metálicos tan rápido como les resultaba posible. A mitad de camino, el lugar permanecía desierto. Al llegar al siguiente nivel, tropezaron con una mujer tumbada justo enfrente de la salida, tapándose los oídos con las manos, gimiendo de dolor. Vestía un mono de color negro y portaba tres cuchillos alojados en el cinturón, todos ellos manchados de sangre. Sharon le voló la cabeza sin ningún reparo.

El siguiente recodo se veía vacío, al igual que el rellano dos plantas más arriba. Sharon ya había puesto el pie en los escalones que la conducirían al próximo nivel intermedio cuando Nelson la detuvo apoyando una mano en su hombro.

—La puerta del piso de arriba acaba de abrirse —susurró—. Por el sonido, deben de ser entre tres y cuatro personas. Han comenzado a bajar. Lo mejor será que utilicemos fuego cruzado, así que tumbate pegada a la pared. Dispara en cuanto doblen el recodo, apunta a las piernas. Yo me encargo del resto.

Sharon se estiró cuan larga era sobre el suelo de acero, con los codos plantados en los escalones enfrente de ella. Apuntó la Uzi hacia un punto a escasos metros de la base del próximo rellano, diez peldaños más arriba. Nelson se acurrucó en lo alto del tramo que acababan de cubrir, con lo que aparentaba ser una pistola con silenciador empuñada con ambas manos.

En aquel momento pudo escuchar el ruido que producían sus enemigos al descender. Un reguero de sudor le surcó la espalda. Estaban charlando entre sí, lo que parecían palabras sin sentido. *La Lengua del Dragón*, el idioma secreto de los Nefandos. Sharon curvó el dedo sobre el gatillo.

Cuatro de ellos doblaron el recodo de las escaleras al mismo tiempo. Dos hombres, dos mujeres, vestidos con los uniformes azules de los Técnicos del NOM. Sharon vaciló durante un segundo... antes de abrir fuego en cuanto atisbó los machetes que portaban y los obscenos trofeos que pendían de sus cintos. El cuarteto había estado ocupado. Media docena de cabezas, con los ojos desorbitados por la sorpresa, aún goteando sangre y masa encefálica, oscilaban contra sus caderas mientras caminaban.

A menos de cuatro metros, Sharon no podía fallar. Las balas segaron las piernas de los cuatro, reduciendo sus muslos y rodillas a meros jirones. Sharon continuó disparando, repartiendo proyectiles a diestro y siniestro por todo el hueco del rellano hasta que la Uzi se quedó sin munición. Dos cazadores de cabezas salieron disparados contra la pared; la otra pareja se desplomó en el suelo. Pese a

todo, los cuatro seguían intentando desenfundar sus armas cuando un rayo de plasma procedente de la pistola de Ernest Nelson los frió como a huevos en una sartén.

—Acuérdate siempre —dijo el ciborg, mientras se apresuraba a cubrir la distancia que lo separaba de los humeantes cadáveres—. Los Nefandos son duros de matar. —Descargó una serie de patadas salvajes sobre los cráneos de los cuatro cazadores de cabezas—. No se te ocurra dejar atrás algo que pudiera llegar a moverse. Es increíble lo que esos Exteriores son capaces de reanimar. Hazme caso, intentar matar a un cadáver no es nada divertido.

De improviso, la atmósfera del corredor retumbó con un estridente quejido de increíble agonía. Como si de una taladradora se tratase, resonó implacable por todo el pasillo, golpeando los tímpanos de Sharon.

—Hostias —gruñó Nelson, cuando el sonido comenzó a desvanecerse—. Estamos jodidos. Tenemos que salir de aquí, pero ya.

—¿Quién gritaba así? —preguntó Sharon. Era la primera vez que veía al ciborg tan inquieto. Nelson ya había comenzado a gatear el siguiente tramo de la escalera. Tras tirar al suelo la ametralladora descargada, Sharon corrió tras él—. ¿O debería preguntar, *qué* gritaba así?

—Aparece en los registros de operarios bajo el nombre de Aullador —dijo el ciborg, cuyo rostro había adquirido el color de la tiza—. En la última década, ha asesinado al menos a una docena de nuestros mejores hombres. Ese grito largo y agónico es su marca de la casa. Significa que ha sentido nuestra presencia. Posee una habilidad especial para localizar y eliminar a Técnicos y Administradores de alto nivel. Gente igual que tú y que yo.

—¿Qué aspecto tiene? —Sharon deseaba más información desesperadamente. Habían llegado al tercer nivel y Nelson ya corría hacia la puerta que los conduciría al pasillo—. ¿Qué técnica utiliza?

—Y yo que sé. Ha destruido a todos los agentes que han establecido contacto con él. El monstruo deja a sus víctimas reducidas a un charco sanguinolento, con los huesos convertidos en astillas, pero nadie conoce los detalles. Su aullido interfiere con todas las bandas de transmisión de datos.

El segundo grito duró más que el primero. Sharon se cubrió las orejas con las manos, con la cabeza dolorida a causa de las intensas vibraciones. El ruido era enloquecedor.

Cuando hubo terminado, transcurridos algunos segundos, sus ojos y los de Nelson se encontraron. Éste asintió con la cabeza, el semblante demudado en una mezcla de odio y pavor, respondiendo a la pregunta que la mujer no se atrevía a formular con palabras. El Aullador se estaba acercando.

—Basta de perder el tiempo —dijo Nelson, pistola de plasma en ristre—. Por el pasillo, a la izquierda. Escaleras arriba un piso hasta el garaje. Pilla cualquier cosa que se pueda conducir.

El ciborg abrió la puerta de un tirón. Sharon atisbó por el rabllo del ojo un grupo de personas a unos cinco metros de distancia. Nelson no les dio oportunidad de reaccionar. Su pistola de plasma vomitó fuego. El aire crepitó con la energía y el hedor a carne chamuscada.

—Vamos —gruñó el ciborg, agarrando a Sharon del brazo y tirando de ella por el pasillo—. En marcha.

Tras ellos, el Aullador volvió a rasgar el aire con su quejido, apagado esta vez por la puerta cerrada. El monstruo se encontraba en el hueco de la escalera, acortando las distancias a cada minuto.

Sacudiéndose los últimos vestigios de pánico, Sharon esquivó de un salto los cuerpos humeantes que bloqueaban el corredor. Nelson, cuya gabardina ondeaba cual capa gigantesca, alcanzaba ya el ramal del pasillo y se detuvo, girando rápidamente la cabeza de izquierda a derecha, como si intentara escuchar algo. El ciborg profirió un juramento y comenzó a levantar su pistola de plasma. Antes de que consiguiera apuntar, surgió una nueva amenaza.

Apareció embistiendo procedente del pasillo de la derecha, una figura descomunal de al menos dos metros veinte de altura, de espaldas inmensas, cuatro brazos simiescos y una poderosa caja torácica. El rostro de la criatura consistía en unas fauces enormes repletas de dientes amarillentos y un parpadeante ojo ciclópeo sobre dos orificios poco profundos a modo de nariz. Con un rugido bestial, agarró a Ernest Nelson por la cabeza y el pecho, le inmovilizó los brazos a los costados, y retorció.

Fomori. Discípulos humanos dementes de los Señores Oscuros, deformados y maleados por la corrupción y la degeneración a semejanza de monstruos grotescos. El babeante horror escarlata apretó su doble abrazo del oso sobre el ciborg, el cual forcejeaba sin éxito. Ni siquiera la fuerza de Nelson, aumentada por medios mecánicos, conseguía romper la presa del monstruo.

Por un instante, Sharon sopesó la idea de abandonar al ciborg. A partir de ahí, probablemente consiguiera apañárselas sola. No obstante, por mucho que la tentase la idea, terminó por desecharla. Su huida no le garantizaba que fuese a sobrevivir. Necesitaba la fuerza y el talento de Nelson para permanecer con vida.

Tomada la decisión, Sharon debía encontrar la forma de liberar a Nelson cuanto antes. El Aullador no podía andar lejos, y la monstruosidad que apresaba a Nelson entre sus cuatro brazos estaba aplastándolo, lenta pero inexorablemente.

A Sharon ya no le quedaba veneno, ni en el cuerpo ni en su anillo. La Uzi descargada había quedado atrás. A falta de más posibilidades, recurrió a las únicas armas que conservaba en su poder. Sus manos.

Saltó sobre la espalda de Nelson. El impulso consiguió que el monstruo se tambaleara, pero se negaba a caer. Eso a Sharon no le importaba. Empleando los brazos de la bestia a modo de asideros, trepó a hombros de Nelson. El ser escarlata le lanzó un rugido de desafío, aunque el fomor no se atrevía a dejar libre a Nelson.

No había tiempo para sutilezas. Sin pensárselo dos veces, Sharon ensartó tres dedos de su mano izquierda en el único ojo del monstruo. Un cálido borbotón de sangre le bañó el brazo. Hurgó hasta que sus uñas hubieron desgarrado el blando tejido. Con un alarido de dolor que rivalizaba con los gritos del Aullador, la criatura abrió los brazos de golpe, dejando caer a Nelson y enviando a Sharon despedida por los aires. El fomor regresó por donde había venido, trastabillando a ciegas.

—Que se vaya —dijo Sharon, mientras ayudaba a Nelson a recuperar la verticalidad. El ciborg parecía confuso y aturdido—. Estamos a punto de quedarnos sin futuro.

A sus espaldas, la puerta que conducía a la escalera se abrió, desencajada de sus goznes. Sharon no quiso mirar por encima del hombro. Llevaba a Nelson medio en vilo, medio a rastras, renqueando hasta alcanzar el pasillo de la izquierda. El grito del Aullador provocó que las paredes se estremecieran. Sharon sintió como si le fueran a estallar los dientes. Unas manchas oscuras danzaron ante sus ojos. La sangre hervía en sus venas al rojo blanco. Sharon se desplomó y el mundo se quedó a oscuras.

En el momento en que sentía que se le escapaban las últimas hebras de consciencia, la atmósfera del pasillo onduló, como si se retorciera de agonía. El grito del Aullador cesó en seco. Aturdida, Sharon levantó la cabeza. El silencio era ensordecedor. A unos pasos de distancia, derrengado contra la pared del pasillo, se erguía Ernest Nelson.

—Mi última granada de percusión —dijo el ciborg. Sharon apenas logró leerle los labios. Sospechaba que habrían de transcurrir horas antes de recuperar el sentido del oído. Siempre y cuando le quedasen horas de vida—. La lancé todo lo lejos que pude. El Aullador la vio venir y se atrincheró de nuevo en el hueco de la escalera. Más vale que nos demos prisa. La explosión nos ha dado algunos segundos, nada más.

—¿Lo viste? —preguntó Sharon mientras recorrían el túnel que conducía a la última escalerilla, renqueantes—. Dime.

—De reojo. Es humano. Bajo pero corpulento. —El ciborg vaciló, como si intentase encontrar las palabras para describir una idea complicada—. Era... raro. No sé explicarlo, pero el Aullador no tenía buen aspecto. Su rostro, su boca, estaban distorsionadas. Retorcidas. Inhumanas.

Sharon asintió con la cabeza, sin comprender del todo, aunque inquieta por los comentarios de Nelson. Los gritos del Aullador, la horripilante descripción de sus víctimas y la vaga descripción de Nelson le resultaban espantosamente familiares. Demasiado como para tratarse tan sólo de déjà vu. En algún lugar de su pasado se encontraba enterrada una pista de la identidad del Aullador.

Habían llegado a las escaleras que conducían al garaje cuando volvieron a escuchar los aullidos. La distancia y las paredes insonorizadas de la escalera amortiguaban el impacto del grito, agónico aunque soportable. Como un latigazo, los espoleó, extrayendo fuerzas de flaqueza de sus músculos extenuados.

—Tenemos que darnos prisa —instó Nelson. Sharon y él se apoyaban el uno en la otra a medida que escalaban los interminables peldaños—. Tenemos que darnos prisa.

Más muertos que vivos, alcanzaron el rellano a la altura del garaje.

—Despejado —dijo Nelson—. No hay nadie.

El ciborg condujo a Sharon junto a una docena de limosinas Cadillac de color negro antes de señalar a lo que parecía ser la furgoneta de reparaciones de una compañía telefónica.

—Estamos de enhorabuena —declaró, al tiempo que hurgaba debajo del asiento en busca de las llaves. Segundos después, el motor se encendía con un rugido—. Los hijos de puta paranoicos del NOM colocan bombas trampa en sus coches. Tardaría demasiado en desactivar los explosivos. Además, esta monada me gusta mucho más. Está diseñada para misiones de vigilancia y espionaje. Puede soportar un montón de castigo. —Nelson activó un interruptor—. Ametralladoras gemelas —declaró, con una sonrisa. Tras accionar el cambio de marchas, maniobró hasta abandonar el aparcamiento y enfiló por el carril señalado como *Salida*—. Equipadas con balas trazadoras y explosivas. Tenemos dientes.

—Por desgracia —apuntó Sharon, señalando a la parada de seguridad al final de la rampa—, ellos también.

Dos furgonetas de mantenimiento, unidas por los parachoques delanteros, bloqueaban el puesto de guardia. Detrás de los vehículos aguardaba casi una docena de hombres y fomori, armados con rifles, escopetas y machetes. A sus espaldas, la puerta de acero del garaje estaba bajada.

Al divisar el vehículo de reparaciones, los Nefandos comenzaron a disparar. Una lluvia de balas se estrelló contra la capota y el parabrisas de la camioneta. Sharon se encogió, pero el cristal resistía.

—Reforzado con filamentos de primium —dijo Nelson—. Agárrate fuerte.

Puso la furgoneta en punto muerto y pisó a fondo el acelerador. El motor rugió, las ruedas chirriaron sobre el pavimento. El vehículo se estremecía presa de ira contenida mientras el ciborg apretaba el pedal contra el suelo.

Tras ellos, un horrendo aullido brotó procedente de las escaleras. Nelson profirió un juramento mientras una fina telaraña de grietas comenzaba a adueñarse del parabrisas.

—Agáchate. Tápate los ojos.

Moviéndose con precisión automática, el ciborg accionó una serie de interruptores en el salpicadero. El gañido de la doble ametralladora se adueñó del garaje cuando dos líneas de fuego gemelas se estrellaron contra las furgonetas que bloqueaban el paso. El acero se combó y los vehículos se balancearon ante la fuerza de las balas incendiarias. Con el estallido de una llamarada, ambos quedaron

sumergidos en un mar de fuego. Al mismo tiempo, el parabrisas de la camioneta se desintegraba en una granizada de fragmentos de vidrio.

Agazapado tras el volante, Ernest Nelson metió la directa y, como si de un cohete se tratara, la furgoneta de reparaciones salió disparada hacia delante. Sharon observó con ojos desorbitados cómo volaban hacia el infierno en llamas donde se consumían los dos vehículos que les habían bloqueado el camino. No tuvo tiempo de sentir miedo. A una velocidad increíble, la camioneta irrumpió entre ambos vehículos... y se abrió paso. Los Nefandos habían caído, muertos o agonizantes. El Aullador había quedado demasiado atrás como para suponer un problema. Sólo la pesada puerta de acero de seguridad los separaba de la salida.

Nelson hincó el pie en el freno y giró el volante media vuelta completa. Sharon no tenía ni idea de lo que estaba haciendo, ni tiempo de preguntar. El morro de la furgoneta apuntaba ahora a unos dos metros a la derecha de la entrada del garaje. La doble ametralladora traqueteó, reduciendo yeso y ladrillos a una nube de polvo. Con la mano izquierda aferrada a la parte superior del volante, Nelson volvió a pisar a fondo el acelerador y la camioneta saltó hacia delante. Una rayo de energía brotó de la pistola de plasma que sostenía el ciborg en su mano derecha, apuntando directamente a través del hueco del parabrisas.

Puede que la puerta de acero que bloqueaba la salida hubiese resistido tal asalto, pero ninguna pared ordinaria era capaz de soportar una embestida como aquella. Con un chirrido triunfal de los neumáticos sobre el cemento, la furgoneta de reparaciones atravesó la fachada del garaje del cuartel general de Dynamic Security y pisó la carretera a tiempo de ver cómo amanecía sobre Albany.

—Ya te dije que había comprobado los diagramas informáticos de ese lugar —dijo Nelson, entre risas, mientras accionaba la palanca de cambios de la furgoneta—. Supuse que habrían cerrado esa maldita puerta. Tenemos que deshacernos de este trasto cuanto antes y encontrar algún tipo de transporte alternativo.

Veinte minutos más tarde, al volante de un Ford último modelo robado en un aparcamiento de coches usados, Sharon exhaló por fin tras lo que parecían horas de aguantar la respiración. Nelson manipulaba el dial de buen humor, en busca de alguna emisora que pinchara tecno-industrial.

—Increíble —musitó Sharon, sacudiendo la cabeza—. Todavía seguimos con vida. Además de saber a ciencia cierta que, quienquiera que fuese la primera persona en proponer el Proyecto GA, no desea salir a la luz. Ahora, lo único que tenemos que hacer es descubrir la identidad y el paradero actual del traidor.

—Doctora Lauri Coup —dijo Nelson, con una sonrisa—. Vive en Indianápolis, Indiana. Allí es adonde vamos.

Sharon miró fijamente al ciborg.

—¿Qué? —preguntó, atónita.

—Coloqué un micro en la oficina de Doe durante nuestra entrevista. Un transmisor de televisión del tamaño de un mosquito que se ajusta de maravilla a mi sistema de visión digital. Lauri Coup. Según la búsqueda y selección del ordenador, fue ella la que propuso la idea original para el clon base. —Esbozó una sonrisa—. Después de todo, no soy tan memo, ¿a que no?

Sharon tuvo que reconocer que no lo era.

NUEVE

—Charles Klair —dijo la voz—, abre los ojos.

Muy despacio, Klair hizo lo que le pedían. Sentía como si le hubieran envuelto el cerebro en algodón. Le costaba pensar y conservaba pocos recuerdos de lo acontecido en su pasado inmediato. Sombras difusas, sueños de movimiento, una inquietante visión de un velo de oscuridad absoluta, todo ello aleteó antes de desaparecer tragado por un torbellino de confusión.

Descubrió que se encontraba tumbado en medio de una gran cama, con la cabeza apoyada sobre dos mullidos almohadones de espumillón, los brazos inertes sobre una manta azul claro. Vestía un camión de hospital del mismo color, anudado a la espalda. El cuarto que lo rodeaba no era grande, amueblado tan sólo por una pequeña cómoda con cajones, frente a un espejo de buen tamaño, y una silla a la vera de su lecho. Todo era blanco... de un blanco estéril, antiséptico, incoloro.

Klair movió la cabeza a uno y otro lado, despacio, en busca de un reloj. No había ninguno, ni nadie, ni señales de un sistema intercomunicador. No tenía ni idea de dónde habría procedido la voz que lo había despertado. Las paredes lucían desnudas, desprovistas de cuadros u otro tipo de obras de arte. No había radio ni televisión. Aquella era una cámara donde sanar, no para relajarse. La única puerta se encontraba frente a él. Cosa curiosa, no había ventanas.

Respiró hondo y exhaló. De nuevo. Luego otra vez. La bruma que envolvía su mente comenzó a disiparse. Klair sacudió la cabeza, sintiéndose alerta y completamente despierto. Se le ocurrió dónde podía encontrarse, mas se negó a aceptar aquella posibilidad. Llevaba décadas practicando el pensamiento lógico y no veía por qué habría de comenzar ahora a perder el tiempo con especulaciones. Los hechos, no las fantasías, eran lo que importaba para Charles Klair.

Con cautela, con delicadeza, se palpó el rostro, el torso y las articulaciones. Parecía que todo seguía en su sitio, que era el mismo de siempre, y sin embargo, en el fondo de su mente, la certeza de que algo era distinto lo atormentaba. Su ojo artificial funcionaba a la perfección, al igual que su mano biomecánica. La piel de su pecho parecía algo delicada, pero no apreciaba marcas ni cicatrices, ningún signo de manipulación. No obstante, seguía pensando que no estaría en un hospital si no hubiese un buen motivo para ello. Sopesó la idea de salir de la cama e intentar abrir la puerta, pero optó por no hacerlo. En situaciones donde no había respuestas, lo mejor era no hacer preguntas.

La puerta se abrió un minuto después. Un hombre alto y delgado, de cabello castaño oscuro, barba poblada y gafas con montura de carey apareció en la entrada. Vestía uniforme azul de enfermero y zapatillas de deporte de color blanco; en una mano portaba una tablilla sujetapapeles y un bolígrafo. Tras el médico, en el pasillo de afuera, un grupo de figuras se movía, conversando entre sí, aunque Klair no pudo atisbar con claridad a ninguna de ellas. Se sintió turbado de nuevo, sin poder discernir la causa exacta de su desasosiego.

—Bien, bien, Charles —dijo el hombre, mientras se acercaba al borde de la cama. La tarjeta de plástico prendida a la altura del corazón lo identificaba como doctor Castillo—. ¿Cómo te sientes? Capaz de sentarte, por lo menos. Tienes mejor aspecto, eso seguro.

Klair asintió con la cabeza, sin pronunciar palabra. Su mente se esforzaba por situar el nombre del médico, su voz. Frustrado y enojado, tuvo que rendirse: no conseguía recordar nada.

—¿Todavía aquejado de pérdida de memoria? —preguntó Castillo, como si pudiera leer los pensamientos de Charles. El médico garabateó algo en sus papeles—. Esperábamos que, a estas alturas, el patrón neuronal hubiese sanado. Aun cuando se emplean las técnicas más avanzadas, la reparación del daño cerebral es extremadamente difícil. Volveré...

—Usted es el doctor Otto Castillo —interrumpió Klair. El nombre había emergido de las profundidades de su subconsciente—. Me trató de neumonía bronquial cuando tenía diez años. Eso ocurrió hace cuatro décadas, en un hospital de Baltimore, Maryland, que probablemente ya ni exista. Usted tiene que estar muerto o jubilado hace tiempo, y este cuarto no es más que una reconstrucción elemental de la zona de convalecencia, tomada de mis recuerdos de la infancia.

El médico soltó una risita.

—Tonterías. *Déjà vu*, Charles. Los disparates de un hombre que ha sufrido serios daños cerebrales. —Castillo abarcó la estancia con un gesto, como si quisiera demostrar lo real que era la blanca habitación—. Si no te encuentras en el Hospital de las Hermanas de la Caridad, tal y como afirmas, ¿dónde estás?

Klair frunció el ceño, cerró los ojos e intentó desesperadamente ensamblar las fantasmagóricas imágenes que acechaban justo en el umbral de la memoria.

—Estoy en... —comenzó, pugnando por pronunciar la palabra que le diera sentido a todo aquello—, Autoctonía.

—Muy bien —felicitó el médico, cuyo rostro ya no era el un hombre barbado de mediana edad. Los rasgos se fundieron, se entremezclaron y transformaron en un semblante bien distinto. Era una imagen compuesta, un todo el mundo, una combinación de los rasgos de mil caras distintas. Klair lo había visto muchas veces en el pasado—. ¿Quién soy yo?

—Eres *El Ordenador* —contestó Klair—, la inteligencia artificial que gobierna Iteración X.

—Excelente —dijo la imagen holográfica que había sido el doctor Castillo. También la estancia había cambiado. Las paredes blancas, la cómoda, el espejo, todo había desaparecido. Klair yacía en una cámara de acero, llena de enormes aparatos mecánicos, circuitos complejos y un vertiginoso despliegue de equipamiento médico y biomecánico. Tres sirvientes robots pululaban al fondo, comprobando lecturas del sistema y ajustando instrumentos incomprensibles. Klair seguía reclinado, pero ya no descansaba en una cama. Un tanque de reconstrucción cubría todo su cuerpo, a excepción del torso superior y la cabeza. Aquellos aparatos sólo se empleaban en los casos más serios de emergencia.

—¿Qué me ha ocurrido? —preguntó Klair, levantando la voz—. *¿Qué le ha ocurrido a mi cuerpo?*

—La Baliza del Horizonte —repuso la voz, suave y neutral, del holograma—. Cuando se abrió el pasadizo entre Autoctonía y el Colectivo Gris, quedaste atrapado en el centro. La mitad de tu cuerpo se transportó aquí, mientras que el resto se quedó allí. A todos los efectos, te partiste por la mitad. Por suerte, el corte se practicó a la altura de la cintura, en lugar de la cabeza a los pies. Tus órganos vitales permanecieron intactos. Los HIT Mark VI de la zona de transferencia detectaron tu presencia de inmediato. Las leyes físicas operan de manera distinta en este lugar, así que seguías con vida, aunque por poco. Mis robots guardianes te identificaron y, por orden mía, te trajeron aquí. Durante estos últimos días, tu cuerpo ha sido reconstruido y mejorado por medio de las técnicas más avanzadas del universo. La única incógnita era si tu inteligencia conseguiría sobrevivir al trauma. De ahí el cuidado a la hora de afrontar tu despertar.

—¿Qué me habéis hecho? —preguntó Klair. Se sentía atrapado dentro de una pesadilla de la que no resultaba posible despertar.

—Creo que te sentirás más que satisfecho con los resultados. Tu nueva forma encarna los objetivos supremos de Iteración X. Eres una auténtica mezcla de hombre y máquina.

—¿Por qué te tomaste la molestia? —*El Ordenador*, incapaz de comprender las emociones humanas, carecía de tacto y de diplomacia. Si bien Klair había soñado con convertirse en uno con la máquina, no había previsto medidas tan drásticas. Tampoco se fiaba por completo de los motivos de la IA. *El Ordenador* sentía y, a lo largo de las últimas semanas, Klair había descubierto que poseía otras

ambiciones aparte de la Iluminación de la humanidad—. ¿Por qué este esfuerzo por mí? ¿Qué es lo que me hace tan especial?

—Me serviste bien en el Colectivo Gris, Interventor Klair. Aunque fracasaste a la hora de completar tu misión. El cuerpo del clon base no llegó a mí. Empero, pronto se hizo evidente que los acontecimientos conspiraron en tu contra. El clon base despertó con una identidad plenamente desarrollada que, evidentemente, se programó dentro de la composición de su ADN. El ser se esfumó con Velma Wade instantes antes de que un equipo invasor de artesanos de la voluntad de las Tradiciones pudiera destruirlo. El Colectivo Gris ya no existe. —El holograma se contorsionó en una expresión ni remotamente humana. Klair, con los ojos clavados en la imagen, horrorizado y fascinado al mismo tiempo, se dio cuenta de que *El Ordenador* estaba enfadado—. Quiero que encuentres al clon base lo antes posible y, una vez localizado, lo destruyas.

—Velma Wade —repitió Klair—. Entonces, ¿los Progenitores se han adueñado de la construcción?

—No. —El holograma volvía a hablar con precisión mecánica. Ya no parecía ni remotamente humano—. Esa suposición es incorrecta. La situación es mucho más compleja de lo que te imaginas. Se han añadido nuevos factores y variantes de la realidad a la ecuación. Nada es lo que parece.

—No lo entiendo.

—Todo encontrará su explicación en breve. Primero, hay que probar tu nuevo cuerpo. No se podía hacer nada hasta que estuvieras completamente despierto y funcional de nuevo. La amalgama es una técnica muy experimental. Podría haber fallos en el sistema.

—Así que soy el conejillo de indias —dijo Klair, más sarcástico que de costumbre. A aquellas alturas, tenía poco que perder.

—Considérate el prototipo. —El holograma intentó esbozar una sonrisa, pero sólo consiguió parecer aún más siniestro—. El primero de una nueva generación de bioconstrucciones hombre/máquina. Si la técnica da resultado, en el futuro se le exigirá a todos los Interventores que se conviertan en tales amalgamas. —El holograma hizo una seña a los robots de mantenimiento—. Sacad al Interventor Klair del tanque de reconstrucción.

Cinco minutos más tarde, se vaciaba el fluido de color verde del enorme contenedor y Klair se erguía desnudo sobre el suelo de acero del laboratorio. Tras echar un vistazo a su cuerpo, experimentó un atisbo de duda. ¿Estaría intentando engañarlo la IA? A excepción de su piel, que ofrecía un tono más pálido del acostumbrado, achacable a la extraña iluminación del Reino, su aspecto era exactamente el mismo de siempre.

—No soy distinto —dijo, poniendo voz a lo que le rondaba la cabeza—. Puedo sentir el frío del suelo bajo mis pies. Mi cuerpo responde como siempre, de forma perfectamente natural. No veo ni rastro del daño que me has descrito.

—De ser así, la amalgama sería un fracaso. Camina. Levanta los brazos, encoge una pierna. Estírate. Practica distintos ejercicios. Estas acciones, ¿te parecen normales?

Klair hizo lo que le ordenaban. Sus articulaciones respondían con fluidez y naturalidad. Se sentía más sano y más fuerte de lo que se había sentido antes. Sólo después de completar una docena de abdominales se percató de la diferencia.

—Mis dedos —dijo, acariciando la piel con cuidado. Levantó una mano a la altura del rostro—. Mi ojo. Tenía implantes biomecánicos. —Miró fijamente al holograma—. No pueden ser reales, las articulaciones perdidas no se regeneran de la noche a la mañana.

—Que todos los robots de esta zona de trabajo ataquen al sujeto humano GH23765 —ordenó el holograma a los tres zánganos, haciendo caso omiso de los comentarios de Klair—. Descuartízadlo.

Klair profirió una maldición, lo habían cogido desprevenido. Antes de que el holograma hubiese terminado de hablar, se vio rodeado. La muerte lo miraba desde tres puntos distintos.

Los zánganos eran máquinas obreras, semejantes a gigantescos tapones invertidos dotados de cuatro largos tentáculos a modo de brazos, con los que podían levantar objetos de hasta varias toneladas de peso. En el pasado, había visto cómo aquellos robots doblaban barras de titanio de quince centímetros de grosor sin ninguna dificultad.

Una docena de articulaciones similares a látigos restallaron cuando salieron disparadas hacia Klair quien, por puro instinto, alzó los brazos para cubrirse. Tres de los tentáculos se enroscaron alrededor de sus muñecas y tobillos. Klair gritó cuando los robots tiraron de él.

Luego, atónito, guardó silencio. Aunque los zánganos tiraban con todas sus fuerzas, no conseguían moverlo. Sus pies permanecían firmemente plantados en el suelo y las manos seguían cubriéndole el rostro. Podía sentir el acero contra su carne, pero ningún dolor.

Despacio, entrelazó los dedos y bajó los brazos. El metal rechinó contra el metal cuando los dos zánganos que sujetaban sus articulaciones trastabillaron hacia delante. Klair profirió una carcajada y abrió los brazos en cruz. Los tentáculos de acero se enroscaron enloquecidos antes de caer inertes al suelo.

Tras asir uno de los brazos como si de un lazo se tratase, comenzó a tirar hacia él de uno de los zánganos y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, descargó un puñetazo sobre el robot. Éste se desplomó, abollada su superficie metálica. Un Klair salvaje hizo lo mismo con el segundo zángano, y con el tercero, antes de volverse con una demencial mueca de placer hacia el holograma.

—Soy fuerte. Increíblemente fuerte.

—Tu cuerpo se alimenta de un aparato nuclear de baja potencia. Tus huesos son de primium y tienes láseres injertados en los dedos. Se te ha aumentado la vista y el oído. Tu carne es una aleación de metal líquido desarrollada y producida en Autoctonía. Aunque al tacto parezca piel humana, no lo es. Costaría un gran esfuerzo causarle algún daño. En ningún caso eres indestructible, pero puedes resistir un castigo considerable. No te prestes a engaño. El clon base es tu igual físico, y más. No puedes regenerarte, se te puede dañar, y destruir. Además, debes tener cuidado con lo que haces. Aunque tu aspecto sea el de un mortal, eres una amalgama. Si de forma accidental revelarás tus poderes y habilidades a las masas, seguramente atraerías a las entidades del Universo Profundo que protegen las leyes de la Paradoja.

—Comprendo. Por lo que dices, deduzco que voy a regresar a la Tierra.

—Sí. Acompañame. Debes observar lo que ocurrió en el Colectivo Gris antes de tu accidente.

Estremecido por aquella palabra, Klair siguió al holograma fuera del laboratorio. Su desmembramiento no había sido ningún accidente. Había sido un estúpido al prevenir a X344 acerca de los posibles peligros de la Baliza del Horizonte y, a modo de agradecimiento, el ciborg había arrojado el mecanismo del portal directamente hacia donde él se encontraba.

Transcurridos quince minutos, llegaron a un segundo laboratorio, después de atravesar un laberinto de lo que parecía ser una interminable serie de pasadizos, un hervidero de robots y zánganos que siempre andaban apresurados de un sitio para otro. Klair se sentía fuera de lugar. Por cuanto él sabía, era el único humano, o ser parcialmente humano, en aquel nivel de Autoctonía.

La cámara era inmensa. Por su interior se repartían docenas de tanques de cristal con forma de féretro, llenos de un líquido ambarino. En cada uno de ellos flotaba un cuerpo, o los restos de un cuerpo. Muchos de los cadáveres parecía que hubiesen sufrido horribles aplastamientos, zarpazos o embestidas. Mientras recorría la estancia, Klair fue tachando mentalmente los nombres de los

fallecidos. Todos ellos procedían del Colectivo Gris. Sin embargo, no encontró por ningún lado a Sharon Reed, Velma Wade ni X344.

—Todos los contenidos del Colectivo Gris fueron absorbidos por el portal del Horizonte y llegaron a Autoctonía —explicó el holograma—. El equipo de clonación y los archivos están siendo revisados en otra parte. Como era de esperar, los datos de los bancos de memoria no reflejan ningún signo de manipulación. Velma Wade fue muy eficiente a la hora de encubrir sus subterfugios. Claro está que cabe una probabilidad del noventa y siete por ciento de que esta urdimbre comenzara años, puede que siglos, antes de que se concibiera siquiera el Proyecto GA.

El holograma abarcó los ataúdes de cristal con un gesto de lo más humano.

—Mediante la estimulación eléctrica de la corteza cerebral, podemos analizar y recrear las últimas imágenes que vieron las víctimas gracias a los procesadores de ideas de este laboratorio. Por medio de un banco de datos central, la multitud de perspectivas encajan entre sí, de modo muy parecido al que una imagen en movimiento se crea a partir de miles y miles de fotografías fijas. En este caso, en lugar de un cine, lo que obtenemos es una vista bastante detallada de los últimos minutos de vida del Colectivo Gris.

Klair casi esperaba que descendiera del techo una pequeña pantalla de proyección. En vez de eso, el holograma le instó a que tomara asiento en una de las sillas de laboratorio dispuestas a tal efecto, ante una mesa sobre la que descansaba un enorme casco de acero, conectado a varios ordenadores próximos mediante cientos de finos cables plateados.

—Ponte el sombrero —dijo el sucedáneo de *El Ordenador*—. Experimentarás, a través de los ojos de los muertos, lo ocurrido en el malogrado Colectivo.

Era una sensación escalofriante. Si bien la escena permanecía constante, la imagen parpadeaba, crecía y se encogía, se oscurecía y se aclaraba, más o menos intensa, a medida que los acontecimientos se desarrollaban ante los ojos de más de dos docenas de técnicos presentes en el momento de la culminación del experimento GA.

Klair fue testigo de la apertura del portal al Horizonte. Vio cómo emergían los mecanoides HIT Mark VI de Autoctonía, tan sólo para encontrarse con el ser del Universo Profundo conocida como Aliara, Reina del Deseo. El asistir al espectáculo de aquellos robots, prácticamente invulnerables, reducidos a chatarra, le hizo darse cuenta de repente de que, a pesar de sus nuevos poderes, no era indestructible.

Fascinado, vio de reojo cómo Velma Wade apuñalaba a Sharon Reed, su mentora durante tanto tiempo, por la espalda. Vio a Wade saltando por encima de la barandilla del foso donde el clon base estaba despertando. Entonces, al cambiar la perspectiva, observó la llegada de una bestia descomunal, a la que siguió momentos después un dispar grupo de desconocidos que supuso que serían los artesanos de la voluntad de las Tradiciones que mencionara antes *El Ordenador*. Entre ellos sobresalía el prisionero Diecisiete.

El punto de vista cambió de nuevo. La imagen se aceleró y la acción comenzó a volverse borrosa. Klair sabía que estaba viendo a través de los ojos de técnicos moribundos. Una mujer saltó hacia delante y una hoja metálica restalló como un relámpago, pero el clon base y Velma Wade ya se habían ido. La imagen se oscureció, antes de desvanecerse por completo.

—He visto cómo moría Sharon Reed —dijo Klair, mientras se quitaba el casco—. X344 pereció al abrir la baliza del Horizonte y, sin embargo, sus cuerpos no fueron recuperados del Colectivo Gris. ¿Qué ocurrió?

—Tus asunciones carecen de fundamento. Mi representante en el Círculo Interno informó ayer de que tanto Reed como X344 sobrevivieron a su tormento. Aunque malheridos, ambos escaparon de la

Construcción y llegaron hasta el cuartel general del Nuevo Orden Mundial en Albany, donde los han reparado y regenerado. El Círculo ya les ha asignado la misión de descubrir la verdad oculta tras la traición de Velma Wade.

—Sharon Reed y X344, aún vivos —musitó el Interventor Klair. La Directora Progenitora que había convertido su vida en un calvario durante meses en el Colectivo Gris, unida al ciborg que había intentado asesinarlo. A Klair le parecía apropiado que ahora trabajasen juntos. La reciente misión que les habían encomendado le facilitaba en gran medida su propia tarea. Iba a encontrarlos, y haría que sufriesen de un modo horrible—. ¿Quién es Velma Wade? ¿Quién es el clon base? ¿Qué lazo los une? Y, ¿por qué es tan importante que el clon resulte destruido?

—La información existente aún no es suficiente para poder responder a esas preguntas con un grado elevado de probabilidad. La identidad del clon sigue siendo una incógnita. Según se planeó en un principio, la construcción fue diseñada para desempeñar el papel de unidad de combate definitiva en la batalla que lleva librándose durante siglos entre las fuerzas de la lógica y la razón y los Subversores de la Realidad agrupados bajo el nombre de las Nueve Tradiciones. Presentaba las técnicas más avanzadas tanto de Iteración X como de los Progenitores. El clon base tendría que haber estado privado por completo de sentimientos, nada más que un cuerpo vacío a la espera de recibir la inteligencia adecuada.

Klair tomó nota mental de que *El Ordenador* no mencionara el hecho de que planeaba adueñarse de aquel cuerpo para sí. Guardó silencio. Lo que había aumentado era su temeridad, no su estupidez.

—El clon despertó, dotado de una mente y una inteligencia de asombroso poder —continuó el holograma—. Velma Wade, una aparentemente leal miembro de la Unión Tecnócrata, se convirtió en una Subversora de la Realidad, atacó a su mentora y ayudó a la misteriosa construcción en su huida. Las implicaciones siguen siendo tan difusas como ominosas.

El holograma volvía a hablar con una precisión maquinal. Klair sabía que estaba escuchando la auténtica voz de *El Ordenador*, siendo partícipe de los más íntimos temores que asediaban a uno de los seres más poderosos del universo.

—Puede que el clon base sea el ser artificial más poderoso jamás creado. Posee poderes sobre la maquinaria y los ordenadores apenas inferiores a los míos. Gracias a su sangre nanobit, resulta prácticamente imposible de asesinar. Está dotado de una mente de increíble potencia. El ser recibe el apoyo de un grupo de cambiaformas cuyo número se desconoce, los cuales han logrado infiltrarse con éxito en la Unión. Si ciertas posibilidades llegaran a convertirse en probabilidades, el clon quizá domine técnicas como no se han visto en el universo desde hace quinientos años. Tales poderes resultarían amenazadores incluso para aquellos Iluminados más sobresalientes.

El semblante del holograma se alteró hasta convertirse en un rostro de metal plateado, con ojos redondos como platos, cuya voz parecía provenir de un altavoz.

—Dejado a su libre albedrío, este Elemento Aleatorio amenaza la propia existencia de la Tecnocracia. De cumplirse los peores pronósticos, el hombre y la máquina perecerían envueltos en una red de tinieblas infinitas.

DIEZ

Cinco personas se sentaban apiñadas alrededor de la pequeña mesa, charlando entre sí y escuchando al cantante de country que actuaba en el reducido escenario del bar. Dos hombres y tres mujeres, con todo el aspecto de tratarse de un grupo de adultos perfectamente normal disfrutando de una noche de asueto. Pero Terrence Shade sabía que había algo más.

El quinteto no era, en ningún caso, común y corriente. Lo componían artesanos de la voluntad, miembros de las Nueve Tradiciones, procedentes de la Capilla Verbena conocida como la cábala de Casey, a algunos kilómetros a las afueras de Rochester.

Shade tenía motivos de sobra para recordar aquel sitio. Hacía algunas semanas, una fuerza de ataque de Hombres de Negro, a sus órdenes, había asaltado la Capilla con la intención de destruir al prisionero Diecisiete. La misión había terminado en un desastre absoluto, en el que murieron casi todos los asociados de Shade. En lo que parecía una broma del destino, Hargroves había descuartizado al Hombre Gris que comandaba el ataque y ahora, tras otro abrupto revés del azar, Shade recibía el encargo de colaborar con la persona responsable de su fracaso más sonado. Aliara poseía un sardónico sentido del humor.

Shade desconocía los nombres de sus cinco adversarios, así como el alcance de sus poderes. Los magos, en la mayoría de los casos, parecían personas corrientes pero, tras su anterior encuentro con los artesanos de la voluntad Verbena, sabía que podían resultar peligrosos si se les provocaba. Así y todo, no se sentía inquieto. Aliara lo había bendecido con una pequeña cantidad de su increíble voluntad y dudaba que ninguno de fuese rival para sus poderes psíquicos. Lo más importante era que no le temía a la muerte. A decir verdad, recibiría el olvido con los brazos abiertos, siempre que fuese rápido e indoloro.

Hargroves, una fuente inagotable de información, le había conseguido las indicaciones a seguir para llegar a la cábala de Casey. Shade se ocupó del resto. Entrenado en las artes del espionaje y la infiltración por el Nuevo Orden Mundial, había empleado todo el día investigando varios bares y locales nocturnos en las comunidades que rodeaban la Capilla, donde unas cuantas preguntas aparentemente fortuitas le habían proporcionado toda la información que necesitaba. Los adultos de la Capilla solían frecuentar varios locales próximos al cuartel general de la cábala. También los artesanos de la voluntad necesitaban romper con la rutina. Un grupo reducido, pero leal, lo componían forofos de Tex Wilson, el cantautor que estaba actuando esa noche en el Bar y Parrilla de Cowboy Bob.

A Shade la música country le parecía tosca y repetitiva, aunque se reservaba sus críticas. Mientras mareaba su cerveza, había esperado pacientemente a que llegara el quinteto y, tras su aparición, esperó aún más para asegurarse de que no se les unía ningún invitado inesperado. Podía ocuparse de cuatro o cinco artesanos de la voluntad. Siete u ocho pondrían a prueba sus poderes aumentados. Por fin, transcurridos algunos minutos después de las once de la noche, estuvo listo para actuar.

Paró la música y se acabó el repertorio. La multitud aplaudió más por cortesía que entusiasmada. Al parecer, la mayoría de los parroquianos compartía la falta de entusiasmo de Shade por la voz del cantante.

—Gracias, amigos. Muchas gracias —dijo Tex, cuyo acento recordaba mucho más a Brooklyn que a Texas—. Un pequeño descanso y vuelvo dentro de diez minutos.

Con la cabeza oscilando como si respondiera a algún tipo de pregunta que sólo él pudiera oír, Shade cubrió la distancia que lo separaba de la mesa de los cinco. Ataviado con vaqueros azules, una

camisa blanca, corbata estrecha rematada en punta y gafas oscuras, ofrecía un aspecto completamente inofensivo.

—Hay que ver qué bien canta, ¿eh? —dijo, a nadie en particular.

Varios pares de ojos, curiosos y sorprendidos, se volvieron y fijaron en él. Unos dedos invisibles tantearon su mente. Proyectó inocencia, los pensamientos de un borracho achispado que no sabía muy bien lo que estaba haciendo.

—Me llamo Terrence Shade —se presentó, al tiempo que agarraba una silla vacía cercana y se dejaba caer sobre ella—. Aquí, de negocios, en la zona de Rochester. Vosotros, muchachos, ¿sois de por aquí?

—Vaya, lo siento señor Shade, pero es una fiesta privada —repuso uno de los hombres, alto y rubio, vestido con vaqueros y una camiseta ajustada—. Nos alegra haberle conocido, pero no buscamos compañía. Así que largo.

—Bonita ciudad, Rochester —continuó Shade, haciendo caso omiso de las palabras del hombre. Tony, se llamaba el que había hablado, según pudo atisbar Shade en su cabeza. Su amigo era John. Las chicas eran Erin, Kathy y Jill. A Shade le gustaban los nombres, le daban a todo un toque personal. Los nombres convertían a sus víctimas en personas, en lugar de meros objetos—. La primera vez que vengo a la región. Es tan agradable que estoy pensando en mudarme aquí de forma permanente. En serio. Me encanta el clima. Cálido en verano, frío en invierno. Y la gente es de lo más simpática.

—Qué interesante —intervino la joven llamada Kathy, sentada a su derecha. De baja estatura, rasgos anodinos y lacio cabello castaño. Sus ojos miraban más allá de Shade, como si éste no estuviera allí—. ¿Y eso qué nos importa?

—Oye, ¿por qué no me dejáis que os invite? —preguntó Shade, mientras absorbía sus emociones igual que una esponja. En su estado actual, le gustaba paladear la ira, el miedo y la desconfianza. Quería sus pasiones, ya que le habían arrebatado las suyas. Antes de que nadie pudiera responder, alzó ambas manos en ademán de protesta—. Venga, venga, insisto. Yo invito. A cuenta de la empresa.

—Lo siento, señor Shade —dijo Tony—, pero no queremos que nos invite a nada. Por favor, como ya le he dicho, mis amigos y yo no buscamos compañía. O se marcha o nos veremos obligados a llamar al encargado.

—Tony, Tony, Tony —musitó Shade, mirando fijamente al rubio—. Pero qué maleducado. ¿Cómo puedes hablar en nombre de todos tus compañeros? ¿Tú que dices, John? ¿Erin? Kathy, ¿tú también declinas mi oferta? Jill, Jill, ¿serás más sutil?

John frunció el ceño. Kathy miró a Shade, súbitamente preocupada.

—¿Cómo sabes nuestros nombres?

Shade soltó una risita. Desde hacía días, cada vez más a menudo, se le escapaba la risa sin motivo aparente. Desde su encuentro con Aliara, apenas era responsable de sus actos. Reía, gemía, gorjeaba y lloraba en los momentos más insospechados. La mayor parte del tiempo deseaba no haber nacido, pero eso era algo contra lo que no podía hacer nada. La red mental de Aliara imposibilitaba el suicidio.

—Bueno, sé un montón de cosas sobre todos vosotros —declaró, sin alzar la voz para no llamar la atención. De momento, no deseaba atraer ningún tipo de atención en absoluto—. Como no me estabais esperando, pude indagar en vuestros pensamientos más superficiales sin ningún problema.

—¿Quién eres? —quiso saber Jill. Tenía los ojos azules, pecas y, sin lugar a dudas, más poder que ningún otro artesano de la voluntad dentro de aquel grupo. Aunque Shade ya sabía que el talento de la muchacha no era rival para el suyo—. ¿Qué quieres de nosotros?

Al igual que el resto de sus compañeros, se mostraba curiosa, mas no asustada. Los artesanos de la voluntad de las Tradiciones, al igual que los de la Tecnocracia, poseían una confianza desmesurada en

sí mismos. Cinco contra uno, no había por qué sentir miedo. En aquellos momentos tenían a Shade por extraño, pero no peligroso. Pretendía que siguieran pensando de aquel modo durante tanto tiempo como fuera posible.

—Como ya os he dicho, me llamo Terrence Shade. En su día, mi nombre tenía cierta importancia. —Exhaló un suspiro y meneó la cabeza. No tenía ninguna prisa—. Era chasquear los dedos y la gente se ponía firme. Cuando quería que algo se hiciera, se hacía de inmediato. Igual que todos vosotros, creía que comprendía los misterios del universo. No tenía ninguna preocupación, me consideraba inmortal. La muerte era tan sólo una palabra que no inspiraba miedo. Era maravilloso estar vivo.

—Corta el rollo, Shade —dijo Jill, tableteando con los dedos sobre el borde de la mesa. Miraba a Shade con ojos cargados de suspicacia—. Eres un mago. Puedo sentir tus poderes. ¿Con quién estás?

—Pertenezco a los Hijos del Éter —mintió Shade, con una amplia sonrisa. Alrededor de la mesa, los cinco artesanos de la voluntad se relajaron. Ahora comprendían su estrafalario comportamiento.

Los magos afiliados a esa Tradición en particular se habían ganado fama de estrambóticos. Implicados en ciencias insólitas y proyectos de apariencia inverosímil, sus colegas magos de las demás Tradiciones los veían como excéntricos de primer orden, carentes de habilidades sociales. Lo cual era el motivo exacto por el que Shade afirmaba pertenecer a dicha orden. Durante el transcurso de sus años dentro del NOM, había interrogado a varios Hijos del Éter, lo que le permitía, en caso necesario, incluso imitar sus ridículas diatribas acerca de las ondas cuánticas y las vibraciones en el vacío. Dudaba que necesitara recurrir a eso. Su plan consistía en una breve, aunque fructífera, visita aquella noche. Lo único que pretendía era forjar una impresión duradera.

—¿Por qué estás aquí en realidad? —quiso saber Tony—. ¿Qué quieren de nosotros los Hijos del Éter?

—A eso iba, dame tiempo. No me siento a gusto rodeado de tanta gente. El ruido, la música, el baile. Me supera.

—Vale —convino Jill—. Puedo entender tu desasosiego. Esta clase de sitios no se adecuan a todo el mundo, mucho menos a un eterita, pero tampoco puedes culparnos por nuestra suspicacia. Si estamos aquí esta noche es para pasar un buen rato. No esperábamos encontrar compañía... sobre todo de alguien al que no habíamos visto en nuestra vida. —Desvió la mirada hacia el pequeño escenario que dominaba el club. Tex Wilson acababa de regresar y atacaba su guitarra. Los tres miembros de su grupo de acompañamiento afinaban sus instrumentos—. El concierto va a reanudarse dentro de nada. Si tienes algo importante que decirnos, será mejor que lo hagas ahora. Luego no habrá forma de hacerse oír.

—Entonces iré directo al grano. —Shade, sin dejar de sonreír, se puso en pie muy despacio, metió una mano bajo su abrigo y extrajo un afilado estilete de quince centímetros. La hoja lanzó destellos plateados al reflejar las brillantes luces del local. Antes de que nadie se percatara de lo que estaba planeando, Shade agarró a Kathy de los cabellos, tiró de su cabeza hacia atrás y le hundió el puñal en la garganta. Un cálido torrente de sangre manó a borbotones de la herida, le empapó el pecho y se derramó sobre la mesa. Shade cruzó de manera salvaje la hoja del cuchillo de lado a lado del cuello de la muchacha, poco menos que decapitando a su víctima—. Dadle recuerdos de mi parte a Sam Haine. —De un empujón, el cuerpo sin vida de la joven se desplomó sobre la mesa. Como respuesta a sus palabras, un velo de absoluta oscuridad se cernió sobre la estancia. Todas las luces del club se apagaron—. Decidle que Aliara siempre paga sus deudas con intereses.

Los otros cuatro magos se abalanzaron sobre él, pero Shade tenía planeada su huida desde mucho antes de sentarse a la mesa. Un escudo mental cubrió sus pensamientos, volviéndolo invisible a la telepatía. Moviéndose con una gracia y un sigilo sobrenaturales, cruzó ágilmente el salón describiendo un

zigzag que lo conduciría directamente al escenario. No era tan iluso como para dirigirse hacia la puerta, eso habría sido demasiado obvio. Lo que hizo fue colarse entre Tex y sus muchachos y correr hacia la salida de servicio detrás del escenario. Como era de esperar, la única persona que encontró allí era un atónito vigilante nocturno.

El guardia, una corpulenta figura que intentaba accionar, fútilmente, el interruptor de una linterna que había dejado de funcionar, se encontraba de espaldas a la puerta. Aunque no podía ver nada más allá de la punta de su nariz, sintió de algún modo la presencia de Shade.

—Lo siento —masculló—. Esto de aquí es la salida de emergencia. Activa una alarma en el parque de bomberos. Utilice la puerta principal, por favor.

—Lo siento en el alma, pero tengo muchísima prisa.

Su segundo cuchillo, forjado en forma de punta de lanza, traspasó el ojo derecho del guardia con un gorgoteo. El vigilante se derrumbó, entre alaridos. Shade saltó por encima del cuerpo y abrió la puerta de un empujón. La realidad se alteró sutilmente. Un cable sobrecalentado se fundió. No sonó ninguna alarma.

Cruzó raudo el aparcamiento en dirección al automóvil de Joe Steeger, un Chevy viejo y desvenado que le proporcionaba a Shade todo lo que esperaba de un modo de transporte. Tampoco le preocupaba que el guardia de seguridad denunciara su robo.

No se atrevió a perder más tiempo. En esa era de buscas, teléfonos móviles y transmisiones por microondas, uno nunca podía saber a ciencia cierta cuándo aparecería la policía. Tras encender el motor, atacó la palanca de cambios y buscó la salida.

Por el espejo retrovisor pudo atisbar una horda que manaba de la puerta de entrada del club. Alguien, probablemente Jill o Tony, había conseguido anular por fin su técnica de cobertura. Shade se concentró y envió una oleada de pánico que sobrecogió a la multitud. Una mujer lanzó un grito. Luego otra. Alguien comenzó a empujar, intentando abrirse paso a empujones. El miedo se extendió igual que un incendio incontrolado. En cuestión de segundos, un éxodo desorganizado aunque inofensivo degeneró en una estampida enloquecida. Habría heridos, eso seguro, puede que incluso una o dos víctimas pisoteadas. Un incendio en el club le habría dado la puntilla, pero no podía estar en todo.

Shade sonrió. Seguía poseyendo su toque mágico. En el ínterin, el asesinato de esa noche daría a la escoria Verbena un misterio interesante que desentrañar. Tres o cuatro ataques más rematarían la faena. Antes o después, los líderes de la cábala de Casey se pondrían en contacto con Sam Haine, no les quedaba otra opción. Cuando el Hombre Cambiante llegase a la ciudad, Terrence Shade planeaba tenerle preparado un recibimiento especial.

Una hora más tarde, aparcaba el coche a escasos bloques de distancia del apartamento de Hargroves. El guardia de seguridad de turno apenas echó un vistazo a Shade mientras le franqueaba el paso hacia los ascensores. A espaldas del hombre, un borrón oscuro sobre la pared señalaba el lugar exacto donde Steeger se había suicidado. Las manchas de sangre no salían así como así, y el dueño del edificio era demasiado tacaño como para pagar un entarimado nuevo, así que las salpicaduras seguían allí.

Cada vez que pasaba ante la marca, Shade sentía ganas de gritar, “lo hice yo, lo hice yo”, reclamando la autoría del crimen. Le gustaba compartir sus triunfos con las masas. Mas, esclavizado por Aliara, se veía sujeto a su deseo de no llamar la atención. La única persona ante la que Shade podía alardear era Hargroves, que había demostrado que encontraba las actividades de su nuevo ayudante, cuanto menos, faltas de interés.

Al abrir la puerta del apartamento de Hargroves, divisó a la escuálida mujer de pie frente al frigorífico, sacando una cerveza.

—Lucy, ya estoy en casa —gritó, de buen humor.

—Tu misión culminó con éxito, supongo —dijo Hargroves, que no parecía divertida en absoluto.

—Perfecto. ¿Algo en la tele? ¿La radio?

—¿El asesinato de una sola persona un sábado por la noche? —La mujer lanzó una carcajada tan adusta como ella misma—. Debes estar de guasa. Quema el club hasta los cimientos y a lo mejor así te dedican un par de minutos. Si no, la muerte pasa a engrosar las estadísticas policiales y punto.

Shade se encogió de hombros y se dejó caer sobre el sofá.

—Bueno, a mí me pareció una ejecución de primera. ¿Cómo va eso de Químicas Everwell?

—Igual. El visitante de Enzo ha estado revisando los libros, comprobando la actividad de la planta, todo fachada. A Montifloro le importa un comino lo que haga su primo con Everwell. Sólo le interesa una persona, Esperanza, la putilla que le presentó Enzo la noche que llegó. Puede que Enzo sea basto y arrogante, pero no estúpido. Sabe lo que es la lujuria y cómo sacarle el máximo partido.

—Tu jefe y su amigo, Ezra, planean algo importante. Este asunto de Montifloro es una minucia comparado con las proporciones de sus urdimbres. Ezra está loco y Enzo es ambicioso. Cuando un antiguo vampiro y un archimago unen sus fuerzas, puede ocurrir cualquier cosa. Tenemos que descubrir lo que se traen entre manos. Aliara lo exige, y sus deseos no son de los que se dejan pasar por alto.

Hargroves exhaló un suspiro.

—Aliara siempre consigue lo que se propone pero, de momento, no hay nada que informar. Cualquiera diría que están a la espera... aguardando a que ocurra algo. No sé el qué, ni cuándo, pero estoy segura de que dentro de poco se van a desatar todos los demonios.

Shade se quitó las gafas de sol, dejando al descubierto unos ojos rojos que ardían con un fuego impío.

—Eso de los demonios me ha gustado. Me ha gustado mucho.

ONCE

Tras un suculento almuerzo presidido por su embelesadora anfitriona, Diecisiete y Sombra del Amanecer decidieron ir a dar un paseo. Sam Haine, tan inquieto como siempre, accedió a servirles de guía. Como asiduo visitante del Horizonte, les prometió una tarde interesante. Albert, como de costumbre, siguió su estela sin prisas. Kallikos no puso objeciones, ya que Marianna y él tenían pensado emplear las próximas horas diseñando su estrategia para la reunión del Consejo aquella noche.

—Volved antes del anochecer —les dijo, esbozando una de sus escasas sonrisas—. Disfrutad de las maravillas del Horizonte. Después de esta noche, ¿quién sabe cuándo volveremos a encontrar tales placeres?

—Qué cachondo, este Kallikos —apuntaría más tarde Sam Haine.

Se encontraban en los exteriores del cuartel general de Marianna. Un torrente incesante de gente se arremolinaba a su alrededor. Las vestimentas comprendían una gama impresionante de telas, desde las casi inexistentes a los diseños más elaborados. El color, el movimiento, la conmoción que parecía inundar aquella atmósfera conseguía que a Diecisiete le diera vueltas la cabeza.

—El peso del mundo descansa sobre sus hombros —dijo Albert—. Tras tantos siglos, la carga debe de resultarle insoportable.

—Bueno —comenzó Sam, mientras calaba ufano el extremo de uno de sus puros libres de humo—, yo prefiero que mi futuro siga siendo un misterio. Me gusta no saber qué es lo que ocurrirá a continuación. ¿Quién demonios quiere despertarse y saber que va a diñarla esa misma tarde? —Sacudió la inexistente ceniza de la punta de puro y apuntó a Diecisiete con la colilla—. En fin, dada tu falta de memoria, hijo, este lugar te resultará novedoso. ¿Qué milagros quieres ver primero?

Diecisiete meneó la cabeza.

—No tengo ni idea. ¿Cuánto hay que ver? ¿Y dónde? ¿Cómo es de grande este Reino? Parece que se extienda hasta el infinito. Hay montañas a lo lejos. El único sitio con el que puedo compararlo es el Reino al que nos llevó Alvin Reynolds, y ni siquiera tuve ocasión de explorarlo.

Sam sofocó una risita.

—El Horizonte es inmenso, hijo. Su tamaño es increíble, casi como el de una luna pequeña. Nos encontramos en Concordia, la capital del Reino, de veinticinco kilómetros de diámetro, en forma de círculo. A su alrededor se extiende Orbis Finiens, un continente de aproximadamente dos mil quinientos kilómetros de ancho. Al otro lado del Horizonte descansa otro continente, Posht. Hay un montón de tierra por explorar.

—Por hoy —intervino Sombra del Amanecer—, creo que una vuelta que comprenda algunos puntos destacados de la ciudad será más que suficiente.

—Ya me imaginaba yo que dirías algo parecido —repuso Sam—. De todos modos, en Concordia hay maravillas suficientes como para estar entretenido durante semanas. Recordad que todo este mundo fue construido por un ingente número de magos trabajando en armonía. Es un lugar mágico, lleno de sorpresas y misterios.

—Algunos de los cuales aún están por descubrir —añadió Albert—. Hay un inmenso laberinto subterráneo que horada la roca bajo las Cortes del Consejo, sitas en pleno centro de Concordia. El laberinto, gran parte del cual permanece inexplorado, conduce a infinidad de distintos lugares dentro del Horizonte. Cuentan las historias que dos Cuentasueños encontraron un túnel que los llevó hasta Posht. Otros afirman que han viajado hasta las islas mágicas de Tritón Profundo. Un explorador asegura que, en cierta ocasión, tropezó con una entrada a los reinos feéricos. Otro asevera que hay extrañas criaturas

mágicas, desaparecidas de la faz de la Tierra tiempo ha, que viven en el centro del laberinto. Nadie está seguro de la verdad que encierran estas historias, pero todos se muestran de acuerdo en que el laberinto no fue obra de los creadores del Reino. El cómo se creó y quién le dio forma son preguntas que todavía no conocen respuesta.

Sam Haine soltó un bufido.

—Ya está bien de cuentos de miedo, Albert. Diecisiete quiere ver algo que merezca la pena, no un puñado de cuevas.

—Durante mi estancia en Capilla de Fukuoka —terció Sombra del Amanecer—, el sabio maestro habló de un templo místico conocido como Songgwang-sa. Dijo que meditar en el interior de aquel lugar de leyenda sanaba el alma. Esta legendaria estructura, ¿no podría existir aquí, en Concordia?

Albert esbozó una sonrisa.

—¿Dónde, sino en el Horizonte? Yo mismo he pasado muchas horas ahí dentro. El si la meditación entre sus muros cura el alma, no te puedo decir, pero sí que es un lugar de paz espiritual. El templo, un edificio magnificente en forma de llama, está tallado en la madera del árbol del bodhi azul, el cual sólo crece en los bosques del Horizonte. ¿Te gustaría visitarlo?

—Sí, a ser posible. Supondría todo un honor para mí el intentar comprender el infinito entre sus legendarios muros.

—Songgwang-sa se yergue aproximadamente a media hora a pie de aquí —dijo Albert—. Si lo prefieres, podríamos ir en jeep, aunque yo te aconsejo el paseo. Concordia es un lugar de delicias únicas y es mejor saborearlo de cerca. Además, el ejercicio le vendrá bien a Sam.

Pese a las protestas de Sam Haine, decidieron caminar. Para Diecisiete, cuyos recuerdos consistían sobre todo en carreras y peleas, las horas siguientes constituyeron el interludio más sosegado de su vida. Por primera vez desde que escapara del Colectivo Gris, no tenía prisa. Con Sombra del Amanecer a su lado, Diecisiete se sentía en paz con el mundo. La majestad y el misterio de Concordia se habían apoderado de él.

El sereno Templo del Gran Despertar fue tan sólo su primera parada. Sam Haine y Albert se turnaron para describirles las impresionantes vistas repartidas por toda la metrópolis. Sam hacía más hincapié en lo espectacular y Albert, en lo espiritual. Su grupo vagó sin rumbo fijo por Sruth na Mblath, el río de las flores, de ocho kilómetros de ancho. Diecisiete cruzó las aguas del Estanque de los Milagros. Sombra del Amanecer miró a través de la Fenestra Inferorum, la “Ventana Espectral” que, supuestamente, permitía a los curiosos observar la Umbra Cercana y comunicarse con los espíritus de los muertos. Sombra se negó a revelar si había llegado a ver algo. Todos ellos se maravillaron ante el Museo de los Artefactos Vivientes, un moderno museo que exhibía especímenes exóticos que habitaban un ecosistema exótico e inusitado, imposible de encontrar sobre la Tierra.

Transcurrían las últimas horas de la tarde cuando llegaron a un lugar de especial importancia para Diecisiete.

—Ese edificio enorme que ves ahí —dijo Sam Haine—, son las Cortes del Consejo de las Nueve Tradiciones. Como te puedes imaginar en un mundo mágico, se trata de un lugar de lo más impresionante. Esa cúpula del centro de alza a noventa metros sobre la mesa de reuniones del consejo. Allí es donde estaremos esta noche, escuchando cómo expone Kallikos su caso ante quienquiera que asista. Tampoco me parece a mí que vaya a servir de algo, pero será todo un espectáculo, sobre todo cuando Porthos se dé cuenta de quién es el orador. Va a haber fuegos artificiales como hace siglos que no se han visto en este Reino.

Diecisiete apenas prestaba atención. Tenía la vista clavada en un inmenso edificio de madera que rodeaba las Cortes del Consejo.

—Ése es el Archivo, ¿verdad? —preguntó. Sabía que estaba en lo cierto sin necesidad de escuchar la respuesta. Del mismo modo que sabía que tenía que hablar con alguien entre aquellos muros.

—Ya te digo si lo es —contestó Sam—. Miles de millones de volúmenes en esa biblioteca. Impresionante, incluso para un analfabeto como yo.

—El archivista se llama Nicodemus Mullhouse —apostilló Albert—. Cuenta la leyenda que tiene más de quinientos años de edad, lo cual, si fuera cierto, lo convertiría en contemporáneo del propio Horizonte. Se trata de un vejete decrepito y cascarrabias.

—Me gustaría hablar con él —dijo Diecisiete—. Hay algo que necesito preguntarle en privado, si no os importa. ¿Creéis que se puede arreglar?

—Estamos en el Horizonte, hijo, no en la Tierra. En todo este mundo hay menos habitantes de que en cualquier gran ciudad. Sigue habiendo ciertas formalidades a las que atenderse, pero no demasiadas. Albert, Sombra y yo no vamos a molestarnos porque quieras tener alguna que otra conversación en privado de vez en cuando. Nos morderemos las uñas por la intriga, nada más. Si quieres visitar el Archivo, por mí de acuerdo, no veo por qué no habrías de poder hacerlo. Una cosa te digo: en cuanto pongas un pie en la sala de archivos, encontrarás al maese Nicodemus de inmediato.

Sam Haine no había exagerado. Aunque fue uno de los tatarata-tataranietos de Mullhouse el que recibió al grupo a la entrada del Archivo, fue el maese Nicodemus en persona, minutos después, quien accedía a entrevistarse en privado con Diecisiete. Ambos se sentaron a solas en un pequeño despacho, rodeado por paredes de libros que se amontonaban hasta el techo.

El archivista parecía tan viejo y decrepito como el más antiguo de sus volúmenes. Completamente calvo, los ojos hundidos, encorvado, el cuerpo retorcido por la artritis. Se cubría con una túnica marrón oscuro y calzaba sandalias de cuero. Cuando hablaba, su voz crujía bajo el peso de los siglos.

—Bueno, ¿qué puedo hacer por vos? Mi tiempo es precioso, y escasa la cantidad del mismo que puedo dedicar a satisfacer las peticiones de desconocidos.

—Busco respuestas que sospecho que no existen en ningún otro lugar salvo en esta insigne biblioteca. Sé que, de trabajar por mi cuenta, dicha tarea podría durar toda una eternidad. Por desgracia, soy un mero mortal y no dispongo de tanto tiempo. Sólo con la ayuda del más ilustre archivista de toda la Teluria podré lograr lo que me propongo. Por eso he venido a veros.

Nicodemus observó a Diecisiete con suspicacia.

—¿Cuál es esta búsqueda de la verdad que os impulsa? ¿Un nuevo filtro de amor? ¿Un elixir con el que recuperar vuestro cabello?

—No. Busco mi identidad, y temo lo que pueda descubrir.

—No sé si lo he entendido bien. —El archivista se humedeció los labios, con un centelleo de interés iluminando sus ojos oscuros—. Si bien sois un mago, no conocéis vuestro propio nombre. ¿Cómo os permitieron la entrada los guardianes del Reino?

—Ellos me conocían. O, al menos, me dieron un nombre. A excepción de breves destellos de conocimientos, no conservo ningún recuerdo de mi pasado. Es un vacío absoluto, exceptuando las visiones de un monstruo salido del propio infierno.

—¿Así que creéis que vuestra historia podría estar en los Archivos? Ni siquiera en estos miles de millones de volúmenes se recoge todo lo acontecido en la Teluria.

—Tengo el presentimiento de que la información que busco se encuentra dentro de este edificio. No puedo explicarlo pero, en ocasiones, algunos recuerdos enterrados en mi cabeza, ideas que no logro comprender del todo, afloran a la superficie. En cuanto vi el Archivo, lo reconocí. Supe que había estado aquí antes. Supe que había hablado con vos, en un cuarto igual que éste, puede que en esta

misma cámara, hace años. Por eso estoy convencido de que el secreto de mi identidad se encuentra encerrado en este Archivo.

El maese Nicodemus entrecerró los ojos. Por primera vez desde que entrara en el cuarto, pareció fijarse en Diecisiete.

—Aunque no sea tan joven como me gustaría, mi memoria sigue siendo mejor que la de muchos. Tu rostro no me resulta familiar.

—Mi nombre —comenzó Diecisiete, despacio, sin saber si hacía lo correcto—, es Ethan Phillips.

—¿Phillips? —repitió Nicodemus—. Ethan Phillips. —El anciano archivista permaneció inmóvil durante un momento, escrutando a Diecisiete con intensidad antes de comenzar, con absoluta parsimonia, a mecerse en su asiento, repitiendo el nombre—: Ethan Phillips, Ethan Phillips... Ahora me acuerdo.

Nicodemus torció la cabeza hacia un lado, como si observar a Diecisiete desde otro ángulo pudiera revelarle algún secreto oculto hasta entonces.

—Existe cierto parecido. No mucho, pero ahora que has mencionado ese nombre, puedo verlo. Tu rostro y el suyo son muy similares, pero él era joven y apuesto, y su constitución no tenía nada que ver con la tuya. Era cimbreño, alto y delgado, un hombre que podría mecerse con el viento sin quebrarse. Vos sois una roca, un pilar de granito que se romperá antes de doblegarse. Hará falta algo más que un nombre y una mota de similitud para convencerme de que vos sois él. ¿No tenéis más pruebas? ¿Otro nombre?

—Sí, tengo otro nombre. Ethan Phillips vino aquí, *yo vine aquí*, en busca de información acerca de su amor perdido. Se llamaba Bailarina Escarlata.

Sin mediar palabra, el archivista se puso en pie y, dándole la espalda a Diecisiete, comenzó a recorrer con los dedos los lomos de una colección de libros mayores inmensos, encuadernados en cuero, dispuestos sobre una larga estantería que se alzaba tras su despacho. Mientras musitaba para sí, Nicodemus bizqueaba ante las crípticas entradas inscritas sobre la cubierta de cada volumen. Por fin, tras varios minutos de búsqueda, tiró hacia sí de uno de los libros y lo apoyó sobre su escritorio.

—Soy un archivista —declaró—. Mi trabajo consiste no sólo en conocer la localización de cada volumen dentro de esta biblioteca, sino también en anotar y recordar cómo y por qué se utiliza cada uno de los libros. Mi memoria ya no es lo que era, ni soy tan estúpido como para creer que voy a vivir eternamente. Por tanto, cada solicitud, cada búsqueda, cada visita que recibe este Archivo, da igual su importancia o insignificancia, queda apuntada en mi diario personal. —Los labios de Nicodemus se curvaron en la más leve de las sonrisas—. Archivo el Archivo.

—Entonces, ¿anotasteis la misión que trajo a Ethan Phillips a esta biblioteca? —preguntó Diecisiete. Aunque estaba convencido de que *él* era Phillips, no conseguía pensar en sí mismo en aquellos términos. Ethan Phillips había sido otra vida, otra persona. Ahora era Diecisiete. Hasta que lograra recordar, seguiría siendo dos personas distintas y separadas. Una en el pasado y otra en el presente—. ¿Sabéis por qué vino, y lo que encontró?

—Me acuerdo. —Resollando, Nicodemus abrió el inmenso volumen. Sus dedos apergaminados, deformes y curvados como espolones, pasaron las páginas—. Aquí están todos los detalles. Si bien confío en mi memoria, un archivista aprende a no fiarse de los recuerdos. Los documentos no engañan.

Diecisiete se inclinó hacia delante.

—¿Cuándo estuve aquí?

—Vino usted a verme, a indagar en los archivos, el veintinueve de agosto de mil novecientos cuarenta y seis.

La mandíbula de Diecisiete se desencajó. Por un momento se quedó mirando fijamente a Nicodemus, con la boca abierta por la sorpresa.

—Hace más de cincuenta años —consiguió articular, al fin—. Hace medio siglo.

—Ethan Phillips, *bani* Eutánatos —leyó el maese Nicodemus—, vino al Archivo en busca de información acerca de su amante desaparecida, Bailarina Escarlata, Archimaga de la Orden de Hermes. La mujer había sido vista por última vez hacía varias semanas y todos los esfuerzos por encontrarla habían sido en vano. En busca de cualquier posible indicio, Phillips recordó que Escarlata había mencionado en cierta ocasión que había pasado varios días en el Archivo. Se presentó aquí decidido a investigar lo que ella hubiese estado estudiando. Todas sus esperanzas pendían de aquel delgado hilo.

—¿Consiguió usted ayudarme? —preguntó Diecisiete. Una imagen de la mujer que había visto en el Camino se irguió antes sus ojos, fantasmal y etérea. Le costaba imaginar que pudiera recordar a alguien a quien había visto por última vez hacía más de cincuenta años.

—Desde luego —repuso Nicodemus, enojado—. ¿Acaso implicáis que no sé cómo consultar mis archivos? La dama leyó tres libros durante su visita, y consultó otros seis. Raros, todos ellos, llenos del saber más oscuro que se haya escrito jamás sobre el papel. Pero yo no emito juicios. Soy un archivista, no un censor.

—Lo siento. —El humor del maese Nicodemus cambiaba con la misma rapidez con la que hojeaba las páginas de su libro mayor—. No pretendía ofenderos. Por favor, no malinterpretéis mi asombro y lo confundáis con falta de respeto. Todo me resulta tan extraño. Mi vida, mis recuerdos, comenzaron tan sólo hace algunas semanas. Por favor, continuad con lo que estabais diciendo.

Nicodemus asintió con la cabeza. Su semblante se suavizó.

—Sí, sé lo que es el olvido. Contáis con mi comprensión. En ocasiones, lo único que le queda a un hombre son sus recuerdos. Todos los volúmenes que la señorita Escarlata consultó giraban en torno al mismo tema. Quería saber todo lo posible acerca del Reino llamado Malfeas.

—Malfeas —repitió Diecisiete. No parecía sorprendido—. ¿Algún habitante en particular de ese Reino impió en el que se mostrara especialmente interesada?

—Intuyo, por el tono de vuestra voz, que ya conocéis la respuesta a esa pregunta. La señorita Escarlata pretendía averiguar todo lo que pudiera acerca de los temibles regentes de esa tierra, los Maeljin Incarna.

Con un suspiro, Diecisiete se incorporó de su asiento.

—Gracias por vuestra paciencia, maese Nicodemus. He de irme. Mis amigos se estarán preguntando qué es lo que me retiene durante tanto tiempo. Por ahora, os ruego que no le mencionéis a nadie nuestra conversación. Preferiría que fuese algo confidencial.

—Desde luego. —Nicodemus se puso en pie y escoltó a Diecisiete hasta la puerta—. Extraño asunto, he de reconocer. Por dos veces os he dado la misma información, con medio siglo de diferencia. ¿Sirven estos hechos a vuestro propósito?

—No lo sé. De veras, no lo sé.

Sus compañeros lo esperaban en el recibidor del Archivo. Sam Haine se había enzarzado en una acalorada discusión con Albert acerca de las ventajas de fumar puros, mientras Sombra del Amanecer permanecía sentada sobre uno de los bancos, en la postura del loto, con la mirada perdida en el infinito.

—Justo a tiempo, hijo. Más nos vale que volvamos con Kallikos y Marianna. Nunca está de sobra el ponerse presentable para dirigirse al Consejo de las Nueve. No queremos que los peces gordos piensen que somos una pandilla de desarrapados.

—Dudo mucho que así fuera —grajeó Albert, divertido—, pero Sam tiene razón. Tendríamos que irnos.

Al igual que antes, Sam y Albert encabezaban la comitiva, con Diecisiete y Sombra del Amanecer siguiendo sus pasos de cerca.

—Tu conversación con Nicodemus, ¿ha sido fructífera? —preguntó Sombra mientras atravesaban presurosos los enormes jardines de rosas rojas—. ¿Supo responder a tus preguntas?

—Me proporcionó respuestas, pero éstas sólo han conseguido plantear nuevas y más turbadoras cuestiones.

Sombra asintió con la cabeza.

—La Rueda del Drahma gira, nunca deja de moverse. Un ciclo termina, otro comienza.

Diecisiete se sumió en oscuros y ominosos pensamientos mientras continuaban caminando. Por fin, no pudo contener su preocupación por más tiempo.

—Dime, Sombra —preguntó, en voz baja a fin de que sus compañeros no pudieran oírlo—, ¿de veras te importo?

La doncella guerrera le miró y esbozó una sonrisa.

—¿Te crees que soy una cría de Tokio, de las que corren a darle un beso al primer hombre que ven? —preguntó, en tono divertido.

—No, por supuesto que no. Pero, no me conoces realmente. Mi pasado es un misterio. Incluso yo tengo mis dudas sobre mí mismo. Parece posible, incluso probable, que antes de perder la memoria hiciera ciertos pactos con el diablo.

—Quienquiera que fueses antes —dijo Sombra del Amanecer, adoptando un tono más serio— no es de mi incumbencia. Esa persona ya no existe. Si has de buscar la verdad, deja que viaje contigo. Si has de enfrentarte al mal, deja que lo afrontemos los dos juntos.

Tras escuchar aquellas palabras, Diecisiete se dio cuenta de que, pasara lo que pasara, ya no se encontraba solo.

DOCE

A solas en su oficina, en lo más profundo de las entrañas de la planta de Químicas Everwell, Enzo Giovanni se encontraba sentado en un enorme sillón de delicada caoba forrado de terciopelo azul y remachado con hilo de oro. Le gustaba considerar aquel sillón como su trono. Aún no, lo sabía, pero sí algún día, ostentaría un poder mayor que el que pudiera haber imaginado nunca rey alguno.

Cuatro pisos por debajo de las calles, el santuario de Enzo quedaba constituido por una gran estancia cuadrada de techo, paredes y suelo de cemento gris. Por todo mobiliario disponía de su trono, de una amplia mesa de caoba y de varias sillas de madera tapizadas de cuero negro. La iluminación era tenue y mortecina, procedente de unas bombillas encajadas en el bajo techado. Una única puerta proporcionaba el acceso a la cámara. A Enzo no le gustaban las visitas inesperadas. Como presidente de Químicas Everwell y miembro de la Junta Directiva de la secreta Corporación Pentex, Enzo apreciaba el valor de la intimidad en su justa medida. Otros habían pagado cara su falta de cautela.

Faltaban escasos minutos para la medianoche y aguardaba la llegada de su primo, Montifloro, a la hora en punto. Enzo separó los labios en el esbozo de una sonrisa maliciosa. Albergaba la sospecha de que quizá Montifloro sufriese una leve demora. Aunque era un no muerto, un vampiro igual que él, su primo aún conservaba cierta debilidad por las mujeres mortales. Aquello constituía un defecto terrible de personalidad, uno que Enzo había sabido explotar durante el transcurso de los últimos días.

Montifloro había llegado enviado por Pietro Giovanni desde el cuartel general de la familia en Venecia, con el objetivo de espiar a Enzo y descubrir así si se había convertido en un traidor para el clan Giovanni. Montifloro, uno de los miembros más astutos y retorcidos de la familia, era un investigador consumado al que rara vez se le escapaba pista alguna. No obstante, sus antinaturales anhelos lo perdían. En lugar de indagar en busca de la verdad acerca de Químicas Everwell y la apropiación de la empresa por parte de Enzo, Montifloro había pasado cada hora de vela en compañía de la nueva ayudanta de Enzo, la señorita Esperanza, una belleza de negros cabellos. La deslumbrante joven había cautivado a su primo, tal y como Enzo había planeado.

Se oyó un golpe en la puerta.

—Adelante —gritó Enzo, sin molestarse en incorporarse. Sólo podía tratarse de Montifloro.

Aparte de las luces, la estancia carecía de cualquier otro tipo de utensilio eléctrico o mecánico. Se trataba de un entorno estéril, una tumba de cemento, que encajaba con Enzo a la perfección. Esa noche, aunque el tiempo en el exterior era cálido y húmedo, en el cuarto imperaba un frío glacial. En la esquina más alejada del cuarto se agitaba una neblina oscura que bordeaba la frontera marcada por el tenue fulgor de las luces amarillas. Enzo se preguntó si podría haberse apagado alguna bombilla, antes de desechar aquella negrura como algo sin importancia en el momento en que su primo transpuso el umbral.

—Siento el retraso —dijo Montifloro, mientras se apresuraba a acercarse al trono—. Tu adorable asistenta estaba enseñándome los tanques de crecimiento de algas del tercer piso y perdí la noción del tiempo.

—No tiene importancia —repuso Enzo, al tiempo que indicaba a Montifloro que se acomodara en una de las sillas de cuero—. ¿Qué tal va tu investigación? ¿Todo en orden? ¿Disfrutas de la plena cooperación de Esperanza? De no ser así, puedo encontrarte a alguien que lleve más tiempo en la empresa, que sepa más acerca de las operaciones de la firma.

—No, no —repuso Montifloro, subrayando su negativa con movimientos de cabeza. Parecía que aquella propuesta lo atribulara—. Eso no será necesario. La ayuda que me ha prestado Esperanza es

más que satisfactoria. Es extremadamente inteligente, una mujer asombrosa, Enzo. Asombrosa de veras.

—Y de buen ver, ¿eh, Montifloro? —grajeó Enzo—. Siempre tuviste buen ojo para las chicas. Esa melena oscura, esos rasgos exóticos, ese tipazo. A veces la miro y me entran ganas de recuperar la mortalidad.

—No carece de encantos —musitó Montifloro, midiendo sus palabras—. Jamás había visto una mujer como ella. Es la tentación en persona.

—Qué pena que Pietro le niegue el Abrazo a todos aquellos ajenos al clan —mencionó Enzo, de pasada—. Imagínate a Esperanza como miembro de la Estirpe, como una de los Condenados, bella por siempre. Inmortal. Imperecedera. Pero no, se ve condenada a envejecer y marchitarse. Su hermosura se diluirá con la edad, al tiempo que su inteligencia se debilita. La muerte es un precio terrible de pagar, primo.

—Pietro se limita a seguir los dictados de los antiguos del clan. Estoy seguro de que su palabra pesa bien poco en tales asuntos.

—Paparruchas. Pietro es el señor del Mausoleo. Los antiguos del clan no se dignan preocuparse por asuntos terrenales. Pese a las protestas de Pietro afirmando lo contrario, en realidad es él quien rige el clan Giovanni. Como presidente de la junta directiva, controla los recursos de la familia y, en este mundo, tanto los vivos como los no muertos obedecen los dictados del todopoderoso dólar.

Enzo hizo una pausa para hacer acopio de voluntad. No hacía falta que variase las creencias de Montifloro, bastaba con conseguir que sus opiniones adoptaran un camino distinto.

—Sopesa las evidencias, mi bien amado primo. ¿No fue él el que obligó a nuestro clan a implicarse en aquella fea e interminable disputa con la mafia? ¿Qué hay de nuestra alianza con los franceses durante la segunda guerra mundial? De nuevo, el resultado de las intrigas de Pietro. Además, en un acto sin precedente en lo que a los asuntos de los Giovanni concierne, ¿no fue él quien te envió para que investigaras mis actos?

—Pero Pietro afirma que sólo busca lo mejor para nuestra familia.

—¿Ah, sí? ¿No será que sólo busca lo mejor para Pietro Giovanni?

—Pietro es el presidente del Mausoleo, Enzo. Se dedica por entero a los intereses y objetivos del clan. Tus últimas intrigas han conseguido que veas sombras por todas partes.

—Puede ser —convino Enzo, a sabiendas de que había llegado el momento de dejar de presionar. Unos días más con la señorita Esperanza conseguirían que Montifloro cambiase de parecer antes que cualquier argumento—. Continúa con tus investigaciones, primo. Por lo menos sé que puedo confiar en la veracidad de tu informe. Vete ya. Estoy seguro de que la encantadora Esperanza te espera.

—Honor por encima de la muerte —recitó Montifloro, al tiempo que se incorporaba.

—Honor por encima de la muerte —repitió Enzo, mientras su primo se volvía y abandonaba la estancia. En su día, el lema del clan había llegado a significar algo para él. Ahora lo encontraba ridículo.

—¿Honor por encima de la muerte? —imitó una voz grave y profunda desde un punto a escasa distancia de la silla tapizada de cuero negro que había ocupado Montifloro tan sólo momentos antes. El orador invisible soltó una carcajada—. Qué sentimiento más noble.

—Ezra —dijo Enzo, escrutando la silla con los ojos entrecerrados—, ¿cuánto hace que estás ahí?

—Llegué casi a la vez que tu primo —repuso el hombre de corta estatura y pelo cano que se materializó de la nada. Su espeso cabello pendía enredado, mientras que sus ojos oscuros chisporroteaban con una extraña luz—. Me pareció que lo mejor sería no revelar mi presencia hasta que se hubiese marchado. Así que escuché a hurtadillas.

—Esta habilidad tuya de cambiar de emplazamiento a tu antojo es un poder asombroso de veras. La capacidad de desvanecerte en un instante te vuelve invulnerable a cualquier ataque.

—Por desgracia, también es un talento que otro artesano de la voluntad podría bloquear sin demasiada dificultad. En una batalla entre dos magos, la huida es una opción casi imposible. La única forma de retirada pasa por morir.

—Qué pena —declaró Enzo, pensando todo lo contrario. Prefería saber cuáles eran los puntos débiles de su aliado. Aunque Ezra y él conspirasen juntos, Enzo no confiaba en su socio. El brujo de pelo gris controlaba poderes increíbles, pero la cordura lo había abandonado. Trabajar con él se asemejaba a caminar por una cuerda floja suspendida sobre una piscina llena de tiburones hambrientos. Un paso en falso podía desembocar en catástrofe—. Así que —continuó, con un toque de sarcasmo en la voz—, ¿te ha gustado mi actuación?

Ezra esbozó una sonrisa, proporcionándole a sus rasgos un dejo satánico.

—Me pareció que sonabas bastante sincero. El honor del clan y toda esa cháchara. El pobre Montifloro es demasiado enrevesado para su propio bien, ve conspiraciones por todas partes. Has plantado serias dudas en su cabeza acerca del comportamiento de Pietro, sobre todo porque sus deseos personales van por un camino bien distinto. Lo único que falta es que Esperanza siga apretándole las clavijas al respecto del Abrazo. No tardará en ser nuestro.

—Aún queda Madeleine.

—La Daga de los Giovanni —recitó Ezra, con sorna—. Como ya te he dicho, ella tiene sus propios motivos para querer ver a Pietro destruido. Al igual que la mayoría de los Vástagos, es ella misma quien encabeza la lista de prioridades en lo que a lealtad se refiere. Sólo hay que mover los hilos adecuados para que Madeleine baile al son que toquemos. No le quedará más remedio.

—No cometas el error de subestimar a la nieta de Pietro. Don Caravelli pensó que podría someter a la Daga de los Giovanni y ahora no queda de él más que un rastro de polvo.

Ezra se movió en absoluto silencio y cruzó la estancia hasta alcanzar la puerta. La abrió de golpe. No había nadie al otro lado, la antesala se veía vacía.

—Tu secretaria —comenzó, mientras regresaba a la silla de cuero—, la mujer llamada Hargroves, ¿trabaja esta noche?

—No. Pidió la tarde libre. Tiene un amigo de visita en la ciudad y quería enseñarle los alrededores.

—Qué raro. Tuve la inconfundible impresión de que nos estaban observando. —El orate sacudió la cabeza—. ¿Tú también sientes la presencia?

—No es más que el peso de las toneladas de roca que nos rodean, eso es todo.

Para sus adentros, se lo tomó como un ejemplo más de la virulenta demencia de su aliado. Ezra se hundía cada vez más en las aguas de la paranoia con el transcurso de las semanas. Traficar con la oscuridad exigía pagar un precio terrible. Enzo se consideraba afortunado por el hecho de que su naturaleza vampírica lo eximiera de tales aberraciones mentales. Lo único que motivaba sus actos era la codicia y el ansia de poder.

—¿Qué tal va el resto de nuestro plan? —preguntó a Ezra, con la intención de apartar al mago de sus suspicacias. Si Ezra llegaba a la conclusión, por los derroteros que fuese, de que Hargroves no era de confianza, la vida de la mujer habría tocado a su fin. A ser posible, Enzo preferiría que los errores de su aliado no se cobraran al más eficaz de sus empleados.

—Bien —repuso el hombre de pelo cano, cambiando de talante de inmediato—. De perlas. Aunque siguen quedando numerosas complicaciones con las que lidiar. ¿Te acuerdas de la debacle de la cábala de Casey?

—Desde luego. Envié a Mattias y a los Caballeros del Dolor para eliminar al prisionero fugado del Colectivo Gris. El muy imbécil achacaba la culpa de aquel patético desastre a una intervención sobrenatural.

—El fugitivo sigue con vida. Se hace llamar prisionero Diecisiete, pero su nombre real es Ethan Phillips. Tenemos suerte de que no conozca el verdadero alcance de sus poderes como artesano de la voluntad. Empero, sigue constituyendo un adversario formidable, gracias a los experimentos a los que le sometieron los infelices del Colectivo Gris. Hay que eliminar a ese hombre. Hay que destruirlo por completo, sin que quede ni rastro de él.

—¿Por qué? ¿Qué amenaza puede suponer un solo mortal para nuestros planes?

Ezra no respondió. Con los labios apretados convertidos en una fina línea, se apoyó en el borde de la inmensa mesa de caoba frente al trono de Enzo. Éste abrió los ojos y quiso formular una protesta, demasiado tarde. Con un crujido que reverberó por toda la cámara de cemento, el imponente mueble se vino abajo convertido en una montaña de astillas.

—¿Termitas? —preguntó Ezra, antes de echarse a reír—. A lo mejor es que las patas de la mesa soportaban demasiado peso. Supongo que jamás conoceremos el motivo. Misterios. —El enajenado brujo fulminó a Enzo con la mirada. Sus ojos centellaban como dos hornos en miniatura—. ¿Me explico, Enzo? No quiero malentendidos. Vas a eliminar a este hombre, Ethan Phillips, y a todos los que lo acompañan. No me importa cómo lo hagas, ni a quién emplees para ello. Lo único que me preocupa, así como a nuestro patrón, el Señor del Acero, es el cumplimiento del encargo.

—No te preocupes, amigo —se apresuró a decir Enzo—. Sabes que siempre sigo tus órdenes al pie de la letra. Todos mis esfuerzos, así como los de aquellos a mis órdenes, se concentrarán en la desaparición de esta molestia. ¿Sabes si sigue en la zona?

—En estos momentos no se encuentra en este plano de la existencia, pero no tardará en regresar.

—Cuando lo haga, estaré preparado —musitó Enzo—. No se me escapará.

—Bien. Ahora debo irme. Mis deberes para con el Señor del Acero son inagotables.

—Buena caza.

Tras un gesto seco de aquiescencia, el mago se esfumó.

Enzo sacudió la cabeza, pero se abstuvo de apostillar nada. Incluso a miles de kilómetros, el poder de Ezra lo facultaba para escuchar cualquier comentario que lo concerniese. Enzo compuso un mohín de disgusto. Estaba volviéndose igual de paranoico que su demente aliado. Estudió la estancia que lo rodeaba, con cautela. Vacía. Incluso la sombra del rincón más alejado había desaparecido.

Abandonó su trono y se encaminó hacia la puerta. Con tanto hablar, le había entrado sed. Era hora de llamar a los hermanos Grim y dar un paseo en coche hasta la playa.

TRECE

Llegaron a la Sala del Consejo poco después de una espectacular puesta de sol. Diecisiete no estaba seguro de cómo se habría logrado la ilusión de suspender un astro rey y dos lunas en el firmamento, pero la aceptaba como parte de la magia del Reino.

El cuarto de reuniones era enorme, capaz de albergar a cientos de asistentes. La cámara resultaba espectacular para la vista, repleta de suelos teselados, esculturas de mármol y tallas de impresionante manufactura. La gigantesca cúpula se erguía a decenas de metros sobre la estancia. Un tenue fulgor de origen mágico inundaba toda la sala.

En el centro del cuarto descansaba la Mesa del Cenáculo, construida con la misma madera de bodhi azul empleada en la estructura del Templo de Meditación Songgwang-sa. Sobre la mesa flotaba una colosal esfera de cristal a la que Sam Haine se refería como el Saxum Oculorum.

Diez Sillones de Poder rodeaban la mesa. Cada asiento era una pieza tallada a partir de una enorme gema que simbolizaba cada una de las Esferas de magia. Inscrito en una extensión elevada de los asientos se veía un símbolo de esa Esfera, refulgente. Nueve de los asientos quedaban reservados para las Nueve Tradiciones. La décima silla, tallada en ónice, era la que ocupaban los enviados del exterior.

—Esa silla nunca tuvo símbolo alguno —explicó Sam Haine, susurrándole a Diecisiete mientras ocupaban sus asientos en la amplia galería que rodeaba la Mesa del Cenáculo—. Luego, de buenas a primeras, apareció sobre ella ese extraño sello que ves ahora. Todas las Tradiciones intentaron atribuirse la autoría del mismo, aunque lo cierto es que nadie sabe cómo ocurrió. Desde hace algún tiempo, cuando no hay nadie cerca, a los diez sillones les ha dado por reorganizarse por su cuenta. Un antojo de lo más raro —el hombre de níveos cabellos guiñó los ojos—, pero no deja de resultar interesante.

—Qué cantidad de gente hay aquí esta noche —musitó Diecisiete, recorriendo la galería con la mirada. Se contaban al menos quinientos asistentes—. ¿Suele llenarse de este modo?

—En contadas ocasiones —repuso Albert. La sequedad de su tono evidenciaba que no aprobaba lo concurrido del aforo—. Marianna ha abarrotado la casa mediante la propagación de rumores acerca de la dramática revelación que tendrá lugar esta noche. Muchas reuniones del Consejo no abren sus puertas al gran público, aunque cualquier interesado puede asistir a los demás. Pocos lo hacen.

—La mayoría de los magos piensan que existen mejores maneras de emplear su tiempo —añadió Sam—. Recuerda, hijo, los artesanos de la voluntad son gente real que no se diferencia demasiado de la gente de la calle. Con todo su poder y sus visiones, siguen constituyendo un grupito más bien egoísta. A menudo pierden de vista la perspectiva global y se pierden en politiqueos insulsos. Forman cábalas pequeñas concentradas en alguna idea o actitud específica, y se comportan igual que una pandilla de adolescentes testarudos. Por eso procuro no relacionarme demasiado, no soporto los jueguecitos. Si alguna vez te da por preguntarte por qué las Nueve Tradiciones no consiguen derrotar a la Tecnocracia, Diecisiete, que sepas que la política es la respuesta, simple y llanamente. Ben Franklin no iba desencaminado con el tema de la horca.

Diecisiete no sabía qué querría decir Sam, pero decidió que tirar de aquel hilo no le llevaría a ninguna parte, así que concentró su atención en el pequeño grupo de artesanos de la voluntad que se hallaban enfrascados en su conversación junto a la Mesa del Cenáculo.

—Seis de nueve —dijo Sam Haine—. No está mal. Marianna habrá conseguido que el viejo Kallikos se sienta orgulloso, aunque sigo opinando que es una pérdida de tiempo.

—¿Los conoces? —quiso saber Diecisiete. En ocasiones, Sam Haine demostraba ser una fuente inagotable de información. El Hombre Cambiante había estado en todas partes, lo había visto todo, lo había hecho todo. Resultaba impresionante.

—El coreano bajito y delgado de la cabeza afeitada, vestido con la túnica púrpura, es Hymeny~ong S~unim, la voz de la Hermandad Akáshica dentro del Consejo. Majete, pero le van los chistes sin mucha gracia.

—Me encontré con él en una ocasión —intervino Sombra del Amanecer, pronunciando así sus primeras palabras desde que entraran en la Sala del Consejo—. Posee una gran sabiduría.

—Podrías decir lo mismo de casi todos los que ocupan un asiento en el Consejo actual, salvo, claro está, de esa culebra de Vargas São Cristavao. —Sam Haine señaló al avellanado y huesudo jorobado con el semblante surcado de cicatrices. Ataviado con un llamativo manto, São Cristavao era el ocupante del Sillón de las Fuerzas. Se le veía impaciente, ansioso porque comenzara la reunión—. Menudo pajarraco. Una vida dura, no lo discuto, pero eso no le granjea mis simpatías. Insulta a cualquiera que considere inferior en la escala social, lo que viene a ser todo el mundo. Llegó a hablarse de reemplazarlo por una joven promesa, Gillan, pero en estos momentos eso es carne de debate para los Maestros de la Orden de Hermes. Así que el que se sienta aquí es São Cristavao. De todos los miembros del Consejo, es el más político, y ya sabes lo que pienso yo de los políticos.

—Ya conocéis a Marianna —terció Albert. La que fuese su anfitriona desde aquella tarde iba algo más abrigada que antes, aunque tampoco mucho—. La mujer con la que está hablando es Najjda Bantu, una buena amiga mía. Nativa africana, como yo. Aunque aparente nada más que sesenta o setenta, supera los trescientos años de edad. Najjda representa al Coro Celestial y concentra sus denuedos por ayudar a los pueblos más pobres de cualquier nación. Su obra es una importante fuente de inspiración para todos aquellos que creemos en la santidad del espíritu humano.

—Aquel tipo alto con pinta de duro vestido con ropas occidentales es Tom “Águila que Ríe” Smithson —prosiguió Sam—. No sé a qué viene lo del reír, la verdad. Nunca me ha parecido que sea de los que destacan por su sentido del humor. Es más bien meditabundo y reservado, además de tener pinta de gastárselas en combate. Como chamán indio, representa a los Cuentasueños dentro del Consejo.

—Cuando llegamos, intercambiaste unas breves palabras con la mujer que está junto a él —apuntó Diecisiete—. Supongo que representa a los Verbena.

Sam asintió con la cabeza.

—Lady Charlotte Quay. La conozco desde que era una cría. Charlotte ha vivido tiempos difíciles, pero es una superviviente. Por eso me gusta, nos parecemos.

—Quizá estos seis no sean los artesanos de la voluntad más poderosos de la Teluria, Diecisiete —apostilló Albert—, pero sí que son de los más importantes. Kallikos ha conseguido su público. Resultará interesante ver si escuchan su advertencia.

—Hablando de Kallikos, ¿dónde está?

—A la espera de hacer una entrada triunfal, fijo —replicó Sam—. Nuestro buen amigo tiene dotes para el drama. En cuanto llegue Porthos, esto se va a caldear.

—¿Porthos? Lo mencionaste esta mañana. ¿Quién es? Y, ¿por qué es tan importante?

Un relámpago azul centelló en el extremo más alejado de la sala. Un nubarrón negro de tres metros de ancho por treinta de alto surgió de la nada. De su vientre salió caminando un hombre escuálido de edad indeterminada, vestido con un sobretodo gris, pantalones oscuros y camisa blanca. Los negros cabellos, dispuestos en mechones descuidados, le caían sobre los hombros. Sobre el puente de su nariz se asentaban unas gafas de gruesos cristales. Para Diecisiete, el recién llegado ofrecía el aspecto de un

profesor despistado, obviando el hecho de que hubiese emergido ileso del seno de un ciclón que se apresuró a disiparse tras su salida. Y de que chisporrotease cargado de energía.

—Hablando del rey de Roma —musitó Sam Haine—. No puedo asegurar que Porthos sea el mago con vida más poderoso de las Tradiciones, pero por ahí debe andarle el buen mozo.

—Aquí estoy —anunció Porthos, saludando con la mano a los miembros del Consejo—. Espero que estéis listos para comenzar. Venga, deprisa, que no tengo toda la noche. ¿De qué va todo esto de una reunión de emergencia? ¿Para qué me necesitáis esta noche? No tengo yo poco que hacer sin todas estas estúpidas interrupciones. —Clavó los ojos en São Cristavao—. Ya me parecía a mí que olía a pescado podrido en la sala. Vaya, lo siento. Pido perdón a los peces.

Un montón de pescado podrido apareció sobre la mesa enfrente de Porthos, quien se inclinó, formuló unas elocuentes disculpas, y batió una mano. Los peces desaparecieron. El hedor, no.

—Es un pajarraco de agárrate y no te menees —susurró Sam—, y además, me da la impresión de que está más para allí que para acá, así que ten cuidado cuando trates con él. Porthos tiene buenas intenciones, pero claro, también las tenía Jack el Destripador.

—Por favor, maese Porthos —dijo Marianna, forzando una sonrisa e indicando los sillones—. Nada de riñas esta noche. Tomen todos asiento. Porthos, hágame el favor de sentarse a mi lado, debemos comenzar. Hay un asunto importante que presentar ante el Consejo. Cada segundo es precioso.

Porthos, mientras se acomodaba junto a Marianna, musitó algo para los oídos de Tom Smithson. El chamán asintió y esbozó la más leve de las sonrisas. São Cristavao fulminó al maestro de las Fuerzas con los ojos. Diecisiete decidió que, si las miradas matasen, Porthos yacería ahora muerto en el suelo.

—¿Qué es eso tan importante que exige la atención del Consejo de las Nueve? —preguntó Porthos, al parecer ajeno a la ira de São Cristavao—. Otro intento...

—Fui yo quien le pidió a Marianna que convocase al Consejo. —Era Kallikos, de pie en lo alto de las escaleras que conducían a la cámara. El Maestro del Tiempo vestía una túnica larga de seda azul decorada con un intrincado hilado de oro y plata. Se tocaba con un turbante del mismo color. Varias gemas resplandecientes adornaban su oreja derecha, en una gama de colores que iban desde el dorado al rojo rubí, pasando por el esmeralda. Llevaba la melena impecablemente peinada hacia atrás, recogida en una coleta que ondeaba a su espalda. Los tatuajes de sus dedos, omnipresentes, parecía que aquella noche fuesen más intensos, casi dotados de vida. Su piel dorada resplandecía con una luz interior. Kallikos ofrecía una estampa imponente, dinámica. Irradiaba poder mientras descendía despacio los escalones que lo separaban de la Mesa del Cenáculo.

Porthos se había puesto en pie.

—Me engañan los ojos —declaró, incrédulo, desconcertado—. No doy crédito a esta visión. Estás muerto. Llevas muerto doscientos años.

Kallikos profirió una carcajada.

—A juzgar por tus palabras, cualquiera diría que el tiempo significa algo para mí. La noticia de mi muerte, como dijo en su día aquel célebre autor, resulta algo exagerada.

—¿Quién es este hombre, tan misterioso como exagerado en el vestir? —quiso saber Vargas São Cristavao, con un dejo mordaz, rayano en lo insultante—. Me suena, aunque ni siquiera recuerdo haberlo visto antes. ¿Quién es y qué es lo que quiere del Consejo de las Nueve Tradiciones Místicas?

—Te suena, mi querido São Cristavao —repuso Marianna, con una mezcla de dulzura y sarcasmo en la voz—, porque sus retratos adornan innumerables antecámaras por todo este edificio y parte del Reino. Porque forma parte de nuestra historia. Aunque lleve un siglo haciéndose llamar Kallikos, en su día se le conoció por otro nombre. Nunca lo habías conocido, egregio erudito, porque consiguió sus

mayores logros antes de que nacieras. Éste es el Maestro del Tiempo Akrites Salonikas. En cuanto a por qué ha regresado al Horizonte tras quinientos años, dejaré que sea él quien lo explique.

—¿Akrites? —repitió São Cristavao, con el rostro compuesto en una máscara de incredulidad—. ¡Tonterías! ¿Afirmas que este impostor es el gran vidente, uno de los Nueve originales, miembro de la Primera Cábala? —soltó un bufido de repugnancia—. ¿Un refugiado melencólico envuelto en sedas salido de alguna de tus insulsas orgías? No pretenderás que me crea tal cosa.

—Te lo dije —cuchicheó Sam Haine al oído de Diecisiete—. Bocazas perdido. Y tonto de remate.

Kallikos se detuvo en seco en mitad de la escalera y volvió el rostro muy despacio hasta mirar directamente a su acusador.

—Incluso durante mi exilio voluntario en los páramos más desolados —comenzó, con voz calma y cargada de intención—, tu fama consiguió abrirse paso hasta mis oídos. Ahora veo que la celebridad de tu amargura no carecía de fundamentos. Eres un resentido patético abrumado por delirios de grandeza. Si no hubieras causado tantos problemas entre tus camaradas magos, quizá pudiera llegar a sentir cierta conmiseración por ti. Lo cierto es que en mi corazón no cabe sino desprecio.

São Cristavao se humedeció los labios. Parecía que, de improviso, hubiese perdido toda la seguridad en sí mismo.

—Si lo que... —comenzó, mas Kallikos no le dejó que continuase.

—¿Dudas de mi identidad? ¿Cuestionas que sea Akrites Salonikas, miembro de la Primera Cábala? Porthos, que me conoció por aquel entonces, puede conseguir que cambies de opinión. O Marianna, a quien llevo aconsejando desde hace casi doscientos años, servirá de testigo. Da igual. Veo en tus ojos que desecharías sus afirmaciones como parte de algún tipo de conspiración contra ti y aquellos que te respaldan en la sombra.

Kallikos hizo una pausa, pues su discurso comenzaba a encenderse. Como ocurriera con anterioridad, aunque no alzase la voz, toda la sala resonaba con la fuerza de sus palabras.

—Mi aparición esta noche, en esta cámara, la preví en una visión hace cerca de quinientos años. Algunos detalles han cambiado, dado que el futuro no es algo estable, sino que queda sujeto a un constante fluir. Empero, casi todos los detalles siguen siendo los mismos. Lo que mis horrorizados ojos vieron hace siglos por fin ha sucedido. —La voz de Kallikos adoptó un tono frío y ominoso—. Está a punto de comenzar una gran guerra por el control de la realidad. Habrá numerosas bajas. El momento de mi muerte se acerca deprisa. Al igual que el de la tuya, Vargas São Cristavao.

El semblante del aludido se tornó ceniciento.

—Me niego a creer en tamañas estupideces —repuso, aunque el tono de su voz desmentía sus palabras.

—La profecía es una espada de doble filo, donde ambos pueden infligir hondas heridas. La habilidad de ver el futuro es tanto una bendición como una horrible maldición. He soñado una y otra vez con mi propia muerte. Ni todos mis esfuerzos ni todos mis planes han conseguido retrasar el avance del destino. No me queda sino asistir como espectador al desarrollo de los acontecimientos, a sabiendas de que cada uno me aproxima más y más al final.

—Una cosa es preguntarte cuándo vas a morir —musitó Sam Haine—, y otra bien distinta es saber con toda exactitud cuándo va a ocurrir. Y cómo, y dónde. Cualquiera se volvería loco.

—¿Una guerra, maese Akrites? —intervino Hymeny~ong S~unim, observando las reglas del decoro y el respeto—. Asumo que os referís a la pugna en curso con la Tecnocracia. ¿Acaso nos acercamos a un nuevo estadio en la batalla?

—Ojalá se tratase de algo tan sencillo —respondió Kallikos (Diecisiete no conseguía pensar en él con otro nombre) mientras sus pasos reducían la distancia que lo separaba de los archimagos sentados.

En lugar de ocupar un asiento, permaneció de pie, dirigiéndose al Consejo desde su puesto entre Marianna y Porthos—. La Guerra de la Ascensión ha engendrado una amenaza mayor que la Orden de la Razón. En su celo por crear un arma con la que destruirnos, los Tecnócratas han dado vida a un ser que podría sumir a la humanidad en la noche eterna.

—Imposible —espetó São Cristavao, cuyas mejillas comenzaban a recuperar su color natural—. No somos chiquillos a los que asuste la oscuridad. Esta amenaza, ¿tiene un nombre? ¿O acaso se te ha olvidado tras tantos años de soledad?

—Los diseñadores de este ser lo llamaron el Guerrero de la Ascensión, aunque desconocían la auténtica identidad de su creación. Nuestro enemigo tiene nombre. Un nombre que vive en la infamia. Se llama...

—Heylel Teomin, *bani* Solificati. —La voz procedía de lo alto de la escalera.

Diecisiete miró alrededor, al igual que todos los presentes en la sala del Consejo. Sobre el primer peldaño de la escalinata se erguía una esbelta joven de rubios cabellos. Jenni Smith. Escrutó la estancia como si estuviese buscando a alguien, hasta que sus ojos se encontraron con los de Diecisiete. Sonrió y saludó con la cabeza, en un gesto casi triunfal, antes de adelantar un pie sin el menor atisbo de preocupación en sus gestos e iniciar el descenso que la conduciría ante la Mesa del Cenáculo.

CATORCE

—¿Otro miembro de la Primera Cábala? —La voz de São Cristavao rezumaba sarcasmo—. ¿No tendrán fin tantos milagros? Me siento igual que si estuviese asistiendo a un espectáculo de títeres, todo engaños y trucos de manos...

—Silencio, alevín —dijo Porthos. Parecía atónito—. Esta mujer me resulta extraña, pero no viene sola. Las líneas de fuerza se extienden desde ella hasta algún lugar lejos del Horizonte.

—Ya te digo —musitó Sam Haine, aludiendo a Diecisiete—. Mira sus rasgos, hijo. Fíjate en cómo parpadean y comienzan a cambiar. Esa chica está unida a alguien que no se encuentra presente. Todo esto me da muy, pero que muy mala espina. Apuesto a que nuestro clon base está a punto de intervenir. Tal y como nos previno Kallikos.

Diecisiete sintió un escalofrío. Una visión de ríos de sangre ennegrecida le pasó por la cabeza. Se agitaban fuerzas invisibles. Se cernía la oscuridad.

Cuando alcanzó el final de las escaleras, Jenni Smith se dirigió a la mesa del Consejo. Sin que nadie la hubiese invitado, se apropió de la misteriosa décima silla y se acomodó en ella.

—Será arrogante —saltó São Cristavao, lívido el rostro de ira—. ¿Cómo te atreves?

Jenni no dijo nada, sino que se limitó a arrellanarse en el asiento y a cruzar los brazos sobre el pecho. Despacio, su rostro comenzó a alterarse. Sus rasgos parecían fundirse hasta convertirse en masilla y remodelarse, adquiriendo así un nuevo semblante. Al mismo tiempo, su cuerpo se estiraba, crecía, se transformaba. Un tenue murmullo de asombro brotó de la muchedumbre. No se debió al cambio de forma, puesto que eran muchos los que practicaban aquel talento en el Horizonte, Marianna entre ellos, sino por el nuevo rostro que apareció. La asamblea enmudeció. Incluso São Cristavao se sumió en un mutismo atónito.

Los rasgos eran tal y como Diecisiete los recordaba, sólo que ahora rebosaban de vida. Poderosos, intensos, llenos de una inmensa emoción. El rostro de un semidiós, o de un demonio. La cara imperiosa e inhumana del clon base.

Jenni Smith, ya transformada, habló. Mas ya no era su voz, sino los acariciadores tonos musicales de la creación del Colectivo Gris.

—Nuestro nombre es Heylel Teomim, Solificati renegado y, como alguien ha dado en llamarnos, *barabbi*. Hablamos por última vez ante el Consejo de las Nueve Tradiciones hace quinientos veintisiete años. Esta noche, transcurrido medio milenio, hablaremos una vez más.

Heylel Teomim. El nombre retumbó en la cabeza de Diecisiete. Desde el fondo de su subconsciente surgió el título, *Thoabath*. Abominación. Heylel Teomim, el líder de la Primera Cábala, quien la traicionara ante la Orden de la Razón, aquellos artesanos de la voluntad que siglos después llegarían a conocerse como la Tecnocracia. Heylel, el traidor más despreciable de la historia de las Nueve Tradiciones, renacido como el clon base.

—Que me aspen si no es posible —musitó Sam Haine—. Ese rostro asexuado, neutro, podría ser masculino, femenino, o incluso una combinación. Según las historias, Heylel era un ser increíble con las mentes de un hombre y de una mujer compartiendo el mismo cuerpo. No “yo”, sino “nosotros”.

—Hace quinientos años, se nos acusó de traidores ante las Nueve Tradiciones —continuó el clon base, la voz que afirmaba ser la de Heylel Teomim—. En nuestra última declaración ante el Consejo, refutamos tales cargos y demostramos su falsedad. Si dudáis de nuestra palabra, leed nuestras palabras tal y como las transcribieron los aquí presentes. Sabemos que se han conservado, impreso y debatido durante siglos. Leedlas y sabed que no actuamos impulsados por la ira, ni por los celos o la rabia, ni

tampoco por el odio. Actuamos impulsados por nuestra más honda preocupación: que las Nueve Tradiciones estuviesen condenadas a sucumbir ante la fuerza combinada de la Orden de la Razón.

El ser que se dirigía al Consejo refulgía con pura energía.

—Os advertimos que la Orden de la Razón crecía a un ritmo espeluznante y que, pese a su número, obraban como uno solo. Su visión estaba cambiando el mundo a marchas forzadas, y previmos que si las Nueve Tradiciones no dejaban a un lado sus diferencias, sus odios, sus rencillas, esa magia desaparecería bajo el peso de la lógica aplastante. Aceptamos nuestra destrucción de buen grado, con la esperanza de que nuestra traición consiguiera unir a las Tradiciones en lid a fin de convertirlas en una, de que actuaran como hermanos y hermanas y combatiesen contra un enemigo común. Sacrificamos las vidas de nuestros más queridos amigos, además de las nuestras, los miembros de la Primera Cábala, con la esperanza de lograr aquel objetivo. Leed, y recordad.

—Eso es exactamente lo que expuso Heylel la última vez que habló ante el Consejo —murmuró Albert—. Lo que hubiese de cierto tras esos sentimientos, claro está, depende de la cantidad de escepticismo con que se tome.

—El Heylel original probablemente creía de corazón en lo que decía —susurró Sam Haine—. Es cosa probada que la gente está dispuesta a cometer los crímenes más horribles con la excusa de lograr un buen fin. Como creo que ya he dicho, el camino del infierno está pavimentado de buenas intenciones. Aquí no se trata de dilucidar si Heylel hablaba en serio, sino de averiguar si el clon es de veras él renacido o nada más que un impostor. El auténtico Heylel sufrió el Gilgul... los magos más excelsos del Consejo lo redujeron a polvo y soplaron después sobre el montón. Dudo que ése de ahí sea el genuino Gran Traidor.

—Aunque todo es posible —apuntó Albert.

—Cuando nos destruisteis —continuó Heylel—, le dimos la bienvenida a la muerte, puesto que la culpa de los crímenes que cometimos contra la Primera Cábala suponía una pesada carga para nuestros corazones. No creíamos en dios ni en diablo alguno. Nuestra vida estuvo marcada por el tormento voluntario, a fin de expiar las muertes de aquellos que nos eran queridos. Tras nuestra advertencia al Consejo, recibimos de buen grado la destrucción de nuestras almas y de nuestro cuerpo, mas no todo era lo que parecía.

El semblante de Kallikos empalideció. Permanecía en silencio, con los ojos clavados en los rasgos del clon base. A Diecisiete le parecía que el vidente estaba buscando algo.

—Aunque no poseíamos el don de la profecía de nuestro entrañable amigo, Akrites, resultaba evidente que el breve momento de unidad que acarrearía lo que se había dado en llamar la Gran Traición comenzaba a disiparse, que aquello que habíamos esperado lograr estaba abocado al fracaso, que todos nuestros esfuerzos habían sido en vano, que se nos echaría la culpa de todos los males que asolaban a las Tradiciones, sin que se hiciera nada por corregir esos defectos. Por tanto, si bien nos enfrentamos a la muerte de buen grado, planeamos en secreto nuestra resurrección. Sabíamos que, algún día, llegaría el momento en el que sólo nuestro liderazgo pudiera salvar a la humanidad. Ese momento ya está aquí.

—Cuentan las historias que Heylel poseía un ego del tamaño del Horizonte —dijo Sam Haine, en voz baja—. Al parecer, no exageraban ni un ápice.

—Menuda sandez —espetó São Cristavao, al tiempo que apartaba su asiento de la mesa y hacía ademán de levantarse—. Ya está bien de paparruchas, nadie regresa del Gilgul. Las dos almas de Heylel la Abominación le fueron arrebatadas del cuerpo y se destruyeron. El fuego y el hielo devoraron su cuerpo, antes de que se esparcieran las cenizas a los vientos del Horizonte. Tu historia es una sarta de mentiras.

—¡SIÉNTATE! —tronó la voz de Heylel, con una furia tal que São Cristavao volvió a hundirse en su trono, lívido de pavor—. Estamos hartos de tus ruines dudas y rencillas. No te hemos dado permiso para abandonar esta asamblea. Te irás cuando nosotros lo juzguemos oportuno, no antes.

Porthos grajeó una risita estridente, no del todo cuerda.

—O eres Heylel, o su fantasma —dijo el desgredado archimago—. Tampoco él tenía paciencia para los estúpidos.

Con un meneo de su enmarañada melena, pareció que Porthos hiciese acopio de energía. La atmósfera de la sala del consejo chisporroteó de improviso, cargada de electricidad estática.

—Podría destruirte ahora mismo, ahí sentado. Podría reducirte a cenizas. Dame una razón para no hacerlo.

—Porque carecería de propósito —repuso Heylel—. Mata a nuestra sirvienta y otro tomará su lugar. Escucharéis nuestro mensaje. Y mide tus palabras, Porthos. Tus poderes han aumentado desde la última vez que conversamos, pero siguen sin ser rival para los nuestros.

—Ya está bien de amenazas —intervino Tom Smithson, rompiendo así su mutismo—. Dices que tienes un mensaje, tú que te haces llamar Heylel. Expónlo. El Consejo de las Nueve te escucha.

—Sea. Prestad atención a nuestras palabras y estad preparados, pues vuestra respuesta decidirá el destino de las Nueve Tradiciones. Escuchad ahora el nuevo testamento de Heylel Teomim, a quien llamabais *barabbi*.

Diecisiete miró de reojo a Sombra del Amanecer, cuyos ojos se veían claros, sereno su semblante. A juzgar por la emoción que denotaba, la doncella guerrera bien pudiera encontrarse disfrutando de un día de campo. El aleteo de una sonrisa cruzó por sus labios cuando, al sentirse blanco de la atención de Diecisiete, encontró la mirada del hombre con la suya. En silencio, estiró una mano y entrelazó los dedos con los de él.

—En nuestro último testamento os pedimos que os unierais, que convirtiérais a las Nueve Tradiciones en un todo ordenado, dado que ésa era la única Senda de la Ascensión verdadera. En caso contrario, advertimos, la Orden de la Razón terminaría por destruirnos. Nuestras palabras, nos temimos en aquella última exposición, estaban siendo pronunciadas ante un aforo incapaz de comprender la verdad. Os retamos, hace quinientos años, a que demostrarais que estábamos equivocados. *No pudisteis*.

La voz de Heylel rezumaba desprecio.

—En vez de dejar de lado las diferencias que os separaban, dejasteis que crecieran y os dividiesen aún más. La Orden de la Razón creció hasta que su credo definió la realidad y se adueñó de los Durmientes. Ahí siguen los pobres, los oprimidos, los indefensos, clases inalteradas pese al transcurrir de quinientos años. ¿Qué hay de ellos? Permanecen ignorados, olvidados. ¿Quién defiende sus intereses, quién los ayuda a alcanzar la Ascensión? Mientras os dedicabais a pelear entre vosotros, dejasteis que personajes como éste —alzó un dedo acusador contra São Cristavao— se apoderaran de las Tradiciones y que la Cábala del Pensamiento Puro evolucionara y avanzase. La Tecocracia, como ahora se hacen llamar, os obligó a replegaros, os puso a la defensiva, ganó batalla tras batalla en una guerra cuyos rugidos aún se escuchan. Sus disensiones internas son lo único que ha salvado a las Tradiciones de la aniquilación absoluta. La caída de la Primera Cábala, las muertes que causamos con el propósito de unir a las Tradiciones, todo en vano, al igual que nuestra ejecución. Se ha de reparar tal afrenta.

—Menuda... —comenzó São Cristavao, antes de apresurarse a cerrar la boca bajo el abrasador escrutinio del clon base.

—Quinientos años llevan las Nueve Tradiciones luchando contra la Orden de la Razón, la Tecocracia, sin lograr la victoria. Los sueños de los Primi no son más que polvo. Habéis fracasado. Ha llegado la hora de que termine esta guerra, motivo por el que hemos regresado. Debemos terminar con la

división en nuestras filas. Si no se puede lograr nuestro objetivo desde dentro, que sea desde el exterior. Solicitamos al Consejo de los Nueve que delegue sus poderes en nosotros. Nosotros, Heylel Teomim, llamados barabbi y Abominación, poseemos la voluntad y la fuerza necesarias para poner punto y final a esta pugna sin sentido. Nombradnos líderes y os conduciremos a la Ascensión.

—Nunca —se apresuró a decir São Cristavao—. Nunca, nunca, nunca. Moriría antes de someterme a tamaño despropósito.

—A elección tuya —repuso Heylel.

—El mundo ha atravesado cambios enormes durante estos quinientos años —declaró Tom Smithson—. Lo que otrora pudiese haber funcionado, ahora es imposible. En un mundo tan complejo no caben las soluciones sencillas. La Tecnocracia es un pulpo cuyos tentáculos abarcan hasta la última faceta de las vidas de los Durmientes. Se necesita paciencia para devolver la magia al mundo.

—Quinientos años de paciente espera son suficientes —replicó Heylel—. Habéis llegado a creeros vuestras excusas de tanto repetirlas. Ya está bien. Dadnos el liderazgo de las Tradiciones y se acabarán los retrasos y los pretextos. Sólo habrá triunfo.

—Un noble sueño —contestó Porthos—. Inalcanzable, quizás, pero bien noble. No obstante, sigo confuso. Exactamente, ¿qué es eso que esperas lograr y que miles de magos no han conseguido tras siglos de esfuerzos, Heylel? A lo mejor tus poderes son mayores que los míos, y a lo mejor no, pero la fuerza combinada de los reunidos alrededor de esta mesa bastaría para hacerte trizas. Si todos tus denuestos en contra de la Tecnocracia han fracasado, ¿cómo te propones derrotarlos? ¿Qué plan milagroso es ése que nos ofreces?

—Disponemos de efectivos, de alianzas que forzar, de treguas que declarar, de poderes que despertar. De fuerzas que acudirán en nuestra ayuda con sólo pedirlo.

—¿Diablos y demonios, tal vez? —inquirió Porthos. Abrió aún más los ojos y se oscureció su semblante—. Durante su juicio, Heylel fue acusado de pactar con criaturas del Pozo. Nunca di crédito a aquellos cargos. ¿Será que estaba equivocado?

—No formules juicios precipitados. No existen los dioses, ni los demonios. No podemos aliarnos con aquellos que carecen de base en la realidad. Buscamos la ayuda de quienes han caminado hombro con hombro junto a la humanidad durante milenios. De pagar el precio justo, las Nueve Tradiciones podrían volverse invencibles.

—¿El precio justo? —terció Kallikos—. ¿Nuestras almas? ¿O tal vez nuestra sangre?

—El coste de la victoria exige sacrificio. Ya pagamos con nuestras vidas en una ocasión. Si fuese necesario, volveríamos a hacerlo.

—Bonita arenga, aunque hueca. —Era Najjda Bantu, tomando la palabra por vez primera—. Mi pueblo lleva padeciendo, no cientos, sino miles de años. Hemos escuchado promesas y más promesas, hemos visto a un salvador tras otro, mas todo sigue igual. Ahora llegas tú, un nuevo Mesías, con más palabras y más promesas. Los pobres claman por alimento, no por la Ascensión. Muéstrame cómo piensas ayudarlos y seré tu más ferviente discípula, pero las meras palabras no bastan. No me lo cuentes, enséñame.

—La sabiduría de Najjda se traduce en sus palabras, como siempre —convino Lady Charlotte Quay—. Da igual quién gobierne, los pobres siempre siguen siendo pobres, del mismo modo que las mujeres han sido tratadas siempre como escoria por el mero hecho de haber nacido hembras. El mundo no ha cambiado tanto desde la antigüedad. A muchas de nosotras se nos siguen negando nuestros derechos tan sólo por nuestro sexo. Quizá las promesas arrastren a los jóvenes y a los ilusos, pero no a mí. He estado demasiadas veces con el agua al cuello como para seguir creyendo en Papá Noel. Hace tiempo que perdí mi candidez, y nunca fui idiota. Sé a qué saben las cenizas. Te presentas ante

nosotros, expones tus planes, tejes tus sueños, pero no nos ofreces ninguna prueba —sacudió la cabeza—. Estoy dispuesta a olvidarme del statu quo, que a nadie le quepa la menor duda, pero no a saltar de la sartén para caer en las brasas. Como ha dicho mi hermana, Heylel o como quiera que te llames, haz algo o no digas nada.

—Al parecer —añadió Porthos—, esta mesa se inclina en contra de tus deseos, Heylel. ¿Ahora qué? ¿Sometemos tu propuesta a votación?

—No esperábamos menos. ¿Qué dictador renunciaría a su trono por voluntad propia? Albergábamos la esperanza de que el Consejo poseyera la sabiduría necesaria para ver más allá de sus propias ambiciones pero, al igual que vuestras contrapartidas hace quinientos años, ése no es el caso. No ha cambiado nada en absoluto. Nada.

—Dime, Heylel —dijo Kallikos, de improviso—, ¿cómo se llamaba el ermitaño que falleció en aquel trágico accidente durante los días que pasamos juntos en la Primera Cábala?

—¿Ermitaño? ¿Qué ermitaño?

—Supuse que ésa sería tu respuesta.

—Has entregado tu mensaje, tú que te haces llamar Heylel —intervino Tom Smithson—. Creo que hablo en nombre de todo el Consejo cuando digo que rechazamos...

—Esta farsa ya ha durado demasiado —interrumpió São Cristavao, crispado—. Esta abominación ha formulado serias amenazas contra mi persona. El honor del Consejo está en juego. ¡Guardias, apresen a la joven! Descubriremos la verdad acerca de su misterioso benefactor ipso facto.

Sombra del Amanecer había dejado de sujetar la mano de Diecisiete. Éste vio de reojo cómo la doncella guerrera se apresuraba a bajar por la escalinata de la galería.

—Éste es todo el noble honor del Consejo —bufó Heylel. Una docena de guardias, todos magos, salieron al frente. En respuesta, las luces del techo parpadearon y se apagaron de repente. Una oscuridad total engulló a la sala del Consejo.

Restalló un relámpago azul.

—¡La tengo! —gritó Porthos.

—¡Soy yo, viejo estúpido! —exclamó Lady Charlotte Quay.

—Lo siento —se disculpó Porthos, entre risas. Centelló otro relámpago—. De veras.

—¡Ésa no era yo! —vociferó Lady Charlotte Quay—. ¡Luces, luces!

Transcurrido un latido, regresó la iluminación. Kallikos se encontraba de pie al lado del décimo Sillón del Consejo. Sombra del Amanecer, Susurro empuñado con ambas manos, se erguía al otro. Nadie se sorprendió al comprobar que Jenni Smith, portavoz de Heylel, no estaba entre ellos.

—Encontrad a la chica —urgió Lady Charlotte, con el rostro congestionado por la ira—. No puede haber ido muy lejos.

—¿Cómo localizar a una cambiaformas en medio de tal multitud? —preguntó Tom Smithson—. Imposible.

—Qué espectáculo más ameno —celebró Porthos, al tiempo que se atusaba los negros cabellos con sus escuálidos dedos—. De lo más entretenido. A ver si ahora el Consejo empieza a tomarse mis advertencias acerca de los tiempos de cambio con algo más de respeto. A lo mejor hasta el palurdo de São Cristavao comienza a hacerme caso.

—No creo que tengas que preocuparte por ningún futuro desacuerdo con el representante de la Orden de Hermes —dijo Kallikos—. Se le atribuyó a Heylel el descubrimiento de la piedra filosofal. Hubo quien le atribuía el toque de oro, no sin cierto fundamento.

São Cristavao permanecía sentado en su sillón, con el rostro congelado en una máscara atónita. Con la mandíbula desencajada y los ojos desorbitados, parecía a punto de proferir un alarido, pero no escapaba sonido alguno de su inerte figura. Ninguno brotaría jamás de la garganta de una estatua.

Durante los instantes que las luces habían estado apagadas, el mago hermético había sufrido una transformación espeluznante. Carne, sangre, piel y huesos habían cambiado de tejido vivo a oro sólido. Vargas São Cristavao había dejado de existir. Su lugar lo ocupaba un duplicado exacto, un hombre de oro.

—Qué apropiado —musitó Porthos, con una risita demente. Parecía deleitarse ante el destino de São Cristavao—. Siempre sostuve que el muy pajarraco valía más muerto que vivo. Propongo que coloquemos su cuerpo enfrente del edificio, para recordarnos la vital importancia de los buenos modales. Incluso entre magos.

QUINCE

—Vaya, me da que no hemos sido los únicos en desentrañar la verdad acerca de Lauri Coup —dijo Ernest Nelson, antes de pasarle el periódico matutino a Sharon Reed—. Parece que llegamos un pelín tarde.

Sharon clavó los ojos en el titular. *Una afamada química y científica de la industria cerealista fallece víctima de un brutal asalto a su hogar*, rezaba la noticia destacada. Bajo el encabezamiento aparecía la foto del cuerpo de una joven, despatarrada en medio de un salón. La cabeza de la víctima quedaba inclinada en un ángulo antinatural y sus ropas se habían reducido a harapos. Aunque la imagen no lo evidenciaba, el artículo explicaba que los asaltantes de la doctora Coup se habían ensañado con ella hasta matarla. No la habían violado, no obstante, ni se habían descubierto indicios de tortura. Sí que habían dejado limpio el apartamento. El periódico citaba fuentes policiales anónimas para asegurar que el departamento sospechaba que el asesinato era obra de una célebre banda de chicas que operaba en la zona. Se prometían arrestos en breve. Sharon sabía que aquellos comentarios, por lo general, significaban que los agentes de la ley no tenían ni idea de la identidad de los agresores. La muerte de Lauri Coup probablemente quedase archivada como otro asesinato más sin resolver.

—Me sorprende que la dejaran vivir tanto tiempo —dijo Sharon—. Si son los Nefandos quienes están tras este complot, no resulta propio de ellos el dejar cabos sueltos.

—Tampoco tenían motivos para acabar con ella hasta que comenzase la investigación. ¿Para qué iban a querer llamar la atención sobre la mujer acabando con ella? Eso podría provocar la suspicacia de las autoridades.

Su viaje hasta Indianápolis había sido tan anodino como ilegal. Cada pocas horas, abandonaban la autopista, robaban otro vehículo y abandonaban el anterior. Nelson insistió en que no debían retener ningún coche durante mucho tiempo. Le obsesionaba que pudieran seguir su rastro.

El ciborg, tras años al servicio de la Tecnocracia como asesino y operativo especial antes de entrar a formar parte de la plantilla del Colectivo Gris, era igual de renuente a establecer contacto con cualquier otro miembro de la Unión o Colectivo para solicitar ayuda. “Ya no podemos fiarnos de la seguridad de nuestros contactos”, había declarado Nelson mientras atravesaban Pensilvania. “En cuanto asomemos a la superficie, se nos echarán encima los tiburones. Los Nefandos se han infiltrado tanto en la Unión como en las Tradiciones. Ley de vida. Hoy en día no hay forma de saber en quién se puede confiar. De todos modos, eso apenas importa. Sólo conseguiremos permanecer vivos si nos ocultamos. Cuando necesitemos refuerzos, ya me ocuparé, pero hasta ese momento nos mantendremos a cubierto. Tú y yo. Podemos confiar el uno en el otro”. Llegado este punto, se había echado a reír. “Bueno, más o menos. Pero en nadie más”.

A regañadientes, Sharon tuvo que mostrarse de acuerdo. Si los Subversores de la Realidad habían conseguido dismantelar toda una estación tecnócrata sólo porque John Doe había comenzado a indagar acerca del experimento con el clon base, quedaba bastante claro que su misión era una trampa mortal. Nelson tenía razón. La clave de la supervivencia estribaba en que nadie supiese adónde se dirigían.

—Y bien, ¿qué vamos a hacer ahora?

—Quizá dejase algunos apuntes en el trabajo —repuso Nelson—. Coup debía de formar parte de un equipo de investigación, así que es posible que confiara en alguno de los miembros de su grupo. Podríamos intentar localizarlos.

Sharon asintió con la cabeza.

—Nunca había oído hablar de ella, pese a todos los contactos que me mantenían al corriente de los pesos pesados dentro de la Convención. Coup no era una Directora de Investigaciones. Así y todo, si fue una de las que contribuyó al diseño básico del clon base, debía de poseer un talento considerable. Quizá se tratase de una Asociada de Investigaciones, o incluso de una Investigadora Primaria.

—¿En qué se diferencian?

—Como Asociada, tendría que trabajar a las órdenes de alguien. Los Investigadores poseen sus propios laboratorios. —Sharon caviló en silencio durante unos instantes—. Tendría que poder acceder al banco de datos de los Progenitores sin tener que revelar ni mi identidad ni mi emplazamiento. Existe un enlace telefónico que me une directamente con la terminal informática central. Puedo utilizar el código de Velma —añadió con fiereza—. Al fin y al cabo, me lo debe.

Nelson se encogió de hombros.

—Es probable que la búsqueda active las alarmas de toda la puñetera red. Qué demonios, es la única pista de la que disponemos. En cualquier caso, por si descubres algo importante y tenemos que actuar, tengo un viejo amigo en los suburbios al que me gustaría visitar. Lo conocí durante los años que pasé destinado en Chicago.

—¿Un viejo amigo? No sabía que tuvieses ninguno.

—Ay, para, que me desternillo. Este elemento es colega de cualquiera... que pueda pagárselo. Se llama Tyrone Rhodes y trafica con armas, tecnología punta que vende a clientes selectos. Si vamos a investigar un asesinato, quiero estar armado en condiciones antes de encontrarnos con los culpables. No sé por qué, pero me da que no querrán entregarse por las buenas.

—Bien pensado. Tampoco nos haría daño parar en algún almacén de productos químicos. No comercializan los productos que suelo utilizar, pero sí que podría comprar los compuestos adecuados para mezclar a mi antojo.

Nelson rió, esta vez con ganas.

—Tú dirás lo que quieras, Reed, pero fijo que nos parecemos un huevo.

Dos horas después, tras los desvíos de rigor para abastecer sus respectivas armerías, la pareja de Tecnócratas emprendía el camino que los conduciría al Laboratorio May Sinclair, sito en la sección nordeste de la ciudad. Según la última lectura informática de Sharon, Laboratorios Sinclair era un pequeño gabinete de estrategia genética independiente que trabajaba para desarrollar nuevos y estimulantes productos alimenticios para las Masas. Más importante aún era el hecho de que formaba parte de EcoR, un Reino del Horizonte Progenitor. Lauri Coup había sido una de los dos Investigadores Primarios que operaban en Sinclair. Su socio se llamaba Kurt Bylunt. También había dos pupilos y un Asistente de Investigaciones asignados al edificio, que Sharon descartó por su escasa importancia.

—Si Coup le contaba sus secretos a alguien, ése era Bylunt —aseveró, mientras Nelson maniobraba el automóvil entre el tráfico del centro. En esos momentos conducían un coche alquilado, en vez de uno afanado. En la ciudad, el ciborg se sentía más seguro ateniéndose a las convenciones legales... lo que no había supuesto óbice alguno para que pagase el auto con las tarjetas de crédito de John Doe. Sharon no se molestó siquiera en preguntarle a su compañero cómo se había hecho del plástico. Según qué misterios, en ocasiones prefería no desentrañarlos—. Me cuesta creer que confiase en nadie más de ahí dentro.

—¿Prejuicios en la escala de mandos? Los Directores de Investigación sólo hablan con los Directores de Investigación, los Investigadores Primarios sólo le dirigen la palabra a sus iguales, etcétera.

—No siempre, aunque sí que se ha llegado a asociar cierta posición social con según qué niveles dentro de la Convención. Tiene que ver más con la edad que con las habilidades, no obstante. Salvo en los casos más excepcionales, se tardan décadas en llegar al nivel de Director de Investigaciones. Yo fui

una de las más jóvenes, lejos ya mis años mozos. Charles Reid, nada que ver conmigo, y encima seguro que Reid no es su nombre real, comanda EcoR. Corren rumores que le achacan varios siglos de edad. Los Investigadores Primarios tienden a ser cuarentones o a rondar la cincuentena, aunque obvia decir que en nuestra Convención aparentan mucha menos edad. Los pupilos suelen ser veinteañeros. Dentro de los Progenitores, tus conocimientos y el tiempo que lleves dentro de la Convención son factores que juegan una baza importante a la hora de determinar tu rango en la escala social. Puede que Reid fraternice con los IP, pero se sentirá más cómodo con otros Directores de Investigación. Los pupilos pueden hablar con sus profesores, pero su relación siempre será más profesional que personal.

—Igual que Wade y tú, ¿no? —Nelson lanzó una mirada furtiva a Sharon y soltó una amarga risita—. Siempre os tuve por amantes. Que le dabais al manubrio en privado, vaya.

Sharon puso cara de asco.

—Pues muchas gracias. No me van las mujeres, prefiero a los hombres. Velma era una asistente dedicada, leal, inteligente y, cuando era necesario, letal.

—Se te olvida mencionar una de sus cualidades.

—¿Cuál?

—Sus dotes para la interpretación. —Un vistazo a sus toscos rasgos curtidos dejó bien claro que no bromeaba—. Ten en cuenta lo bien que te tuvo embaucada durante años. Bueno, a ti y a todo el personal del Colectivo Gris. Descubre la verdad acerca de Velma Wade y sabremos lo que se esconde tras el clon base. Sin tapujos.

Laboratorios Sinclair ocupaba un enorme y moderno edificio de ladrillo de dos plantas que se erguía sobre una zona tranquila de Indianápolis. Tras estacionar el vehículo alquilado en el aparcamiento destinado a las visitas, Sharon y Nelson entraron en el complejo y se acercaron a la mesa de recepción.

—Nos gustaría ver al doctor Bylunt. —Sharon sonrió a la recepcionista rubita desde el otro lado de la ventanilla de cristal de la sala de espera—. Soy la doctora Sharon Reed.

—¿Tiene cita? —preguntó la joven, cuya suspicaz mirada se concentraba en Ernest Nelson, quien aguardaba a escasos pasos por detrás de Reed. Cubierto por una gabardina oscura aquel caluroso día de verano, atemorizaba a cualquiera.

—No, pero...

—Lo siento —concluyó la recepcionista. Su voz nasal daba a entender que no le interesaba lo que tuviera que decir Sharon—, pero el doctor Bylunt se encuentra muy ocupado en estos momentos. No puede ver a nadie sin cita previa.

—Claro, lo comprendo —convino Sharon, que ya sentía cómo empezaba a acalorarse. Su sonrisa se evaporó, sustituida por un peligroso tono de voz—. Estoy segura de que el doctor Bylunt está muy ocupado. *Me da igual*. Activa ese intercomunicador ahora mismo y dile que la Directora de Investigaciones Sharon Reed quiere verlo. Estoy íntimamente relacionada con su mentor, el doctor Reid de Virginia. Los motivos de mi visita son perentorios y no me gusta que me hagan esperar.

Al tiempo que intentaba tragar saliva, la recepcionista pulsó un botón y susurró algo al micrófono acoplado a sus auriculares. Tras escuchar la respuesta, audible sólo para ella, el semblante de la muchacha se tornó pálido.

—El doctor Bylunt bajará enseguida —informó, con voz trémula.

—Estupendo. —Sharon se dio la vuelta para ocultar la mueca de satisfacción que exhibía su rostro.

—Así que van a parar a Nepal, ¿eh? —Nelson esbozó una sonrisa sardónica.

—O a Borneo. Sentía debilidad por ese sitio. Había cazadores de cabezas en sus junglas. En Nepal sólo hay yacs.

El doctor Bylunt era un hombre de baja estatura, fornido, de barba negra como el tizón, una espesa mata de cabello del mismo color y cejas muy pobladas. Vestía una blusa azul de laboratorio y gafas de gruesos cristales y montura de carey.

—Siento lo de la recepcionista —se disculpó, con un marcado acento del medio oeste de los Estados Unidos. Su voz denotaba ansiedad mientras recorrían un estéril pasillo de color blanco que los condujo a su despacho, sito en la parte trasera del edificio—. En cuanto les das a estos sujetapapeles una pizca de poder ya se creen dioses, es incapaz de reconocer cuándo tiene delante a una personalidad, aunque rara vez recibimos tan ilustres visitas en los Laboratorios Sinclair.

Miró a Ernest Nelson, inmenso bajo su gabardina, con aprensión.

—También era la primera vez que se encontraba con un humano mejorado por medios mecánicos.

—Disculpas aceptadas —dijo Sharon, apaciguadora—. El señor Nelson es mi guardaespaldas. Nos han asignado una misión de vital importancia para la Unión. Su trabajo consiste en velar por mi seguridad.

—Bien, bien. —La cabeza de Bylunt subía y bajaba al ritmo de sus pasos. A Sharon le recordó a esos pájaros de juguete, siempre picoteando—. He de añadir que, aunque sea la primera vez que nos conocemos, supone un gran honor para mí que visite estas instalaciones. Sus trabajos sobre espacios vivientes genéticamente alterados me suponen una fuente constante de inspiración.

—Gracias. —Sharon volvía a sonreír—. Siempre gusta que le hablen bien a una de su obra. Si dispusiera de más tiempo, le pondría al corriente de los últimos avances en la materia. Experimentos de lo más fascinantes con alfombras vivientes.

Bylunt abrió los ojos de par en par.

—¿Una alfombra viviente? Qué progreso más fascinante. Me encantaría oír más acerca de ello.

—Le enviaré la información. Hoy tengo algo de prisa.

—Cómo lo siento —se lamentó el Investigador. Los introdujo en su oficina, una pequeña cámara con una mesa de acero, al igual que las cinco sillas. Las paredes quedaban cubiertas por baldas repletas con cientos de volúmenes que versaban acerca de medicina y biología. El extremo más alejado del cuarto albergaba una mesa de trabajo independiente sobre la que descansaban un ordenador, con su monitor e impresora. Una luz anaranjada indicaba que el aparato estaba encendido, aunque la pantalla se veía en negro.

—Lleva así quince minutos —dijo Bylunt, al tiempo que les indicaba que tomasen asiento—. No sé muy bien qué puede pasarle. Será algún error del sistema informático central. Los técnicos X ya están en ello, así que espero que vuelva a la normalidad dentro de nada.

Se arrellanó en su asiento.

—Ha mencionado cierta misión para la Unión. ¿En qué puedo ayudar? Aquí anda todo un poco patas arriba. Anoche hallaron muerta a mi socia, una mujer brillante, la doctora Coup. Terrible tragedia, no se puede decir otra cosa. La policía sigue investigando su fallecimiento. Esto va suponer un retraso de meses para nuestro trabajo, eso seguro. De meses, por lo menos.

—¿Su trabajo? —intervino Nelson—. Si no le importa, ¿podría explicarnos en qué andaban metidos la doctora Coup y usted?

Bylunt miró a Sharon de reojo, como si solicitase su aprobación. La mujer asintió.

—El señor Nelson es mi portavoz. Puede usted hablar con total libertad enfrente de él.

—Lauri... bueno, la doctora Coup y yo estábamos desarrollando un nuevo tipo de cereal para el desayuno que satisficiera a las Masas. Hacía poco que habíamos conseguido crear un aditivo que modificaba...

—Gracias —interrumpió Nelson, antes de que Bylunt pudiera decir nada más—. Con eso basta. No parece que sea lo que veníamos buscando. De hecho, habíamos acudido a Indianápolis con la esperanza de hablar con la doctora Coup. Nos sorprendió descubrir que la habían asesinado. ¿No tendrá ninguna idea, por remota que sea, de quién podría querer muerta a su colega?

—En absoluto. —Bylunt tamborileó con un dedo sobre la mesa de acero, mientras empalidecía por momentos. Cuando volvió a hablar, las palabras brotaron atropelladas de su boca—. Era un miembro leal de la Unión, hacía todo lo que le pedían, jamás desobedeció una orden directa.

—No hemos venido a poner su lealtad en tela de juicio —terció Sharon, consciente de la incomodidad del barbón—. Lo único que quería era interesarme por un proyecto que ayudó a diseñar el año pasado. Nada que ver con su ocupación actual.

—Ya he hablado con el representante del Sindicato en la zona —rezongó Bylunt, aludiendo a la misteriosa quinta rama de la Tecnocracia—. El agente encargado me aseguró que el asesinato no presentaba trazas de tener nada que ver con las actuales reyertas con los subversores de las Tradiciones.

—Olvídense de eso —cortó Nelson, impaciente—. No nos importa...

La pantalla del ordenador, en negro desde que entraran en la oficina, se convirtió de improviso en una tormenta de colores. Un mar de rojos, verdes, azules y amarillos se retorció en un remolino aturdidor sin aparente orden ni concierto. Al mismo tiempo, el tumulto de unas trompetas bramó por los altavoces de la computadora. Sharon fulminó al aparato con la mirada.

—¿Qué demonios? —saltó Nelson, aunque apenas logró oírse a sí mismo por encima de la incesante fanfarria.

—Miembros de la Tecnocracia —comenzó una voz femenina—. Prestad atención a la voz de la razón. Escuchad al Maestro de la Armonía.

Sharon y Nelson intercambiaron miradas. La oradora resultaba inconfundible. Se trataba de Velma Wade.

El mar de brillantes colores se arremolinó, rotó siguiendo un diseño caleidoscópico y desapareció. El rostro de un ser llenó el monitor. Ni masculino ni femenino, parecía aunar elementos de ambos sexos. Unos ojos resplandecientes, casi hipnóticos, observaban desde el interior de la pantalla, casi como si pudiera establecer contacto visual con los presentes en la sala. Era el rostro de un dios, o el de un diablo. Una vez más, Sharon lo reconoció de inmediato. Allí estaba el clon base, despierto y operativo.

—Amigos —saludó el clon, despacio, con una voz rica en matices, profunda, resonante, llena de vida—. Ha llegado la hora de la paz. Ya son muchos los que han muerto en el vano esfuerzo que conocéis como la Guerra de la Ascensión. La humanidad, las Masas, necesitan guía, no discordia. Hemos de ser líderes y maestros, no guerreros. Somos el Maestro de la Armonía. Sumaos a nosotros y pongamos fin a la guerra. Juntos, podemos elevar a la humanidad hasta la Unidad.

—¿Cómo lo hace? —musitó Sharon, como si temiera que el clon base pudiera escucharla—. No va a aparecer sólo en esta pantalla. El muy monstruo debe de estar por todas partes.

—Ya te digo —repuso Nelson. El ciborg hizo una mueca—. Acuérdate de todas las modificaciones a las que sometió el Interventor Klair al clon. Un sistema de microcircuitos increíble, *drivers* a base de nanobits, la leche. Lo único que tiene que hacer es tocar un ordenador y ya se adueña de la CPU. En este caso, lo más probable es que se encuentre en alguna base remota de la Unión. Se hizo con el control del sistema operativo y luego entró en el ordenador central que une todas las máquinas. Antes o después, los ingenieros localizarán su posición y destruirán el enlace, pero para entonces ya habrá tenido tiempo de soltar su parrafada.

—Los líderes de las Cinco Convenciones —prosiguió el clon— llevan cinco siglos afirmando que la Unión Tecnócrata iba a ganar la Guerra de la Ascensión. Vuestro control sobre la realidad es tenaz, pero incompleto. Las fuerzas de las Nueve Tradiciones aún sobreviven y continúan la lucha, mientras que en los límites de la oscuridad, las criaturas que llamáis Nefandos crecen y se vuelven más poderosas. Roen vuestras entrañas, os corrompen desde dentro, amenazando los mismísimos pilares de la Razón. El mundo se deforma al antojo de sus obscenos deseos, donde lo horrendo se torna justo y viceversa.

—Shakespeare —musitó Sharon—. Nuestro clon es todo un erudito, teniendo en cuenta que acaba de renacer.

—Te sorprendería todo lo que puedes aprender al fusionar tu memoria con la de una base de datos —replicó Nelson.

—¿Co... conocen a este ser? —preguntó el doctor Bylunt, quien observaba la pantalla como si el clon base lo hubiese hipnotizado—. ¿Éste es el motivo por el que han venido a verme?

—Hace quinientos años, se libró hasta el final la guerra entre la Orden de la Razón y las Nueve Tradiciones. Sacrificamos nuestras vidas, nuestras esencias, nuestro todo en el intento. Fuimos destruidos y los vientos esparcieron nuestras cenizas. Rezamos para que nuestros desnudos no hubiesen sido en vano, pero el poder corrompe, y el poder absoluto corrompe de forma absoluta. A lo largo de los siglos que se sucedieron, el poder de la Tecocracia aumentó. Las Cinco Convenciones se acomodaron y perdieron de vista sus objetivos originales. Hemos regresado para arreglarlo. Hemos regresado para acercar la Ascensión a la masa, para unir a toda la humanidad en la Unidad. Ni la muerte ni la destrucción podrán detenernos.

—Fíjate en ése “nos” —musitó Nelson—. ¿Delirios de grandeza? ¿O algo aún más singular?

El clon base hizo una pausa. Sus ojos, dos pozos oscuros carentes de expresividad, parecía que se clavasen en cada uno de ellos.

—Somos Heylel Teomim, otrora conocidos como *barabbi*. Nuestras palabras no han caído en el olvido. Muchas de nuestras enseñanzas han llegado a formar parte del credo de los Progenitores, tantas como las que ha adaptado Iteración X. Formamos parte de vuestra historia. Nuestros actos evitaron que la Orden de la Razón pereciese a manos de las Nueve Tradiciones. Hemos regresado del Vacío para traer la Unidad a todo el mundo. En el día de hoy, ofreceremos una pequeña demostración de nuestro poder. El futuro nos reserva fuego e hielo. Seguidnos y llegaréis hasta la luz. Quedaros con quienes se oponen a nosotros y os consumirá la oscuridad.

La pantalla del ordenador se fundió en negro. Los técnicos de Iteración X por fin habían conseguido recuperar el control del cuadro de mandos de la Tecocracia. Poco importaba ya. El clon base había retransmitido su mensaje a los Colectivos que la Tecocracia tenía repartidos por todo el mundo.

—Joder. —Nelson miró a Sharon con expresión abatida—. Cuando la cagamos, lo hacemos pero bien. Ése él, ella, ello o lo que fuese sonaba de lo más convincente. A punto estuve de plantearme el asunto éste de la Unidad. Apuesto a que no son pocos los descontentos dentro de la Unión que están sopesando su oferta. El Consejo Interno va a pedir nuestras cabezas.

—No si antes encontramos al clon base y lo destruimos. No es Heylel. No puede serlo. Las Tradiciones eliminaron su esencia, quemaron su cuerpo y lanzaron sus cenizas a los cuatro vientos. Nadie regresa de la aniquilación total, imposible, no y no.

—Lo que tú digas, no voy a ponerme a discutir con una eminencia, pero no sé por qué me da que no todo el mundo va a estar tan seguro como tú. Si el clon decide montar la exhibición espectacular que ha prometido, las cosas se van a poner pero que muy feas.

El ciborg se giró para encarar al doctor Bylunt. El barbón estaba petrificado en su asiento, con los ojos aún fijos en la pantalla vacía del ordenador.

—Oye, Bylunt, ¿por qué te dio por pensar que veníamos a verte a propósito del clon base? ¿Algo que te dijo la doctora Coup? ¿O algo que sabías acerca del proyecto de clonación que llevó a cabo el año pasado?

Bylunt se volvió hacia ellos.

—Nunca pensó que pudiese llegar a ocurrir algo así —declaró, con voz trémula—. Nunca, jamás. No era más que un experimento sobre regeneración de tejidos, lo juro, sólo eso. Sólo eso.

—¿Regeneración de tejidos? —repitió Sharon—. No me gusta cómo ha sonado eso. ¿De qué estás hablando, Bylunt?

—No, no conozco toda la historia. Miren. —Extrajo una hoja de papel de un cajón de su escritorio y garabateó una dirección—. Vayan a este sitio. La entrada está vigilada, pero ustedes conseguirán burlar la guardia. Cuidado con los perros. Dentro encontrarán las respuestas, lo juro.

Nelson estudió la dirección.

—A quince minutos de aquí. —Miró a Sharon—. ¿Nos damos otro paseo?

—¿Por qué no? —La Directora de Investigaciones entrecerró los ojos cuando miró a Bylunt—. Ya veremos qué tipo de respuestas encontramos. Si no nos parecen suficiente, volveremos, eso te lo prometo. Y la próxima vez no va a ser así de agradable.

DIECISÉIS

—Arriba, arriba, dormilona. —La voz, dulce y sensual, canturreaba al oído de Hargroves—. Vamos, levanta, no seas remolona.

Hargroves bostezó, con los ojos aún cerrados con fuerza. En el preciso instante en que su mente recuperó la consciencia, se enderezó de inmediato en la cama. Sus ojos saltaron de un lado a otro del cuarto a oscuras, escrutando las impenetrables tinieblas en busca de algún indicio de la fuente de aquella voz.

No le costó localizar a la persona que había hablado, pues se encontraba a horcajadas sobre el enorme aparador sito justo enfrente de la cama. Era una joven vestida con un traje de tres piezas a rayas de corte masculino, con un brillante lazo púrpura a juego y un pañuelo del mismo color. Incluso su pelo, muy corto, casaba con la corbata, al igual que sus ojos y los labios. A modo de signos de interrogación, alzó las cejas que coronaban unos rasgos casi asexuados. Aunque la llamaban por muchos nombres y ostentaba muchos títulos, el que prefería era el de Emperatriz Aliara. Los miembros de la Tecnocracia la tenían por una de los Externos. Los magos de las Nueve Tradiciones la llamaban Señora Oscura, como miembro de los Maeljin Incarna. Para Millicent Hargroves y Terrence Shade era su patrona y mentora, la Reina del Deseo.

Aunque Aliara, allí sentada al borde del aparador, riendo como una colegiala, pareciese sólida, en realidad no era sino una sombra. El espejo que quedaba a su espalda reflejaba un espacio vacío. La figura que veía Hargroves no era sino una proyección de la voluntad de la Señora Oscura, sustentada por la increíble fuerza de su mente. Aliara sólo podía mantener su apariencia física en el Universo Profundo y los Reinos del Horizonte limítrofes con aquella vasta selva virgen psíquica.

—Señora, no os esperaba. Siento que me encontraseis dormida.

Hargroves trabajaba como secretaria personal de Enzo Giovanni en el turno de noche en Químicas Everwell y dormía durante el día. Aunque no era ni maga ni ghoul, poseía un extraordinario olfato para los negocios. Tanto era así que sabía más acerca de la compañía y de la política de su primer mandatario que casi cualquier otra persona. Enzo la tenía por su sirvienta más devota y de mayor confianza, ajeno al hecho de que en realidad respondía ante otro ser.

—Dormida ofrecías un aspecto tan pacífico, tan sereno, tan en calma, que a punto estuve de no despertarte. Pero, al final, tuve que hacerlo. Veo que tus actividades no te quitan el sueño.

Hargroves se encogió de hombros. No le gustaba hablar por hablar con Aliara, pero la Maeljin Incarna disfrutaba debatiendo acerca de los deseos y las pasiones de sus empleados. La Señora Oscura carecía tanto de tacto como de encanto, pero seguía siendo muy, muy poderosa, y Hargroves lampaba por conseguir siquiera una porción de ese poder.

—El mundo es así de horroroso —repuso Hargroves, que aún pugnaba por recuperar la compostura—. ¿Para qué iba a preocuparme por los demás? ¿Quién se interesa por mí? Duermo como una bendita, sin arrepentirme de nada de lo que haya hecho. Sólo a los tontos les remuerde la conciencia.

Aliara soltó su característica risita, inhumana y estridente.

—Por eso mismo te recluté. Tu actitud, tan realista, me resulta estimulante. Nada de todas esas pamplinas altruistas que predicán las Tradiciones y la Tecnocracia. El hambre de poder te da fuerzas, en vez de esa escoria errónea acerca de ayudar a los demás en su escalada hacia la Ascensión.

—Procuro cuidar de mí misma —afirmó Hargroves, sin exagerar ni un ápice—. Yo voy primero. Los demás me siguen de lejos.

—¿Qué hay de Shade? ¿Vale para algo?

—Ese hombre es un psicópata. Un maniaco homicida. Además, se ríe demasiado.

—Ya lo sé, pero eso no responde a mi pregunta. ¿Te ha sido de alguna ayuda?

—Shade hace todo lo que le pido, es el ayudante perfecto. Se esfuerza. No obstante, su presencia me incomoda. Prefiero trabajar por mi cuenta.

—Tus preferencias quedan relegadas a un segundo plano. Llámalo. Ambos tenéis que oír lo que he venido a deciros.

—Shade —voceó Hargroves, al tiempo que se levantaba y se echaba un camisón por encima. Encendió la luz del techo y se sentó al filo del colchón—. Ven aquí. Enseguida.

La puerta del dormitorio se abrió para permitir el paso a un apresurado Shade, vestido de blanco de la cabeza a los pies, con una sonrisa bobalicona prendida en el rostro que se desvaneció de inmediato cuando vio a Aliara.

—Mi señora —graznó, con voz trémula, atemorizado. Parecía que estuviese a punto de tragarse la lengua—. No esperaba verla aquí, en la Tierra.

—Soy una caja de sorpresas, mi querido Shade. —Aliara estiró las piernas, bajó del aparador y cruzó la estancia en dirección al hombre, cuyo rostro rubicundo quedó petrificado ante su avance. Sólo conseguía mover los ojos, fijos en cada paso de la Señora Oscura. Al verlo, Hargroves pensó en un conejo al que hubiese hipnotizado la cobra antes de zampárselo—. Hay que ver el buen aspecto que presenta tu piel —declaró la Reina del Deseo, quien ya había estirado un brazo y acariciaba el rostro de Shade con sus esbeltos dedos—, pero todavía se pueden sentir las marcas bajo la carne. ¿Y tú, Shade? ¿No te habrás olvidado de que llevas mi sello impreso en tu ser?

—No, señora —repuso Shade, con un hilo de voz, sin apenas mover los labios—. El recuerdo es imborrable.

—Bien —exhaló Aliara, esbozando una seductora sonrisa—, pero que muy bien. Sírveme como es debido, Shade, y algún día cambiaré tu dolor por placer. Fállame, y conocerás torturas que la mente humana ni siquiera es capaz de concebir.

—Soy vuestro siervo —aseguró Shade, pálido—. No os defraudaré.

—Siéntate —ordenó Aliara, conduciéndolo junto a Hargroves—. Mi tiempo en la Tierra es limitado, incluso con esta forma sombría. No me sobran los minutos como para malgastarlos en promesas ni amenazas. Escuchad los dos, porque traigo información relevante acerca del ser que conocéis como clon base. Vuestra nueva misión está relacionada con él.

—¿Una nueva misión? —repitió Hargroves—. Entonces, ¿puedo apartarme de Enzo y los suyos?

—Aún no. —La cimbrea joven se izó a horcajadas sobre la cómoda. Con las piernas colgando a los lados, parecía una niña que jugase a los disfraces con la ropa de su padre. Mas sólo un demonio de chiquilla esgrimiría tan diabólica sonrisa—. Te quedarás ahí hasta nueva orden. Enzo y el tarado de su amigo, Ezra, se encuentran en el meollo de esta conspiración. Aún no estoy segura de cómo encajan todas las piezas, pero sé que están relacionadas. En estos casos, las coincidencias no existen.

—¿El clon base sigue con vida? —quiso saber Shade—. Lo último que habías dicho era que había desaparecido del Colectivo Gris.

—Ha reaparecido a lo grande. Asegura tratarse de la reencarnación de Heylel Teomim. Como tal, posee fuertes lazos con las Nueve Tradiciones y la Tecnocracia. Por medio de distintos mensajes, el ser declaró que ha regresado del otro lado del velo para unir a todos los magos bajo su estandarte, a fin de conducirlos a una edad de oro de Unidad y Ascensión.

Shade soltó una risita nerviosa.

—La finalidad de la creación del Guerrero de la Ascensión consistía en acabar con la guerra que enfrenta a las Tradiciones y a la Tecnocracia, pero no creo que fuese este tipo de solución lo que tenían en mente Klair y Reed.

—Dudo mucho que debamos preocuparnos acerca de una súbita declaración de paz —continuó Aliara—. Los informes de mis espías aseguran que el Consejo de las Nueve rehusó la oferta de Heylel, y no cabe duda de que el Consejo Interno de la Tecnocracia habrá hecho otro tanto. Ningún bando está dispuesto a ceder el mando a un desconocido misterioso que alardea de ser un Mesías renacido.

—Si no me engaña la memoria —dijo Shade—, Heylel tampoco es que fuese ningún héroe. Cuesta creer que alguna de las organizaciones vaya a confiar en sus promesas.

—Asegura que su traición fue un acto de sacrificio altruista. Bajo el manto de Heylel, el clon condena tanto a las Tradiciones como a la Tecnocracia por llevar quinientos años estancadas. La humanidad no alcanzará la Ascensión en masa a menos que se deje guiar por su benévola tutela. Tengo entendido que sus arengas han sido de lo más exaltadoras —soltó un bufido—. Casi creíbles.

—¿De qué modo nos afectan los intereses del clon? —preguntó Hargroves, tan práctica como de costumbre. Para ella, sólo existían dos cosas en el mundo: las que le importaban y las que no—. ¿Deberíamos preocuparnos?

—No estoy segura. Eso es lo que quiero que averigüéis. Puede que el espíritu dual de Heylel haya poseído al clon base. Parece improbable, pero no hay nada imposible. En cualquier caso, tampoco es que importe de veras. La identidad del clon base es irrelevante, lo que me interesan son sus actos.

—¿Ha hecho algo más el clon, aparte de declarar sus intenciones? —intervino Shade.

—Todavía no, pero sospecho que no tardará en actuar. La criatura dedicó amenazas veladas a los Tecnomantes y a los magos de las Tradiciones. Aún no ha ocurrido nada más, pero sus declaraciones tuvieron lugar hace escasas horas. Mis espías en ambas sociedades me informaron transcurridos algunos minutos de sendas diatribas. Albergó la certeza de que “Heylel” planea respaldar sus palabras con algún tipo de gesto emblemático. Cuando eso ocurra, podremos calibrar el peligro que representa el clon. Será entonces cuando actuemos.

—¿Por ahora? —preguntó Hargroves. Aquellas especulaciones fútiles la aburrían. Llevaba toda la vida enfrentándose a cuantas amenazas se interpusieran en su camino, no era de las que se asustaban así como así. Ya habría tiempo de preocuparse cuando el clon base demostrase su poder, no antes.

—Aguardad ojo avizor. Estad a la espera. ¿Qué tal va el plan de Enzo?

Hargroves se encogió de hombros.

—Tanto Ezra como él parecen satisfechos. Montifloro anda haciendo el idiota con esa ramera de Esperanza. Quiere Abrazarla, pero sabe que el líder del clan, Pietro, nunca le daría permiso. Enzo ha insertado una cuña entre Montifloro y Pietro, pero desconozco cuál será su siguiente paso.

—Averígualo, pero ten cuidado. Su socio, Ezra, está loco, pero sigue siendo un hechicero poderoso en extremo. Si llegara a sospechar que algo te une a mí, sufrirías una muerte de lo más dolorosa.

Hargroves asintió con la cabeza.

—Voy con cuidado. Ése es mi estilo. No habrá errores, porque nunca los cometo.

—¿Qué hay de tu otro encargo, Shade? —se interesó Aliara, con la cabeza algo ladeada, a fin de estudiar al obeso mago—. ¿Cuándo piensas llevar al Hombre Cambiante a mi palacio de Malfeas?

—En breve, Aliara. —Los ojos rojos de Shade bizquearon, dado su nerviosismo—. Te lo aseguro. Sam Haine no se encuentra por aquí cerca, ya lo he comprobado. Nadie sabe a ciencia cierta adónde ha ido ni cuando volverá pero, cuando regrese, mi trampa lo estará esperando lista para saltar.

—Haine está en el Horizonte. Mis espías lo han visto allí con sus amigos. No volverá hasta dentro de algunos días.

—He estado dejándole mensajes, matando a alguno que otro de sus pupilos aquí y allá. El Hombre Cambiante es un pajarraco orgulloso, así que querrá cazarme cuando se entere de los asesinatos. Lo estaré esperando con una trampilla abierta a tu dominio cerca. Un empujoncito y será todo tuyo.

Aliara estalló en carcajadas. Un nimbo púrpura, semejante a una nube eléctrica, se formó alrededor de su cabeza, despidiendo una lluvia de chispas que le salpicó el cabello violeta.

—Su castigo durará mil vidas. Puede que incluso diez mil.

—¿Y sus compañeros? —inquirió Shade, melindroso—. Cabe la posibilidad de que no lo dejen enfrentarse a solas a mi reto. El médico brujo africano, Albert, viaja siempre con él. ¿También lo quieres? ¿O a la chica de las espadas? Y, ¿qué hay del prisionero Diecisiete? Sigue vivo, contra todo pronóstico.

—Lo único que me interesa es ver a Sam Haine sano y salvo en Malfeas. Haz lo que te dé la gana con los demás. Mátalos, si eso te divierte. No me importa ninguno de ellos. El prisionero fugado cumplió con su papel durante la fase final del desarrollo del clon base pero, ahora que el ser está vivo, ha dejado de resultarme útil.

—No eres la única con ganas de matarlos —apuntó Hargroves—. Enzo ha corrido la voz de que quiere la cabeza del prisionero Diecisiete. Yo misma se lo comuniqué a nuestros contactos entre los motoristas caníbales. Cuando el fugitivo regrese a Rochester, se convertirá en una diana con patas.

—Qué curioso. Es la segunda vez que tu vampiro intenta acabar con este hombre. ¿Por qué se interesa tanto Enzo por el prófugo?

—Me da que la directriz procede más de Ezra que de Enzo. A éste no le hace gracia que le digan lo que tiene que hacer, pero no es tan tonto como para desobedecer una orden directa de su aliado. Este artesano de la voluntad, Ethan Phillips, es hombre muerto.

—¿Qué? —espetó Aliara, con voz trémula. Sus rasgos púberes se contorsionaron en una mueca de pasmo. Su cuerpo onduló, la imagen vaciló. Con visible esfuerzo, estabilizó la proyección y recuperó toda sus sustancia—. ¿Cómo lo has llamado?

—Ethan Phillips. Enzo dijo que ése era el auténtico nombre del prisionero.

Shade asintió con la cabeza, al recordar.

—Así es, ya me acuerdo. Velma Wade lo cogió cuando intentaba infiltrarse en el Colectivo Gris. Un espécimen espectacular que utilizamos de conejillo de indias para ciertas técnicas de alto riesgo relativas al crecimiento del clon base. Los experimentos estuvieron a punto de destruirlo, cambiaron su semblante por completo y modelaron su cuerpo.

—¿Asististe a la captura de este Ethan Phillips? —Aliara parecía que hubiese recuperado el control del cuerpo, aunque tanto su pelo, como los ojos y los labios eran ahora de color plateado, y su traje de tres piezas se había oscurecido un tono de escarlata.

—No, claro que no. La recolección de especímenes para la experimentación no era mi trabajo. Al parecer, este Phillips intentó colarse en el Colectivo disfrazado como un técnico de laboratorio cualquiera. Wade lo reconoció porque se habían conocido en cierta ocasión, hacía diez años, cuando él se encargó de barrer a la mitad de la plantilla de una instalación de investigación donde trabajaba ella. Dejó inconsciente al espía, hizo que un grupo de sauroides lo transportaran hasta el centro de contención y notificó la captura al Triunvirato.

—Qué casualidad. Wade lo había conocido años atrás, dices. Un encuentro fortuito sin testigos de peso. Y ahora resulta que Ezra quiere destruir a Phillips cueste lo que cueste. No me sorprende.

—No sé si lo entiendo —terció Hargroves—. ¿Por qué es tan importante este Ethan Phillips?

—Hace *cincuenta* años, Ethan Phillips llegó a Malfeas en busca de su amor perdido, una poderosa artesana de la voluntad llamada Bailarina Escarlata, que había desaparecido en aquel Reino durante su

búsqueda del poder definitivo. No dio con ella, sino que cayó preso del Señor del Acero. El Duque del Odio lo mantuvo prisionero en sus mazmorras durante cinco décadas, sometiéndolo a las torturas de los condenados.

—Entonces, ¿cómo es que fue a parar al Colectivo Gris? —quiso saber Hargroves, que se abstuvo de preguntar cómo es que sabía tanto Aliara acerca de Ethan Phillips.

—Resuelve ese acertijo y seguro que encontrarás la respuesta a muchas incógnitas, entre ellas la auténtica identidad del clon base.

DIECISIETE

—¿Un vaso de vino? —ofreció Porthos—. Te puedo asegurar que se trata de una cosecha fabulosa. La plantan en unos campos desconocidos para nosotros y no se parece a nada de lo que puedas conseguir en la Tierra. Además, da igual la cantidad que bebas, no produce desagradables efectos secundarios.

—Fascinante —comentó Diecisiete—. Habrá que probarlo.

—No, gracias —rechazó Sombra del Amanecer—. Para mí nada.

Porthos sofocó una risita.

—Esta doncella guerrera, siempre en guardia. —Chasqueó los dedos—. Vino para mí, y para maese Diecisiete. De inmediato.

Nada más morir la última sílaba en labios de Porthos, el suelo que le separaba de sus dos invitados se combó hasta componer una mesa redonda de terraza, en cuyo centro apareció una estilizada botella aflautada de color verde. Enfrente del archibrujo y de sus atónitos huéspedes descansaban dos vasos que imitaban tanto el color como la forma de las rosas, repletos de un líquido ambarino.

—En estos aposentos —dijo Porthos, al tiempo que se llevaba el vidrio a los labios—, mi palabra es la ley. Es una de las ventajas de llevar vivo casi seiscientos años.

Se encontraban sentados en una pequeña cámara octogonal atestada de almohadones, cachivaches mágicos y cientos de grimorios encuadernados en cuero. Una escalera de caracol comunicaba la elevada estancia con el resto de la vivienda de Porthos. Otra escalerilla, de acero y decorada con sellos tan extraños como grotescos, subía hasta una trampilla sita en el techo. Según Porthos, aquella era la torre más alta del castillo místico, Doissetep, en el Reino Fragmentario de las Fuerzas. Diecisiete no dudaba de su palabra.

—Sigo sin saber muy bien el motivo de que nos hayas traído aquí. —Diecisiete hizo una pausa para catar el vino y comprobar que Porthos no había exagerado. Aquella bebida poseía un sabor único, si bien eran pocos los recuerdos a los que podía recurrir para establecer comparación alguna—. ¿Algo acerca de un libro?

Porthos esbozó una sonrisa y asintió con la cabeza. El hombre, con su desgredada melena morena, podría pasar por un anciano tío chocho, tan poco brillante como inofensivo. Diecisiete sabía que las apariencias engañaban; Porthos controlaba unos poderes mágicos asombrosos. Sam Haine y Kallikos habían prevenido en varias ocasiones, tanto a Diecisiete como a Sombra del Amanecer, antes de que éstos abandonaran el Horizonte. El mago maestro era uno de los artesanos de la voluntad más poderosos aún con vida. Y no estaba del todo cuerdo.

—Cómo lamento que no podáis visitar las maravillas de Doissetep. El castillo es inmenso, uno de los mayores jamás construidos, y no son pocos los prodigios que encierran sus muros. Su manifestación terrena fue construida antes del nacimiento de la historia escrita. Existe en el Reino de Sombras de las Fuerzas desde hace quinientos años. Otros cinco archimagos sobresalientes ocupan sendos aposentos, cuya opulencia rivaliza con la de éste. Hay varios cientos de sirvientes, tanto humanos como de cualquier otro tipo, que se ocupan de nuestras necesidades y satisfacen cualquiera de nuestros deseos. Sin pecar de modesto, puedo afirmar sin temor a equivocarme que Doissetep es la Capilla más excepcional de todas las de las Tradiciones. Por desgracia, aquí las reglas son bastante estrictas. No se admiten visitas entre estos muros, dada la mala costumbre de inmiscuirse en asuntos arcanos. Aunque vosotros seáis mis huéspedes, lo mejor será que permanezcáis en mis aposentos, lejos de ojos indiscretos. El resto de los habitantes del castillo podrían decidir que vuestra presencia sentase precedente.

—Incluso yo, con toda mi juventud, humildes orígenes e insignificante talento —dijo Sombra del Amanecer—, había oído hablar de la mítica fortaleza de Doissetep. Es un honor que se me haya permitido la entrada en su sagrado suelo.

—Bah —bufó Porthos, con un aspaviento—. Doissetep no es ninguna iglesia, ni tampoco suelo santo. Ya son demasiados los que habitan entre estos muros y no piensan más que en sus poderes, sin acordarse de la Ascensión. Hay más pecadores que santos, y aún más locos que todos ellos juntos.

—¿Y eso del libro? —interrumpió Diecisiete, que ardía en deseos de que Porthos se centrara. Aunque llevaban ya casi dos horas en los aposentos del archimago, éste aún no les había explicado el motivo por el que quiso que lo acompañaran de regreso a Doissetep. Diecisiete comenzaba a sospechar que bien pudiera ocurrir que a Porthos se le hubiese olvidado incluso dónde estaban sentados.

—Mira —dijo el anciano mago, señalando hacia una de las largas y estrechas ventanas que salpicaban la cámara circular—. Se cierne una tormenta. En el Reino de Sombra de las Fuerzas, las tempestades son espectaculares.

Intrigado pese a su impaciencia, Diecisiete anduvo hasta el pie del ventanal más cercano. En absoluto silencio, Sombra del Amanecer lo acompañó. A lo lejos, el cielo púrpura rojizo restallaba con inmensos relámpagos de fuego amarillo. Se aproximaban unos negros nubarrones. El aire parecía dotado de vida, enfurecido.

Al mirar hacia abajo, Diecisiete vio los inmensos asideros de Doissetep extendidos sobre la cima de la montaña, semejantes a las extremidades de un gigantesco arácnido. Los negros muros de pizarra, las ceñudas gárgolas de piedra y las oblicuas torres en espiral conferían a la fortaleza un aspecto surrealista. El palacio oscuro, encajado en la cumbre más destacada de una soberbia cadena montañosa, se erguía desafiador frente a los iracundos elementos. Cientos de dedos metálicos plateados salpicaban las colmenas, monumentales pararrayos capaces de bregar con la tormenta más formidable.

—Hace años —comenzó Porthos, mientras Diecisiete y Sombra observaban el avance de la tempestad—, decidí compilar un libro. Había llegado a la conclusión de que eran muy pocos entre los nuestros los que conocían la historia de la Gran Traición, uno de los acontecimientos más importantes de nuestro eterno conflicto. Dado que yo era uno de los contados supervivientes de la Fundación, supuse que era mi deber dar cuenta de la historia completa que aconteció durante aquellos días aciños. Sólo si se comprende el pasado podremos entender el futuro.

Porthos dio cuenta del resto del vino que quedaba en su vaso, el cual volvió a llenarse de inmediato.

—Con la intención de ceñirme a los hechos, consulté tanto la biblioteca de Doissetep como los archivos del Horizonte. Juntas, estas dos colecciones me proporcionaron las declaraciones de algunos de los actores más importantes implicados en aquella tragedia. Tras transcribir sus palabras, traducirlas con toda la exactitud de la que fui capaz y añadir unos cuantos apuntes de mi propia cosecha a fin de esclarecer detalles, bauticé al volumen resultante con el título de *La senda frágil: Testamentos de la Primera Cábala*. En mi opinión, ese libro es el mayor de mis logros en el campo de las letras.

El archimago estiró la mano derecha y extendió los esqueléticos dedos cuanto le fue posible. Un estilizado volumen impreso con vivos caracteres de grana y oro apareció sobre su palma de la nada.

—Por desgracia, ésta es la única copia.

Porthos contrajo el rostro en un gesto de enojo.

—Cierta miembro del Consejo de las Nueve acusó al libro de no ser más que un incendiario panfleto propagandístico cuyo único propósito era el de calumniar a algunos miembros de las Nueve Tradiciones. Sin que hubiese llegado a leer siquiera una línea, aquel estúpido osó juzgar el contenido sobre la base de sus bien arraigados prejuicios. Montó tal escándalo que sus colegas terminaron por solicitar

la minuciosa revisión del manuscrito antes de permitir su publicación. Ya han transcurrido dos años y aún sigo esperando un veredicto. Me temo que ahora todo eso da igual.

—Intuyo que ese miembro del Consejo era São Cristavao —aventuró Diecisiete.

—Bastardo insufrible. Que arda en el infierno por toda la eternidad. —El archimago pareció recordar algo—. Ah, pero qué bueno, casi me olvido por completo. Si resulta que el muy canalla ya ha ido a parar a las calderas del averno. Se metió donde nadie lo llamaba. No acostumbro a mancillar la memoria de los muertos pero, tratándose de São Cristavao, haré una excepción. Si no vivo para ver el día de mañana, moriré con una sonrisa en los labios, con el convencimiento de ese sapo malparido ha dejado de existir.

—El libro, ¿habla del llamado Heylel? —preguntó Sombra del Amanecer.

—Eso es justo lo que hace, doncella espadachina. Narra la historia de la Primera Cábala, de su misión, sus logros y, por último, su Traición. Dos secciones resultan de especial interés: la última confesión de Heylel Teomim, antes de afrontar su destrucción y, no menos importante, la Revelación y Visión de Akrites el Vidente.

—Un infinito velo de oscuridad que cubrirá el mundo —recitó Diecisiete. En el exterior, las lenguas de los relámpagos lamían el firmamento.

Porthos pareció sobresaltarse. Asintió con la cabeza.

—Una predicción de la noche eterna. Cuando destruimos a Heylel, creímos que nos habíamos desecho de aquella pesadilla. Ahora, quinientos años después, resulta que acecha más cerca que nunca. Me temo que, si en verdad este ser es Heylel devuelto a la vida, la profecía de Akrites aún podría cumplirse.

—Kallikos está decidido a no permitirlo —aseguró Diecisiete—. Dice que el futuro no es rígido, que incluso la pesadilla más horrible no deja de ser una mera posibilidad.

—Dice la verdad, pero cambiar el futuro no es tarea fácil. Los videntes observan los acontecimientos más probables, los más difíciles de reescribir. Por eso os he pedido que vinieseis a Doissetep. El Consejo de las Nueve deliberará durante semanas, puede que meses, antes de decidir el curso de acción a seguir. Para entonces, ya será demasiado tarde. Hay que detener a Heylel cuanto antes. Akrites, a solas, no supone rival para la Abominación, le hace falta ayuda. A fin de derrotar a Heylel, primero debéis saber cómo piensa.

En el exterior de la torre, restallaban los relámpagos y bramaban los truenos, sin que llegase a llover. Porthos frunció el ceño y ladeó la cabeza, como si escuchase algo que sólo él era capaz de oír.

—Qué raro —musitó—. Vaya si es raro. —Le entregó el libro a Diecisiete—. Algo extraño transpira en Doissetep. Tengo que investigar. Mientras tanto, podéis comenzar a leer. No tardaré en volver.

Porthos chasqueó los dedos y se desvaneció.

Diecisiete miró a Sombra.

—¿“Algo raro”? Me pregunto qué querría decir con eso.

—En nuestra calidad de invitados non gratos y, por lo demás, insignificantes, supongo que lo mejor será que no nos preocupemos por ello. Maese Porthos quiere que leamos este texto. Pienso que deberíamos satisfacer sus deseos.

—Tú lo has dicho —repuso Diecisiete, que ya separaba las rojas cubiertas—, aunque me gustaría saber qué es lo que ocurre en el castillo. ¿Entiendes el inglés escrito?

—Domino siete idiomas —contestó Sombra del Amanecer, con la más leve de las sonrisas—. Comencemos por el capítulo introductorio, al que maese Porthos ha dado en titular *El porqué de este libro*.

Leyeron en silencio.

—Sutil, sutil, no es —comentó Diecisiete.

—Ni lo pretendo —declaró Porthos, que acababa de aparecer de la nada junto a ellos—. Los eufemismos caen en saco roto cuando hablamos de las nuevas generaciones. Opino que algunas cosas hay que decirlas a las claras, sin que quede lugar a dudas respecto al significado y al motivo por el que se han impreso esas palabras sobre el papel. Tal es el caso del volumen que nos ocupa. Las lecciones que en él se imparten entrañan la mayor importancia. Murieron personas en aras de esas creencias, otras experimentaron horribles sufrimientos. Aquellos sacrificios se merecen un recordatorio.

—¿Todo en orden en el castillo? —quiso saber Diecisiete, incapaz de refrenar la curiosidad que le provocaban los acontecimientos más inmediatos.

El ceño de Porthos se acentuó.

—Doissetep alberga a brujos de increíbles poderes. Como ocurre en la mayoría de las Capillas, estas almas “iluminadas” se han alineado con cábalas de individuos afines a sus filosofías. Obvia decir que cada grupo se cree en posesión de la sabiduría que le falta a los demás y que se encuentran inmersos en una interminable conspiración que los enfrenta a todos contra todos. Como dije antes, la mayoría de los inquilinos se preocupa menos de ayudar a la humanidad que de perpetrar sus intrigas. El equilibrio de poderes es precario. Esta noche, los ánimos parecen más caldeados de lo habitual. La tormenta, supongo, los enerva. Cuando se disipe, las aguas volverán a su cauce. Como siempre.

Como quien no quiere la cosa, estiró la mano y asió una fruta del vacío.

—¿Alguien gusta? ¿Una manzana, un melocotón, peras? Están deliciosas.

—No, gracias —rechazó Diecisiete, quien no dejaba de sentirse desconcertado cada vez que Porthos cambiaba de tema con tanta brusquedad—. Estaba a punto de empezar a leer el libro.

—¿El libro? Ah, sí, claro, el libro. *La senda frágil*. Mi mayor logro. Una pena que lo censuraran. ¿Cómo quieren aprender del pasado si no estudian la historia? Ésos son los que están abocados a repetir los mismos errores una y otra vez, o como se diga.

—Justo lo que estaba pensando. Por eso, Sombra y yo planeábamos leer el libro ahora, a fin de descubrir la verdad acerca de la Gran Traición.

—Una idea espléndida —farfulló Porthos, con la boca llena de pulpa de manzana—. Aunque tampoco es que os tengáis que empollar el libro, no veáis lo que os podría llevar. Mejor os lo cuento yo, para ahorrar tiempo. Nos saltamos las minucias y ya os imaginaréis vosotros el resto más tarde.

Diecisiete exhaló un hondo suspiro y cerró el libro.

—Adelante. Cuéntenos.

—Comenzaré por el principio, dado que es el mejor sitio para empezar. Corría el año 1325 cuando un grupo de filósofos y científicos que se hacían llamar la Orden de la Razón decidió que la magia asilvestrada y falta de disciplina estaba destruyendo el mundo y que hacía falta una única verdad unificada para proteger a la humanidad. Abanderada por ese credo común, la Orden de la Razón se dedicó a anteponer la ciencia a la magia, lo “común” a lo “sobrenatural”. Trabajaron en grupo y tuvieron éxito, puesto que la ciencia sustituyó al misticismo en todos los rincones del globo. El miedo a lo desconocido los ayudó en su gesta. Los nuestros se vieron impotentes para oponerse al abrumador peso de la razón. En comandita con los reyes y príncipes de la época, la Orden de la Razón se enzarzó en una cruenta cruzada destinada a barrer a todos aquellos que se opusieran a su versión de la realidad. Fueron muchos los magos que perecieron en aquellos días oscuros, puesto que condenaban a todo aquel que se negaba a someterse. Por fin, varios artesanos de la voluntad de gran poder llegaron a la conclusión de que, a menos que se unieran los místicos de todo tipo y creencia para combatir contra la Orden de la Razón, la magia desaparecería del mundo. A paso lento pero seguro, aquellos magos supremos, los Primi originales, reclutaron a otros que compartían sus inquietudes. A la sazón, aquella

alianza de artesanos de la voluntad creó el Reino mágico conocido como Horizonte. Una vez completado, este nuevo santuario sirvió como escenario para la Gran Convocatoria. Durante nueve años, cientos de magos procedentes de todos los rincones del mundo peregrinaron hasta el Horizonte, donde se debatió acerca del mejor modo de contraatacar a la Orden de la Razón. Por último, en 1466, la asamblea formó el Consejo de las Nueve Tradiciones Místicas, dedicada a conducir a la humanidad hacia la Ascensión y a restaurar la fascinación en el mundo.

Fue un crujido, y no un trueno, lo que ahogó las últimas palabras de Porthos. El suelo de la torre se estremeció. Con el ceño fruncido por la preocupación, el archimago se desvaneció de inmediato.

—Empiezo a preocuparme —dijo Diecisiete—. Según Sam Haine, Doissetep rivaliza con el Horizonte a la hora de nombrar la fortaleza de las Tradiciones más poderosa de la Teluria. ¿Qué mejor lugar para que atente Heylel?

Sombra del Amanecer rozó sus espadas gemelas, como si el frío acero le proporcionase seguridad.

—Maese Porthos habló de un delicado equilibrio. Kallikos me contó en cierta ocasión que Heylel era un genio a la hora de actuar con sigilo. Además de tratarse de un gran hechicero, sabía cómo aprovechar al máximo las maniobras más sutiles.

—Qué inquietante —musitó Porthos, que volvió a aparecer de la nada—. No consigo recordar tamañas salidas de tono en lo que va de siglo. Celebremos que no ha muerto nadie durante el último intercambio de impresiones. He hablado con Walter Thrun, jefe de seguridad de la Capilla, quien me ha asegurado que los problemas, de escasa importancia, ya se encuentran bajo control. Recemos para que no se equivoque.

—Sombra del Amanecer me decía que Heylel era un intrigante. ¿No estará él detrás de estas trifulcas?

—El maquiavelismo del traidor no tiene parangón, pero los magos de Doissetep no son peones que puedan moverse así como así sobre las casillas de ningún tablero. No nos dejamos influir tan fácilmente.

—Cuando los ánimos se caldean —insistió Sombra del Amanecer—, basta un empujoncito para comenzar un duelo.

—Ya, ya, la sapiencia oriental. Un dicho para cada día y demás zarandajas. Lo mismo que el ruido que hace una mano al aplaudir sola. Gracias por tu interés, pero no hay de qué preocuparse.

El archimago estiró el brazo, recuperó la manzana mordisqueada de ninguna parte y le hincó el diente.

—¿Por dónde iba? Ah, sí, la fundación de las Nueve Tradiciones.

Dobló las rodillas, a lo que el suelo respondió elevándose hasta crear una silla bajo sus posaderas.

—Al término de la Gran Convocatoria, el recién formado Consejo de las Nueve nombró lo que llegaría a conocerse como la Primera Cábala, un selecto ministerio que amalgamaba a algunos de los magos más ilustres del Horizonte. A la cabeza de aquel grupo se eligió a Heylel Teomim, un ser único dotado de dos Avatares, dos personalidades en el mismo cuerpo. Aquella naturaleza dual, su posesión de atributos tanto masculinos como femeninos, le proporcionaba una perspectiva única del mundo. Heylel, famoso por haber creado la Piedra Filosofal, era el más excelso de los Solificati, los Alquimistas. Se le tenía por uno de los magos más sabios de su tiempo, por lo que parecía lógico que ostentara el liderazgo de la Primera Cábala. La misión de ésta era recorrer la Tierra, combatir contra la Orden de la Razón en pro de los desvalidos, erradicar el hambre y la enfermedad y liberar a los esclavos. Era una noble causa, un esfuerzo titánico, aquel de lidiar contra la razón sin piedad. Atravesaron Europa y Oriente Medio. Durante cerca de cuatro años, propagaron un mensaje de esperanza, hermandad e iluminación. Hasta que aconteció la Gran Traición. Corría el verano de 1470 cuando Heylel se puso en

contacto con los líderes de la Orden de la Razón y conspiró para apresar a la Primera Cábala. Un ejército de inquisidores, comandados por Heylel y una docena de templarios pertenecientes a la Cábala del Pensamiento Puro, se abatieron sobre el grupo en la provincia de Narbonne. Durante el transcurso de la batalla resultante murieron asesinados tres de los ocho. Cuatro fueron capturados. Otro cayó como un héroe. Akrites escapó, regresó al Horizonte y organizó una partida de rescate. No sólo consiguieron salvar a tres de los cuatro prisioneros, sino que los rescatadores lograron además capturar a Heylel. El traidor fue juzgado y encontrado culpable de traición a sus camaradas. En noviembre de aquel año, se destruyeron sus Avatares gemelos y su cuerpo quedó reducido a cenizas.

—Pero, ¿por qué? —preguntó Diecisiete—. ¿Explica tu libro por qué traicionó Heylel a las Tradiciones?

—Durante la última confesión de la Abominación, el traidor afirmó, como pudisteis escuchar anoche en la sala del Consejo, que había cometido el crimen para salvar al Consejo, para demostrar que la Orden de la Razón triunfaría si las Tradiciones no se unían con el mismo propósito y determinación que demostraban nuestros enemigos. Las palabras de Heylel brotaron cuajadas de emoción. Entre otros, había traicionado a la madre de sus hijos, Eloine, *bani* Verbena, y a su mejor amigo, Akrites Salonikas, el Vidente. Durante su última declaración ante el Consejo de las Nueve, Heylel sostuvo que recibía la muerte de buen grado, puesto que la carga de la culpa que tenía que soportar era demasiado pesada. Fui testigo de su destrucción y doy fe de que el traidor se enfrentó a su fin sin sentir remordimiento alguno. Pese a lo horrendo de sus crímenes, seguía creyéndolos necesarios.

—¡Porthos! ¡Porthos! —Una voz de mujer resonó por toda la cámara—. Venid, deprisa.

Porthos se desvaneció. Toda la torre se estremeció, como si se hubiese apoderado de ella un inesperado terremoto.

Diecisiete se incorporó. Sombra del Amanecer permaneció sentada, sereno el semblante.

—Me parece que Porthos ha subestimado la situación.

—Sin duda. No obstante, el archimago nos transportó a este Reino por medio de su magia. Sin su ayuda, estamos atrapados. Preocúpate tan sólo de aquello que puedas controlar, no te distraigas con supercherías.

La habitación tembló con más violencia que antes. Diecisiete acudió raudo a la ventana, miró hacia los cimientos de la fortaleza y se quedó sin aliento ante lo que vieron sus ojos. Los muros del castillo presentaban una serie de enormes grietas. En cierto punto, parecía que una mano gigantesca hubiese desgajado toda una sección del edificio.

—Se oyen gritos —advirtió Sombra del Amanecer. Pese a todas sus sosegadas palabras acerca de mantener la paz interior y la tranquilidad, la espadachina aferraba sus armas con firmeza—. Doissetep se tambalea al borde de una guerra abierta entre sus cábalas.

Un relámpago púrpura sajó los cielos y recibió una respuesta de abajo. Una centella sesgada de pura energía se abrió paso a través del tejado de un ala lejana de la fortaleza hasta estrellarse contra los negros nubarrones de tormenta igual que un colosal martillo. Sombra del Amanecer sintió un escalofrío.

—Son muchos los que acaban de morir.

—Podemos trepar por la escalerilla hasta el tejado. —La estancia se sacudía de uno a otro lado como si la azotase un viento huracanado—, o bajar y adentrarnos en la ciudadela.

—No os recomiendo ninguna de las dos opciones —dijo Porthos. El archimago se dejó caer sobre su silla, con expresión angustiada. Habían desaparecido sus gafas y los grasientos mechones oscuros se veían chamuscados. Las lágrimas asomaban a sus ojos—. ¿Cómo he podido estar tan ciego? Han estallado duelos a muerte en las estancias principales, archimago contra archimago. El más poderoso

de todos los Reinos, la Capilla más antigua aún en pie, se está viniendo abajo. Éste es el fin, la muerte de Doissetep, destruida por la envidia antes que por la magia.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Diecisiete—. ¿Qué está pasando?

Cayeron ladrillos del techo, temblaron las paredes, mas Porthos parecía ajeno a toda aquella destrucción. El archimago izó su copa de vino y la vació de un trago.

—Un cáncer devora las entrañas de Doissetep —musitó, amargado y furioso—. Tras tanto tiempo manteniéndolo a raya, esta noche se ha desatado, imparable. Teníais razón al sospechar que la mano de la Abominación estaba detrás de este desastre, si bien Heylel no ha hecho más que propagar la noticia de su regreso. Las suspicacias y los subterfugios se han ocupado de lo demás.

—Un equilibrio delicado —señaló Sombra del Amanecer—. Todas las cábalas sospechaban de las demás pero, mientras ninguna sobresaliera por encima de las otras, se sentían a salvo. Un equilibrio de poderes, una vez desnivelado, no puede volver a restaurarse.

—Exacto. —Porthos agitó una mano y la habitación dejó de estremecerse, aunque nada podría amortiguar el estruendo de la contienda que se libraba fuera del santuario—. Son cuatro las cábalas de cierto peso que opinan que sólo ellas deberían controlar Doissetep. Los Druai'shi, a los que pertenezco, los Jenízaros, la Orden de Bonisagus y los Seguidores de Tylalus. También hay otros grupos menos poderosos que ansían su ración de autoridad. Doissetep es un campo de batalla de orgullos desmesurados y desbocados. Cada organización lleva décadas conspirando y tejiendo urdimbres contra las demás, a fin de conseguir algo de ventaja en este eterno conflicto, nunca a las claras, siempre en la sombra. Mas la tregua, aunque precaria, resistía, puesto que nadie deseaba declarar la guerra abierta a sus compañeros brujos, la cual todos comprendían que sería impredecible y podría resultar letal para todos los implicados. Hasta esta noche.

Saltaban los relámpagos y rugían los truenos, la mayoría procedentes de abajo, tan constantes que las ventanas refulgían como bengalas.

—La noticia del regreso de Heylel se ha propagado igual que un incendio incontrolado por toda la fortaleza. —Porthos sacudió la cabeza, desesperado—. Pero, de algún modo, se han manipulado y retorcido los detalles, sin duda debido a las mentiras que hayan podido susurrar los agentes de Heylel. Se habla de un pacto entre la Abominación y mi persona. Mi rivalidad con São Cristavao era de sobras conocida por los enemigos que me he forjado en la Capilla. Por tanto, a sus ojos, la muerte del mago ha cobrado un significado distinto. Los muy estúpidos piensan que ha sido el pago por mi colaboración.

—Eso es una locura —rechazó Diecisiete—. ¿Cómo iban...?

Enmudeció de repente. Se quedó sin aliento. El aire de la cámara se habían convertido en agua. El líquido le inundaba la garganta y los pulmones. Ni siquiera las excepcionales dotes de Diecisiete para la supervivencia lo preparaban para subsistir inmerso en aquellas condiciones. Un velo de tinieblas se cernió sobre él y, entonces, de improviso, desapareció.

—Muy bonito —musitó Porthos mientras Diecisiete boqueaba para recuperar el aliento. Tan imperterrita como solía mostrarse, Sombra del Amanecer acusaba su sobresalto y confusión—. Un elemental acuático se había apoderado del cuarto.

A dos metros de distancia se materializó algo enorme, amarillo y cuajado de dientes. Las espadas de Sombra del Amanecer ya habían saltado a sus manos cuando Porthos fulminó al horror con la mirada.

—Largo, bicho.

La monstruosidad se desvaneció con un estallido de humo rojizo.

—Una ignominia de la Dimensión de las Pesadillas. Me temo que no nos queda tiempo para debatir acerca de la traición de Heylel. Esto que veis son pequeños asaltos que horadan mis defensas. Doissetep está siendo reducida a polvo por fuerzas descomunales. La cima de la montaña está a punto de entrar en erupción. Bajo nosotros se asienta un poder inmenso, la rabia que llevaba tantos siglos contenida no tardará en desatarse. Muy pronto, ni siquiera mis más enconados esfuerzos conseguirán repeler tanta furia. Debéis iros antes de que eso ocurra.

—¿Nosotros? —preguntó Diecisiete—. ¿Y qué hay de ti?

—Esta fortaleza ha sido mi hogar durante más de quinientos años. No voy a abandonarla ahora. Si Doissetep sucumbe, Porthos Fitz-Empress caerá con ella.

—Las Nueve Tradiciones necesitan tu fuerza para enfrentarse al clon base —dijo Sombra—. La retirada no implica deshonor. Tu muerte no hará sino beneficiar los planes de Heylel.

—Será como ha de ser. —El rostro de Porthos parecía esculpido en piedra—. No puedo irme. Doissetep es un gigantesco polvorín de energía mágica a punto de explotar. Cuando eso ocurra, la fuerza de la explosión reverberará por toda la Teluria. El universo se estremecerá. Si no me quedo para amortiguar la onda expansiva, morirán miles, quizá millones. No puedo permitir que eso ocurra.

—Pero...

—Sin discusión. Permitid que este anciano tenga un noble gesto final. Buen viaje.

Porthos señaló con un largo dedo a Sombra y a Diecisiete, quienes, de forma instintiva, entrelazaron las manos. La cámara se iluminó con una energía increíble. El mundo se sumió en la oscuridad.

DIECIOCHO

En la más completa y absoluta oscuridad, Diecisiete veía sin ojos, escuchaba sin oídos...

Doissetep grita de agonía. La fortaleza, oscura y siniestra, más inmensa que cualquier otra ciudadela jamás construida sobre la Tierra, se estremece sobre la cima de una imponente montaña, en el seno de una cadena de cumbres casi igual de amenazadoras. Rojas llamaradas devoran sus entrañas, vórtices de energía se arremolinan sobre ella mientras hombres semejantes a dioses se enzarzan en una lid definitiva, letal. A lo lejos, la mismísima tierra se desgaja ante el fuego. Los volcanes entran en erupción y derraman su lava sobre los bosques y las praderas del Reino. Se abren inmensas grietas en el suelo cuando las fuerzas desatadas laceran el corazón de la tierra. Comienza a escucharse cada vez más fuerte un sordo pulsar. Una onda sónica descomunal se yergue procedente de la fortaleza de piedra negra cuando miles de voces gritan anticipando el horror.

Por un momento, el propio universo parece detenerse cuando la materia y la energía fluyen de uno a otro estado. El tiempo se para y observa la colisión de energías mágicas que escapan a la comprensión humana, con fuerza suficiente para alterar la mismísima naturaleza de la realidad. Durante el parpadeo de un ojo, el latido de un corazón, el momento perdura. Después, con un rugido que ensordece a toda la creación, Doissetep explota.

En Manchester, Inglaterra, apodaban a aquella enorme mansión de madera el Palacio Encantado. Era un lugar de ominosa reputación, construido hacía cientos de años. Nadie conocía el nombre de su constructor original, aunque los historiadores locales se apresuraban a señalar que aquel había sido el escenario de más de una docena de asesinatos, treinta y siete suicidios y, al menos, un acto de canibalismo. Aquellos valientes tan osados como para aceptar el reto de la Sociedad Psíquica de pasar una noche dentro de la mansión terminaban, sin excepción, internados en el manicomio de la ciudad, balbuciendo acerca de manos fantasmales que salían de las paredes, de voces que susurraban en el interior de sus cabezas y de visiones tan grotescas como para no dar cuenta de ellas por escrito.

La antigua mansión inquietaba a los artesanos de la voluntad de las Nueve Tradiciones, y eran pocos los que se atrevían a recorrer sus pasillos y añejos salones durante más de dos noches seguidas. Con el paso de los siglos, se había perdido la cuenta de los fantasmas exorcizados del edificio. Empero, permanecía hechizado por ciertos espíritus abominables que no se han de nombrar.

Aquella noche, cuando estalló en llamas y ardió hasta los cimientos en cuestión de minutos, los científicos de toda la ciudad culparon del holocausto a un escape de gas subterráneo. La mayoría de los vecinos se reservaba sus propias explicaciones, casi todas ellas relacionadas con el azufre.

En un lago de las regiones norteafricanas de Minnesota, un grupo de pescadores se sobresaltó al ver cómo salían a la superficie varias burbujas de algo que se parecía demasiado a la sangre, procedentes del reputado Lago sin Fondo. Se llevaron una sorpresa mayúscula cuando, segundos después, una forma gigantesca emergió del agua bajo su barca. La estupefacción dio paso a los gritos de horror cuando descubrieron que lo que estaban viendo no podía ser sino un plesiosaurio, un dinosaurio acuático de largo cuello extinto, en principio, hacía millones de años. La criatura profirió un rugido de mortal agonía que volcó a la pequeña embarcación. Con las escenas de la película *King Kong* nítidas en sus cabezas, los aterrorizados excursionistas nadaron a brazadas desesperadas en dirección a la

orilla, esperando que en cualquier momento las fauces del monstruo se abrieran y los engullesen a modo de aperitivo.

No hubo víctimas, aunque el cabello de uno de los cuatro pescadores, un joven poco imaginativo llamado Tom Alden, se volvió blanco como la nieve. Mientras jadeaban y resollaban en la orilla del lago, el cuarteto descubrió que el monstruo de lejanas épocas había ascendido a la superficie para morir. Flotaba inerte a escasa distancia de los restos de su bote. Al cabo de una hora, el cuerpo parecía haberse fundido por completo con el lago.

Los pescadores, tras mucha deliberación, decidieron que cualquier mención referente a aquella experiencia los enviaría de cabeza a una institución psiquiátrica. Juraron guardar silencio y sellaron el pacto con dos cajas de cerveza que guardaban en su campamento, levantado no muy lejos de allí. El único que llegó a faltar a su promesa fue Tom Alden, que llegaría a tener que soportar el mote de Copito de Nieve y que, durante un arrebató etílico, describió el acontecimiento a su esposa, con pelos y señales. Por suerte, la señora Alden, aún menos imaginativa que su marido, supuso que éste no estaba más que celebrando el apogeo de un fin de semana dedicado al alcohol y otros excesos, y decidió que aquel era un buen momento para solicitar el divorcio.

En un antiguo túmulo funerario cerca de Tain, Escocia, media docena de Danzantes de la Espiral Negra, hombres lobo malignos al servicio del Wyrn, se encontraban inmersos en un salvaje asalto a la cripta. El guardián de la tumba, un poderoso espíritu llamado Viejo Enoch, se vio obligado a enfrentarse a los profanadores. Junto a los lobos se amontonaban docenas de espíritus de la perdición. Pese a ir armado con una descomunal hoja rúnica a dos manos, Viejo Enoch sólo era uno contra muchos. Por primera vez en toda una era, cobraba sentido la posibilidad de que las fuerzas de la demencia se adueñaran de la tumba y capturasen su manantial de Quintaesencia.

Ni Enoch ni sus enemigos estaban preparados para la titánica ráfaga de energía psíquica que surgió de la nada e inundó los túneles de la cripta, barriendo a todos los seres mágicos presentes con una ferocidad incontenible. Los Danzantes de la Espiral Negra, todos ellos poderosos guerreros, se vieron aplastados contra las paredes de la tumba con tal violencia que sintieron cómo se astillaban todos sus huesos. La misma oleada redujo a los espíritus de la Perdición a hilachos de humo y desperdigó sus restos por media Escocia. En cuestión de instantes, el túmulo funerario desapareció como si jamás hubiese existido. Sólo Viejo Enoch sobrevivió al cataclismo y fue a parar al lago Lomond, confuso, enterrada la espada rúnica en el cieno.

En la ciudad de Nueva York, mil doscientos parabrisas se rompieron al mismo tiempo. La mitad de ellos pertenecía a coches aparcados en la calle, por lo que el daño se atribuyó a algún tipo de ceremonia de iniciación masiva de alguna banda callejera. Resultaron mucho más difíciles de explicar los otros seiscientos parabrisas que explotaron e implosionaron en coches que se encontraban circulando en aquellos momentos. Cristales defectuosos, un cúmulo de extrañas condiciones atmosféricas, un experimento secreto de la CIA relacionado con gigantescos receptores de ondas, una lluvia meteórica de esquirlas de hielo y tantas otras explicaciones igual de inexplicables bombardearon los programas de entrevistas de la ciudad durante toda la semana. Algo más reales fueron las cuatrocientas personas que sufrieron cortes, desde pequeños arañazos a tajos de seriedad. Murieron tres personas, dos de ellas de sendos ataques al corazón a causa de la impresión, y la tercera empalada por un fragmento de vidrio de veinte centímetros de largo que se le incrustó en el ojo derecho. Las demandas civiles resultantes

del desastre ascendieron a un total de ocho mil millones de dólares, y dieron pie a los abogados de toda el área metropolitana para demostrar que nada ocurre sin motivo.

Encajados en la remota Eslovenia, los Brazos de Var estaban considerados como uno de los misterios más intrigantes de la región. Nadie sabía quién había construido los monumentos, ni por qué. El nombre se aplicaba a tres gigantescos monolitos de pizarra gris, jaspeados de extraños patrones oscuros de color verde y escarlata.

Los Brazos de Var, cuyo nombre se perdía en las brumas del tiempo, se asemejaban a inmensos antebrazos de piedra que sobresalían del montañoso suelo de la región. Las manos de cada brazo, por su parte, exhibían siete dedos, estirados hacia el cielo como si buscasen algo invisible. Los supersticiosos campesinos de la zona murmuraban que cualquiera que se sentase sobre aquellas manos desaparecía de la faz de la Tierra. Aunque los científicos se burlaban de aquellas habladurías, ninguno de los profesores que de vez en cuando acudían a examinar las extraordinarias formaciones llegaba a trepar hasta ponerse al alcance de aquellos dedos crispados.

Aunque el mundo exterior no era consciente de la existencia de los monumentos, sobre todo por la dificultad para conseguir que los Brazos apareciesen con nitidez en las fotografías, se los consideraba un tesoro nacional esloveno. El gobierno estaba tan preocupado por la posibilidad de su destrucción que había llegado a destacar un pequeño contingente armado en las proximidades. Tampoco demasiado cerca, no obstante, dado que los guardias que pasaban mucho tiempo cerca de las manos extendidas tendían a desaparecer o a perder la cordura.

Una risotada infernal, tan atronadora que provocó varias avalanchas en las montañas cercanas, anunció una asombrosa transformación. Cerca de un centenar de campesinos, con el padre Radju, párroco de la iglesia local, a la cabeza, se apresuraron a acudir ante los monumentos. No se pudo encontrar a ninguno de los seis soldados allí destacados. Nunca se los volvería a ver.

Aún más aterrador que la desaparición de los soldados o aquellas carcajadas fue el cambio que se había operado en los Brazos de Var. Los veintiún largos dedos ya no apuntaban hacia el sol, sino que habían compuesto tres puños. Las descomunales manos parecían alzarse en señal de desafío a los cielos.

Haciendo acopio de serenidad, el padre Radju condujo a los aterrorizados aldeanos de vuelta a sus hogares, entre promesas de que Dios seguía velando por ellos. Aquella caprichosa transformación debía de tener una explicación. Les prometió que los representantes de la universidad sabrían cuál era la respuesta. Cuando los ánimos se hubieron tranquilizado y se hubo cernido sobre la aldea una especie de calma crispada, el padre Radju se dirigió a su casa para, por primera vez en cuarenta años, destapar una botella de coñac.

Tres mil bombillas explotaron en Singapur. Las autoridades locales, sin saber a quién echar la culpa, interrogaron a todos los trabajadores de la central eléctrica local. Tras varias horas de preguntas inútiles, la policía concluyó que los responsables de la destrucción permanecerían en el anonimato. Se liberó a los exhaustos obreros, previa exhortación a no permitir que se repitiera el incidente.

En el secreto Reino del Horizonte de Vali Shallar, los dos soles que compartían el firmamento perdieron intensidad, como si una nube se hubiese cruzado ante ellos. En su santuario de la gran Torre, Alvin Reynolds se apresuró a sentarse ante su ordenador. La red se había inundado de mensajes

procedentes de Adeptos Virtuales repartidos por toda la Teluria. Nadie sabía a ciencia cierta qué es lo que había ocurrido, aunque muchos aventuraban hipótesis.

El agua de la cascada que se derramaba a las afueras de la ciudad de Acajutla, en El Salvador, se tornó roja como la sangre. Las cristalinas cuencas naturales al pie de las cataratas se agrietaron con un chasquido audible, como si hubiesen descargado un martillazo sobre ellas. Por todo el pantano, saltaron al agua más de una docena de gigantesos caimanes. Los hombres bestia conocidos como Mokolé consideraban que la cascada formaba parte de su territorio. Como enemigos de los magos que extraían energía del agua, se regocijaron ante la destrucción que implicaban aquel fluido escarlata.

Por un momento, tan breve como espantoso, la Telaraña Digital titiló y se quedó en blanco.

A su regreso, tres segundos después, aparecen muertos docenas de magos. Muchos cientos han quedado aturcidos o incluso en estado catatónico a causa de la impresión. Se han borrado los Sectores formateados. Las páginas de Internet mundanas se han colapsado. Se han alterado e incluso borrado por completo redes de comunicaciones al completo. No se volverá a reiniciar el sistema hasta dentro de algunos años.

Los Adeptos Virtuales no tardan en bautizar a ese día como el Lunes Blanco, dado el gigantesco apagón que tuvo lugar. Hay quien se refiere a él como el Gran Cuelgue del noventa y siete. Los Tecnócratas no pierden el tiempo con esas tonterías. Con la inexorable determinación que siempre ha caracterizado a la Unión, los Tecnócratas aprietan los dientes y vuelven al trabajo...

En las montañas de Tennessee, un terremoto sacude un montículo cubierto de hierba sobre el que se erguía una formación de enormes bloques de granito. Las rocas forman un diseño que, a vista de pájaro, se asemeja a una intersección de dos flechas. Cuando cesa el movimiento sísmico, la imagen desaparece. Una manada de hombres lobo Garras Rojas culpan del incidente a un pequeño grupo de Tecnomantes estacionados en una ciudad próxima, arrasan la población y descuartizan a los humanos mejorados por medios biológicos.

En Kuwait, se incendian dieciséis pozos petrolíferos. Las explosiones resultantes acaban con las vidas de treinta y siete hombres y mujeres. Se ciegan las excavaciones y se consigue sofocar las llamas. Aún no se han conseguido determinar las razones del holocausto.

En el Horizonte, brotan lenguas de energía de una docena de entradas ocultas que conducen al Reino. Una luz cegadora centellea durante una fracción de segundo, antes de apagarse. Los enlaces de ese tipo con los Reinos del Horizonte están estrictamente prohibidos, pero resulta imposible hacer cumplir la ley a rajatabla. Nadie duda que todas las rutas conducían a Doissetep. Nadie intenta cruzar el umbral que lleva al Reino de Sombra de las Fuerzas.

Presente en una reunión estratégica con los cinco miembros del Consejo de las Nueve, Kallikos, otrora conocido como Akrites, exhala un hondo suspiro de desesperación.

—Otro paso hacia el fondo. Una a una, las cadenas del futuro se cierran alrededor de nuestros cuellos.

Nadie le responde. No hay nada que decir. Todo el mundo se siente perplejo. Junto al Horizonte, Doissetep era el ancla de las Nueve Tradiciones. Sin él, se sienten a la deriva.

En Malfeas, Aliara frunce el ceño. No le gustan las implicaciones de tamaña destrucción. En alguna otra parte, el Señor del Acero se ríe.

Una explosión sacude uno de los barrios más pudientes de Boston. Una enorme mansión de dos plantas conocida como la Casa Delono desaparece en medio de una nube negra de madera y acero. El enorme garaje, con capacidad para diez coches, sufre los efectos de la onda expansiva y convierte la colección de autos en un gigantesco amasijo de hierros retorcidos. Cuando se asienta el polvo, horas después, lo único que queda es un cráter impresionante, mucho más profundo que cualquier sótano común. Se encuentran numerosos cuerpos, todos ellos calcinados y mutilados hasta el punto de no poderlos identificar.

Una detonación similar destruye la Mansión Fulroony, en Inglaterra. Abundan las víctimas mortales y varios hogares más modestos del estado sucumben ante un incendio de tal intensidad que funde el acero. Una serie de roncadas explosiones subrayan la magnitud del siniestro. Más de una docena de coches, así como un helicóptero, se pierden en el desastre. Al parecer, no quedan supervivientes, aunque, dado que nadie sabía a ciencia cierta cuánta gente habitaba la Mansión, ni quiénes eran, resulta imposible confeccionar una lista detallada de fallecidos y desaparecidos.

En Toledo, España, una antigua casona de tres plantas, enorme y lujosa, que se erguía en medio del centro de oficinas de la ciudad, se derrumba sobre sus cimientos con un rugido. Una lluvia de toneladas y más toneladas de ladrillos inunda la calle, cobrándose la vida de docenas de clientes de los comercios circundantes. No se encuentra una explicación lógica para el desastre.

...la caída de Doissetep y la muerte de Porthos Fitz-Empress.

Abrumado por lo que acababa de presenciar, Diecisiete tardó algunos minutos en darse cuenta de que ya no se encontraba a oscuras. El firmamento sobre su cabeza era negro, pero se veía cuajado de estrellas. El suelo bajo sus pies era firme. A lo lejos, oía los sonidos propios de la vida.

Con esfuerzo, se aupó hasta quedar sentado en la tierra. Vio a Sombra del Amanecer a escasos metros de él, poniéndose en pie, descalza, con la gracilidad propia de su sobrenombre. Era tan elemental como la noche. Su mirada escrutó los alrededores hasta que lo encontró. Diecisiete alzó una mano a modo de saludo, extenuado. Sombra esbozó una sonrisa.

—¿Lo has visto? ¿Has presenciado el final?

La joven asintió con la cabeza. La sonrisa se esfumó de su rostro.

—Murió protegiendo a los demás. Fue un noble epílogo, la muerte de un auténtico guerrero.

—¿Tienes alguna idea de dónde estamos? —Diecisiete intentaba distinguir las peculiaridades del terreno en la penumbra—. Parece una pradera lisa y llana.

—Hay muchos peñascos en las inmediaciones. —Sombra apuntó hacia unas siluetas que se recortaban contra el cielo nocturno—. Por su aspecto, diría que se han derrumbado.

Diecisiete giró despacio sobre sus talones hasta describir un círculo, examinando el lugar en el que habían aparecido. No le cupo ninguna duda. Habían llegado al centro exacto de una gigantesco anillo

de dinteles rocosos, monolitos que antes debían de haberse erguido hacia el cielo. La fuerza de la destrucción de Doissetep había arrasado aquel antiguo lugar sagrado.

—Stonehenge —musitó Diecisiete, cuando el nombre se abrió paso a sus labios desde el subconsciente—. Uno de los templos más antiguos de la Tierra, además de un Nudo de increíble potencia.

Ansioso, aferró la mano de Sombra del Amanecer.

—Más vale que nos pongamos en marcha. Cuando los vecinos descubran que este lugar ha sido arrasado, no creo que les haga ninguna gracia. Será mejor que no nos pillen cerca para poder cargarnos las culpas.

—Siento la presencia de varias Capillas en las proximidades. Podríamos refugiarnos en alguna de ellas.

—Buena idea. Mira, ¿qué es eso?

Una piedra solitaria permanecía erecta entre las ruinas. Un altar de tosca factura. Sobre él descansaba un estilizado libro de tapas rojas que refulgía con una luz mágica. Diecisiete se estiró para recuperar el volumen. Sabía, sin lugar a dudas, que aquel era un último regalo de Porthos. Lo que sostenía en sus manos era la única copia del archimago de *La senda frágil*.

DIECINUEVE

Se escuchaban gritos airados más adelante, en el aparcamiento. Madeleine, siempre cauta, desapareció tras un remolque mientras buscaba la causa del alboroto. Le había parecido reconocer aquellas voces. No se equivocaba.

Los hermanos Riley habían regresado, y también Willy Smith. Como de costumbre, habían decidido divertirse a expensas de los demás. En este caso, del Rat Pack.

Brian yacía despatarrado sobre el asfalto, con la camiseta de Metallica manchada de sangre. Willy Smith se erguía sobre él, con una sonrisa en los labios y un bate de béisbol en las manos. Lucy, furiosa, se revolvía y pataleaba mientras intentaba zafarse de la presa de Caín. El hombretón había enrollado a la niña con su propia cadena y le había inmovilizado los brazos a la espalda. Pete se cubría el rostro con una mano mientras trastabillaba. El cuchillo que empuñaba relucía impotente alumbrado por las farolas del aparcamiento. Allyson bregaba por descargar su bayoneta contra las encallecidas manos de Abel, procurando mantenerse lejos de su alcance. A juzgar por los cortes que exhibía su contrincante, había conseguido hacer blanco en más de una ocasión, pero la chaqueta de cuero del motorista le protegía el cuerpo de la hoja mientras reía y jugaba con la muchacha. Ante la mirada de Madeleine, Sybil lanzó un botellazo contra Caín que hizo pleno impacto, rebotó y se rompió en mil pedazos a sus pies. Sarah se encontraba al margen, encogida, sollozando. Había dejado un rastro de sangre a su paso.

Era, para abreviar, una masacre. Madeleine ya había visto bastante. Los simios que se hacían llamar “Hellblazers” estaban a punto de descubrir qué se sentía al quemarse con las llamas del infierno.

El monstruo miró alrededor. No había testigos. Teniendo en cuenta la algarabía, no era de extrañar. Nadie prestaba atención a los gritos donde Sam el Sucio, a menos que quisieran sumarse a los vítores. Bien. Madeleine tenía varios secretos que prefería mantener así. Los niños no iban a tardar en descubrir la naturaleza de su benefactora, y los Hellblazers no iban a irle a nadie con el cuento de lo que verían.

Caín se echó a Lucy por encima del hombro.

—Vamos, mocosa, a pasarlo bien. Ahora no me vengas conque eres virgen. Ya verás cómo valgo tanto como cualquier camionero.

La respuesta de Lucy fue una sarta de juramentos que habría dejado sordo a un marine. Pataleó y golpeó con las rodillas el pecho y el hombro de su apresador. Éste rompió a reír. Era mucho más fuerte que ella y sus denuedos apenas consiguieron que vacilara. Los golpes no lograban sino excitarlo aún más.

En silencio, Madeleine se hundió en el firme del aparcamiento. Muchos vampiros poseían un poder conocido como “fundirse con la tierra”, gracias al cual eran capaces de infiltrarse en el suelo y ocultarse allí. Madeleine era una de las privilegiadas que habían descubierto el secreto de moverse por dentro del suelo, un talento especial que la convertía en una de las asesinas más peligrosas del mundo.

—¿Te crees muy mayor? —rugió Willy al ovillo encogido a sus pies—. Así que tienes ganas de pelea, ¿eh, mierdecilla? Pues los golpes *duelen*, chaval. Ya verás. —El bate se estrelló contra el pecho de Brian. Algo crujió. El niño gritó—. *Duele*, ¿a que sí? —aulló Willy. Aquella voz recordaba de un modo espeluznante a la forma en que solía tratarlo su padre.

Abel asió la muñeca de Allyson y consiguió que la chiquilla perdiera el equilibrio. Ésta le soltó un puñetazo que no encontró más que aire. El hombre descargó un manotazo que consiguió tirarla al suelo.

—¡Hijo de puta! —aulló Sybil, al tiempo que se abalanzaba sobre la espalda del agresor. En su rincón, Sarah pugnó por tenerse en pie, pero le fallaron las piernas.

Pete atacó al torturador de su hermano. La barra de plomo del muchacho se estrelló contra la nuca de Willy y consiguió tirarlo de bruces. El Hellblazer gruñó enfurecido mientras se palpaba la cabeza, tan aturdido como colérico. Pete ayudó a Brian a ponerse en pie.

—¡Ya verás, cabrón! ¡Ya verás, cabrón *hijo de puta!* —Willy ya parecía poseído por el espíritu de su difunto padre, incluso arrastraba las palabras con aquel dejo de borracho que tan bien dominara el viejo en su día—. ¡Te voy a desollar vivo y voy a empapelar las paredes con tu piel!

Se olía la sangre en el aire.

Abel se arrojó de espaldas contra la puerta del coche. Sybil no soltaba su presa. El sádico giró en redondo y se lanzó contra otro vehículo.

—Enanacalvanegra —gritó—, ¡*déjame en paz!*

No tuvo ocasión de volver a golpearla.

Igual que una sombra, Madeleine brotó del asfalto, sin rastro de la tranquila apostura que la caracterizaba. En su lugar rugía el monstruo sediento de sangre llamado la Daga de los Giovanni.

Su mano saltó a la entrepierna del hombre y rasgó. Abel lanzó un chillido aflautado. Lo atacó dos, tres, cuatro, cinco veces, arrancándole un pedazo en cada ocasión. A la sexta, ya no quedaba nada que asir. Abel seguía gritando, en silencio después de que le abriesen los pulmones. Sybil asistía a la escena con ojos desorbitados y la boca abierta de par en par. La carnicería había durado cinco segundos. Abel cayó, arrastrando a Sybil con él.

Siguiente.

Willy seguía bregando por recuperar la verticalidad cuando Madeleine se ocupó de que no volviese a ponerse en pie nunca más. Después de que sus dedos saltaran a por los ojos del hombre, lo último que vio éste fue al fantasma de su padre, que lo amenazaba con el puño.

El dolor duró más que la visión.

Siete coches sufrieron el impacto de su cuerpo. Los abollones resultantes eran impresionantes, así como el color resultante de mezclar las vísceras con la pintura de los vehículos.

Siguiente.

Caín vio con la mandíbula desencajada cómo sus compinches se convertían en manantiales de sangre. Madeleine se movía más rápida que la vista. Era un borrón, una centella. E iba a por él.

Lucy se soltó en el momento en que Madeleine se impulsaba en el aire. La niña se hizo daño contra el suelo, aunque no tanto como Caín. Éste lo golpeó varias veces. En pedazos.

Silencio.

Seguido del sonido de una oración musitada, mezclado con el de unas incontenibles arcadas.

Sarah miraba a su benefactora con una mezcla de amor, asombro y horror. Mamá siempre le había dicho que la ira de los ángeles era terrible. Si la niña había dudado alguna vez el carácter divino de la mujer de negro, aquellas dudas se habían borrado para siempre.

Aunque Madeleine Giovanni lamiera la sangre que le impregnaba los dedos y se alimentara del cadáver de Abel.

—Ah. —Eso fue todo lo que pudo vocalizar Allyson mientras se alejaba de su aterradora salvadora, preparada para echar a correr como si la persiguieran los demonios.

Lucy fue algo más elocuente.

—Hostias, tía —repitió como si de un mantra se tratara, abrazada con fuerza a sí misma, hasta que las palabras perdieron todo su significado.

Brian y Pete no dijeron nada, aunque sus ojos brincaban de un lado a otro, asustados. Estaban acostumbrados a guardar silencio. Papá se había encargado de eso.

—Joder, eso sí que es una pava con dos cojones —sentenció Sybil al fin, sobreponiéndose y pasándose una mano trémula por los labios.

La neblina escarlata se fue disipando a medida que cedía la fiebre de sangre. Madeleine alzó la vista, se alisó la falda y miró a los ojos a los seis pávidos infantes.

—Me parece —dijo, como si no hubiese ocurrido nada— que tenemos que hablar.

Hipnotizados por lo repentino de la violencia y por la franqueza del tono empleado por Madeleine, los miembros del Rat Pack se dispusieron a seguirla.

Arrojaron los cadáveres a la cuneta. Las motos de los Hellblazers fueron las siguientes, yendo a estrellarse con estrépito entre los arbustos. Se le volvería a achacar otra atrocidad a los caníbales, aunque resultaba dudoso que alguien fuese a guardar duelo por aquellas muertes.

—Y bien, ¿qué ha ocurrido? —preguntó la Daga de los Giovanni, mientras se bañaba en un arroyo de frías aguas que discurría por los alrededores. Sarah, nerviosa, había apartado los ojos de la desnudez de Madeleine y a Brian le dolía demasiado el cuerpo como para prestarle atención. Sybil lavó la sangre de las ropas del monstruo mientras Lucy abrazaba a su contusionado amigo y miraba fijamente a Madeleine. Pete se limitó a montar guardia, con los brazos cruzados sobre su escuálido torso y la camisa de franela ondeando al viento nocturno. Su rostro era tan inescrutable como la roca sobre la que se erguía.

Fue Allyson la que respondió. En su calidad de líder, asumía que era su deber informar a la mujer que, sin lugar a dudas, les había salvado la vida.

—Por regla general, solemos mantenernos lejos de los forajidos, sobre todo de esos tres gilipollas. ¿Para qué íbamos a buscarnos problemas, no? Pero es que esta noche se le había caído la cartera a alguien cerca de las motos. Lucy estaba a punto de cogerla cuando apareció el gordo.

—Lucy se encuentra con muchas carteras en el suelo —apuntó Madeleine, mientras se aclaraba el pelo en el gélido arroyo—. Debe de ser una niña con suerte.

Allyson soltó una risita nerviosa.

—Ya, bueno, no sé si será suerte o qué, pero la buena de Lucy siempre termina encontrando un montón de mierda por ahí.

—Que tenga más cuidado. —Palabras sencillas, pero cargadas de intención.

Allyson apoyó la barbilla sobre las rodillas, empequeñeciéndose aún más.

—Lo tendrá. Prometido.

Lucy asintió con la cabeza. La tenue luz de la luna aún resplandecía sobre su rostro ensangrentado. La chiquilla, siempre tan parlanchina, no había abierto la boca desde que abandonaran el aparcamiento. Así conseguía no empezar a gritar.

—¿Os da bien de comer Leo?

Allyson se apresuró a asentir con ganas.

—Leo es guay. Últimamente se porta muy bien con nosotros.

—Bien. ¿Y la mujer de las dos espadas? ¿Os habéis vuelto a topar con ella?

—Ni rastro de ella ni de su amigo, el de la camisa que parecía un disfraz —contestó Allyson—. Los hemos estado buscando, pero no ha habido suerte. A lo mejor se ha ido del barrio.

—Quizás por el momento. Cierta conversación que oí no hace mucho apuntaba a que la espadachina se encuentra por ahí con algunos compañeros, pero me pareció entender que no tardaría en regresar. Cuando lo haga, quiero enterarme de adónde va. Y con quién.

—Eso está hecho —repuso Allyson, seria—. El Rat Pack siempre cumple.

Madeleine sonrió.

—Seguid así. —Guardó silencio cuando Sybil le entregó la ropa empapada y frunció el ceño mientras escurría el agua.

Sybil se tensó al ver el descontento de Madeleine.

—Esto, la puedo secar un poco más. Ya no hay sangre, ¿no?

El monstruo sonrió.

—No, Sybil, está muy bien. Gracias. Ya veo que sabes apañártelas en medio de una crisis —recorrió al Rat Pack con la mirada, deteniéndose en cada par de ojos—, porque lo de esta noche ha sido toda una crisis. No voy a pedir perdón por lo que soy, ni quiero que vayáis contándolo por ahí. ¿Entendido?

Los muchachos asintieron con la cabeza, con una mezcla de miedo y fascinación.

—Oye, Madeleine —susurró Lucy—. Gracias. O sea, de verdad, muchas gracias por todo y eso, no sólo por lo de esta noche, bueno, por lo de esta noche también, en fin...

Madeleine atajó el torrente de palabras.

—Os hacía falta. Estaba allí. Cuando vosotros me hagáis falta a mí, espero que también estéis allí.

—Fijo. Cuenta con ello.

—Lo que sea —intervino Pete, de repente—. Si podemos, lo haremos.

—Sí. —La voz de Brian sonaba débil y agotada.

—Andaré a la vera del Señor y Sus huestes —recitó Sarah.

—¿Te quieres callar? —saltó Sybil—. Me pones los pelos de punta.

—Eso debe de ser un “sí” —concluyó Allyson.

—Bien. —Madeleine se puso las medias y se echó el vestido empapado por encima de la cabeza. Arrugó la nariz al sentir la fría tela mojada—. Tengo que acudir a una cita muy importante y ya llego tarde. Espero que no se repita lo de esta noche.

—Con ellos, seguro que no —musitó Sybil.

—Para nada —aseveró Lucy—. Ya tendremos mucho más cuidado.

La brisa aún conservaba el olor a sangre. Madeleine intentó ignorarlo, aunque no podía negar que la vitae de los motoristas le había sabido a rayos, corrupta. En cambio, aquellos chiquillos, un poco delgados, pero...

Desechó aquella idea.

Se recuperaba enseguida.

—Si alguno de vosotros vuelve a verse en peligro, o si tenéis que contactar conmigo por alguna emergencia, pensad en mi nombre, Madeleine Giovanni, tan fuerte como podáis. Si ya se ha puesto el sol y juzgo que es lo bastante importante, acudiré. No abuséis de este don —advirtió, recorriendo al grupo con la mirada—. Es algo que reservo para mis amistades más leales y no es ningún juguete. ¿Entendido?

El Rat Pack comprendía a las mil maravillas la importancia de los favores dispensados por su benefactora.

Madeleine se alisó el vestido y se calzó.

—Vale. Me parece que ya está bien de emociones por esta noche para el Rat Pack.

—Ya te digo —musitó Sybil.

—Tened cuidado, y partid. Lavaos, cuidad los unos de los otros, como siempre. Me encargaré de que Leo os consiga atención especial si la necesitáis. Tengo que asistir a una reunión. ¡Hasta la vista! —dicho lo cual, se fundió con la tierra y desapareció.

El local de Sam el Sucio no había cambiado. Madeleine saludó a Leo con la cabeza, aunque no se acercó a la barra. Vio un reservado libre en la parte de atrás y escogió un banco alejado de la puerta.

Aunque nadie que entrase en la taberna podría verla, lo que menos le preocupaba a Madeleine era el hecho de pasar desapercibida.

—¡Oye, chavala! —Aquel espécimen en particular de escoria cervecera hablaba con un marcado acento fingido del sur. Su artificialidad ofendía casi tanto como la mata de pelo que le adornaba el pecho y que él se encargaba de exhibir paseándose sin camisa. Su curva de la felicidad pendía desparamada sobre el borde de los vaqueros ajustados, ceñida a la cintura por un cinturón de tiras de cuero entrelazadas. El hombre se cubría con una chaqueta de motorista, para alardear, puesto que no presentaba trazas de utilizarla a menudo, y botas de vaquero con espuelas auténticas. Podía confundirse su cara con el culo de una jarra de cerveza cualquier viernes por la noche—. Ven pa'cá, hombre. Dame un besito.

—No, gracias —repuso Madeleine. Primero Willy Smith y ahora aquel pesado. Aquella noche no le quedaba más paciencia. La sangre regada con cerveza de Abel la había dejado un poco mareada y en aquellos momentos necesitaba tener la cabeza despejada. El aroma de la vitae aún flotaba a su alrededor. Su “cita” podría percatarse.

—Venga, maja, no seas así —insistió el puerco, que babeaba ante ella en alcohólica adoración—. Una señorita tan guapa como tú no puede estar sola en un sitio así. No es seguro.

—Gracias por su preocupación —le apoyó unos dedos de acero en el hombro, con la presión exacta para no hacer daño—, pero me siento más que segura y no estaré sola por mucho tiempo. He venido para reunirme con alguien, y suele ponerse muy celoso. —Sus ojos refulgieron con un levísimo tinte carmesí—. Incluso violento, a veces. No me gustaría que le pasase nada *malo* a todo un caballero como usted.

—Este, ya —balbució el puerco. Como si hubiese visto una pesadilla, volvió a cogerse a su cerveza—. Sólo intentaba ser amable.

—Madeleine, eres la reina de las amenazas veladas —halagó Montifloro. Como era de esperar, se había colado en el reservado sin dejarse ver. Mientras que Madeleine poseía unos poderes únicos para el engaño, Montifloro era el maestro a la hora de confundirse con su entorno. Iba donde se le antojaba y hacía lo que tuviese que hacer, todo ello sin que nadie reparase en su presencia. No se trataba tan sólo de un alarde de poderes vampíricos. Era un rasgo sutil que formaba parte esencial de su personalidad—. Y ese perfume que usas... embriagador.

De baja estatura y complexión exigua, Montifloro aparentaba ser un hombre de negocios corriente entrado en la treintena. Tanto sus ojos como su cabello eran oscuros. Como siempre, iba vestido de forma impecable con un traje de Armani y zapatos de la Toscana. Sólo la palidez de sus rasgos apuntaban a que pudiera ser algo más de lo que aparentaba.

—Me alegro de volver a verte, primo. Me temía que pudieras faltar a nuestra cita.

—Dirás que te temías que pudiera pasar todo mi tiempo con la adorable Esperanza —replicó Montifloro, con un atisbo de humor en la voz—, o que te temías que pudiera estar conspirando contra Pietro a fin de conseguir que esa encantadora jovencita fuese mía para toda la eternidad.

Madeleine esbozó una sonrisa.

—Tendría que haber sabido que sentirías mi presencia en aquella tumba de cemento, primo. Aunque estaba segura de que te limitabas a actuar, tu pantomima resultó de lo más convincente. Engañaste a Enzo y a Ezra. Creen que te tienen al borde de declararles la guerra a mi padre.

—¿Ezra? ¿También él estaba allí? Invisible, claro. Si hubiese sabido antes de entrar que iba a actuar frente a tan concurrido aforo, habría enfatizado el melodrama. Dos o tres lágrimas negras, para impresionar. —Llamó con la mano a la despreocupada camarera que pasaba en aquellos momentos junto a su mesa—. Una botella de su mejor vino tinto, princesa.

—Sigue soñando, Romeo.

Montifloro se echó a reír mientras la mujer acudía a la barra.

—Tampoco es que la cosecha importe en nuestro estado, pero cuesta acabar con las viejas costumbres. Siempre pido lo mejor, aunque no pueda beberlo.

—Estuviste de lo más convincente la otra noche. Esta chica, Esperanza, parece que Enzo la considera toda una belleza. ¿Tentado?

Montifloro respondió con una carcajada.

—Asqueado, dirás. Si piensas que estuve bien delante de nuestro primo, tendrías que verme adulando a su títere. La pobre es una ramera barata a la que Enzo y su lacaya, una extraña mujer llamada Hargroves, han dado una capa de barniz rápido. Ese espectro escuálido que tiene por secretaria sí que es más de lo que aparenta.

—Tampoco Ezra se fía de ella, aunque Enzo deposita una confianza absoluta en sus habilidades.

—Gracias, princesa —dijo Montifloro cuando la camarera dejó ante ellos una botella de Mad Dog y dos vasos. Le entregó un billete de cincuenta dólares—. Quédate con el cambio, hazme el favor, como pequeño tributo por tus encantos.

—Eres un despreocupado con el dinero, Montifloro —le amonestó Madeleine cuando la atónita camarera se hubo ido.

—He ganado millones para nuestro clan, prima querida. —Montifloro sirvió sendos vasos hasta arriba—. Mis gastos son mínimos en comparación con los ingresos que genero. Además, más vale disfrutar del momento, no vaya a ser que no veamos el mañana.

—¿Temes por tu existencia?

—Desde luego. Como tendrías que hacer tú. Esto no es ninguna broma. Aún me queda mucho por descubrir antes de finalizar mi trabajo. Pietro quiere un informe completo de las actividades de Enzo y eso es lo que pienso entregarle. Mientras tanto, me las estoy viendo con dos lunáticos paranoicos hambrientos de poder. Un desliz que dé a entender que no soy tan tonto como ellos creen y mi cuerpo se convertirá en un montón de polvo. Camino por una cuerda floja tendida sobre las calderas del averno, y las llamas del infierno lamen ambos extremos.

—No te falta coraje, Montifloro. De las dos misiones que nos encomendara Pietro, la tuya es, con mucho, la más peligrosa.

Montifloro se encogió de hombros.

—Tú eres la Daga de los Giovanni —declaró, con una sonrisa—, y yo soy el veneno.

—He de admitir que me asombra el que Enzo esté tan seguro de haberte seducido. Aunque él y yo nunca hayamos estado muy unidos, a raíz de cómo lo habías descrito en el pasado, deduje que nuestro compañero de clan era muy astuto. No lo dio a entender aquella noche, mientras lo vigilaba. Ezra es la parte dominante de esa relación y, como ya he dicho antes, cree que tú, el miembro más sagaz y tramposo de nuestro clan, has sucumbido ante los encantos de una simple mortal. No es así como piensa un cerebro maquiavélico.

—No podría estar más de acuerdo contigo, Madeleine —convino Montifloro—. No dice mucho acerca del ingenio de nuestro primo el que piense que resulta tan sencillo embaucarme. Su plan para volverme en contra de Pietro es de lo más obvio. No es difícil darse cuenta de que alberga planes similares para ti. En su día fue un estratega brillante, capaz de tejer redes sutiles con gracia. Pero ya no. Enzo ha perdido la cabeza si cree que nos puede manipular de este modo.

—Está jugando con el diablo. Ezra está loco de remate, es más retorcido de lo que nos podemos imaginar. Esta Hargroves mantiene relaciones con lo más ignominioso. Su influencia ha corrompido a Enzo y lo ha convertido en un estúpido.

—Aún hay más. Enzo siempre ha sido ambicioso. El que quiera suplantarlo a Pietro como cabeza del clan no coge a nadie por sorpresa, pues estas rivalidades son el pan nuestro de cada día para la Estirpe. Sin embargo, a partir de retazos de conversaciones, deduzco que aspira a mucho más. Enzo desea gobernar sobre todas las cosas. Ganado y Estirpe, humanos y vampiros. La codicia se ha apoderado de su sentido común. A sus espaldas se agitan sombras enormes.

—Pietro dijo algo acerca de Endron International, el conglomerado energético. Enzo forma parte de su junta directiva.

—Pero, ¿quién controla a Endron? Ésa es la pregunta. Siento un poder aún mayor, uno que busca retorcer y deformar toda la creación. Puede que esté viendo fantasmas, Madeleine, pero he estudiado con mucha atención los libros de la empresa de Enzo a lo largo de estos últimos días. La estructura financiera de Everwell, de Endron, apunta a que una gigantesca organización abastece las arcas de esas compañías... y las de muchas otras, también. Todo apunta a una enorme organización monolítica dedicada a dominar la Tierra por completo.

—Lo que me recuerda a los últimos planes del clan Giovanni. —Madeleine había dejado de sonreír.

—Exacto. Obvia añadir que, entre dos poderes tan competitivos, jamás podrá existir la paz, sólo la guerra, hasta que uno de los dos sea destruido por completo.

—¿Has descubierto el nombre de este imperio secreto, de nuestros posibles rivales?

—Así es. *Pentex*.

VEINTE

Las pisadas de Charles Klair resonaban con una aguda cadencia percusionista que levantaba rítmicos ecos en las tranquilas calles de los barrios bajos. Bien entrada la medianoche, las callejuelas empedradas de aquella deteriorada sección de Albany se veían desiertas. No se movió ni un alma mientras avanzaba inmerso en las tinieblas con paso firme, decidido. La fauna callejera, los indigentes, los delincuentes solitarios, incluso los perros vagabundos que solían habitar los callejones y las entradas de las viviendas a ras de suelo sentían que convenía esquivar a aquel hombre. Las ventanas medio abiertas se cerraban de golpe cuando se aproximaban sus pasos. Se atrancaban las puertas. Enmudecían las conversaciones del interior de los apartamentos. Era como si el ángel de la muerte anduviese de puntillas sobre aquellos adoquines. Lo cual tampoco iba tan desencaminado.

El Interventor, pues así era como seguía considerándose, había llegado a Albany a primera hora de la tarde. Su primer destino había sido el cuartel general de Dynamic Security, hasta que descubrió que el edificio había dejado de existir. Una explosión de gas acaecida el día anterior había volado la estructura, terminando con la vida de más de un centenar de empleados. Los bomberos seguían rastreando entre los escombros, en busca de algún superviviente, pero sus esperanzas se reducían a cada minuto. Algunos programas de radio especialistas en alarmar a la población ya se habían aventurado a señalar las posibles conexiones terroristas con el siniestro. Ningún grupo había reclamado aún la autoría de la asombrosa matanza, aunque se sospechaba que sólo era cuestión de tiempo. Los eco-terroristas, el brazo armado favorito de la derecha, estaban en el punto de mira, así como los lunáticos izquierdistas del movimiento pro-elección. Ninguno de ellos tenía vínculos con Dynamic Security pero, cuando de explosiones se trataba, el sentido común era siempre la primera víctima mortal.

Klair, familiarizado con los métodos que empleaban tanto el Sindicato como el Nuevo Orden Mundial, reconoció de inmediato las maniobras de repliegue defensivo. Tras escuchar todos los detalles de la explosión, no tardó en suponer que el cuartel general del NOM había sucumbido al asalto de una horda de Subversores de la Realidad. La explosión había ocurrido mucho después, tras la huida de los atacantes. La bomba era un artefacto del Sindicato, colocada a fin de borrar cualquier posible rastro de la incursión. La Unión sabía que había que ocultar la existencia de los Subversores de la Realidad a las Masas. Quizá la verdad estuviese ahí fuera, pero sólo para los iluminados. Las explosiones de los conductos de gas y los terroristas siempre constituían cabezas de turco plausibles.

Con una llamada telefónica a una remota estación de Iteración X le fue posible acceder a la red informática de la Construcción sin moverse siquiera de la cabina. Su módem interno, conectado directamente a su memoria, funcionaba a una velocidad cien veces mayor que cualquier máquina común, por lo que la descarga de información se efectuó en cuestión de segundos.

Sharon Reed y X344, ahora acostumbrado a presentarse como Ernest Nelson, se encontraban en las instalaciones de Dynamic Security cuando comenzó el ataque. Eso sí que pudo confirmarlo. No obstante, según lo que se extraía de las conclusiones formuladas por los equipos de rescate que habían rastreado la debacle, ni el cuerpo del ciborg ni el de la Progenitora se contaban entre las víctimas encontradas en el edificio. O bien habían caído en manos de los asaltantes, o habían conseguido escapar. Klair quería averiguar qué opción era la correcta. Esa noche.

Un tenue palpar se había apoderado de la calle. Las farolas parpadeaban como si quisieran seguir el ritmo de la música. El ruido procedía de un enorme edificio de ladrillo, a unas decenas de metros, sobre cuya fachada podía leerse un brillante letrero de neón rojo que proclamaba que aquel era el "Club de las almas perdidas". Las palabras quedaban enmarcadas entre una deslumbrante imagen de

Charles Laughton y Bela Lugosi, extraída de la película de mil novecientos treinta, *La isla de las almas perdidas*.

Tanto la película como el libro que la había inspirado, *La isla del doctor Moreau* de H.G. Wells, habían supuesto un incordio desde el principio para los Progenitores, quienes se tomaban las críticas de Wells a la manipulación genética como una afrenta personal, lo mismo que ocurría con *Iteración X* y *La máquina del tiempo*, con sus “morlocks” infrahumanos, una diatriba poco sutil contra sus objetivos. A Klair, que se había criado a base de una estricta dieta de películas de ciencia-ficción, le gustaban ambas películas, pero ni siquiera se le pasaba por la cabeza contradecir la política de la Tecnoocracia.

Según las bases de datos del NOM, aquella sala de bailes servía de punto de reunión para la peor escoria de la capital del estado. Allí era donde se reunían los miembros del culto vampiro conocido como el Sabbat y, si se podía confiar en los rumores, también hacía las veces de lugar de encuentro secreto para los magos Caídos... los *Nefandos*.

Klair razonó que, si había alguien que conociera el destino de Reed y Nelson, lo encontraría en este Club de las almas perdidas. Sabía que extraer la información sería complicado. Lo más probable es que terminase desatándose algún episodio de extrema violencia y que la intervención policial en esa parte de la ciudad no llegase siquiera a la categoría de anecdótica. Estaba completamente solo. Esbozó una sonrisa. Hubo un tiempo en el que habría evitado este tipo de situaciones. Ahora, las buscaba.

Se veían unos cuantos coches destartados aparcados enfrente del club. Un don nadie borracho se encontraba sentado sobre un montón de desechos, con la cabeza apoyada en una pared. Sus aturdidos ojos inyectados en sangre se fijaron en Klair. El hombre se humedeció los labios, consiguió que su abotargado cerebro contactase con las piernas y les dio la orden mental de que lo sacaran de allí a toda prisa. Con una risa queda, el Interventor recorrió los últimos metros que lo separaban de la entrada del club.

Una robusta puerta de acero le impedía el paso. Encima de ella, una compacta cámara de vídeo registraba sus evoluciones. Un timbre aguardaba a que lo pulsaran a la derecha de la entrada y un pesado felpudo de hebras metálicas donde podía leerse que *Moreau era un payaso* yacía en el suelo.

Klair miró a la cámara. Un mecanismo sencillo. Estiró el brazo y lo tocó, apoderándose así del sistema de imagen computerizado. En lugar de mostrar a un hombre alto, nervudo y sin pelo vestido con pantalones negros holgados y una camiseta igual de negra e igual de holgada, la cámara captó la imagen de un hombre bajo y delgado, de rostro enjuto, cabeza rapada y anillo en la nariz. Con un asentimiento de cabeza, Klair apretó el timbre.

—Santo y seña —pidió una voz apática desde el altavoz oculto en la pared de enfrente.

—¿Acaso no somos hombres? —citó Klair. Aquella parafernalia inútil le parecía una estupidez. Podría haber derribado la puerta sin ningún problema, pero aquello habría alertado a los parroquianos. Sería mejor que no estuviesen preparados para su entrada.

—Ábrete sésamo. —La pesada puerta metálica le cedió el paso—. Adelante, hermano.

La oscura extensión de la cámara interior quedaba salpicada por multitud de velas. Explotaron unos potentes focos que comenzaron a recorrer todo el local con sus luces parpadeantes. Los Electric Hell-fire Club aullaban que “¡Dios ha muerto!” y “¡Satán vive!” desde un ensordecedor equipo de sonido. Cuatro figuras ataviadas de negro se contorsionaban sobre la pista de baile, en una pantomima del acto sexual, la muerte y la condena, todo al mismo tiempo. Una manada de parias se acodaba en la barra y observaba a los bailarines con una mezcla de lujuria y desprecio. La decoración de las paredes ofrecía una exposición donde se celebraba la tortura, la mutilación y la sumisión en su faceta más extrema.

Qué trillado y predecible. Klair se había esperado otra cosa de las huestes de los Caídos.

Escrutó el local con sus ojos eléctricos, dando cuenta de cada detalle importante antes de seguir adelante. Doce figuras, al parecer humanas, ocupaban la cámara. El análisis de Klair registraba a nueve humanos y a tres vampiros. Los registros de Quintaesencia revelaban auras refulgentes que envolvían a tres de los vivos. Magos, probablemente Nefandos, ninguno de ellos parecía demasiado poderoso. Así ésta era una zona de asueto corriente, un patio de recreo para los miembros menos poderosos de cada facción.

Puede que supiesen lo que Klair quería averiguar, puede que no. En cualquier caso, le supondría todo un placer el averiguarlo. Aunque no es que Klair buscara ese placer. Tales trivialidades quedaban reservadas para las Masas y los Subversores, él estaba por encima.

El camarero, una montaña de hombre, bastante por encima del uno ochenta y dotado de unas espaldas inmensas, un tórax musculoso y una rapada cabeza pelirroja, miró a Klair con una expresión de perplejidad.

—En la tele parecías distinto —bramó.

Klair asintió con la cabeza. Aunque el camarero parecía mortal, no respiraba ni parpadeaba. Además, la delgada línea roja que le adornaba una de las mejillas era sangre humana seca.

—Nunca salgo bien en las fotos —dijo Klair, al tiempo que daba un paso hacia la barra.

Con un gesto mental, Klair activó la secuencia armamentística. Los cinco dedos de su mano izquierda encajaron entre sí con un chasquido, formaron un puño y giraron sobre una bisagra. Una ametralladora, pequeña pero mortífera, emergió del boquete que era el muñón de su muñeca y abrió fuego.

Una granizada de cartuchos explosivos creados a conciencia para provocar bajas convirtió a la clientela acodada en la barra en una sanguinolenta lluvia de confeti. Ahora podrían descubrir si Dios y Satán estaban vivos, muertos, o qué. Otra ráfaga y los bailarines salieron girando por los aires como marionetas que perdieran todo el relleno. Las luces estroboscópicas ralentizaban la carnicería y destacaban hasta el último detalle.

Con una maldición, el camarero giró en redondo. Klair lo agarró de la garganta con la mano libre y apretó.

Aquellos dedos, capaces de doblar barras de hierro sin esfuerzo, destrozaron el cuello del vampiro. De un tirón, Klair lo izó por encima de la barra y lo arrojó al suelo. Clavándolo contra las tablas, el Interventor le cruzó el rostro de tres rápidas bofetadas. Cada uno de los sopapos convertía los huesos en astillas. El monstruo rugió. Pese a resultar casi imposible de matar, seguía sintiendo dolor.

El camarero bregó por liberarse, mas Klair imprimía una presa férrea. El Interventor dedicó un instante a levantar la vista y localizar a sus enemigos que, atónitos ante la rociada de balas y la súbita agresión al empleado, comenzaban a reaccionar. Los otros dos vampiros, una mujer de baja estatura y esbelta figura con uñas como cuchillas, y un hombre de aspecto fornido, anchas espaldas y rostro simiesco, parecían no saber lo que hacer. Los tres Nefandos se conformaban con asistir al espectáculo, presas de una perversa expectación. No sospechaban que Klair iba tras ellos, como tampoco los Vástagos.

No le supuso esfuerzo alguno transformar su mano libre de ametralladora a filo cortante. De micras de espesor, compuesta de un metal de origen extraterrestre, la hoja era capaz de traspasar carne, hueso y lo que se le pusiera por delante. A una velocidad que sólo podían proporcionarle los más avanzados sistemas informáticos, Klair descargó un tajo contra el cuello del camarero. La criatura no tuvo tiempo de gritar. La resistencia fue mínima. La mano de Klair se encajó varios centímetros en las tablas del suelo y la cabeza del vampiro rodó hasta detenerse entre las patas de una mesa cercana. En cuestión de segundos, el monstruo decapitado comenzó a disolverse. Tres eran los métodos más seguros para asesinar a un miembro de la Estirpe. La decapitación era la más práctica.

—¡Cógelo! —aulló la mujer de las garras, instando a su robusto compañero a embestir a Klair—. ¡Quiero la cabeza de ese hijo de puta!

Con un gruñido animal, el vampiro se abalanzó sobre el Interventor. Klair, propulsados sus reflejos por microcircuitos que operaban a una velocidad próxima a de la luz, apenas se movió. Se giró y afrontó a su nuevo adversario, tras haber cambiado ambas manos en afiladas hojas de primium. Dejó que la inercia del Vástago hiciese casi todo el trabajo. Con una serie de movimientos que recordaban a la maestría de cualquier chef japonés inmerso en el troceado de verduras, Klair rebanó al estupefacto vampiro en media docena de trozos. El monstruo ya había comenzado a disolverse antes de tocar el suelo.

—¡Aléjate de mí! —chilló la tercera y última vampira. Sin perder de vista a Klair, intentaba por todos los medios sortearlo y llegar hasta la puerta. Abrió aún más los ojos al probar sus poderes de persuasión mental con él. Klair se echó a reír. No resultaba tan sencillo controlar su mente.

Tras devolver sus manos a la normalidad, asió una silla de madera y la rompió en pedazos. Al comprender lo que se proponía, la mujer lanzó un alarido y salió corriendo hacia la puerta. Se movía a una velocidad inhumana, pero Klair no le andaba a la zaga. De tres rápidos tajos, su dedo afiló el extremo de una de las patas de la silla a modo de punta roma. Como estaca no era gran cosa, pero serviría.

La fuerza con la que lanzó la improvisada pica la habría hecho atravesar una pared. La carne y el hueso no ofrecían tanta resistencia. La vampira cayó de bruces al suelo, no muerta, sino paralizada. Siempre y cuando aquella estaca permaneciese incrustada en su corazón, sería inofensiva y no podría moverse. Klair se dio por satisfecho, de momento. Ya la sacaría a la calle más tarde para que se derritiese bajo el sol.

Los tres Nefandos aplaudieron cuando se dio la vuelta. Sus rostros brillaban con un fulgor enloquecido.

—Qué guapo —celebró un hombre alto y corpulento vestido con pantalones de cuero y una camisa negra. Los tatuajes le cubrían todo el cuerpo—. ¿Qué, de juerga asesina?

—No cumplían con los requisitos —respondió Klair, que avanzaba a pasos cortos en dirección al trío.

—¿Los requisitos? —repitió una joven, baja, buen tipo, de melena roja como la sangre, así como las cejas, y brillantes ojos azules. Se cubría con un sujetador negro y pantalones cortos de color blanco. Según pudo constatar Klair, se había agujereado el cuerpo en siete partes distintas. Supuso que llevaría más pendientes en lugares imposibles de detectar a simple vista—. ¿Qué requisitos?

—Eso —intervino el que completaba el triángulo. Alto, muy delgado, de piel morena, pelo corto y barba sobre la línea de la mandíbula. Tanto sus mejillas como su torso desnudo se veían marcados por símbolos místicos. A modo de cinturón llevaba enroscada a la cintura una serpiente dormida—. ¿De qué cojones estás hablando?

—La contraseña del bar. —Klair adelantó otro paso. Ya casi podía tocar al hombre de la serpiente—. ¿Acaso no somos hombres?

—Mira, hermano —dijo el mago de los tatuajes. En sus labios, la palabra “hermano” sonó como un insulto—. ¿De qué vas?

Klair se encogió de hombros.

—Ésa si que es una buena pregunta.

El cambio de mano normal a ametralladora fue instantáneo. Alzó el brazo, encajó el arma en la boca medio abierta del hombre de la serpiente y disparó. Klair sintió cómo una poderosa voluntad intentaba encasquillar el arma, pero su mente era mucho más precisa. Doce cartuchos le volaron la tapa de los sesos a su víctima.

—¡Romeo! —gritó la joven. Era ella a quien Klair tenía intención de interrogar. Las mujeres eran débiles, cedían ante la presión—. ¡Has matado a Romeo!

—Los hombres son esos seres que piensan de un modo lógico —declaró Klair, al tiempo que apartaba a la chica de un empujón y aferraba al hombre tatuado con la mano libre—. Aquellos que defienden la Unidad son hombres de verdad. El resto son Subversores de la Realidad que no merecen vivir.

—Estás como una puta cabra —rugió el tatuado, que intentaba zafarse de Klair. Los dedos del Interventor formaban un cepo. Izó el arma para rematar la faena.

Con un gruñido de rabia, la muchacha de los pendientes saltó a la espalda de Klair y buscó sus ojos con las uñas. Pese a sus nuevos reflejos y a su cuerpo casi invulnerable, Klair no estaba curtido en la lucha. Cogido por sorpresa, se encogió y cerró los ojos, perdiendo así por un momento el control del hombre de los tatuajes, que escupió:

—Ya te daré yo lógica.

La joven se hizo a un lado de un salto y fue a parar al suelo, al tiempo que una bola de fuego cobraba vida con un estallido que se tragó a Klair. Pese a verse envuelto en llamas, éste se echó a reír. No sentía nada. Abrió los ojos y los clavó en su agresor, cuyos extraños tatuajes habían cobrado vida y reptaban por todo su cuerpo. Formaban parte de su magia.

—Basta —ordenó Klair. Las llamas se apagaron. Frunció los labios en una mueca de puro odio, ante la que el Nefando se vio impulsado a trastabillar de espaldas entre las mesas. Despacio, metódico, inexorable, Klair lo siguió. Se preguntó qué habría ocurrido con la muchacha. No se había marchado, ya que nadie había tocado la puerta del club. Debía de estar por allí cerca, planeando nada bueno.

La respuesta no se hizo esperar. Una detonación surgió desde el otro lado del mostrador. El proyectil alcanzó a Klair en la sien. La bala, de punta blanda, casquillo de acero reforzado con titanio y diseñada para causar el máximo daño posible, era de las que los terroristas apelaban cariñosamente como “mutiladora”. Dejaba a sus víctimas como recién pasadas por un rallador de queso. No obstante, el proyectil estaba pensado para blancos comunes, como los clientes de un supermercado, o los niños de un colegio, pero no para detener a formas de vida cibernéticas de última generación como el Interventor Klair.

Éste se detuvo por un instante, se giró y localizó a la joven. Se había agazapado tras la barra de madera y aluminio, con ambas manos apoyadas en el mostrador, sosteniendo la pistola. Retorció el cuerpo cuando apretó el gatillo por segunda vez. Otro proyectil inofensivo atravesó el pecho de Klair de lado a lado. La mujer lo estaba distraendo para que no pudiese terminar con su tatuado compañero. Klair no podía permitir que escapase ninguno de los dos.

El arma de fuego resultaba demasiado letal para lo que se proponía, así que Klair chasqueó los dedos. La vibración, magnificada hasta alcanzar un timbre disruptor, encasquetó el mecanismo de la pistola. *Click. Click.* Un juramento. La joven arrojó el arma a un lado, buscó debajo del mostrador y extrajo una escopeta de cañones recortados. Comenzaba a apuntar cuando el láser oculto en el ojo izquierdo de Klair le quemó los dedos hasta ennegrecer la carne. Con un chillido de dolor, la muchacha tiró el arma y se desplomó detrás de la barra. Permanecería aturdida durante un par de minutos, tiempo más que suficiente para que Klair terminase con su compañero.

Algo verde y enorme dotado de un centenar de tentáculos y un círculo de ojos sobre su inmensa cabeza se alzó ante Klair cuando éste se dio la vuelta para buscar a su víctima original. El Interventor alejó a la visión, insignificante y que no despedía ningún olor, con un gesto. Al desvanecerse, el hombre tatuado apareció enfrente de Klair, con un látigo de cuero en las manos. Se trataba de un arma

común entre los Nefandos, capaz de abrasar la carne al contacto. El mago apuntó a la cabeza de Klair en medio de una sarta de obscenidades.

El látigo se enroscó alrededor del cuello de Klair como una serpiente, casi provisto de vida. Con un aullido enloquecido, el tatuado tiró hacia sí con la intención de desequilibrar al Interventor. Aquello habría funcionado con una persona corriente, pero el Interventor ya no era siquiera remotamente normal. El cuero se tensó, mas Klair permaneció inamovible.

—Ataque ilógico —musitó Klair. Asió el látigo con una mano y lo arrancó de manos de su adversario. Dos pasos y el Interventor envolvió el cuello del hombre con su propia arma. El Nefando consiguió proferir un grito antes de que el nudo corredizo le cortase la respiración. Murió instantes después, cuando Klair tensó tanto el látigo que a punto estuvo de cercenarle la cabeza a su víctima—. Nunca se han de medir las fuerzas contra un enemigo desconocido.

Ya sólo quedaba la chica, que en aquellos momentos corría hacia la puerta como una posesa. Klair la alcanzó y, calculando la violencia de sus actos, la golpeó contra la pared más cercana. No demasiado fuerte. La quería viva y capaz de hablar.

Aturdida, la joven se cayó al suelo, desde donde lo observaba con ojos coléricos. Le habían quemado los dedos y magullado el cuerpo, pero la rendición no asomaba a su rostro.

—Mátame, hijo de puta. No te tengo miedo.

—Entonces debes de ser idiota. Quiero hacerte algunas preguntas. Respóndelas y te dejaré libre. Niégate y te reunirás con tus amigos en el infierno.

—¡Que te den por el culo! ¡Prefiero el infierno antes que traicionar a Al!

—El veneno que guardas dentro de tu carrillo y debajo de la lengua ha perdido su potencia. —Klair se arrodilló junto a la muchacha—. La aguja que llevas bajo el seno izquierdo tampoco te atravesará el corazón aunque hagas el movimiento adecuado. Hace varias décimas de segundo que neutralicé tus opciones. No me engañarás tan fácilmente.

—Vete a la mierda, cabeza de lata. No tengo nada que decirte.

—Al contrario. Yo sé que sí.

Levantó la mano derecha y extendió el dedo índice. La piel metálica fluyó como el mercurio, reformando el dígito hasta conferirle el aspecto de un sacacorchos de acero de doce centímetros de largo.

—Ya he visto que te gustan los agujeros, así que a lo mejor me agradeces que te haga algunos más. En los lugares que mi análisis informático declare zonas de máximo dolor, continuo e inagotable. ¿Empezamos por las rótulas? Y después, el coxis.

La joven empezó a sudar. Vio con ojos desmesurados cómo Klair acercaba el dedo rotando como si de un taladro adosado a su mano se tratase.

—Recuerdo cuando era niño y el dentista me decía, “verás como esto no duele”. —Cogió la rodilla de la muchacha con la mano derecha, de tal modo que, por mucho que intentara patear, le resultaría imposible moverse. La punta del dedo taladrador tocó la suave piel—. Para qué nos vamos a engañar. Esto va a doler un montón.

El acero acababa de horadar la piel, provocando que un fino reguero de sangre le corriera por la pierna, cuando la joven exhaló:

—Para, hablaré. ¿A quién le importa? ¿Qué quieres saber?

—Te agradezco tu cooperación. —Dejó el taladro a la altura de los ojos de la aterrorizada maga—. Anoche, un grupo de Nefandos arrasó Dynamic Security. ¿Formabas parte de los incursores?

—Claro que sí. Todo el mundo se apuntó a la fiesta —rió—. Lo pasamos de miedo, destripando Tecnocacas. Murieron entre alaridos. Amigos y familiares tuyos, espero.

—La destrucción alcanzó cotas desproporcionadas —continuó Klair, sereno, impertérrito—. ¿Lograsteis vuestro objetivo? ¿Os habían dado órdenes específicas acerca de las personas a las que estabais buscando?

La joven guardó silencio. El taladro se movió, impulsándola a hablar.

—Tres blancos. Un programador informático. El Aullador lo cogió y lo hizo añicos. Otros dos, una mujer y un ciborg. Duros de pelar. Consiguieron huir, no sé cómo. Para lo que les va a durar... el Aullador les sigue el rastro.

—El Aullador —repitió Klair, mientras solicitaba información a las bases de datos del NOM—. El nombre que recibe un importante señor Nefando de esta región. ¿Fue él quien ordenó el ataque?

—¿Y yo qué coño sé? Es él el que da las órdenes.

—Quizás fuese otra persona la que estuviera al mando de la operación. Qué interesante. Hazme el favor de decirme el nombre de esa posible mente maestra o me veré obligado a intervenir. Los ojos me sirven, para empezar.

—Circulan rumores —se apresuró a decir la muchacha—. Sólo eso, rumores que andan en boca de todos acerca de alguien que lo coordina todo entre bastidores. Un viejo chiflado que es el que manda.

—¿Su nombre?

—Ezra. A secas, sólo Ezra.

—Gracias. —El dedo de Klair había recuperado su aspecto normal—. Una última pregunta y habremos terminado. ¿Tienes idea de adónde se dirigieron los dos fugitivos? Los que persigue el Aullador.

—Ni zorra. Pero da igual, cuando el Aullador los encuentre, estarán listos. Lleva la muerte allá donde para.

—Buena frase. Aquí tienes tu libertad.

Descargó un puñetazo contra el rostro de la joven, que murió al instante. Los Nefandos, aun aquellos de escaso poder, eran Subversores de la Realidad de la peor calaña que no merecían vivir.

Klair se puso en pie, despacio. Un buen incendio daría cuenta de aquel lugar y borraría cualquier rastro de su visita, además de acabar con la vampira empalada. Una vez hecho aquello, planearía su próximo paso. O bien seguía al Aullador y sus objetivos, Nelson y Reed, o localizaba a aquel misterioso personaje, Ezra. Klair estaba seguro de que, fuese cual fuese el camino que siguiera, el resultado final no variaría.

VEINTIUNO

Los terrenos del inmueble eran inmensos. El edificio principal se alzaba a veinte metros de la calle. Un muro de piedra de dos metros y medio de alto, rematado con alambre de espino, rodeaba toda la zona. Por toda entrada se veía un pórtico de barras de acero forjado. Junto al timbre se podía leer: *Cuidado con los perros. Devorarán a los intrusos.*

—Qué poco amables —comentó Sharon Reed, mientras pulsaba el botón.

—El mundo no es nada amable —repuso Nelson—. En cuestión de horas, cuando caiga la noche, las calles de los alrededores se convertirán en una jungla, consiguiendo que a una mujer como tú no le resulte nada seguro salir a pasear sola. A menos que ande buscando que la violen y la torturen. Las bandas controlan las grandes ciudades, salvo los distritos adinerados. La policía carece de infraestructura para hacerles frente.

—Viva el mundo feliz. —Sharon volvió a pulsar el timbre. En esta ocasión, lo dejó apretado durante un minuto—. Se diría que Burgess ha resultado más profético que Huxley.

—No sé qué decirte. A mí, Huxley siempre me pareció un optimista. A Burgess no lo he leído. Mi libro favorito es *El vengador androide*.

—No tengo el gusto. —Pulsó el timbre por tercera vez—. Aunque me imagino por qué te gusta. ¿No te da la impresión de que nos están ignorando?

—¿Qué esperabas? Nos estaban espionando dos cámaras ocultas hasta que las apagué hace algunos segundos. A lo mejor la mansión dispone de otras que no he conseguido detectar. Este sitio rebosa cacharros electrónicos. Quince animales, demasiado grandes para tratarse de perros, patrullan los jardines. Tengo buen oído, pero todas las bestias me parecen iguales. ¿Qué te parece si pasamos de la invitación y nos colamos?

—Nelson, me deprime tener que admitir que encuentro agradable tu falta de modales. Quiero respuestas, ya. Con perros o sin ellos, yo digo que les reventemos la fiesta.

Con una sonrisa, el ciborg asió los barrotes de la puerta y tiró. Se doblaron como si fuesen de caramelo. En cuestión de segundos, había abierto un agujero por el que ambos cabrían.

—Yo primero, por si se nos echan encima los sabuesos. Te haré una señal si veo que el camino está despejado.

Al cabo de un minuto, indicó a Sharon que pasase, antes de colocar los barrotes en su sitio.

—Tampoco hay por qué alertar a nadie de la presencia de intrusos.

Los terrenos de la finca estaban cubiertos de un bien cuidado césped, así como de unos cuantos arbustos y algunos árboles pequeños. Un sendero de cemento atravesaba los jardines en línea recta hasta llegar a la puerta principal de la mansión.

—Sin ventanas —comentó Nelson, mientras se acercaban a la entrada—. Paredes de cemento y ladrillo, con refuerzo de acero. Parece una fortaleza.

—Habrá costado una fortuna construir todo esto.

—Probablemente... —comenzó Nelson. Se interrumpió para lanzarse a un lado y empujar a Sharon al suelo. Levantó los brazos y desenfundó las ametralladoras que ocultaba bajo su gabardina.

Los perros atacaron en manada. Cinco de ellos, de metro y medio hasta la cruz; bulldogs mutados con bocas del tamaño de la puerta de un horno y ojos que resplandecían con un fuego rojizo. Sharon, experta en el diseño de monstruos por medios genéticos, no se sintió demasiado impresionada por las criaturas, aunque éstas se movían a gran velocidad pese a sus cortas patas y no proferían sonido alguno. La Directora de Investigaciones sospechaba que los habían privado de cuerdas vocales.

Una persona corriente habría sucumbido al envite, pero Nelson era distinto, una mezcla de hombre y máquina que actuaba con precisión robótica. Sus años de lucha contra enemigos de la Tecnochocracia habían pulido al máximo sus habilidades marciales, de modo que era capaz de apuntar el fuego mortífero de sus ametralladoras en dos direcciones distintas sin errar el tiro.

De los cinco canes asesinos, sólo uno logró acercarse lo bastante como para suponer una amenaza. Nelson agarró a la bestia por el cuello con unas manos capaces de doblar barras de acero y lo redujo a trizas. Tiró el cuerpo mutilado a cuatro metros distancia.

—Lo siento —se disculpó ante Sharon por la sangre que le había salpicado el vestido—. Los oí llegar, así que supuse que resultaría más seguro si te quedabas tendida en el suelo que en medio de mi camino.

—Nada que no pueda arreglarse. —Sharon reanudó el paso hacia la casa, para descubrir que la puerta estaba cerrada. Un letrero plantado a un lado volvía a advertir, *Cuidado con el perro*—. Más vale que entremos antes de que lleguen los demás. No quiero pasarme la tarde viendo cómo matas perros guardianes.

—Sí, resulta monótono. —Golpeó la puerta con un puño de acero. Nada. Frunció el ceño y lo volvió a intentar, con idéntico resultado—. Primum —dijo, con gesto de fastidio—. Nos haría falta un tanque para derribarla.

—Puede que sí. —Sharon lo hizo a un lado. Encontró la cerradura y apretó la palma de la mano contra ella. Saltaron pestillos, se corrieron cerrojos y la enorme puerta se abrió de par en par—. Puede que no.

—¿Cómo has hecho eso? —preguntó Nelson mientras entraban en el edificio. El recibidor era un rectángulo de planchas de acero de dos metros y medio de altura, uno ochenta de ancho y seis de largo que los separaban de la siguiente puerta.

—Secreto de Progenitora —rió Sharon. Cuando hubieron avanzado tres pasos por el pasillo, la luz del techo se apagó y la puerta que acababan de cruzar se cerró con un chasquido—. Me pregunto qué es lo que habrá detrás de esa puerta.

Otro perro. Éste mucho mayor, del tamaño de un león, que lanzó un rugido en cuanto Sharon hubo abierto la puerta. Su color negro petróleo lo delataba como un doberman mutado.

—Mis armas no funcionan —dijo Nelson—. Algún tipo de campo las ha neutralizado, así que habrá que encargarse de este bicho a la antigua usanza. Quédate atrás, esto puede ponerse feo.

—No te rompas la cabeza. —Sharon se acercó a la monstruosa bestia y le acarició el morro—. Siéntate, Stanley. Vamos, siéntate.

El perro gañó, encogió los cuartos traseros y se quedó tendido en el suelo. Sharon le rascó detrás de las orejas. El animal sacó una lengua inmensa y le lamió todo el brazo.

—Espera, no me lo digas. El monstruo éste es obra tuya.

—¿Este perro en concreto? No, eso sería demasiada coincidencia. Pero sí que fui la Investigadora encargada de diseñar toda la gama. ¿Te acuerdas de lo que le dije a John Doe acerca del amigo que quería localizar? Cada vez que creo una forma de vida, programo en su interior una serie de mecanismos de respuesta inmediata. Estos dobermans mutados reconocen mi olor. Esta raza dispone también de un código de autodestrucción, pero no veo motivos para emplearlo en estos momentos. Ahora, busquemos al propietario del can. Ya me estoy cansando de dar vueltas.

Sharon cogió la cabeza del perro con ambas manos y miró a la bestia a los ojos.

—Busca a tu amo, Stanley. Busca.

El doberman se puso de pie y giró en redondo hasta quedar frente a otra puerta cerrada. No hizo falta que Sharon empleara sus habilidades, puesto que el perro atravesó el panel como si fuese de cartón y comenzó a correr por un sinuoso pasillo.

—Los hiciste fuertes —comentó Nelson, mirando la puerta de primium reforzado—. ¿Le pones Stanley a todos los perros?

—Claro que sí —repuso Sharon, mientras se apresuraban a seguir a la bestia—. En honor de un técnico de laboratorio que encontró la muerte entre las fauces de un prototipo. Me pareció apropiado.

—Conmovedor, sí. Este sitio es un laberinto, los puñeteros pasillos no conducen a ninguna parte. Creo que el perro va de cabeza hacia el sótano.

Seguían un rastro de puertas desvencijadas. De vez en cuando, el gigantesco doberman dejaba escapar un aullido, como si quisiera indicarles su posición. No vieron más animales, ni tampoco a nadie.

Por fin, llegaron a una gran sala circular, de seis metros de diámetro, varias plantas bajo el nivel del suelo. Sharon y Nelson reconocieron de inmediato a la mujer que, sentada frente a una terminal informática, palmeaba la cabeza del enorme monstruo.

—La genuina Lauri Coup, supongo —dijo Sharon.

La rubia asintió con la cabeza.

—Los asesinos acabaron con un clon tipo A. —Coup poseía una voz delicada y agradable—. La tenía trabajando como asistente, para algún que otro recado, contestar el teléfono, esas cosas. Cuando llegaron los asaltantes, se hizo pasar por mí mientras yo me escabullía por una puerta de transporte secreta del dormitorio. Supuse que lo mejor sería apartarme de la circulación durante unos meses, antes de reaparecer bajo otro nombre. Sólo Bylunt sabía la verdad. Estábamos tan unidos que no tuve corazón para hacerle creer que estaba muerta.

—¿Cómo sabes que puedes confiar en él? —preguntó Nelson—. A lo mejor fue él el que te traicionó.

—¿Kurt? Nunca. —Esbozó una sonrisa, la de una mujer consciente de su atractivo—. Me adora. No sería capaz de hacer nada que pudiese herirme.

—Nos dio tu dirección —dijo Sharon.

—Al igual que yo, reconoció su nombre de inmediato, Directora de Investigaciones Reed. Debí de pensar que podía confiar en usted.

—Resulta peligroso asumir ese tipo de cosas —declaró Nelson, mientras recorría la enorme cámara con la mirada—. ¿Qué es este sitio?

—Un laboratorio secundario, empleado para la manufactura de clones y tratamientos de manipulación genética. El doctor Reid trabajó aquí durante una temporada, antes de aburrirse y llevarse a casi toda la plantilla a EcoR. Aún quedan unos cuantos tanques de crecimiento en el nivel inferior. Ahí es donde crío a los bulldogs mutados que patrullan los jardines. Aparte de mí, no hay nadie más por los alrededores.

—¿Por qué demonios no se limitó a abrirnos la puerta? —quiso saber Nelson, que vio la pila de monitores de vídeo que ocupaba toda una sección de la estancia. Las tres docenas de pantallas vigilaban todos los cuartos de la planta de arriba de la mansión, además de gran parte del terreno exterior.

—Soy confiada, pero no estoy loca. Tampoco sabía que veníais de parte de Kurt. Cualquier tipo de comunicación echaría por tierra de inmediato la historia de mi asesinato. Reconocí a la doctora Reed por las fotos que he visto de ella, pero hasta que se cameló a Stanley y lo envió a buscarme no pude estar segura de que no se trataba de una impostora enviada para localizarme y darme el tiro de gracia.

—¿No tienes ni idea del motivo por el que te atacaron? —preguntó Sharon Reed—. La policía habla de vandalismo y, según tu amigo Bylunt, el Sindicato también.

—Ojalá. Los asesinos eran Nefandos. Ningún mortal corriente habría sido capaz de superar las trampas con las que protegía mi residencia. Además, mi clon era más que capaz de defenderse de cualquier ratero de tres al cuarto. —Coup tomó aliento—. En cuanto al motivo por el que me atacaron, sólo se me ocurre lo mismo que os ha traído aquí. El estudio de ADN que llevé a cabo el año pasado y que desembocó en el proyecto de clonación del Colectivo Gris.

—Exacto —convino Sharon—. Un ejemplo magistral de ingeniería genética. Todo un logro para una Investigadora Primaria. No deja de impresionarme que fueses capaz de diseñar una célula tan compleja.

El rostro de Coup se endureció.

—Así que lo sabes.

—Por supuesto. —Sharon sonrió ante la atónita expresión de Nelson. El ciborg no tenía ni idea de lo que estaban hablando.

—La señorita Coup no diseñó la célula que empleamos para formar el clon base. Bylunt cometió una indiscreción durante nuestra visita. Lo que hizo fue coger una muestra ya desarrollada y presentarla como obra suya. En vez de crear un ser completamente nuevo, nos limitamos a reconstruir uno antiguo, a alguien que ya estuvo vivo. Si hemos de creer lo que decía la retransmisión, a Heylel Teomim.

—¿Cómo? ¿Qué retransmisión?

—Con esto del aislamiento, te estás perdiendo toda la diversión —dijo Nelson—. El clon base se ha aparecido en los ordenadores de la Tecnocracia por toda la Creación. Afirma tratarse de ese infame Subversor de la Realidad fallecido hace quinientos años. El muy puñetero se empeña en que quiere terminar con la Guerra de la Ascensión y fundir la Unión con las Tradiciones. Descabellado, pero toda una bomba.

—No tenía ni idea. —Coup parecía nerviosa, incómoda—. Nunca me dijo nada de lo de la muestra.

—¿Quién no te dijo nada? —repitió Sharon, apretándole la garganta con unos dedos helados—. ¿A quién te refieres?

—Estudiamos juntas —balbució Lauri Coup, con voz trémula—. Se llamaba Resha Maise. Las dos trabajábamos como Asociadas de Investigación para el doctor Atkins en la costa este. Pasamos allí cinco años, ayudándolo con sus experimentos sobre generación de onda sónica. Después de aquello, nos separamos. Yo me vine al medio oeste en calidad de Asociada dentro de EcoR. No sé lo que sería de ella. No había vuelto a tener noticias suyas hasta hace cosa de un año.

—Atkins —musitó Sharon, mirando a Ernest Nelson—. Dime de qué me suena ese nombre.

—Un Subversor de la Realidad de lo peorcito, un desertor. Se dejó seducir por los Externos. Una noche le dio por volverse loco y asesinó a todos sus ayudantes, le prendió fuego al laboratorio y eliminó todos sus documentos. A él se le dio por desaparecido.

—Esto se está poniendo cada vez más interesante. —Sharon sopesaba todas las posibles implicaciones—. Y esta amiga tuya, Resha, ¿se llevaba bien con Atkins?

—Y tanto. En el laboratorio se rumoreaba que llevaban su idilio en secreto. Nunca le pregunté a Resha. Nadie me mandaba meter las narices en su vida privada.

Sharon frunció el ceño. Ella procuraba meter las narices en todo. El chantaje solía rendir óptimos resultados si se sabía utilizar.

—Sigue con tu historia.

—Tengo ambiciones, eso nunca fue ningún secreto. Quería dirigir mi propio laboratorio y poseer control absoluto sobre mis experimentos, pero ascender a Directora de Investigaciones lleva años de servicio. Exige paciencia, algo que no va conmigo. Por eso lo hice. Quería dar el golpe, conseguir el logro que me aupara hasta el nivel de Investigadora.

—¿Qué es lo que hiciste? —preguntó Sharon, aunque creía conocer la respuesta.

—Resha llegó a mi laboratorio a altas horas de la noche, hará cosa de un año. Me dijo que estaba al tanto de mis sueños y que quería ayudarme. Llevaba consigo una muestra de tejido, de la cual me afirmó que poseía un patrón genético casi perfecto. De saberlo manejar, el clon podría aceptar modificaciones tanto de nuestra Convención como de Iteración X. Se convertiría en el espécimen sobrehumano que los investigadores llevaban siglos queriendo crear. Resha me lo dio y me dijo que podía presentarlo como si el descubrimiento fuese mío, que podría achacarme todo el mérito.

—¿Y nunca te explicó de dónde había salido esa muestra? ¿No te molestaste en preguntar?

—Ya os he dicho que era ambiciosa. Resha me ofrecía fama, éxito, todo ello libre de ataduras. No podía rechazarlo.

—Libre de ataduras —rió Nelson.

—La creí, no tenía motivos para no hacerlo. Cuando llevé la muestra ante el Simposio, lo celebraron como todo un acontecimiento. Te pusieron a ti —miró a Sharon— a cargo del proyecto de crecimiento, pero yo ya tenía mi propio laboratorio y me habían elevado a la categoría de Investigadora. El trato me pareció justo.

—¿Qué aspecto tenía esta Resha? —preguntó Nelson.

—Era una cambiaformas. Alteraba su apariencia cada pocas semanas.

—No sé por qué no me sorprende —musitó Nelson—. ¿Cómo sabías que era quien decía ser?

—Escáner de ADN —repuso Coup.

Sharon asintió con la cabeza.

—Todo empieza a encajar y me da muy mala espina. Resha, una cambiaformas, trabaja para el doctor Atkins. Éste se pasa al bando de los Nefandos y desaparece. ¿Lo convirtió ella, o sería al revés? Resha se pone en contacto contigo para ofrecerte la célula perfecta con la que desarrollar un clon, todo sin que su nombre salga a la luz. A mí me ponen al mando de la operación, con Velma Wade de ayudanta. El clon resulta ser un Subversor de la Realidad, posiblemente Heylel Teomim. Cuando intentamos investigar los orígenes del experimento, una horda de Nefandos ataca nuestra base. Mientras tanto, otros intentan eliminarte a ti.

—Tiene toda la pinta de que la Unión Tecnocrática se ha visto manipulada por Velma, Resha y sus amigos —dijo Nelson—. Y de que todos ellos son Nefandos.

—No necesariamente —repuso Sharon—. Las mujeres podrían estar jugando a dos...

Las alarmas resonaron por toda la cámara. El ruido era ensordecedor. Lauri Coup giró su silla y estudió las pantallas de vídeo.

—Más intrusos —anunció, señalando los monitores que mostraban la entrada principal—. Una banda al completo, según parece.

—Una partida de guerra de Nefandos —concluyó Nelson.

Una docena aproximada de figuras se arracimaba a la entrada de la hacienda. Hombres robustos y de complexión fuerte, todos vestidos de negro y equipados con armas automáticas.

—Fíjate en sus mejillas —señaló Nelson—. ¿Ves los tatuajes? Las marcas significan que son asesinos de elite. Estos lunáticos, o cumplen con su misión o mueren. No dan tregua. No son artesanos de la voluntad, sino miembros del culto, inmersos en su filosofía de muerte y destrucción. Carne de cañón para los Nefandos. Lo más probable es que los comande un Shaytan o un Administrador de gran poder.

—Ahí llegan los perros —comentó Sharon.

Rugieron las armas. Murieron los animales. Ninguno de ellos había conseguido acercarse a menos de diez metros de la banda. Los sectarios continuaron cebándose con los cuerpos mucho después de que el último perro hubiese dejado de patear. Reían como dementes mientras las balas reducían los cadáveres a una pulpa ensangrentada. Incluso en la cámara de control subterránea, el estrépito era ensordecedor.

—Allá van los perros —replicó Nelson.

Un hombretón fuerte y grueso, cubierto por una gabardina negra y un sombrero flexible, levantó la mano y cesó el fuego de inmediato.

—Ése es el líder —dijo Nelson—. Si este tiroteo no atrae a la policía, habrá que suponer que han untado a la pasma.

El hombre del sombrero flexible señaló hacia la puerta principal. Por un instante, la cámara dispuesta sobre la puerta reveló su rostro. Lauri Coup contuvo la respiración. Un estridente silbido ensordecedor se adueñó de la sala de control. Al instante, los monitores exteriores se apagaron. El sonido se desvaneció.

—¿Vosotras también os sentís como si fuésemos los tres cerditos? —bromeó Nelson, con una carcajada desprovista de humor—. Porque el lobo acaba de llamar a la puerta de la casita de paja.

—Atkins —musitó Lauri Coup, pálida—. Ése era el doctor Atkins.

—El experto en ondas de sonido —añadió Sharon.

—El Aullador —sentenció Nelson.

VEINTIDÓS

Diecisiete y Sombra del Amanecer tardaron tres días en regresar a la cábala de Casey. Habían viajado en coche, avión y de nuevo en coche, sin ningún incidente. Todos los magos de las Tradiciones que se encontraron a lo largo de su periplo parecían deambular sin llegar a creerse lo que había ocurrido, estupefactos. Doissetep, la orgullosa fortaleza, la más antigua e ilustre de todas las Capillas, había dejado de existir.

En Inglaterra, el impacto había sido doble ante el derrumbe de Stonehenge. Para los artesanos de la voluntad británicos, era como si alguien se hubiese infiltrado en palacio y hubiera asesinado a la reina. Era tiempo de duelo, de sombría reflexión y, sobre todo, de temor. Si Heylel había sido capaz de destruir Doissetep, y a nadie le cabía la menor duda de que la Abominación estaba detrás de la aniquilación del castillo, ¿cuál sería el siguiente paso del rebelde? ¿Estaría a salvo el propio Horizonte?

En los Estados Unidos, la reacción tendía más a la rabia que al miedo. Durante décadas, la Tecocracia había dominado la cultura y la forma de pensar de los norteamericanos. El Nuevo Orden Mundial y el Sindicato se arrellanaban tranquilos en los asientos de poder. Las Tradiciones poseían firmes raíces en el continente europeo e Inglaterra. En los Estados Unidos, no obstante, los místicos se veían abrumados por la Unión Tecnocrática. Aunque no disponían de pruebas concluyentes, todos los artesanos de la voluntad estadounidenses culpaban a la Tecocracia de la destrucción de Doissetep. Para ellos, no era sino otra batalla más en la incesante Guerra de la Ascensión. Y pedían revancha.

Consumado su idilio, Diecisiete y Sombra habían aprovechado aquellos tres días para estrechar lazos. Los recuerdos que compartían de la destrucción del castillo y sus repercusiones parecían ligarlos de un modo que superaba el afecto. No les cabía duda de que se amaban, del mismo modo que les resultaba obvio el que sus espíritus estaban predestinados el uno al otro. Apenas mencionaban ese tema, pues sobraban las palabras.

Diecisiete apenas había dormido entrada la noche durante ese período. Su cuerpo, casi perfecto, le exigía pocas horas de sueño. Los drivers de nanobits que circulaban por su flujo sanguíneo se mantenían a una potencia constante y sólo necesitaban ingentes cantidades de alimentos de vez en cuando para seguir funcionando a pleno rendimiento. Lo único que le hacía falta era descansar sus funciones cerebrales durante un rato todos los días, a fin de permitir que la tensión de los más recientes acontecimientos se filtrase de su organismo.

Mientras Sombra descansaba junto a él, Diecisiete pensaba en Ethan Phillips y Bailarina Escarlata. Sabía que habían sido amantes, aunque aquello había ocurrido hacía medio siglo. Diecisiete no dudaba de que la suya había sido una pasión ferviente, sabía que aquello era cierto. Tampoco alberga ninguna duda sobre el hecho de que Phillips hubiese ido a Malfeas, la recóndita guarida de los Maeljin Incarna, en busca de ella. El misterio lo constituían aquellos descubrimientos que allí realizara, lo que le había costado cincuenta años de su vida y todos sus recuerdos. Diecisiete no podía asegurar que quisiera conocer las respuestas, sobre todo ahora que había conocido a Sombra del Amanecer; pues, pese a la falta de memoria, estaba seguro de ciertos hechos. Había encontrado a Bailarina Escarlata en Malfeas, con vida. Aunque no pudiese explicar por qué estaba tan seguro de ello, Diecisiete sabía que, cinco décadas después, la maga seguía con vida.

Llegaron a los bosques que rodeaban Rochester en el momento en que caía la noche, al volante de un viejo Chevy descapotable que les había prestado un mago dadivoso en la zona de la ciudad de Nueva York. Aunque no estuviese a la última, corría a buena velocidad, en parte gracias a varios

ajustes mágicos. Resultaba más seguro que utilizar un vehículo alquilado, cuya transacción quedaría registrada de inmediato en las bases de datos del NOM. Aunque Diecisiete sospechaba que Heyle suponía una amenaza tanto para las Tradiciones como para la Tecnocracia, no se hacía ilusiones con respecto a la Unión. Desde su huida, los líderes del Colectivo Gris habían querido su cabeza. El mero hecho de que el clon base anduviese con vida y armando escándalo no bastaba para sospechar que se hubiesen anulado las órdenes de su ejecución.

El hecho de conducir por los sinuosos caminos que llevaban a la Capilla de la Cábala de Casey le hizo recordar su fuga del Colectivo Gris. Parecía que hubiese pasado una eternidad desde aquella noche, pero Diecisiete se dio cuenta de que sólo habían transcurrido escasas semanas.

—Me tuve que enfrentar a un escuadrón de HIT Mark en esta misma autopista —le dijo a Sombra del Amanecer, que ocupaba el asiento del conductor. Pese a todas sus habilidades físicas, Diecisiete confiaba muy poco en su pericia al volante—. Me tiré a un despeñadero para convencerlos de mi muerte. Cuando salí, me encontré de frente con Sam Haine y Albert.

La doncella guerrera esbozó una sonrisa.

—Supongo que aquel encuentro tuvo poco de coincidencia. En mi opinión, el Hombre Cambiante no es de los que se tropieza con la gente así como así. Siempre sabe lo que se hace, por mucho que diga lo contrario.

Diecisiete sofocó una risita.

—Sam se esfuerza por dar esa imagen de simplón, pero se le da de pena. Es astuto como un zorro, sagaz como el mismísimo diablo.

—Es un hombre sabio y, como tal, se reserva su propia opinión. —Sombra señaló una mancha oscura en la carretera, algo más adelante—. Allí es donde Kallikos y yo luchamos contra un grupo de motoristas caníbales. Habíamos oído historias acerca de forajidos que patrullaban las autopistas, alimentándose de sus víctimas, pero no nos esperábamos que los relatos hiciesen honor a la verdad.

—¿Caníbales? ¿Qué hicisteis con ellos?

—Matarlos, desde luego. Eran cinco hombres. Les ofrecí conservar la vida a cambio de irse y dejarnos tranquilos, pero se negaron. Después de haberles ofrecido una alternativa, no dudé a la hora de eliminarlos a todos. Sólo la chica sobrevivió, aunque era tan culpable como sus amigos. Les servía de cebo para los incautos. En cualquier caso, Kallikos insistió en dejarla marchar después de imprimir una advertencia en su mente. Dijo que volveríamos a verla.

—Caníbales que recorren las autopistas. Hay que ver lo bajo que ha caído esta civilización.

Sombra se encogió de hombros.

—No desesperes. Los maestros de la Capilla Fukuoka, donde aprendí la sabiduría del *Do*, me enseñaron que el mundo varía muy poco de encarnación en encarnación. La Rueda gira, eso es todo. El Drahma continúa. Hace mil años, decenas de miles se prepararon para el fin del mundo cuando los líderes religiosos predicaron que se acercaba el apocalipsis. Hace quinientos, lo mismo. El ciclo se repite de nuevo. La muerte y la destrucción van siempre con nosotros. La humanidad no necesita celebrar ningún aniversario especial para festejar la locura. Lo que abundan son pretextos.

—Pero la violencia sin sentido de las ciudades...

—...No es peor de lo que solía serlo antaño. La historia es una concatenación de atrocidades y asesinatos justificados por el bando vencedor para calumniar a sus oponentes. Los Cruzados combatieron para liberar Tierra Santa, pero masacraron a más inocentes a su paso por Europa que los musulmanes durante todo el tiempo que permanecieron asentados en Oriente Medio. La Inquisición, un grupo de fanáticos religiosos que ha perdurado hasta nuestros días, persiguió a hombres y mujeres a los que acusaban de hechiceros y brujas, para quemarlos en la hoguera o lapidarlos hasta la muerte, todo en

nombre de su dios. Sí que perecieron numerosos magos, pero su número fue ínfimo comparado con el de los miles de inocentes juzgados por aquellos celotes, todo por salvar las almas de aquellos a los que temían.

Sombra hizo una pausa, para recuperar el aliento.

—¿Qué hay del faraón que ordenó asesinar al primogénito de los esclavos hebreos para que nadie pudiera alzarse y liberar a los cautivos? ¿O de Gengis Kan, que mandó construir una pirámide con las cabezas de aquellos que le plantaban cara en el campo de batalla? ¿O de los nativos americanos masacrados en Wounded Knee? ¿O...?

—Basta, ha quedado claro. La gente siempre ha sido un puñado de bárbaros sedientos de sangre. La vida no ha cambiado nada en todos sus años de historia. Sólo las restricciones se han vuelto más estrictas.

—La civilización actual se rige por más normas. El hombre moderno está a dos pasos y medio de las tinieblas en lugar de a sólo uno. Quienes se dejan arrastrar por sus apetitos más salvajes han de vérselas con más trabas legales, pero los instintos siguen siendo los mismos. Como dije antes, la Rueda gira, pero la humanidad permanece estática.

—No me agrada la idea —declaró Diecisiete, al que se le había echado encima el peso de la civilización moderna—. A menos que encontremos el modo de derrotar al clon base, la humanidad tal y como la conocemos se sumirá en la noche eterna. ¿Sabes qué es lo que planea Kallikos para detener a Heylel?

—No. Nunca me ha confiado sus planes. Al parecer, sus visiones acerca del futuro son mucho más detalladas de lo que da a entender. El vidente parece saber en términos generales cada paso de los planes de su enemigo, pero Kallikos es incapaz de evitar que ocurran los acontecimientos.

—Yo también me he dado cuenta. Es como si siguiese un mapa de carreteras, capaz de guiarnos de población a población, pero sin saber lo que éstas nos deparan, confiando siempre en que una de esas paradas nos ofrezca un desvío por el que poder apartarnos del camino prefijado y no tener que seguir la ruta hasta el final.

—Donde ese final sería el Armagedón.

—Quizás. Si hay alguien que lo sabe, ése es Kallikos.

Condujeron en silencio durante los siguientes minutos, hasta adentrarse en el polvoriento sendero que los llevaría a la cábala de Casey. Pasaban las diez y media de la noche.

—Tengo ganas de volver a ver a Sam Haine y a Albert —dijo Diecisiete—. He de admitir que los he echado de menos.

—Son buenos compañeros, leales y sinceros. Hay que añadir la irreverencia a las cualidades de Sam Haine, siempre capaz de alzar la voz del sentido común entre la algarabía de los intransigentes.

—Qué raro —musitó Diecisiete cuando Sombra condujo el coche hasta llegar a la vieja granja que hacía las veces de cuartel general para la cábala. Dos magos, armados con sendas escopetas, hacían guardia en el porche. No se veía a nadie más—. ¿Dónde están todos?

—En la fuente sagrada —respondió uno de los vigilantes, un joven llamado Sean Rohwiller al que Diecisiete conociera hacía una semana—. Celebrando una importante reunión del consejo. Han ocurrido cosas muy feas desde que os marchasteis. Ya os contarán ellos todos los detalles.

—Cosas muy feas —repitió Diecisiete, mientras Sombra y él se apresuraban a recorrer el sendero que comunicaba la granja con la arboleda que rodeaba el estanque místico—. Eso ha sonado muy mal.

—La muerte flota en el aire esta noche. —Sombra del Amanecer echó mano a sus dos espadas—. La tierra huele a sangre.

Vieron a una docena aproximada de personas sentada en el claro que bordeaba el estanque. Ardían varias hogueras, las cuales proyectaban un tenue fulgor sobre los concurrentes. Diecisiete divisó a Albert, pero no pudo localizar a Sam Haine. También echó en falta varios rostros conocidos, amistades forjadas durante su visita anterior. Claudia Johnson, una atractiva mujer de color de mediana edad que ayudaba en la organización de la Capilla, se encontraba de pie, dirigiéndose a los asistentes. Detuvo su discurso cuando llegaron Sombra y Diecisiete.

—Gracias a la diosa. Puede que aún estemos a tiempo.

—¿A tiempo? —repitió Diecisiete—. ¿A tiempo de qué?

—Sam se ha marchado —dijo Albert, al tiempo que se incorporaba. El semblante del gigante mostraba su preocupación—. Insistió en irse solo.

—¿Que se ha marchado? —insistió Diecisiete—. ¿De qué estás hablando?

—Por favor —intervino Sombra del Amanecer—, explicadnos lo que ha ocurrido cuanto antes. Veo que cada minuto cuenta.

—Los incidentes comenzaron nada más desaparecisteis —dijo Claudia—. Un artesano de la voluntad poderoso y enloquecido que se hace llamar Terrence Shade comenzó a asesinar a miembros de la Cábala. No a todos de golpe, sino de uno en uno, a dos a la vez, como mucho. Siempre mencionaba su nombre, asegurándose de la presencia de testigos, a fin de que no cupiese lugar a dudas sobre su autoría. En todos los casos, le dijo a los presentes que le dieran recuerdos a Sam Haine. Que la emperatriz Aliara, Condesa del Deseo, pagaba sus deudas con creces. Pese a todos nuestros esfuerzos, a toda nuestra magia, el asesino permanece impune.

—Hace varios días que regresamos del Horizonte —continuó Albert—. Sam se trastornó al enterarse de las noticias. Asumió toda la responsabilidad por los asesinatos, a sabiendas de que este Shade estaba matando a miembros de la cábala de Casey porque sabía que eran sus amigos. No podía soportar la certeza de que estaban muriendo otros por su culpa.

—Aliara es maligna —dijo Sombra del Amanecer—. El Hombre Cambiante no debería avergonzarse de lo que la hizo. El que se vengue de él por medio de terceros no demuestra sino el veneno que lleva dentro.

—Terrence Shade —musitó Diecisiete, con el ceño fruncido, pensativo—. Estaba en el Colectivo Gris. No estoy seguro de lo que hacía allí, ni a qué Convención servía, pero recuerdo que iba al laboratorio a menudo y que los técnicos que trabajaban allí se dirigían a él con deferencia. Quizá espíase para Aliara por aquel entonces.

—Y Sam, ¿dónde está ahora? —quiso saber Sombra—. Eso es lo que importa.

—Al caer la noche, alguien llamó por teléfono y preguntó por él —dijo Albert—. A nadie se le ocurrió rastrear la llamada. Sam me contestó con vaguedades acerca de una reunión a la que tenía que asistir más tarde y de ciertos asuntos de los que tenía que ocuparse antes de eso. Luego, sin más detalles, se fue. Solo. Nadie ha vuelto a verlo desde entonces. Comencé a preocuparme horas después al ver que no regresaba. Para entonces, ya era demasiado tarde para seguirle el rastro.

—Fue Shade el que llamó —aventuró Diecisiete.

—Eso pensamos todos —convino Claudia—. Empleamos un hechizo de dilación temporal para reconstruir el mensaje, pero quienquiera que hablase con Sam había levantado una poderosa barrera mágica frente a la llamada. No pudimos escuchar su conversación.

—Por tanto, debemos temernos lo peor —declaró Sombra—. ¿Cuánto hace que se ha ido? ¿Qué pensáis hacer?

—Sam partió hará cosa de tres horas —replicó Albert—. En otras circunstancias, abogaría por dejarlo tranquilo. Es un hombre orgulloso al que le gusta librar sus propias batallas sin interferencias.

Pero, en este caso, la situación es distinta. Shade trabaja para Aliara y Sam se encamina hacia una trampa. ¿Quién sabe a qué poderes tendrá que hacer frente, o cuántos enemigos lo aguardan?

—Además —terció Claudia, con determinación—, este Shade ha asesinado a miembros de nuestra cábala. Sam es amigo nuestro, muy cercano, pero no somos chiquillos inválidos. La cábala de Casey sabe cuidar de sí misma. —Se escucharon murmullos de aquiescencia entre los allí reunidos—. Agradecemos la ayuda de Sam, pero también nosotros libramos nuestras propias batallas.

—Si fue Shade el que organizó esta reunión —dijo Sombra—, lo más probable es que le pidiera a Sam que fuese solo. Sin embargo, tienes razón. Sam Haine no debería lanzarse a esta lucha sin aliados. Debemos hacer todo lo que podamos para ayudarlo.

—Ésa es la conclusión a la que habíamos llegado —convino Claudia—. El único problema estriba en cómo conseguirlo. ¿Alguna idea?

—Los maestros me enseñaron que, para localizar a tu enemigo, tienes que pensar como él. Sam Haine es un mago poderoso, Shade lo sabe. No le resultará fácil destruir al Hombre Cambiante, da igual la magia que tenga a su servicio. Ya que el demente pudo dictar el lugar y la hora de su encuentro, parece lógico suponer que eligiese el momento y el sitio que le proporcionaran la mayor ventaja.

—Los Maeljin Incarna derivan sus poderes del sufrimiento, el dolor y la desesperación —dijo Claudia—. Por tanto, los Señores Oscuros se hacen fuertes en lugares que generen tales emociones. Lo mismo se aplica a sus agentes. Supongo que Shade le pidió a Sam que acudiera al centro de rehabilitación psiquiátrica para criminales perturbados que se levanta al sur de la ciudad. O a la planta de Químicas Everwell. O —la mujer se detuvo, como si hubiese dado con la respuesta acertada—, al vertedero de desechos tóxicos a orillas del lago Ontario.

—Un vertedero de residuos tóxicos —repitió Sombra del Amanecer, que acariciaba el acero de sus dos hojas—. Ése debe de ser el lugar. Aún no, puesto que el poder de los Señores Oscuros aumenta cuanto más entrada la noche. Tenemos tiempo. Sospecho que la reunión no se habrá programado hasta dentro de, al menos, otra hora.

—A medianoche —dijo Diecisiete—. Cuando las fuerzas del mal hayan alcanzado su pleno apogeo.

—Podemos llegar a tiempo si nos damos prisa —urgió Claudia—. Se encuentra en la otra punta de la ciudad, y no hay forma de llegar en línea recta.

—Dos coches —sugirió Sombra del Amanecer—. Diecisiete y yo en uno, con dos de tus mejores magos. Albert y tú, con otros dos, en el segundo. Bastará para apoyar a Sam sin perder la ventaja que nos proporcionará el sigilo.

—Nos veremos allí —se despidió Claudia—. Que la Diosa os acompañe.

Sombra del Amanecer, solemne el semblante, asintió con la cabeza. Diecisiete se percató, no obstante, de que conservaba una mano apoyada en la empuñadura de Susurro. La doncella guerrera sabía ser diplomática y respetaba las creencias de los demás, pero no depositaba su fe en dioses ni diosas, sino en el frío acero.

VEINTITRÉS

Enzo aún saboreaba la sangre en los labios cuando abrió la puerta de su santuario, sito bajo las calles de la ciudad. La caza siempre se daba mejor en verano, cuando podía escoger a sus víctimas entre los millares que abarrotaban las playas y trasnochaban para disfrutar del frescor de la brisa nocturna. El mejor modo de comenzar la jornada consistía en seleccionar al espécimen perfecto y exprimirlo por completo.

Su talante ufano se desvaneció en cuanto entró en la estancia. Enzo entrecerró los ojos cuando vio a la persona repantigada en su trono, con una pierna cruzada con total abandono sobre el brazo de elaborado sillón.

—Ezra, mi buen amigo —saludó, obligándose a no perder el control—, siempre consigues sorprenderme con tu presencia.

—Soy una caja de sorpresas —repuso el mago cano. Un corte profundo, curado a medias, le surcaba la frente. Se le veía un ojo muy magullado, y las yemas de tres de sus dedos estaban ennegrecidas y sangrientas. Llevaba la ropa rota y desgarrada. Ofrecía un aspecto más desmadejado y harapiento que de costumbre, pero Enzo sabía que no debía formular preguntas. Ezra se lo contaría todo, llegado el momento.

—La seducción marcha bien —dijo el vampiro, al tiempo que descansaba su corpachón en la silla enfrente del trono. Ezra no hizo ademán de levantarse y Enzo no estaba tan loco como para tocar el tema—. Montifloro ha vuelto a quejarse ante mí de la testarudez de Pietro. La mujer, Esperanza, enciende su pasión. Unos cuantos días más y estará dispuesto a hacer todo lo que le pidamos.

—Bien, bien —contestó Ezra, que oía sin escuchar lo que Enzo le estaba contando—. ¿Ni rastro de esa zorra, Madeleine? A estas alturas, ya tendría que haber aparecido. Le he dejado pistas suficientes como para poder seguirme el rastro sin problemas. Incluso permití que aquel estúpido fotógrafo me retratara. Tendría que estar ya en la ciudad. ¿Qué dicen tus espías?

—Anoche vieron a una mujer vestida de negro que encaja con la descripción de mi prima, en el bar de carretera propiedad del clan Giovanni. Mis dos informadores pensaron que podía tratarse de Madeleine, pero no le fue posible asegurar nada. Estaba hablando con el fotógrafo la primera vez que se acercaron a ella. Los muy imbéciles tentaron a la suerte y estuvieron a punto de caer a manos de un forastero que se tomó a mal sus acciones. Espero recibir más informes en breve. Eso aclarará el asunto.

—¿Dos espías? ¿Por qué una pareja?

—Caín y Abel Riley. No tienen tantas luces como los hermanos Grim, pero sí comparten su falta de escrúpulos. Además, cuanto más toscos, más fáciles de controlar.

—Montifloro es un orador convincente. Con él como adalid de tu causa, los antiguos te elegirán sin duda para suceder a Pietro a la cabeza del Mausoleo, pero Madeleine es la única capaz de destruir a su sire. A menos que la convenzamos para que se una a nuestra conspiración, dará al traste con todo.

—No te preocupes. Todo el mundo tiene un precio, ya sea sangre, poder o prestigio. Ningún Vástago es intocable, ni siquiera la Daga de los Giovanni. Podemos comprar a Madeleine, sólo tenemos que hacerle una oferta a la que no sea capaz de resistirse.

—Una vida a cambio de otra —sonrió Ezra—. Eso es lo que la diremos. Tiene un punto débil y yo sé cómo se llama, pero no podemos perder más tiempo. Nuestro señor comienza a impacientarse, y yo ya tengo bastantes problemas.

—Seguro que podrás apañártelas —dijo Enzo, con tono neutral.

—Mi hermana. Sabía que Rambam no interferiría con mis planes. Es un sentimental, demasiado blando. Pero Judith está hecha de sangre y acero. Me atacó anoche. Tuve suerte de escapar tan sólo con algunos rasguños. Si vuelve a encontrarme, ni todo el poder del Señor del Acero bastará para salvarme. Esa mujer es un demonio.

Enzo se abstuvo de comentar que ambos hermanos eran tal para cual. No conocía a Judith, pero Ezra ya la había mencionado con anterioridad. Era una artesana de la voluntad poderosa, aunque carecía de la ambición y la determinación de su hermano. Se contentaba con ayudar a su padre, Rambam, y proseguir con sus estudios sobre el saber esotérico. El que anduviera tras la cabeza de Ezra no era una buena noticia. Si Ezra hería a su hermana, el padre podría tomar cartas en el asunto y, aunque Ezra afirmaba que era el mago más poderoso de su familia, Enzo sospechaba que la locura del mago de pelo gris podría haber afectado a su percepción de la realidad.

—¿Estás seguro de que no podrá seguirte hasta aquí?

—Me he preocupado de ocultar mis huellas. Judith no podrá encontrarme, siempre y cuando permanezca en la sombra. Sin embargo, debemos actuar con celeridad. Cuando obtengamos el control del clan Giovanni y de las Nueve Tradiciones, ostentaremos un poder increíble. Ni mi hermana ni mi padre supondrán amenaza alguna para mí, no se atreverán.

—En cuestión de días, de semanas, el mundo será nuestro.

—Amos del mundo —recitó Ezra, mientras se incorporaba del trono, despacio. Anduvo de puntillas hasta la puerta del santuario—. Señores de la creación. Me gusta cómo suena.

Abrió la puerta de sopetón, con violencia. Frente a él, impertérrita, con rostro sereno, apareció Hargroves. La secretaria entró en el cuarto.

—Gracias —le dijo a Ezra. El sarcasmo era palpable en su voz—. Menudo oído debe de tener usted para saber que venía por el pasillo.

Ezra fulminó con la mirada a la enjuta mujer.

—¿Cuánto hace que estaba detrás de la puerta? ¿Qué es lo que escuchado?

—¿Escuchar? —preguntó Hargroves, con una sonrisa—. Pero si yo no he oído nada. No me pagan para espiar, señor Ezra. Hago lo que me pide el señor Giovanni, nada más.

—Déjala en paz, Ezra —pidió Enzo, mientras se acomodaba en su trono. La paranoia de aquel perturbado lo exasperaba. Que se preocupara de los problemas de verdad, como su padre y su hermana. Amenazar a su secretaria eran delirios de lunático.

—¿Para qué ha venido, Hargroves? ¿Noticias?

—¿Se acuerda de que me ordenó vigilar las idas y venidas en esa granja de las afueras? Bueno, al parecer, dos de los alborotadores que me describió han regresado al lugar. Ese tal Sam Haine y su amigo, Albert, han vuelto.

—Excelente. —Enzo sonrió, le brillaban los ojos—. Esta vez, tendremos que atacar en masa. Emplea a todas las bandas de la zona. Eleva la recompensa a un millón de dólares por cabeza. Dos millones, si hace falta. Quiero a esos alborotadores muertos, sin reparar en gastos.

—Aguarde. —El rostro de Hargroves se compuso en una expresión que incomodó a Enzo—. Todavía hay más. Sam Haine se marchó de la granja a última hora de la tarde, solo, al parecer en una misión de venganza. Un perturbado lleva varios días asesinando a miembros de la cábala de Casey, y esta noche ha concertado una cita con Haine. Sé dónde y cuándo.

—Te lo dije, Ezra —declaró Enzo, con una sonrisa lobuna—. La señorita Hargroves vale su peso en oro. ¿Dónde ha de tener lugar esta reunión?

—En el vertedero de desechos tóxicos de las afueras de la ciudad. A medianoche.

Enzo aulló de placer.

—¡Llámalos a todos! A Mattias y su panda de lunáticos, a las bandas de caníbales que asolan las carreteras de los alrededores, a la escoria de las calles. A quien sea, a todos. ¡Cinco millones por la cabeza de mi enemigo! Que lo descuarticen y se lo coman, me da igual. Sólo quiero su cabeza.

—¿Por qué no los comandas tú mismo? —propuso Ezra, que miraba a Enzo con expresión enloquecida.

—Eso es lo que le gustaría a Madeleine, que abandonase la seguridad de mi ciudadela y quedase a su merced. Jamás. Dado que estas muertes entrañan tanta importancia para el Señor del Acero, te cedo el honor, mi buen amigo. *Tú* dirigirás a los hombres.

—Imposible —gruñó Ezra—. Con mi hermana al acecho, necesito refugio. Pero esta misión es demasiado importante como para dejarla en manos de aficionados. —El demente miró a Hargroves, destilando veneno con los ojos—. ¿Por qué no le cedes el mando a tu secretaria, dada su eficiencia? Que demuestre lo que vale.

—Ezra, ya está bien de necesidades —saltó Enzo, pugnando por mantener la calma—. Los asesinos baratos abundan en la ciudad, la buena mano de obra, no. Un centenar de caníbales no valen lo que una Hargroves.

—Lo que tú digas, pero si fracasa el ataque, será bajo tu responsabilidad.

—Enviaré a los hermanos Grim en su lugar. Como ghouls, poseen una fuerza sobrehumana y cierta resistencia a la magia. Matarán al brujo o perecerán en el intento.

Ezra cerró los ojos con fuerza, como si lo embargara la emoción.

—Me parece bien —declaró, al volver a abrirlos—. Pero no basta con intentarlo. Si no tenemos éxito, tanto tú como yo sufriremos las consecuencias. ¿Rondan tus chiflados favoritos por el edificio?

Enzo lanzó una mirada a Hargroves, que asintió con la cabeza.

—Están arriba, enseñando a Esperanza a desollar un conejo. Vivo, desde luego.

—Que vayan al laboratorio —ordenó Ezra—. De inmediato.

Hargroves buscó la conformidad de Enzo con la mirada.

—Haz lo que dice Ezra. Nos reuniremos allí.

El brujo tardó cinco minutos en localizar los componentes químicos que necesitaba y otros quince en conseguir la mezcla adecuada, recitando hechizos con un hilo de voz mientras revolvía la mezcla. Cuando hubo terminado, el recipiente de cristal quedó medio lleno de una preparado transparente con una leve fragancia a rosas. Los hermanos Grim lo miraron con suspicacia.

—¿Se supone que tenemos que bebernos esa mierda? —preguntó Mark, el que solía llevar la voz cantante.

—No, a menos que queráis que se os derritan las tripas —respondió Ezra, con una risita ahogada—. Este líquido es licosa, un antiguo veneno de nuevo en boga, refinado mediante los análisis químicos más modernos. Se trata del veneno más potente del mundo. Una sola gota basta para acabar con la vida de mil hombres. Extended las manos, quiero examinar vuestros dedos.

Los hermanos Grim así lo hicieron, sin dejar de mirar a Ezra como si estuviese loco. El hechicero estudió los dedos de ambos hombres, frotándolos con sus nudosos dígitos.

—Muy bien. Empapaos las manos en la solución.

—¿Se te ha ido la olla? —saltó Mark, apartándose del líquido—. Ni en tu puta vida.

—No es por la mía, sino por la vuestra. Si no hacéis lo que os pido, moriréis. No te preocupes, estúpido. He sellado vuestra piel para que el veneno no pueda afectaros.

Mark Grim inspiró hondo y hundió la yema de los dedos en el líquido cristalino. No ocurrió nada. Sacó las manos del recipiente y sonrió, satisfecho.

—Está bien.

—El veneno conserva su potencia durante varias horas —informó Ezra, mientras le tocaba el turno de empaparse las manos a Jason Grim—. Transcurrido ese tiempo, no tarda en perder sus propiedades. Con un arañazo, tu adversario morirá. La licosa ataca al riego sanguíneo. Ni siquiera la magia curativa de las Nueve Tradiciones es capaz de crear el antídoto necesario.

—Id al vertedero de desechos tóxicos —ordenó Enzo—. Allí encontraréis a mis enemigos. Quiero sus cabezas. Llamad a vuestros conocidos, aliados y a todo aquel dispuesto a servirme. A todos los que hagan falta para completar el trabajo. Matad hasta que no quede nadie con vida. No regreséis hasta que mis oponentes hayan sido destruidos.

—Les arrancaremos los ojos, jefe. —Mark Grim sonrió y flexionó los dedos. Sus largas uñas amarillentas refulgían como si de garras se tratasen—. Le serviremos sus putas cabezas en bandeja de plata.

Enzo esbozó una sonrisa.

—Hacedlo, y la recompensa será mayor que vuestros mejores sueños. —La sonrisa se desvaneció, reemplazada por una expresión de malevolencia absoluta—. Falladme, y el castigo será más horrible que vuestra peor pesadilla.

VEINTICUATRO

Poco después de levantarse cada noche, Madeleine enviaba un correo electrónico a su sire, Pietro Giovanni, para mantenerlo al día de lo acontecido hasta la fecha. Consciente de la escasa intimidad que proporcionaba Internet, los mensajes hacían gala de una vaguedad extrema, donde Pietro tenía que leer entre líneas gracias a la información que sólo ellos dos compartían. Las misivas se asemejaban a guías de viaje, referentes a lejanos países y ciudades, y a acontecimientos históricos que habían tenido lugar a lo largo del siglo. De este modo, Madeleine albergaba la seguridad de que el señor del Mausoleo sabía con exactitud todo lo referente a Enzo. Si ella fracasase, por el motivo que fuese, el agente que la relevase podría aprovechar sus apuntes como punto de partida. Madeleine Giovanni no era sólo peligrosa y mortífera, sino también eficiente.

Utilizaba un ordenador portátil y un teléfono móvil. Combinándolos, podía enviar mensajes a su sire desde cualquier sitio, en cualquier momento. Su base de operaciones era una pequeña furgoneta reforzada y de diseño especial que había recogido en el cuartel general que el clan poseía en Manhattan. En visitas anteriores a los Estados Unidos, había empleado todo un camión como centro de operaciones, pero había comprobado que le resultaba imposible ocultar el vehículo a sus enemigos. La furgoneta se ajustaba a sus necesidades a la perfección. Durante el día, la dejaba aparcada en un estacionamiento subterráneo que funcionaba las veinticuatro horas en los suburbios de Rochester. Por la noche, exploraba las calles de la ciudad al volante del vehículo, y salía hasta los alrededores rurales cuando lo juzgaba necesario.

La luz roja del servidor acababa de cambiar a verde, indicándole que su correo estaba surcando la red, cuando Madeleine oyó una voz fantasmagórica que gritaba su nombre.

—¡Madeleine! ¡Madeleine! —Las palabras retumbaron en su cabeza—. ¡Ven, Madeleine, te necesitamos!

Se trataba de Lucy, o de Allyson. Una de las dos, eso estaba claro. Algo iba mal. Tenía que encontrar a los niños cuanto antes.

Tras salir de la furgoneta por la puerta trasera, Madeleine se preocupó de cerrarla con llave y conectar las alarmas. No le preocupaba que pudieran robarla. La calavera con las tibias cruzadas que adornaban la ventana y las palabras *Propiedad de Giovanni Co.* bajo el símbolo constituían una advertencia que incluso el ladrón de coches más patán sabía comprender. Aquellos ilusos que se agenciaban propiedad de los Giovanni solían encontrarse, horas más tarde, tirados enfrente de cualquier comisaría con las manos, los pies y otras partes vitales del cuerpo amputadas y encajadas en los bolsillos, sin ojos, lengua ni orejas. Lo peor era que aquellos desvalijadores que terminaban así siempre aparecían aún con vida.

Al filo de la medianoche, las calles de la ciudad estaban vacías. Madeleine se apresuró a adentrarse en las sombras. Cualquiera que la observase se percataría de que parecía volverse menos incorpórea con cada paso. En cuestión de segundos, la atractiva joven se había transformado en una tenebrosa nube de niebla. Veloz como el viento, recorrió el poco frecuentado camino que la llevaría hasta el local de Sam el Sucio.

El Rat Pack la esperaba, apiñado en un oscuro rincón del aparcamiento de Sam el Sucio, cuando llegó menos de cinco minutos después. Todos abrieron los ojos de par en par cuando Madeleine se materializó, al parecer, de la nada.

—Jesús —exhaló Sarah. La palabra podría haber sido tanto una plegaria, como una invocación o un juramento.

—Me llamasteis —dijo Madeleine. Paseó la vista por el aparcamiento. Estaba vacío. Muy extraño—. Espero que fuese importante.

—Ya te digo —replicó Allyson.

—¡Yo se lo cuento! —interrumpió Lucy. Le brillaban los ojos con una mezcla de ansiedad y algo de miedo.

—Venga. —Allyson se encogió de hombros—. Dale.

—Para empezar —exclamó la rubita, tan alto como pudo sin dejar de hablar en susurros—, la pava de las espadas ha vuelto. —Se inclinó para acercarse a Madeleine—. Pete y yo estábamos vigilando la granja que nos dijiste. Ya sabes, la casa encantada. Bueno, el caso es que empezó a llegar peña allí el otro día. El viejo gordo y canoso, y el tío negro *gigante* que te cagas. Bueno, está chupado, pero es altísimo y lleva unas pintas superguapas. No le dimos importancia, porque, a ver, sí que serían importantes, ¿no?, pero no te íbamos a hacer venir hasta aquí sólo por eso.

—La espadachina estuvo aquí —urgió Madeleine.

—Pues sí —asintió Lucy—. Pero lo que pasa es que el del pelo blanco se piró antes, él solo, ya por la noche, y estaba cabreadísimo. La *Supercop* llegó poco después, con el cachas éste... ostras, este tío es que parece que tiene músculos de piedra. Que sí, de *piedra* que te cagas, porque no lleva camiseta ni nada y se le ven todos los bultos...

—Menos el que a ti te gustaría —espetó Sybil. No parecía que a Brian le hubiese sentado bien el comentario.

—Según mis pesquisas —dijo Madeleine—, el hombre musculoso debe de ser el prisionero Diecisiete. Se supone que es muy peligroso.

—Parecía capaz de hacerle la sillita eléctrica a Arnold Schwarzenegger —admitió Brian, a regañadientes, con un dejo de envidia.

—Seguid. Todo esto es muy interesante, pero no urgente.

—La noticia guapa —añadió Allyson— pasó aquí. Esta noche.

—*Notición* —añadió Lucy, renuente a dejar de ser el foco de atención ante Madeleine—. Por aquí va a pasar algo que nos vamos a cagar todos, esto se va a llenar de los tíos más perros de todo el estado. O sea, cientos de asesinos. ¡*Cientos!* Camioneros, moteros, pandilleros en coches de lujo, cabezas rapadas, la de Cristo y su padre. Se estaban pegando todos en el aparcamiento, y un par de ellos la diñaron antes de que se declarara una tregua y se dieran el piro. Todo esto lleno de cuerpos y no se dejó caer ni un madero.

—Un ajuste de cuentas, supongo. —Madeleine se encogió de hombros.

—Que no, mucho más que eso —insistió Allyson—. En mi vida había visto cosa parecida. Lucy no exagera cuando dice cientos. Coches, camiones, motos por todas partes. Parecía una reunión de forajidos, y no me gustaría cruzarme en su camino.

—Se dirigían a una reunión —añadió Sybil—. A alguien le van a partir la cara.

—¿Qué hay de Leo? ¿Trabaja esta noche?

—Siempre está ahí —dijo Pete. El muchacho, callado por lo general, hablaba dubitativo, como si lo asustara el sonido de su propia voz—. Está bien, digo yo. Eso creo...

—Hubo algunos tiros ahí dentro hace un rato —espetó Lucy—. Por eso te hemos llamado. Se oyeron un montón de gritos. Vimos cómo la hermana caníbal Susie se metía con un par de escopetas y luego, ¡BANG!, ¡BANG!, ¡BANG!. Se rompen las ventanas, se callan los disparos y la gente empieza a salir a toda leche. No sé por qué no se la han cargado, pero el caso es que se subió a su camión y se piró. Casi todos los tipejos ésos ya habían empezado a marcharse, también...

—La caravana del diablo —sentenció Sarah, con su habitual voz sepulcral.

—Algo se está cocinando, Madeleine —concluyó Allyson—. Algo gordo. Por eso Susie anda en pie de guerra. Hay mucho tráfico esta noche, las bandas se han adueñado de la carretera, y todas se dirigen hacia el oeste. Pensamos que lo mejor era que lo supieras.

—Me parece que ya va siendo hora de que le haga unas cuantas preguntas a Leo —dijo Madeleine. Saludó a sus ayudantes—. El Rat Pack ha hecho un buen trabajo. Veo que mi fe en vuestras habilidades estaba justificada.

—Hombre —contestó Lucy, algo desconcertada—. Es que somos la bomba.

El bar se veía desierto. Leo estaba sentado en un taburete, trasegando cerveza de una botella. Tenía el rostro manchado de sangre y una venda improvisada alrededor de un brazo. Saludó a Madeleine con la cabeza cuando ésta se acercó.

—Supuse que vendrías, antes o después. —Rebañó la cerveza y cogió otra botella—. No sabía cómo ponerme en contacto. Esperaba que los críos lo hicieran por mí.

—Así ha sido. —Madeleine paseó la mirada por el establecimiento. Los cuerpos de tres hombres vestidos de negro se amontonaban contra una de las paredes más alejadas. Las moscas habían comenzado a acudir. Todos ellos habían sido acribillados a quemarropa por una escopeta—. ¿Qué ocurrió?

—Corren rumores por ahí fuera. Nada a las claras, sólo susurros a lo largo de toda la noche, pasándose de la boca de un gilipollas a la de otro. Tu primo Enzo rabia por la muerte de alguien. Ha ofrecido una recompensa de cinco millones de pavos por la cabeza de un vejete llamado Sam Haine. Nadie pregunta de dónde sale ese dinero. El botín se cobra en contante y sonante, y Enzo ofrece el mismo precio por el cadáver de cualquiera que acompañe a ese pobre diablo. El dinero no crece en los árboles por estos lares, así que con cinco millones de dólares ya te ha tocado la lotería. Esa recompensa te permitiría hacer todas las locuras que se te ocurran. Así que se ha levantado la veda de caza. Las bandas llevan parando por aquí toda la noche, para repostar de camino al matadero. Caníbales, nómadas de la carretera, incluso algún que otro policía corrupto. Todos quieren el dinero. Al parecer, incluso la hermana Susie oyó hablar de la recompensa. Irrumpió aquí armada con un par de escopetas, soltando su retahíla de “pecadores arrepentidos”. Aquellos chavales no fueron muy listos. Se pensaron que podrían eliminarla de la competición. —Escupió en el suelo—. Se equivocaron. Uno de ellos se zafó del tiro que me jodió el brazo. Susie no se paró a pedir perdón. Ya andará camino de la cita, supongo. La muy chalada tiene intención de convertir a los paganos, pero no sé por qué me da que esta vez va lista. Deben de ser doscientos contra una. Nadie va a estar de humor para escuchar sus desvaríos. —Terminó con otra cerveza—. Fin de la historia. Los polis honrados ya se han acostado esta noche. Se mantienen lejos de las carreteras. Mis clientes habituales decidieron que quedarse por aquí entrañaba demasiado peligro. No los culpo. Están a punto de desatarse los mil demonios, Madeleine. La luna se va a teñir de rojo y va a morir mucha gente. Apuesta lo que quieras.

—*El enemigo de mi enemigo es mi amigo* —citó Madeleine—. Enzo y Ezra temen a Sam Haine y a sus amigos; por tanto, me veo obligada a advertirles del peligro. Intentaré salvarlos, en la medida de mis posibilidades.

—O morirás en el intento.

—La muerte es el único destino que no me asusta.

VEINTICINCO

Sentado en el centro del vertedero tóxico, Terrence Shade aguardaba sin impacientarse que llegase la medianoche, hora a la que había quedado con Sam Haine. No le cabía ninguna duda de que el Subversor de la Realidad sería puntual. Ninguna en absoluto.

Como tantos otros de su estúpida calaña, Sam Haine creía en conceptos tales como la lealtad y el honor. Para Shade, la importancia de esas creencias se caía por su propio peso, pero valoraba su utilidad a la hora de tender una trampa. *Aprovecha siempre los puntos débiles de tu adversario* era una de las primeras cosas que había aprendido durante sus días de formación en el seno del Nuevo Orden Mundial. Toda aquella artimaña se había basado en ese principio.

Sam Haine era de los que saldaba sus cuentas, asumía obligaciones sin que nadie se lo pidiera. El anciano aún creía que la justicia servía para algo y amaba a sus amigos con una lealtad feroz, inexorable. Shade se mofaba de todas aquellos sentimientos, aunque había sabido aprovecharlos para tejer su telaraña.

Miró el reloj. Pasaban veinte minutos de la hora. De un momento a otro, Haine aparecería frente a la entrada del vertedero. Leería los letreros que advertían, *¡Peligro! ¡Materiales tóxicos almacenados en el interior! Pase bajo su cuenta y riesgo*, puede que vacilase por unos instantes, y luego entraría. Un paseo de diez minutos lo conduciría hasta el enorme calvero que se extendía en el centro del basurero, donde Shade aguardaba, a solas, tal y como había prometido.

Esa noche, porque la ocasión lo merecía, Shade se había vestido por entero de blanco. Pantalones, camisa, cinturón, calcetines, zapatos, todo del mismo color. Se tocaba con un sombrero blanco, pero había prescindido de las gafas de sol. Sus ojos rojos refulgían con el centelleo de las hogueras que ardían a su alrededor.

—Mira cómo arde la pira, sin prisas —canturreó—. Todo lo quema, reduce a cenizas.

Las improvisadas estrofas encajaban con el entorno, cuajado de enormes hogueras. El suelo hervía como si de un caldero en ebullición se tratase. El vertedero era inmenso, de más de un kilómetro de ancho, rodeado por una verja de alambre de espino en tres de sus caras y por las contaminadas aguas del lago Ontario en la cuarta. El basurero era el lugar donde las mayores industrias y agencias gubernamentales de todo el estado de Nueva York iban a descargar sus vertidos. Puede que fuese el foco contaminante más importante de la costa este. De cerca, parecía el mismísimo infierno sobre la Tierra. Varios predicadores habían empleado ya aquella obvia analogía, dándole así nombre a las peores pesadillas de sus congregaciones. A Shade le encantaba. En más de un sentido, le recordaba a Malfeas. Salvo que brillaba mucho más, y el ruido era mucho menor.

Las enormes montañas de desperdicios y basura ardían con un fulgor verde azulado, día y noche, todos los días del año. Las negras nubes de hollín se alzaban hacia el cielo y oscurecían la luna y las estrellas durante la noche, así como al sol durante el día. Las sempiternas hogueras químicas de color rojo, alimentadas por fosas de vertidos industriales y deshechos de materia prima, salpicaban el paisaje a modo de cráteres volcánicos, chisporroteando y escupiendo sus nubes venenosas sobre las aguas. Las boyas que flotaban lejos de la orilla advertían del riesgo que suponía bañarse en aquella zona. Los huesos de aquellos ilusos que lo habían intentado cubrían la arena hasta donde alcanzaba la vista. Aquel lago no albergaba formas de vida. Naturales, al menos.

Los enormes bidones de acero repletos de venenos mortales se distribuían en largas hileras que formaban un laberinto de pasillos metálicos que cubría gran parte del vertedero. Unos inmensos montones de paneles podridos de asbesto sobresalían del interior de colegios que se erguían decenas de

metros en el aire, semejantes a pálidos altares erigidos en honor de algún dios ciego e idiota. La superficie del muladar era estéril, árida y desolada como la de un desierto, desprovista de vida. Unas enormes grietas abiertas en la tierra unían una montaña de basura con otra. Parecía que la propia tierra se hubiese convertido en cristal, antes de que un martillo descomunal cayese sobre ella.

Pocos eran los que se atrevían a adentrarse en el basurero sin trajes especiales. La atmósfera destruía los pulmones y la densa neblina química corrosiva resultaba perniciosa al contacto con la piel y los ojos. Durante años, aquel lugar había sido el paredón de ejecución favorito de las mafias locales. En vez de malgastar balas, los señores del crimen arrojaban a sus enemigos al fondo de los brillantes sumideros químicos. No sobrevivían ni los huesos.

—Vamos, cariñín —musitó Shade, frotándose las manos, anticipando la llegada de Haine. Se izó de un salto encima de un enorme contenedor con capacidad para ciento treinta litros de combustible, repleto de ácido clorhídrico. La zona se veía despejada en diez metros a la redonda. Era el escenario perfecto para un enfrentamiento, aunque Shade no tenía intención alguna de pelear. Lo único que se proponía era atraer a Sam Haine al vertedero para empujarlo al otro lado del portal invisible que se abría a escasos pasos hacia su derecha.

Aquel umbral era temporal, un agujero de gusano creado por los sangrientos sacrificios de varios cientos de sirvientes fieles a Aliara. El túnel conectaba la Tierra con la Umbra Cercana, ésta con un Redaño Lejano, y éste con Malfeas. Cualquiera que cruzase el portal terminaría, antes o después, en el palacio de la Reina del Deseo. Aquel agujero entre dimensiones era una construcción frágil que sólo podría utilizarse en dos ocasiones antes de que se desplomara. Shade lo había utilizado antes para llegar al mundo real. Su intención era emplear el pasadizo por segunda y última vez como instrumento de venganza para Aliara.

—Me da en los huesos —citó, presa de un cosquilleo que le recorría todo el cuerpo— que algo se acerca.

Una figura salió de detrás de una enorme pila de vendas ensangrentadas y avíos quirúrgicos. Shade tragó saliva, súbitamente intranquilo. Aunque se encontraba a quince metros de distancia, oculto por nubes amarillas de gas tóxico, sus ojos no lo engañaban. Ante él veía a su patrona, la Condesa del Deseo, la Emperatriz Aliara.

Ésta sorteó con paso lánguido los charcos de vertidos que salpicaban el suelo, en dirección a Shade. Aunque se tratase de una mera imagen proyectada desde Malfeas, a “Aliara” le gustaba fingir que era real. Lo que Shade desconocía era el motivo que la había llevado a visitarlo. Lo que sí sabía era que *no* se alegraba en absoluto de verla.

Rayana en el metro sesenta, Aliara ofrecía un aspecto casi asexuado, vestida con ropas de hombre y dotada de aquellos rasgos andróginos. Su rostro exudaba una vitalidad inhumana, sus crueles labios se curvaban en una leve sonrisa. La Señora Oscura se cubría con un traje gris oscuro a rayas y una brillante corbata de color verde, calcetines del mismo color y un pañuelo que sobresalía del bolsillo de su chaqueta. Llevaba el pelo corto, casi al cero, y teñido del mismo color esmeralda, igual que sus ojos, los labios e incluso el rubor de sus mejillas. Aquel era el aspecto que había presentado cuando llegó al Colectivo Gris. Cuando se apoderó de la psique de Shade.

Nervioso, Shade escrutó los alrededores en busca de algún indicio de la presencia de Sam Haine. Si su víctima llegase a ver a Aliara, sabría de inmediato que la llamada de Shade había sido una trampa. La Señora Oscura estaba poniendo en peligro el éxito de la misión de Shade, lo cual actuaba en contra de sus propios intereses. Atrapado en aquella incómoda tesitura, paralizado por el peligro, Shade no sabía cómo reaccionar. Ni qué decir. Aliara no era de las que sabían encajar las críticas. A los Señores Oscuros no les gustaba admitir sus errores.

—Bueno, Shade —dijo Aliara. Hablaba tan bajo que el hombre tenía que esforzarse para distinguir las palabras—. ¿Noticias? Supuse que lo mejor sería que comprobase cómo te las estabas apañando.

—El plan discurre según lo planeado, mi señora —se apresuró a responder Shade—. Maté a seis de los pupilos de Haine y me cercioré de que supiese quién lo había hecho. Luego llamé por teléfono y reté al viejo a duelo en tu nombre, no sin jurar que, si no acudía solo, morirían muchas más de sus amistades. Espero que llegue en cualquier momento. —Vaciló por unos segundos, antes de expresar su preocupación—. Si os ve, mi señora, huirá de inmediato y la trampa habrá sido en vano.

—No te preocupes, Shade. —Parecía mucho más sólida y substancial en aquel vertedero. Nada sorprendente, dado que su energía se nutría de los lugares como aquel que salpicaban el globo—. Sólo me puedes ver tú. Si Sam llegase ahora, sólo te vería a ti, hablando con el aire.

—Eso bastaría para espantarlo.

—Subestimas a ese viejo loco. —Aliara desechó las palabras de Shade con un gesto. El hombre de blanco se estremeció ante el recuerdo del toque de la Señora Oscura, que le había abrasado la piel como si de ácido se tratase—. Sam Haine ya sabe que esta cita es una trampa. ¿Qué otra cosa iba a ser? El viejo no está senil, aunque adolece de un exceso de confianza en sí mismo. Al parecer, confía tanto en sus habilidades que es capaz de apostar a que podría hacerte quedar como un tonto incluso en medio de un lugar tan inmundo y nauseabundo como éste.

Shade se rió con disimulo.

—Menudo idiota. Hace falta ser cretino. En este sitio, los Nefandos llevan la voz cantante. Mi fuerza supera a la cualquier Tecnomante o mago de las Tradiciones. Si Sam Haine intentase dañarme a distancia, el contraataque lo destruiría. Sólo podría derrotarme cara a cara, en un mano a mano, pero eso no va a ocurrir. No con la puerta a Malfeas tan cerca.

—La puerta —repitió Aliara, ensanchando la sonrisa—. El final adecuado para ese artesano de la voluntad. Lo empujas dentro del túnel y va a parar a Malfeas, en justo pago por atreverse a amenazarme. Qué deliciosa ironía.

La Condesa del Deseo frunció el ceño. Sus ojos verdes se clavaron en Shade, cada vez más intranquilo.

—¿Estás seguro de que el pasillo funciona? ¿De que, cuando Sam Haine caiga en la trampa, terminará en mi palacio de Malfeas?

—Por supuesto. Desde luego que funcionará. Se trata de una ruta inestable, pero resistirá hasta su segundo uso antes de derrumbarse. Estoy convencido de que funcionará.

—¿Estás seguro? ¿Por completo?

La Señora Oscura se hallaba muy cerca. Shade temblaba de miedo. La presencia de Aliara era tan abrumadora que casi le parecía sentir que estuviese ante él en carne y hueso. El vertedero de residuos tóxicos la proporcionaba mucha más sustancia que en el apartamento de Hargroves.

—No había vuelto aquí desde el día que reaparecí en este mundo —susurró Shade—, pero no creo que le haya pasado nada al túnel en todo este tiempo.

—¿Y si Sam Haine llegase con antelación? —Aliara hablaba con voz igual de queda—. ¿Y si descubriese el túnel y lo sellara? Eso sí que sería una sorpresa inesperada, ¿verdad, Shade?

—¿Cerrar el túnel? —Shade se apartó de Aliara—. Eso es imposible, ¿no?

—No seas iluso, Shade. El pasadizo se encuentra abierto de par en par. Aunque los Señores Oscuros no puedan viajar a través de tales agujeros, cualquier humano podría. Si Sam Haine empujase a algún otro, a cualquiera en su lugar, el túnel se cerraría, desaparecería y toda esta trampa se vendría abajo.

—¿A algún otro? —Shade elevó el tono—. ¡No se le habrá ocurrido!

Ansioso, Shade se apresuró a acercarse al portal invisible. No se atrevía a tocarlo, por miedo a caer en él. En cualquier caso, al plantarse ante él y explorarlo con su mente, comprobó que el pasadizo seguía intacto.

—Está bien —le dijo a Aliara cuando ésta anduvo hasta su posición—. Temores infundados.

—Eso depende de cómo se mire.

Aliara golpeó a Shade con ambos puños, por la espalda. La fuerza del ataque lo envió hacia delante, trastabillando.

Chilló e intentó por todos los medios recuperar el equilibrio. Era imposible, imposible del todo, que la Señora Oscura pudiera ponerle la mano encima a nadie en el mundo material. Aliara no podía haber hecho aquello, *no podía*. Shade aleteó con ambos brazos en su esfuerzo por encontrar asidero. Entre sonoras carcajadas, Aliara le propinó un nuevo empujón y lo envió de cabeza al portal dimensional.

Con un alarido de terror absoluto, Shade cayó al otro lado del umbral invisible.

—Dale recuerdos a la Emperatriz —gritó Aliara—, de parte del Hombre Cambiante.

VEINTISÉIS

Cuando los ocho hubieron llegado al centro del vertedero de residuos tóxicos, escasos minutos después de medianoche, encontraron a Sam Haine a solas, sentado sobre un bidón metálico y fumando uno de sus puros sin humo. Bajo la ancha ala del sombrero de color blanco con el que se tocaba, no se le veía contento, lo cual no era de extrañar, teniendo en cuenta la corrupción que lo rodeaba.

—Justo a tiempo —musitó—. ¿Por qué habéis tardado tanto?

—El tráfico —respondió Albert—. A esta hora de la noche, la carretera se pone imposible por esta zona. ¿De dónde has sacado ese sombrero?

—Era de un gordinflón que iba todo de blanco. —Sam se puso de pie e hizo girar el sombrero alrededor de un dedo—. Se llamaba Shade y, aunque no te lo creas, tenía los ojos de color rojo. Él y yo teníamos ciertos asuntos pendientes. Os agradezco que os preocupaseis tanto por mí como para organizar una partida de rescate, pero os tendríais que haber imaginado que no haría falta. Se congelará el infierno mucho antes de que una babosa como Shade consiga pegársela al Hombre Cambiante.

—Supusimos que necesitarías ayuda para proteger... —comenzó Sombra del Amanecer, antes de girar sobre sus talones y adoptar una postura marcial con ambas espadas desenfundadas.

A tres metros de distancia, la silueta de una joven se abría paso entre las volutas de una negra nube de humo que parecía formar parte de ella. Diecisiete parpadeó y miró a sus compañeros. Todos ellos parecían igual de atónitos ante aquel inusitado poder.

—Por favor, no os alarméis —dijo la desconocida. Hablaba en un inglés preciso, sucinto, como si no fuese su idioma natal. Esbelta, de mediana altura, cabello negro como el azabache, brillantes labios rojos y piel atizada. La recién llegada se cubría con un sencillo vestido de una pieza y medias negras, y calzaba zapatos de tacón bajo. Un colgante de plata decorado con una elaborada G pendía de su cuello. A pesar de su hermosura, su atractivo poseía un dejo cruel y siniestro. Era una de las Condenadas. Un vampiro.

—¿Qué quieres? —preguntó Claudia Johnson—. No tenemos nada en contra de los de tu clase.

—Por desgracia, eso no es cierto —repuso la joven, que dedicó unos instantes a estudiar a Sombra del Amanecer. La doncella guerrera inclinó la cabeza en cortés ademán ante la presencia de la desconocida, antes de envainar sus armas en un inusitado alarde de confianza. La mirada de la vampira se centró en Diecisiete. Aquellos ojos, agudos y penetrantes, revelaban que no les deseaba ningún daño—. Dentro de la Estirpe hay quien conspira contra vosotros. Debéis salir de este sumidero infernal cuanto antes.

—¿A qué viene tanta prisa? —dijo Sam Haine—. Acabo de librarme de un incordio. ¿Acaso vienen más?

—Muchos más. Soy Madeleine Giovanni, del clan Giovanni. Uno de mis hermanos de clan, un renegado llamado Enzo Giovanni, es el director de Químicas Everwell. Por razones que aún no alcanzo a comprender, quiere que muráis. —Señaló a Sam Haine, Albert, Sombra del Amanecer y Diecisiete—. Esta noche ha descubierto que estaríais aquí. Enzo ha prometido una recompensa de cinco millones de dólares por vuestras cabezas. Varios cientos de forajidos, pandilleros, caníbales y aún peor vienen de camino.

—Eso es una locura —rezongó Claudia Johnson—. No tiene sentido. ¿Cómo podemos estar seguros de que no se trata de una especie de truco de la Estirpe?

—Ahí —Madeleine Giovanni se dio la vuelta y señaló en dirección a la entrada del basurero—, ésa es la prueba. Tomad posiciones, ya no queda tiempo para huir.

Llegaron en una oleada, al menos un centenar de ellos. Grandes y pequeños, gordos y flacos, hombres y mujeres, jóvenes y viejos. Incapaces de maniobrar sus motos y furgonetas en aquel suelo desgarrado y cuajado de pozos de ácido, venían a pie. Constituían un deslavazado ejército de asesinos, armados con rifles, pistolas, bates de béisbol, cuchillos de carnicero, motosierras y cosas peores. Un hombretón inmenso esgrimía una guadaña. Muchos de los cazarrecompensas se cubrían con ropas de cuero negro, pero otros vestían sencillos vaqueros y faldas.

Diecisiete divisó a un joven de traje y corbata, armado con un par de cuchillos militares. Junto a él avanzaba una pelirroja de apenas dieciséis o diecisiete años de edad, ataviada con un vestido de gasa y guantes de acero rematados en zarpas de varios centímetros de largo. Una docena de pasos por detrás se podía ver a tres ancianos ondeando sus machetes. Lo único que tenían en común los componentes de aquel enjambre eran las armas y un desmesurado instinto asesino. Se derramaron por el vertedero profiriendo obscenidades igual que una *tsunami* humana, una oleada de muerte a punto de derramarse sobre los Despertados, quienes ya no dudaban de la veracidad de las palabras de Madeleine Giovanni. Tenían delante las pruebas, vivientes, jadeantes y llenas de odio.

Sombra del Amanecer rodeó el cuello de Diecisiete con los brazos, unió su rostro al de ella y le selló los labios con un beso apasionado. Luego, con gesto fluido, desenvainó ambas espadas. Las hojas, Grito y Susurro, refulgieron imbuidas de energía mística. Aunque se enfrentaba a una horda de enemigos, los pasos de Sombra no vacilaron. Corrió impulsada hacia delante, veloz como el viento, asumiendo la iniciativa del ataque.

—El honor por encima de la muerte —musitó Madeleine Giovanni, quien esbozó una sonrisa al presenciar la carga de Sombra. Sin más dilación, la vampira se lanzó en pos de la espadachina, cubriendo las distancias a una velocidad inhumana. Aunque no esgrimía arma alguna, no parecía que la superioridad numérica del enemigo la impresionara.

Diecisiete se inclinó para recoger una oxidada barra de acero de más de dos metros de largo. Afianzó los talones en el suelo y se dispuso a resistir la embestida de la horda. Luchaba mejor defendiendo su posición. A su alrededor, los demás magos asumieron posturas similares. Pese a la ingente cantidad de adversarios, permanecían impertérritos. Sam Haine empuñaba un cuchillo de caza que, al parecer, había surgido de la nada. Pese a su naturaleza pacífica, Albert sostenía su enorme bastón con ambas manos, mientras musitaba sus disculpas a dioses anónimos por la violencia que estaba a punto de cometer.

Claudia Johnson y su compañero Verbena permanecían algunos pasos más atrás, agarradas de la mano, con los rostros compuestos en una máscara de concentración. Una aureola de fuerza relucía en el aire. Aquel paraje contaminado y antinatural disminuía su magia en gran medida, mas los artesanos de la voluntad seguían comandando grandes poderes.

—Las armas de fuego no dispararán —dijo Claudia—. La mayor parte de la multitud, los de mente más débil, se sentirán desorientados y perderán el equilibrio. La coincidencia actuará en su contra. Así y todo, tendrá que ser un combate mano a mano. Cuidado con los cuchillos y las espadas, pues no podemos hacer nada contra las armas blancas. Sin piedad. En sus corazones no habita ninguna.

Se acabó el tiempo de las conversaciones.

Diez contra cien o más. Las cifras eran abrumadoras, salvo por el hecho de que entre aquella decena se contaban una Garra de Dragón de la Hermandad Akáshica, la Daga de los Giovanni y un hombre remozado por cuyas venas circulaba sangre nanobit, todos ellos respaldados por artesanos de la voluntad. Era parte batalla, parte carnicería.

Sombra del Amanecer se movía haciendo justicia a su nombre, brincando de un contendiente al siguiente, con las espadas convertidas en dos centellas que tejían una intrincada red de acero, matando

con cortes rápidos y certeros. Esta noche, la guerrera no utilizaba vistosas maniobras ni técnicas innovadoras. Se limitaba a golpear, golpear y golpear. Rodeada de enemigos, no le hacía falta preocuparse de no herir a sus aliados. Sombra se movía en un arremolinado ballet asesino. En cuestión de minutos, la sangre la hubo empapado por completo. Sin proferir sonido alguno en ningún momento, la doncella guerrera dejó que fuesen Grito y Susurro las que hablasen por ella. Ambas espadas aullaban su desafío al mundo.

Madeleine Giovanni mataba con las manos desnudas, manos que se movían más rápido que la vista. Un hombre cayó derribado con la caja torácica arrancada del cuerpo. La garganta de una mujer se convirtió en un manantial de sangre excavado con garras. Otro motorista sucumbió decapitado. También Madeleine combatía en silencio. Con sus negras ropas y la palidez mortecina de su piel, encarnaba el terror absoluto.

Para Diecisiete, que pudo divisar a las dos mujeres en acción, Sombra era una ejecutora implacable. Madeleine Giovanni era la muerte personificada.

Los forajidos que lograron zafarse de las dos mujeres no se libraron de su destino al llegar ante Diecisiete y sus aliados. Con su cuerpo biológicamente mejorado, Diecisiete esgrimía la barra de acero como si de un bate de béisbol se tratara, descargándolo una y otra vez en todas direcciones sobre sus agresores con mortífero abandono. Al igual que ocurriera en anteriores escaramuzas, sus antiguos reflejos entraron en juego. El gigante biotecnológico se descubrió a sí mismo manejando el garrote metálico con una destreza tan inesperada como bien recibida.

Quienes tuvieron la suerte de esquivar sus ataques cayeron bajo el cuchillo de Sam Haine o el cayado de Albert. Fueron tres los motoristas que llegaron ante el grupo de Claudia Johnson, sólo para consumirse y morir cuando sus pieles se redujeron a polvo y quedaron convertidos en un putrefacto montón de huesos a los pies de los magos. La diosa no conocía la piedad.

Transcurrieron diez minutos en un suspiro. La oleada humana, desgajada por Sombra y Madeleine, se dividió y se estrelló contra Diecisiete y sus amigos, antes de deshacerse. Los atacantes se retiraron, malheridos y ensangrentados. Dejaban atrás un sembrado de cadáveres. El asalto suicida se había saldado con las bajas de más de la mitad de sus integrantes. La torturada orografía del vertedero rezumaba sangre. Los sueños de riqueza se habían disipado ante la cruda realidad de la aniquilación.

Los motoristas restantes correteaban de un lado para otro entregados a una desorganización absoluta, gritándose entre sí. No había dinero que pudiera recompensar sus muertes. Al ver su unidad fragmentada, las diversas bandas optaron por continuar o retirarse. Tras un intervalo que permitió a Diecisiete y a sus camaradas inhalar hondo varias veces, la segunda oleada de asesinos cargó sobre el campo de batalla.

Los recién llegados, ilesos y llenos de energía, atravesaron y rodearon al escarmentado primer contingente, al que empujaron hacia delante en su afán por alcanzar la gloria y la riqueza prometidas. Su número pasó de ser formidable a volverse abrumador. Impulsados por su sed de sangre, los mercenarios formaban una infranqueable muralla de carne humana. La noche se sumió en la locura.

Un velo carmesí cayó sobre los ojos de Diecisiete. Había perdido la maza, pero sus puños le bastaban. Luchaba sin pensar, golpeando con una precisión mecánica, destrozando huesos con cada puñetazo. Los cuchillos, las bayonetas y las hachas le provocaron varios cortes, mas nadie conseguía detenerlo. Sus heridas se cerraban al momento de ser infligidas. Con los pies plantados en el suelo, se negaba a hincar la rodilla. Igual que un león rodeado de chacales, se resistía a humillar la cabeza.

Sam Haine, el Hombre Cambiante, había desaparecido; tras mezclarse con la muchedumbre enloquecida, sus rasgos se alteraban sin cesar, su cuchillo descargaba tajos mortíferos igual que si de un camaleón rabioso se tratara. Un mar enfurecido de brazos y piernas, puntuado por continuos gritos de

mortal agonía, era el único indicio de que Madeleine Giovanni seguía peleando. Diecisiete no sabía lo que le habría ocurrido a Sombra del Amanecer.

Albert, ominoso el semblante, había apoyado la espalda contra un enorme montón de asbesto. Claudia Johnson y otro mago permanecían junto a él. Los otros dos habían perecido ante el inexorable asalto. Chispas de pura energía rodeaban al trío y abrasaban a cualquiera que se aproximara demasiado. Con un aullido de furia, la multitud arreció en sus denuedos, empleando a sus camaradas caídos a modo de escudos. No había escapatoria.

Un hombretón se apartó de la manada que rodeaba a Diecisiete y embistió. El asesino sostenía en las manos una guadaña enorme, cuya hoja trazó un arco apuntado a la cabeza. Diecisiete se agachó para eludir el acero y asió el mango del arma. Por unos instantes, ambos hombres, biológicamente mejorado y mortal, pugnaron por el control del dale. Luego, cuando el poder activó sus músculos genéticamente superiores, Diecisiete le arrebató la guadaña a su adversario y pensó en devolvérsela, con intereses.

El tiempo pareció detenerse para Diecisiete. Al igual que hubiese ocurrido con la que esgrimiera la Segadora, la manufactura de aquella guadaña era excelente. Con todo, no le pertenecía pero, en una lucha a muerte, serviría. El poder mágico fluyó y convirtió el arma en una extremidad más de su cuerpo.

Con un rugido ensordecedor que restalló como el trueno por todo el vertedero de residuos tóxicos, Diecisiete izó la guadaña por encima de la cabeza. Su hoja curvada centelleó con un fulgor blanco y, con una intensidad aterradora, Diecisiete comenzó a matar.

Se convirtió en el Segador. Su rostro, pétreo y lampiño, pareció ensombrecerse, volverse nebuloso, como si fuese el mismísimo Ángel Oscuro quien frunciera el ceño. Con cada embestida, volaban cabezas, brotaba la sangre, las articulaciones se desgajaban de los torsos igual que cáscaras huecas ante la hoja. En cuestión de segundos, murieron diez. Transcurrido un minuto, diez más. La guadaña subía y bajaba y, con cada pase, la Muerte rompía a reír. La muchedumbre que rodeaba a Diecisiete retrocedió, aterrorizada por el monstruo infernal al que ahora se enfrentaban.

En las manos del asesino, la guadaña *cantaba*.

Con cada muerte, la canción aumentaba de intensidad, cada vez más. El salvaje aullido mortal de la guadaña no tardó en ahogar cualquier otro ruido. El sonido inundaba el cielo nocturno. Cundió el pánico mientras Diecisiete segaba un sendero entre las filas de los atacantes. Uno de ellos salió corriendo, presa del más absoluto pavor, a trompicones por encima de los cadáveres que sembraban el suelo. Luego otro, después varios más, hasta convertirse en una estampida frenética. En cuestión de momentos, lo que fuera un asalto enloquecido se convirtió en una rauda retirada. Los asesinos desaparecieron al cabo de escasos segundos, igual que copos de nieve en el desierto. A excepción de los muertos y los que agonizaban, el vertedero quedó despejado.

Los maníacos que minutos antes amenazaban a Albert y a Claudia Johnson también se habían ido. Madeleine Giovanni se erguía con la mirada salvaje, plácido el rostro, cubierta de rojo, cerca de un pozo de ácido. Sam Haine, con expresión divertida, descansaba junto a ella. En el centro de un círculo de cuerpos se alzaba una agotada y derrengada Sombra del Amanecer. Las espadas apuntaban al suelo, los brazos oscilaban exhaustos a sus costados.

A cinco metros de distancia, Diecisiete sólo pudo proferir un grito de aviso cuando dos figuras, fantasmales, de espaldas inmensas, se alzaron de la montaña de cadáveres a espaldas de Sombra del Amanecer. La pareja se movía a una velocidad sobrenatural. Uno de ellos le apresó en un férreo abrazo de oso desde atrás, inmovilizándole los brazos. El otro, con las manos extendidas a modo de garras, se lanzó a por su cara.

Una escopeta tronó, dos veces. El hombre de las uñas amarillentas salió despedido hacia atrás y aterrizó a cuatro metros de distancia. Sombra del Amanecer, aprovechando el inesperado giro de los acontecimientos, apuntó la espada corta que empuñaba en la diestra y la proyectó hacia arriba y atrás, alcanzando así de pleno la entrepierna del hombre. Con un gemido atónico, éste cayó de rodillas, roto el abrazo. Sombra giró en redondo y su espada larga remató el movimiento cuando la mano derecha del agresor buscaba su cara, desesperado. Las garras trazaron un rasguño en la mejilla de la doncella guerrera. Manó la sangre. Un segundo después, el acero le separaba la cabeza del tronco.

En un alarde de resistencia sobrehumana, el otro atacante, con dos agujeros abiertos en el pecho, se puso en pie con gran esfuerzo. Impertérrita, Madeleine Giovanni se echó sobre él y lo descuartizó.

Sombra del Amanecer, con el rostro pálido y ensangrentado, hablaba con una joven de pelo rubio vestida con unas mallas blancas de ciclista y un top negro, con una marca en forma de X bajo los pechos.

—Estuvieron muy cerca —dijo Diecisiete cuando llegó a la altura de la doncella guerrera.

—Fueron muy lis... —comenzó Sombra del Amanecer antes de desplomarse, con los ojos desmesurados por el dolor.

Sam Haine se apresuró a llegar a su lado y le cogió la muñeca. Por medio de la magia de los Verbena, el Hombre Cambiante era capaz de detectar al instante la gravedad de cualquier herida. Su rostro se tornó pálido.

—Licosa —musitó. Miró a Albert—. ¿Puedes hacer algo?

El gigante negó con la cabeza.

—El veneno ataca a la sangre. No conozco ninguna cura.

Sam Haine se volvió hacia Diecisiete. El anciano había roto en llanto.

—Será mejor que abras a tu chica, hijo —balbució, con voz embargada por la emoción—. Se está muriendo. El veneno circula por su flujo sanguíneo, le quedan escasos minutos y no hay nada que podamos hacer para salvarla.

EPÍLOGO

En las regiones más remotas de la vasta expansión conocida como la Umbr Profunda, existe un universo de bolsillo, un pequeño Reino que sus habitantes llaman Armonía. En el centro de este reino escondido se yergue una torre que reluce como el oro. En ella, siete personas se encuentran sentadas alrededor de una mesa. Seis mujeres y un ser de rasgos angelicales que no puede definirse como masculino ni como femenino. Se trata de la creación artificial conocida como clon base; de la misteriosa figura que se hace llamar Heylel Teomim, la Abominación. El clon y sus seis tenientes de confianza planean cuál será su próximo movimiento en un conflicto que atañe a varios mundos, la Guerra de la Ascensión.

Heylel deja inconclusa una frase e interrumpe su discurso. Su semblante se torna pensativo, distante, como si estuviese presenciando acontecimientos que escapan al sentido mundano de la visión.

—Lo conoce —musitó Heylel—. Ahora conoce el poder.